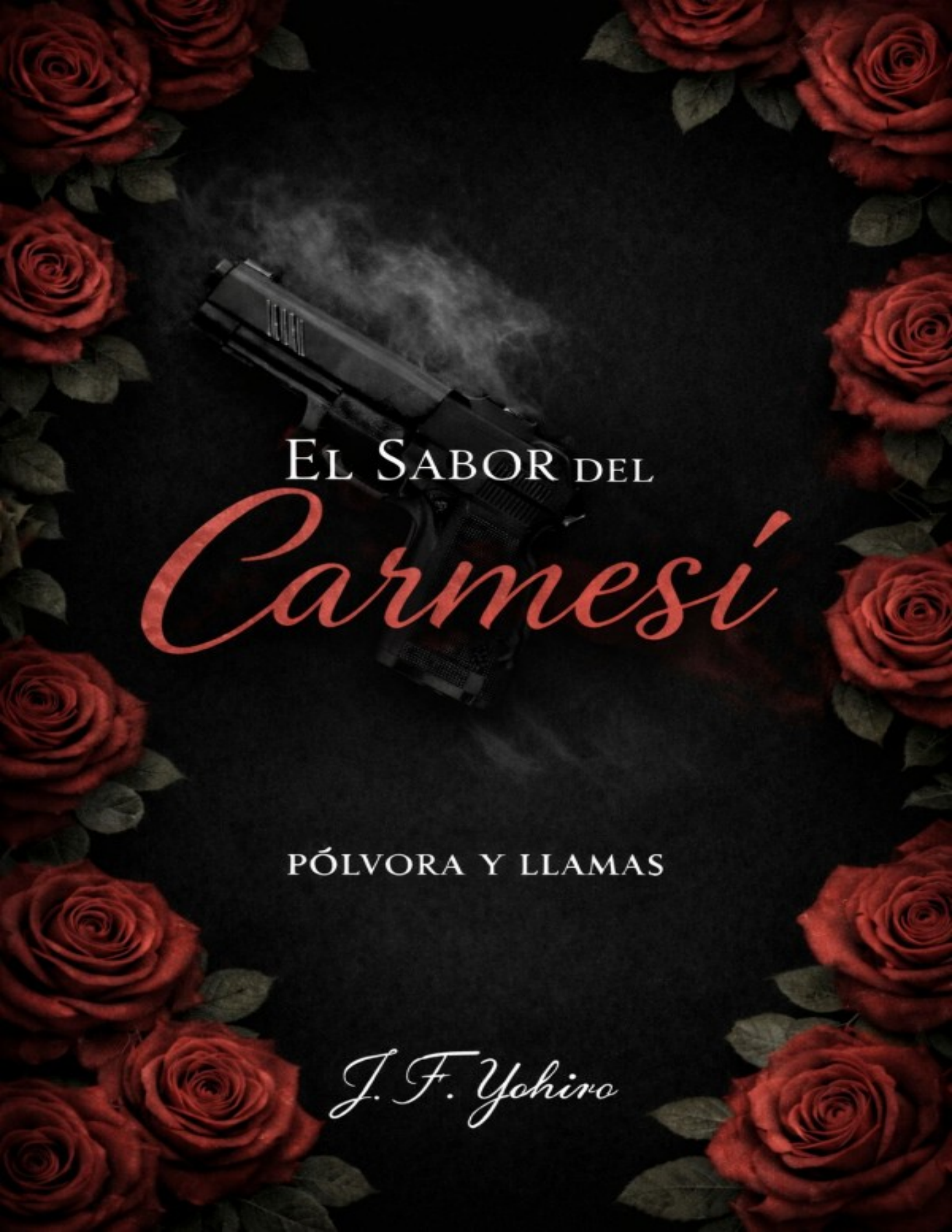

El Sabor del
Carmesí
PÓLVORA Y LLAMAS
J. F. Yohiro

Sinopsis

No todas las historias de amor son color de rosa… algunas nacen destinadas a ser rojo carmesí.

Serena es la hija única de uno de los hombres más temidos y respetados de Nueva York. Vive entre lujos e inocencia hasta que, un día, una Ducati roja y unos ojos grises lo cambian todo.

Santiago Santoro, criado entre violencia y disciplina, regresa a la ciudad tras la muerte de su padre. Tiene cuentas que saldar y un plan de venganza que no admite distracciones.

Ella es su objetivo.

Él, su destino.

Ambos atrapados en un pasado compartido y en un imperio forjado a base de sangre, poder y furia.

El Sabor del Carmesí



Pólvora y Llamas

Para I. M.,
la persona que me inspira cada día

© 2026 J. F. Yohiro. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Lista de reproducción

✦ I Lose Control — Teddy Swims

✦ APT. — ROSÉ & Bruno Mars

✦ All Too Well — Taylor Swift

✦ Shake It Off — Taylor Swift

✦ I Feel Like I’m Drowning — Two Feet

✦ Sweater Weather — The Neighbourhood

✦ So Tell Me the Truth — Two Feet

✦ Making Love Out of Nothing at All — Air Supply

✦ Devil in a Dress — Teddy Swims

✦ The Machine — Reed Wonder & Aurora Olivas

Capítulo 1

Serena

Ser la hija de Marco Caruso no es precisamente una tarea fácil, no porque no adore a papá, sino porque es desgastante. Entre mantener los buenos modales, no hablar a la hora de cenar y, por supuesto, la regla sagrada de nada de cigarrillos, una termina desquiciándose. Delante de él hago como si me dieran asco, pero cuando no está me fumo una cajetilla en menos de ocho horas.

Cada gesto, cada palabra, cada sonrisa, todo tiene que estar medido al milímetro. Ser la hija de Caruso es vivir con la perfección convertida en obligación, aunque por dentro solo quieras gritar y romper todas las reglas. Sin embargo, tengo que admitir que, desde que mamá murió, mi padre ha aflojado un poco. Se ha vuelto un poco, pero solo un poco, más liberal.

—Adelante, Serena. Tenemos que irnos —dice mi padre, su voz está cargada de furia. Sus gestos, la forma en que arregla el broche de su muñeca, son movimientos que siempre hace cuando está enfadado.

Esta mañana he venido con él a una reunión de negocios en el *Seagram Building*, en Park Avenue.

Somos una familia proveniente del sur de Italia. Yo soy la quinta generación, nací en Brooklyn Heights. Mis tatarabuelos fueron de los primeros en llegar a Nueva York y, junto con otras dos familias, crearon Porto & Asociados, la sociedad que desde hace más de un siglo controla todo lo que entra y sale del puerto, desde Red Hook hasta Bay Ridge. En el negocio participamos tres familias principales: los Caruso, los Messina y los Santoro.

Hace unos meses, el señor Armando Santoro falleció de un infarto, y justamente por esa razón nos encontramos aquí hoy, en la reunión que provocó que mi padre saliera tan agresivo.

En casa, mi padre no ha dejado de repetir que Santiago, el mayor de los Santoro, no debería quedarse al mando de su familia. Según él, todavía es muy joven para entender cómo funcionan las cosas.

—Apenas tiene veinticinco años —protesta papá, mirando a Willy, nuestro chofer de confianza. El tío Willy es mi padrino y el mejor amigo de mi padre, siempre está con nosotros.

—Cálmate, Marco —responde él—. Todavía es joven, pero seguro aprenderá a manejar las cosas. Dale tiempo.

—Ni siquiera un traje decente llevaba puesto —vocifera mi padre, sacudiendo la cabeza con irritación.

Yo los miro desde el asiento trasero, jugueteando con un mechón de pelo. Hoy tengo un motivo especial para estar feliz. Mi padre me ha prometido que, después de la reunión, me llevará a la boutique de Dior en la 57th, la más grande de toda la ciudad, para elegir el vestido que usaré en la fiesta de fin de curso.

Mientras él discute con mi padrino y muestra su lado implacable de hombre de negocios, yo sonrío por dentro, imaginando los vestidos elegantes y las horas que pasaré probándome modelos en los vestidores, sin tener que fingir perfección. Pienso también en la música, en mis amigas riendo y bailando, y en lo divertida que será esa noche si por un rato puedo olvidarme de mi realidad.

El coche avanza mientras intento concentrarme en los vestidos, y mi padre sigue discutiendo, provocándome jaquecas. De pronto un fuerte sonido me obliga a girar la cabeza.

Una moto roja brillante aparece de la nada, pasando a toda velocidad junto a nuestro auto. El casco negro del conductor oculta su rostro, pero, de algún modo, nuestros ojos se encuentran cuando gira la cabeza y mira a mi ventanilla. A esa velocidad, uno podría pensar que solo es un borrón, pero para mí cada detalle se graba perfectamente. Mi pecho se acelera y un cosquilleo recorre mi espalda; la adrenalina se me sube por todo el cuerpo y, sin saber por qué, siento un escalofrío que me recorre hasta los dedos de las manos.

—*¡Mamma mia!* —exclama papá, embobado con la moto—. ¿Ves, *piccola*? A eso me refería cuando ayer te decía que los italianos son los reyes de la velocidad. —Gira la cabeza hacia mí con una sonrisa orgullosa.

—Sí… es impresionante —responde Willy—. *Guarda, guarda, guarda* cómo se come los cambios… *Mamma mia…Che bellezza di motore!*

Me cuesta apartar la vista de la ventanilla. Incluso cuando el sonido del motor se va alejando, mi corazón sigue latiendo un poco más rápido de lo que debería.



—Serena, tienes menos de una hora para escoger el vestido —dice mi padre sin quitar los ojos del móvil; ni siquiera se digna a mirar hacia el asiento de atrás.

—Pero papá…

—He dicho una hora —responde tajante—. Una hora es más que suficiente. Esta tarde he quedado con Messina; lo he invitado a cenar a casa.

—Hemos llegado —dice el tío Willy mientras aparca el Mercedes.

—¡No, por favor, con Messina no!

—¿Y cuál es el problema que tienes con él?

—No creo que su problema sea con Enzo —interviene mi padrino, buscándome la mirada a través del retrovisor—, sino con su hijo Antony —añade, soltando una carcajada que se mezcla con su tos de fumador empedernido.

—Te salvas de que te quiero demasiado como para contestar a eso —frunzo el ceño, aunque me cuesta no sonreír—. Antes de que

sigas inventando teorías, yo mejor me voy.

Mientras camino hacia la entrada de la *boutique*, todavía puedo oír la risa catarrosa de mi padrino. Y aunque casi siempre bromea, esta vez tengo que admitir que tiene razón. No soporto a Antony Messina. Guapo es, eso no se lo quita nadie, pero también es un completo gilipollas. Se cree que, por tener esos ojos verdes de cartel publicitario, el corte de pelo a la italiana y su metro noventa bien plantado, puede tener a cualquier mujer rendida a sus pies. Conmigo no le funcionó. A estas alturas aún debe dolerle la mandíbula por la bofetada que le di hace poco más de un mes, cuando me plantó un beso a la fuerza en la fiesta de cumpleaños de mi mejor amiga, Emily.

—Señorita Serena, es un placer tenerla de regreso.

—El placer es todo mío —sonrío.

—Y dígame, ¿qué la trae por aquí hoy? —pregunta la gentil encargada de la *boutique*.

—Dentro de dos semanas es la fiesta de fin de curso, y estaba pensando en un vestido blanco. Algo simple, nada complicado.

—Déjeme ver cómo puedo ayudarla —dice la vendedora mientras me invita a sentarme en una de esas butacas de piel beige que tanto me gustan—. Enseguida haré que le traigan una copa de champán. Ya cumplió los veintiún años, ¿verdad? —añade con una sonrisa cómplice.

—Hoy hace justo dos meses —respondo, devolviéndole la sonrisa.

El sonido de mis tacones se oye sobre el suelo de mármol mientras me acomodo en el asiento. La *boutique* Dior huele increíble siempre. Una mezcla de cuero nuevo, flores blancas y ese aroma suave que sale de los difusores y perfuma el aire.

Mientras espero, bebo pequeños sorbos del exquisito *Dom Pérignon Rosé* que me ofrecieron. A través de las amplias ventanas de la *boutique* miro distraída hacia la calle y, de repente, me detengo. Afuera, frente a la *boutique*, está aparcada una Ducati roja.

Estoy casi segura de que es la misma moto que vi pasar hace un rato, cuando venía en el coche.

—Señorita Serena... señorita Serena —comenta la encargada.

—Oh. Disculpé, me quedé un poco distraída.

—No se preocupe —responde con una sonrisa amable—. Le he traído un vestido blanco, muy elegante pero sencillo, justo como me pidió. Y…, bueno, también me tomé el atrevimiento de traerle un diseño especial de la colección 2024. Estoy segura de que le quedará magnífico con su piel clara y su pelo color avellana —añade, llevándose una mano a la boca tras toser—. El único detalle es que es negro.

En las *boutiques* donde suelo comprar todos saben que odio vestir de negro. La última vez que lo hice fue hace cinco años, el día del entierro de mamá. Desde entonces, ni una sola vez he vuelto a tocar ese color.

—Bueno, me pruebo los dos —digo al final. No quiero parecer maleducada con la chica, que es un encanto.

Tengo que admitir que la vendedora tiene razón. De los dos vestidos, el negro es el que mejor me queda.

Pero no sé por qué motivo nunca me ha gustado vestir de este color.

La única explicación lógica quizás sea el hecho de que, desde muy pequeña, en las reuniones que se hacían en casa, todos los socios de mi padre se vestían de tonos oscuros. O tal vez sea por algo más.

Recuerdo que una vez, cuando tenía siete años, vi desde la ventana de mi habitación al tío Willy golpear con un tubo de hierro a un hombre en el jardín trasero. Le pegaba tan fuerte que su rostro había dejado de parecer humano, cubierto por la sangre que salpicaba en todas direcciones. Esa imagen se me quedó grabada. Ese hombre de rodillas, rogando clemencia, y mi padrino, alto, corpulento, descargando toda su furia mientras el rojo manchaba su traje negro.

Como la niña inocente que era, bajé corriendo las escaleras y me detuve en la puerta del jardín. Él estaba de espaldas, aun sosteniendo el tubo ensangrentado que goteaba lentamente. El hombre, frente a mí, alzó la mirada. Nuestros ojos se cruzaron por una milésima de segundo, pero eso bastó para que el tío Willy notara mi presencia.

Se giró hacia mí. Verlo cubierto de sangre me paralizó; sentí cómo el miedo me recorría el cuerpo, terminé haciéndome pipí encima y solo conseguí murmurar:

—Tío, tu traje se va a poner feo. Mamá dice que la sangre no se lava.

Él soltó una leve risa y respondió con calma:

—*Per questo, picciridda,* siempre voy de negro, así las manchas no se notan.

Luego me guiñó un ojo y cerró la puerta lentamente, con una sonrisa manchada de rojo carmesí. Me quedé inmóvil al otro lado, sin comprender del todo lo que acababa de ver. Segundos después, un sonido muy fuerte acabo con los gritos del hombre ensangrentado. Y luego… todo quedó en silencio.

Han pasado catorce años, y aún conservo aquello grabado en mi mente. Nunca he tenido el valor de hablar del tema con nadie. Ni siquiera con el tío Willy.

Los minutos pasan tan deprisa que ni noto que ya casi se cumple la hora que mi padre me dio para esperarlo. Me apresuro a ponerme la ropa con la que llegué.

—¿Y entonces ha decidido cuál llevará consigo? —pregunta la amable joven que me espera afuera del probador.

—Me llevaré ambos —respondo con prisa, saliendo a tropezones, cargando las dos cajas que me tapan hasta la cara—. Quédese con el cambio.

Meto la mano en mi bolso y le entrego un mazo de billetes de cien. Los ojos de la vendedora se abren desmesuradamente,

brillándole de pura sorpresa al ver tanto dinero en efectivo. Balbucea un *gracias* apenas audible, incapaz siquiera de tragar saliva.

Estoy segura de que le he dejado más de quinientos dólares de propina, pero nada, absolutamente nada, en este mundo vale más que no cumplir con las órdenes de Marco Caruso.

Y aunque nunca me ha puesto una mano encima, aún recuerdo uno de sus castigos más duros: tenerme encerrada en la habitación, sin poder asomarme siquiera a la ventana. Por eso, es mejor no desobedecerle jamás.

La puerta automática de la *boutique* se abre. Casi no logro ver a lo lejos, con las cajas tapándome la vista, el Mercedes Benz de mi padre, con el tío Willy saludándome desde el volante. Camino unos pocos pasos y, de pronto, siento un golpe inesperado, tan fuerte que parece que he chocado contra un muro de dos metros.

—¡Pero qué demonios! —vocifero mientras me agacho para recoger las cajas que acaban de volar al suelo. Y justo cuando levanto la mirada, me quedo congelada.

No es un muro de dos metros. Es un chico alto. Guapísimo, de ojos grises, pelo negro desordenado y piel mediterránea. Lleva una cazadora de cuero oscura que le queda de escándalo. Los hombros y los bíceps se le marcan bajo el cuero, al punto de parecer hechos a su medida por un diseñador. Es el tipo de cuerpo que hace que una mire dos veces.

—Perdóname, por favor. Déjame ayudarte —dice mientras se pone de rodillas frente a mí.

Quedamos uno frente al otro. A simple vista noto que sus labios se arquean un poco, una microsonrisa peligrosa, casi cómplice, dándome la sensación de que ha disfrutado del choque.

—¿Te estás riendo? —pregunto frunciendo el ceño.

—¿Tendría motivos para hacerlo? —responde, levantando la mirada. Sus ojos grises se clavan en los míos, tan directos que me cuesta sostenerlos; siento como si pudiera leerme por dentro con solo mirarme.

—No lo creo —murmuro, cabizbaja, mientras sigo recogiendo el desastre del suelo.

Entonces su mano se cruza con la mía cuando ambos intentamos coger el vestido negro que se salió de la caja. Y justo en ese instante, sonríe.

—Ahora sí que lo has hecho.

—Me atrapaste —responde él, sin perder esa expresión traviesa.

Yo también sonrío, y el calor me sube al rostro. Siento que los cachetes me van a explotar de lo calientes que están.

—Apuesto a que te queda hermoso este vestido —dice, sin apartar sus ojos de los míos.

Sus palabras hacen que mi corazón empiece a galopar desbocado. Y justo cuando voy a responderle, el claxon del coche de mi padre corta el momento . El tío Willy lo toca sin descanso, con una insistencia que parece querer incendiarlo. Me pongo de pie, y él también lo hace.

—Bueno, al parecer tengo que irme.

—Espero cruzarme contigo otra vez —murmura, sonriendo.

No sé qué contestar. Los nervios me atacan y, sin pensarlo demasiado, me marcho. Camino hacia el coche, pero a mitad de camino giro la cabeza. Ahí está él, subiendo a la famosa Ducati roja. Su mirada vuelve a encontrarse con la mía; es como si supiera exactamente que iba a darme la vuelta.

Arranca la moto. Se pone el casco y sube la visera. Y justo antes de irse, me grita.

—¡Hasta pronto, Serena!

Me quedo clavada en el piso mientras lo veo alejarse a toda velocidad.

¿Cómo demonios sabe mi nombre?

Desconcertada y con mil preguntas en la cabeza, me meto al coche. Pero ni siquiera alcanzo a procesar nada cuando la voz de mi padre explota.

—No quiero verte de nuevo cerca de él —vocifera mientras se alarga el cuello de la camisa.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, todavía confundida.

—*Cara* ahijada, ese *ragazzo* con el que estabas hablando es Santiago Santoro —dice el tío Willy mientras arranca el coche.

Capítulo 2

Santiago

—Apuesto a que te queda hermoso este vestido.

Puedo ver cómo le tiemblan los ojos; los cachetes se le enrojecen de vergüenza. Seguramente su corazón no deja de latir. Las mujeres como ella confunden la atención con el amor. Qué niña tan vulnerable. Qué fácil será destruirla. Mi presencia y mis palabras han logrado justo lo que quería. Serena Caruso ha caído en mi juego, y ella aún no lo sabe.

—Bueno, al parecer tengo que irme.

—Espero cruzarme contigo otra vez.

Tan frágil. Tan dócil. Podría destruirla con nada. Y, sin embargo, la veo entregarse sin entender en qué se mete.

Corre, corre, tu papito te llama.

Mientras camino hacia la moto, siento que piso algo tirado en el suelo. No puedo creer lo que ven mis ojos. Al parecer, el destino me lo está poniendo demasiado fácil. El celular de Serena. Lo meto rápido en mi bolsillo; no quiero que la pequeña princesa se dé cuenta de que ha perdido su móvil.

En tanto que subo a mi moto la veo a lo lejos de espalda. Tengo que admitirlo. Tiene un culo precioso. No veo la hora de follármela.

Le doy cinco segundos para que se dé la vuelta. Siempre lo hacen.

La vulnerabilidad le sienta casi demasiado bien. Vuelve a buscarme con la mirada, como si esto fuera un cuento bonito. Qué fácil es leerla. Arranco la moto y le sigo el juego.

—¡Hasta pronto, Serena! —grito mientras me alejo.

Esta noche no podrá dormir preguntándose por qué sé su nombre. De seguro mojara sus bragas pensando en mí. Y aunque me gustaría quitarle esos deseos ya mismo hay mucho en juego

para arriesgarlo todo por una calentura. Necesito primero moldearla a mi modo. Las mejores victorias se construyen despacio; la prisa solo estropearía mi venganza.



—¿Dónde carajos te habías metido? —dice Stefano mientras me lanza una cerveza.—. Llevo más de una hora esperándote.

Stefano es mi primo, aunque no de sangre. Su padre fue un gran amigo del mío. Cuando lo mataron, él tenía dieciséis; yo, nueve. Mi padre lo acogió sin pensarlo mucho y lo crió como a uno de los nuestros. En esta familia, la lealtad pesa más que la sangre.

—Asuntos personales —respondo.

—Bueno, asuntos personales, déjame decirte que nuestros amigos húngaros nos están esperando en el pub de Manny.

Los húngaros son una pequeña banda de ratas que han estado jodiendo alguno de los negocios de mi padre. O, mejor dicho, en lo que fue de mi padre. Pero digamos que desde que regrese a Nueva York se han mantenido a raya. Roland Kovács, el hijo de puta que dirige la colmena, colocaba a su gente con contratos falsos; estibadores de cartón que se llevaban nuestra mercancía. Estuvieron robando durante meses, y los imbéciles de Caruso y Messina siquiera se dieron cuenta. El mundo se puede acabar y esos dos no lo verían. Finalmente, todo cambió cuando tuve una pequeña reunión hace par de días con el hijo de Roland. Por eso quiere verme hoy. No lo culpo. Si yo recibiera una foto de mi hijo con la cara desfigurada y los dientes tirados en el suelo, también estaría furioso.

El pub de Manny es un agujero en la esquina de la 7th con la 48. Paredes de ladrillo, olor a cerveza barata y sudor viejo. Un sitio

perfecto para que los mediocres se sientan importantes mientras se arruinan sin darse cuenta.

Stefano entra primero. Yo lo sigo. Los húngaros ya están aquí. Hay tres tipos en la mesa del fondo. Roland no vino, claro. Envió a su segundo, un idiota con pinta de boxeador retirado.

—Santiago Santoro —dice el tipo, levantando un poco la mirada —. Mi jefe quiere hablar contigo—y me desliza una cerveza que esta encima de la mesa.

—¿Ah, sí? —respondo, tomando asiento—. Pero yo no quiero hablar con él.

El tipo me mira confundido. Stefano finge distraerse con una servilleta, pero sé que está atento a cada palabra.

—Escucha, amigo, Roland no está contento con lo que le hiciste a su hijo...

—Ni yo lo estaría —interrumpo—. Lo dejé irreconocible, ¿no?

Se hace un silencio incómodo. Uno de los húngaros se revuelve inquieto en su asiento. Yo sonrío.

—Pero vamos al grano —digo—. Su colmena se alimentó de mí durante meses. Ahora es mi turno de fumigarlos.

El tipo abre la boca para protestar, pero lo callo levantando un dedo.

—Dile a Roland que no me interesa su perdón. No lo necesito. Quiero su respeto. Y si no me lo da, me encargaré de arrebatarle lo que más quiere.

Termino mi cerveza y me pongo de pie.

—Y dile también —añado, mientras saco un cigarrillo—. Que no me gusta repetir las advertencias.

Salgo del pub con Stefano detrás.

—¿No crees que te pasaste un poco? —dice él.

—No —respondo encendiendo el cigarro—. Solo les di una dosis de su propio veneno. Si quieren guerra, no voy a negársela.

El humo me cruza la cara mientras voy hacia la moto. El celular de Serena vibra en mi bolsillo. *El destino tiene un sentido del humor bastante retorcido.*

Capítulo 3

Serena

—Estoy segura de que lo he perdido. Lo he buscado por todos lados —digo, mientras revuelvo los cojines del sofá con desesperación.

—¿Ya le preguntó a su padre si lo ha visto? —pregunta María.

—¿Estás loca? —respondo llevándome las manos a la cabeza—. Si se entera de que lo perdí, me mata. Me lo compró el mes pasado.

María es nuestra empleada doméstica, pero para mí siempre ha sido mucho más. Desde que tengo memoria, estuvo a mi lado. Cuando murió mamá, cuando papá perdía el control, cuando me quedaba sola en los actos de la escuela. Ella era la que aplaudía por mí. Es en todo sentido mi segunda madre.

—Use mi celular, señorita Serena. Intenté marcar a su número; tal vez alguien lo haya encontrado —susurra, entregándome su móvil.

—Buena idea —suspiro mientras sonrío—. Eres un amor, María.

Saber que he perdido el móvil me tiene de malas pulgas. Tiene bloqueo facial, claro, pero *¿quién me asegura que con tantos locos sueltos no consigan hackearlo?* Mi celular es mi confidente, mi cómplice. Solo pensar que alguien podría curiosear lo que guardo ahí dentro me pone los pelos de punta.

En las notas tengo de todo. Pensamientos comunes, ideas fugaces y algunos bastante más morbosos, cosas que ni por error le contaría a Emily. Y ni hablar de la galería, que tiene doble pin de seguridad. Si alguien llegara a ver las fotos íntimas que me hago de vez en cuando, creo que me daría un infarto.

A veces, cuando estoy sola en casa, pongo *"All Too Well"* de Taylor Swift, mi canción favorita, subo el volumen, enciendo la luz del aro que uso para Instagram y me monto mi propio *mini–shoot*. Me encanta hacerme fotos, sobre todo esas en las que llevo poca ropa o, bueno, ninguna también. Pero ojo, no son fotos cutres ni

improvisadas, las mías tienen clase. Son cuidadas, artísticas, incluso mejores que muchas que he visto en revistas para adultos.

Me apasiona la fotografía, me gusta verme a través del lente, sentirme libre, poderosa, dueña absoluta de mi propio show. Mis favoritas son las que me hago con solo una bufanda en el cuello, que casi no cubre nada y deja más a la imaginación que a la vista. Hace unos días me hice una con mi bufanda de seda blanca, jugando con las sábanas de mi cama, y la foto quedó preciosa.

Llevo un buen rato llamando a mi celular y nada. Cada vez que escucho el tono de llamada, me dan más ganas de lanzarlo todo por la ventana.

—No puede ser que nadie lo haya visto —murmuro mientras muerdo mi uña.

—Debe estar apagado o fuera de cobertura —dice María, intentando tranquilizarme.

—No, suena… —respondo mientras me paso la mano por el pelo —. Suena, pero nadie contesta.

El timbre de la casa me sobresalta. María me lanza una mirada que dice *ya llegaron.*

Perfecto, justo ahora. La cena familiar con los Messina.

No entiendo por qué mi padre sigue insistiendo en invitarlos todos los meses si se ven prácticamente todos los días en las reuniones.

Me miro en el espejo del pasillo. Vestido beige, trenza con coleta alta y el labial nude rosado que me puse a medias. No tengo ánimos para una cena familiar, pero tampoco puedo esfumarme así como así.

—Serena —dice mi padre desde el recibidor—, ven a saludar a nuestros invitados.

Aparezco en el comedor justo cuando los Messina entran. Enzo, impecable como siempre, y detrás su hijo. Ahí está. El niño dorado. Traje perfecto, sonrisa de catálogo y ese aire de *soy el favorito del universo* que siempre me saca de quicio.

—Serena, qué gusto verte —dice Antony, acercándose para besarme la mejilla.

—El gusto es mío —murmuro, sosteniendo una sonrisa que no me convence ni a mí.

Nos sentamos a la mesa. María sirve vino y platos que casi no pruebo. Mi mente sigue en otra parte. Mientras todos hablan de negocios, sigo marcando mi número bajo la mesa, pero nadie responde. Solo se escucha el sonido intermitente de la llamada. De repente, siento algo rozar mi pie bajo la mesa. Antony. Al principio pienso que fue un accidente, pero luego vuelve a hacerlo, más lento, más descarado.

Levanto la mirada. Antony me sonríe, como si nada, mientras juega con el tenedor entre los dedos. Tiene esa mirada suya: medio depredadora. Antony Messina siempre ha sido así. Encantador por fuera e insoportable por dentro. Cuatro años mayor que yo, pero igual de inmaduro que un adolescente de trece años. Acostumbrado a conseguir todo lo que quiere, cuando quiere. Hijo único, arrogante, narcisista y peligrosamente consciente de ello.

El roce bajo la mesa continúa. Esta vez, su zapato sube hasta mi pantorrilla. Lo aparto con un gesto brusco. Siento la rabia subirme por el pecho. Y, de golpe, recuerdo aquella noche en la fiesta de Emily. La música estaba tan alta que nadie oía nada. Antony había bebido de más y me besó a la fuerza. Pero logré soltarme y le metí una bofetada tan fuerte que, aun con la música a tope, todos alrededor se giraron. Mi novio Joe había llegado justo en ese momento. No preguntó nada; fue directo hacia Antony. Si Emily y dos amigos no los hubieran separado, esa noche habría terminado mal. Desde entonces, Antony finge que nada pasó. Actúa como si yo fuera la exagerada, como si todo hubiera sido una simple *confusión*.

Ahora, mientras mi padre habla animadamente con Enzo, Antony vuelve a estirar el pie, rozando el mío. Su sonrisa no cambia, sigue ahí, tan soberbia como siempre. Yo, en cambio, siento que voy a estallar. Aparto la pierna de golpe y la cago en el cálculo. Mi rodilla

da contra la pata de la mesa y todo tiembla, copas incluidas. Todos se giran a verme.

—¿Estás bien, *piccola*? —pregunta mi padre.

—Sí —disimulo con rapidez—. Disculpen… necesito un poco de aire.

Salgo al jardín. El aire fresco me baja un poco la presión. Cierro los ojos un segundo, intentando calmarme, pero no llego a dar ni dos pasos cuando escucho a alguien detrás de mí.

—¿Ya te ibas a escapar sin despedirte?

No necesito girarme para saber que tiene las manos en los bolsillos y la sonrisa de siempre.

—Solo salí a respirar —respondo sin mirarlo.

—Vamos, Serena, no seas así —susurra, acercándose más de lo que debería—. A veces pienso que disfrutas provocarme.

—Provocarte a ti es lo último que quiero —digo, girándome de golpe—. No todas te desean, Antony.

—¿Quieres ponerme a prueba?

Y justo entonces, el sonido que más quiero escuchar le corta la arrogancia. Mi celular. El corazón me da un salto. Saco el móvil de María del bolsillo y contesto sin pensarlo.

—¿Hola? ¿Quién tiene mi celular? —pregunto, con la voz temblorosa.

Por un instante no se oye nada. Hasta que una voz grave, profunda, me sacude entera.

—Soy Santiago.

Capítulo 4

Santiago

Ser el hijo mayor de Armando Santoro nunca fue tarea fácil. Nunca pude ser débil. Mi padre solía decirme *"En este mundo, o controlas o te controlan"*. Para sobrevivir tuve que convertirme en el hombre que soy ahora. No siento miedo. No siento dolor. No siento amor. Soy un alma vacía. Soy el resultado de un padre sin escrúpulos, un hombre sin sentimientos, y de una madre que nunca cuidó de sus hijos, una madre que prefería drogarse antes que afrontar a su marido.

A los seis años vi a mi padre apretar el gatillo de su revólver 38 mientras apuntaba a la frente de un hombre, en la sala de nuestra casa. Ese día algo se rompió dentro de mí. Algo se quebró para siempre. No hubo gritos, nadie ayudó a aquel hombre tirado en el suelo, no hubo absolutamente nada. Solo una alfombra manchada de sangre y sesos esparcidos por todos lados.

Recuerdo haber subido corriendo las escaleras hasta la habitación de mi madre, buscando refugio entre sus brazos como haría cualquier niño. Su rostro era pálido, con ojeras oscuras del mismo tono que el vestido que llevaba. Ella cargaba a mi hermano de un año y se movía de un lado a otro intentando dormirlo. Al verla, corrí a abrazarla y le conté lo que acababa de ver, pero ella lo negó:—Eso no pasó. No lo repitas.

Sus palabras fueron tan fulminantes como la bala que atravesó al hombre en la sala.

A los seis años empecé a crecer y a transformarme. Algo en mí dejó de ser niño y me convirtió en un mecanismo. Mi padre nunca me enseñó a montar bicicleta ni a jugar a la pelota. Él me enseñó a mentir sin pestañear, a guardar secretos bajo la lengua, a mirar a los ojos de un hombre y saber si estaba dispuesto a morir por lo que decía. Me enseñó que el mundo es un tablero de ajedrez, y que los

hombres débiles son peones que se sacrifican sin remordimientos. Para él, yo no era un hijo. Era un proyecto a largo plazo.

A los ocho ya sabía desmontar y montar su revólver sin que se me cayera una sola pieza. A los nueve me llevó a mi primera reunión:

—Siéntate a mi lado. *Guarda e impara* —me dijo mientras fumaba uno de esos habanos que olían a madera quemada y a muerte.

Me quedé quieto durante horas. Sin hablar. Sin mover los pies. Sin mostrar que algo me afectaba.

A los diez presencié cómo mi padre le rompía la mano a un hombre solo por pronunciar mal nuestro apellido. Y yo no pestañeé. Me quedé firme, tal y como él quería. Sentí náuseas, pero las digerí.

Mi hermano pequeño creció distinto. Él todavía lloraba, todavía esperaba una madre que nunca estuvo realmente presente. Yo no. Yo ya sabía que en esa casa nadie iba a cuidarme. Que las palabras de mi madre eran huecas. Que mis pesadillas no desaparecerían porque me abrazara. Aprendí a dormirme con el ruido de las peleas en la planta baja. A los doce ya no temía a los gritos. A los trece dejé de esperar que alguien me preguntara si estaba bien. A los catorce me convertí en la sombra de mi padre.

Un día me miró con esa expresión que solo tenía cuando estaba satisfecho con algo. Una mezcla de orgullo retorcido y triunfo.

—Vas a llegar lejos, *ragazzo*—me dijo—. Más lejos que yo. *Sei migliore di me*. Naciste para serlo.

Lo dijo con el tono de un halago, pero desde ese momento entendí la verdad. No me estaba regalando un futuro, me estaba condenando a uno. Porque cuando naces para ser hijo de Armando Santoro, no te permiten ser niño, ni humano, ni sentir. Te obligan a elegir. Ser depredador o presa.

Y yo elegí. Elegí sobrevivir. Elegí ser lo que él esperaba. Elegí convertirme en ese vacío perfecto que nadie puede manipular.

A los quince me despachó a Sicilia, a vivir con su hermano mayor. La Cosa Nostra terminó de hacer el trabajo que él empezó, y viví con

ellos hasta hace unos meses. Regresé solo cuando me llegó la noticia de su muerte.

En casa de mi tío nada era amable, nada era cálido. Las paredes olían a sangre vieja. Él no sonreía nunca, no preguntaba, no explicaba. Solo ordenaba. Y yo obedecía, porque en mi familia desobedecer no es una opción: es una sentencia. Aprendí que la disciplina no es castigo. Es un molde. Te rompe hasta que encajas. Te pule hasta que no duele. Te entrena hasta que ya no recuerdas cómo es ser otra cosa.

Me enseñaron a escuchar más que hablar. A mirar sin que me miraran. A moverme con la discreción de un fantasma. Aprendí que el halago abre puertas y que la mentira, si está bien construida, puede comprar fidelidades que el miedo jamás lograría.

Y hoy estoy aquí, en medio de la noche. En un almacén viejo. Sentado en el capó de mi auto, fumando un cigarro mientras espero a que llegue un padre roto. Un padre adolorido.

—Carajo, ¿puedes callarte de una vez? —gruño, tirando el cigarro al suelo mientras camino hacia el maletero. Los quejidos del hijo de Roland y el golpeteo de su cabeza contra el metal me taladran la paciencia.

—Ya viene, papito —murmuro mientras abro el maletero.

—Mmmph…

Me quedo en silencio, observando al imbécil ,amordazado y con las manos atadas con una soga vieja. Seguramente fue un niño mimado, comiendo algodón de azúcar y montando bicicleta en Central Park. Y ahora está aquí, ensangrentado, cagado y suplicando.

—Juguemos a un juego. Te dejaré hablar, pero solo si me cuentas un poco de tu infancia. Antes de convertirte en el hijo de puta que eres ahora.

—Mmmph…

—¿Qué carajo quiere decir Mmmph, imbécil? —digo mientras golpeo su frente con un dedo—. ¿Sí o no? Mueve la cabeza, *stronzo*.

Eso sí puedes hacerlo.

Asiente y le arranco el trapo de la boca.

—¡Maldito italiano! ¡Te voy a matar!

—Pues mira tú —murmuro al ver las luces de un auto acercarse —. Te tocó la lotería, eh. Tu salvador vino por ti.

El auto se detiene y Roland se baja. Al parecer, el cabrón cumplió con su palabra de venir solo, tal como le dije.

—Santiago… —dice con voz ronca.

No le respondo. Solo me echo un poco hacia atrás y señalo el maletero con la barbilla.

Roland avanza a trompicones, intentando mantener la compostura, pero el sudor le corre por la frente. Cuando finalmente ve a su hijo, sus ojos se llenan de rabia.

—¿Y después de esto debería ser tu aliado?

—Después de esto —digo mientras bajo la tapa del maletero—, no te queda otra opción.

Roland aprieta los dientes.

—Fuiste tú quien robó mi mercancía, ¿verdad? —gruño mientras me acerco—. ¡Fuiste tú quien pasó meses haciendo contratos falsos para que tus ratas de mierda robaran mis putas armas!

—¿Qué quieres, niño? —gruñe al fin.

—Tu respeto. Y tú perdón.

Roland abre la boca, pero no encuentra nada que decir. No es un hombre de estrategia, y ahora es solo un padre desesperado que teme por la vida de su hijo. Y eso me da ventaja.

Su mirada se endurece, pero es evidente que está atrapado entre el miedo y la necesidad.

—Mi hijo es un buen hombre.

No puedo evitar reírme.

—¿Tu hijo es un buen hombre? —me paso la mano por la cara, dándome un segundo para procesar semejante tontería—. Mira,

mejor te explico a qué se dedica tu *buen hijito*. O no. Mejor que te lo cuente él mismo.

Abro el maletero y le quito nuevamente el trapo de la boca.

—Vamos, campeón —susurro, inclinándome lo suficiente para que sienta mi respiración en la frente—. Cuéntale a tu papito a lo que te dedicas.

El hijo de puta no dice una palabra. Solo gimotea como un perro apaleado buscando protección. Sus ojos suplican que su padre haga algo, cualquier cosa, pero Roland se mantiene en silencio.

—¡He dicho que le cuentes, carajo!

Pero él sigue gritando por ayuda, histérico, fingiendo ser un inocente al que la vida le jugó una mala pasada.

—¿No vas a hablar? —susurro, sintiendo cómo la furia me sube por la garganta—. Perfecto.

Me inclino aún más, casi tocando su cara.

—¡Entonces lo digo yo! —rujo—. ¡Cuéntale cómo fue que te encontré, maldito hijo de puta! ¡Cuéntale cómo te escondes entre familias en parques y aeropuertos, esperando el momento justo en que alguien baja la guardia! ¡Anda, díselo a tu padre, cabrón! ¡Dile cómo los subes a tu camioneta!¡Dile cómo lo sacas del país!

El desgraciado se limita a llorar, convencido de que eso le va a limpiar el alma. Ese llanto, ese sonido sucio, asqueroso, me provoca un ardor tan feroz en las venas que siento que podría acabar con él ahora mismo.

—¡Habla, mierda! —gruño, agarrando su rostro con fuerza—. ¡Habla como los niños que gritan desesperados por su mamá mientras tú los arrastras! ¿Qué? ¿Ahora te quedaste sin voz?

No me aguanto. La sangre me arde al verlo suplicar, haciéndose pasar por el maldito inocente. La mandíbula me cruje y todo mi mundo se concentra en un solo punto: su puta cabeza.

Agarro mi pistola; el cañón está frío. Quito el seguro; el clic corta mi respiración. Me muevo tan rápido que Roland ni siquiera alcanza

a reaccionar. Aprieto el gatillo. Lo aprieto con tanta fuerza que siento que podría partirlo en dos.

La bala le entra limpio por la frente.

Roland tarda un momento en entender lo que ha pasado. Sus ojos se quedan clavados en el cuerpo de su hijo como si su cerebro se negara a aceptarlo. Pero cuando lo hace…

—NO… NO… —su voz se quiebra.

Se desploma de rodillas, temblando frente al maletero.

—¡Mi hijo… mi hijo!

Yo solo me quedo aquí mirándolo.

Roland levanta la mirada. Ya no es un hombre. Es un animal acorralado, herido, listo para hacer cualquier estupidez.

Y la hace.

—¡¡Hijo de puta!! —ruge, llevándose la mano al cinturón.

Tres de los suyos salen de las sombras apuntándome con sus armas. Una puta emboscada. El cabrón ya contaba con esto.

Levanto mi Glock, pero el primer disparo es de ellos. Siento el impacto rozarme el hombro izquierdo. Un golpe caliente, fuerte, que me quema con la intensidad de un hierro ardiendo. No caigo. No pienso hacerlo. Doy un paso atrás, manteniendo el equilibrio, y me cubro detrás del coche.

Los hombres de Roland avanzan sin pensar en las consecuencias. Tres contra uno. O eso se creen.

—¡Stefano… ahora!

Un milisegundo después…

PAM.

PAM.

Dos disparos. Dos cuerpos caen como sacos. Stefano no falla. Desde la azotea, con el rifle de precisión, tiene vista limpia. En lo que dura un parpadeo, casi todos están muertos. Todos, menos Roland y un cabrón que logra esconderse detrás de un coche viejo. Levanto mi pistola y espero. El tipo asoma la cabeza. Tiro del gatillo.

El cabrón cae a tierra, abatido. Roland, en cambio, sigue arrodillado, temblando, cubierto con la sangre de su hijo. Sin armas. Sin hombres. Sin nada.

Me acerco con el hombro ardiendo, pero firme. Me paro frente a él.

—Te dije que vinieras solo.

Roland levanta las manos, temblando.

—Santiago, por favor… yo…

—Cállate. Desde hoy me debes tu vida. Tu respeto. Tu silencio. Y tu lealtad.

—Sí… —susurra—. Sí, Santiago… lo que tú digas.

—Bien. Ahora levántate. No me gusta ver a un hombre arrodillado, a menos que lo haya puesto yo ahí.

Stefano baja de la azotea. Trae el rifle al hombro. Se acerca, mira mi hombro ensangrentado y suelta un bufido.

—Te alcanzaron —dice, como si yo no lo supiera.

—Dame un cigarrillo —respondo sin mirarlo.

Stefano mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y me pasa la cajetilla. La mano me tiembla un poco, pero no lo dejo notar. Aprieto el cigarro entre los labios y él lo enciende. Aspiro hondo. El humo me arde en la garganta, pero me calma.

Stefano mira a Roland, todavía arrodillado.

—Mira eso —dice—. Un hombre hecho mierda. No vale nada.

Suelto el humo lentamente.

—Ahora me pertenece.

—¿Y qué piensas hacer con él?

—Lo que quiera —respondo—. Cuando le quitas a un hombre todo lo que tiene se vuelve tuyo para siempre.

Stefano mira a Roland un segundo más, luego vuelve a mirarme.

—Entonces tienes un perro nuevo.

—Sí —digo, tirando la colilla al suelo y aplastándola con la bota—. Y muerde cuando yo lo mande.

Capítulo 5

Serena

Ayer, mientras hablaba con Santiago para fijar un encuentro y que me devolviera mi celular, el insoportable de Antony no dejaba de molestarme con sus jueguitos tontos. Tan pesado era que tuve que retirarme a mi habitación, fingiendo que la cena me había caído mal.

Esta mañana, al mirarme en el espejo, me asusté de mí misma. La verdad es que anoche casi no pude dormir; tengo unas ojeras que parecen llegar al suelo. Di mil vueltas antes de conciliar solo una hora de sueño. Estoy nerviosa, y tengo que admitirlo. Solo pensar que Santiago tiene mi celular me provoca un pánico que no puedo controlar.

Quizás sea una tontería, pero no quiero ni imaginar que haya sentido curiosidad por cotillear.

—Papi, papi…

—Dime, *piccola*.

—¿Dónde estás?

—Estoy en el despacho.

Mientras bajo las escaleras, voy armando a toda prisa una excusa. Quedé con Santiago en Brooklyn Bridge Park a las once, y no puedo darme el lujo de que mi padre sospeche. Ayer, cuando fingí que la cena me había caído mal, me caló de inmediato; la mirada que me soltó lo dijo todo.

—Pa… hoy voy con Emily al centro comercial… y quizá me quede a dormir en su casa —procuro no mover ni un músculo; sé que me lee la cara.

—Con una condición.

—No, por favor… todo menos eso.

Hace un año mi padre empezó a meterse en la política, y resulta que le ha ido demasiado bien. Tanto, que ahora se postula para la

alcaldía de Nueva York, y según las encuestas va ganando. Pero todo eso implica que nuestra vida privada esté mucho más expuesta a la prensa, y a los locos que andan por ahí sueltos.

Hace apenas unas semanas habría sido el cumpleaños de mamá. Papá y yo fuimos a cenar a su restaurante favorito, en la esquina de la 60th con la 86th Street. Y cuando salimos, un periodista de renombre llamado Tony Esposito nos bombardeó de preguntas. Ni siquiera habíamos dado dos pasos de la salida cuando ya teníamos la cámara encima. Todo iba bien hasta que me apuntó el micrófono a mí y preguntó, sin ningún pudor, qué se sentía tener un padre vinculado al crimen organizado.

El juego del periodista era simple. Tocar el punto débil de papá para destruirlo en las elecciones. Algunos periodistas son pagados por la competencia, y Tony es uno de ello. Es peor que una piedra en el zapato.

La reacción de mi padre no fue precisamente diplomática. Su rostro se puso rojo, sus ojos ardieron y le soltó un puñetazo que le rompió la nariz, por suerte no estábamos en directo. Pero para calmar la situación solo pude responder con lo que siento.

—Marco Caruso es un papá ejemplar, y me siento orgullosa de tenerlo como padre.

Le di un abrazo frente a la cámara y lo llevé hacia el auto. Aunque su manera de manejarlo todo a veces me asfixia, sé que es su forma de cuidarme.

—Todo menos el tío Willy, por favor. No puedo ir caminando por ahí con él pegado detrás —suplico.

—Serena, ya sabes que no me gusta que anden solas por ahí. Los tiempos que corren son muy peligrosos, y solo de imaginar que algo pudiera pasarte, o que algún imbécil como ese maldito periodista te moleste, no puedo evitar preocuparme.

—Si quieres, llamo a Joe para que nos acompañe.

—Joe es un niñato, Serena —dice él, sin apartar la mirada de la laptop.

—Vamos, papi, tengo veintuno . No puedes seguir tratándome como a una niña.

—Sabes que siempre serás mi niñita, ¿verdad? —su voz se suaviza al mirarme.

Mis ojos azules se llenan de ternura, igual que un gatito que sabe que con esa mirada le darán lo que quiera.

—No me mires así, por favor —sonríe—. Mira, hagamos esto… Llama a Joe para que las acompañe y, si ves algo que no te gusta, activas la función de emergencia del reloj que te regalé por tu cumpleaños. Ya sabes que ese aparato manda alerta incluso cuando deja de detectar tus latidos...¿De acuerdo?

—¡Uuy, te amo! Eres el mejor papá del mundo —le digo, corriendo a abrazarlo.

—Si algo te pasara no me lo perdonaría jamás —susurra, apretándome fuerte contra él—. Le diré a tu padrino que te lleve hasta la casa de Emily.

Abro los ojos y lo señalo con el dedo.

—Y luego, cuando te deje en casa de Emily, se irá, te lo prometo.

—Muy bien —sonrío, aunque por dentro me duele mentirle. Sé que tengo que recuperar mi celular.

Desde que mi padrino me dejó en casa de Emily, intento llamar a Joe, pero no responde. Joe es mi primer y único novio. Novio formal, quiero decir. Llevamos casi un año juntos; nos conocimos en primer año de la carrera de medicina. Mi papá dice que es una buena elección, sobre todo porque sus padres son súper influyentes en el sector de la salud. Su papá es el director del *Hospital St. Aurelius Private Medical Center*, uno de los más prestigiosos de la ciudad, y su mamá es la directora de Asuntos Externos, la que se encarga de las relaciones del hospital con el gobierno y la comunidad.

—Deja ya de llamarlo. Seguro está en la pista con los chicos. Dentro de poco es el campeonato —dice Emily mientras se retoca frente al espejo. —Ya estoy lista, podemos irnos.

—Quizás no reconoce el número y por eso no responde —murmuro, deslizando los dedos por la pantalla. Uso el móvil que compré *por si acaso*. Solo Emily sabe que lo tengo—. Si papá se entera de que vamos solas me mata.

—Si tu no le dices nada, no tiene por qué enterarse.

Asiento, suelto un suspiro y agarro mi bolso. Ya le mentí a mi papá por lo del celular, y ahora esto también. Empiezo a sentirme culpable.

Caminamos hacia el centro comercial. La casa de Emily está en la 48 Street, a pocos minutos a pie. Me miro de reojo en el cristal de un café.

—Por Dios, qué ojeras tengo.

—Vamos a ver si podemos arreglar eso antes de que parezcas un zombi —se ríe Emily—. Y de paso me cuentas lo de tu nuevo amigo.

Trago saliva. Ojalá supiera lo lejos que está esa palabra de lo que de verdad pienso. Cada vez que me acuerdo de cómo me miró con esos ojazos grises, tan seguro de sí mismo, se me revuelve todo por dentro. Pero no voy a contarle eso a Emily. No sabría ni cómo explicarlo sin sonar ridícula.

Llegamos al centro comercial. Las puertas automáticas se abren y un aroma a café recién hecho nos da la bienvenida. Emily me agarra del brazo y me lleva directo al salón de belleza, con esa sonrisita confiada que siempre consigue que la siga sin rechistar.

Nos sentamos en la sala de espera mientras otras clientas pasan a ser atendidas. El murmullo de las conversaciones, el ruido de los secadores y el tintinear de las tijeras me distraen, y aunque intento concentrarme en eso, mis pensamientos siguen dando vueltas en torno a él.

—Bien, hora de salvar esas ojeras —dice Emily, señalando mi rostro pálido con el móvil en la mano—. *Selfie* para antes y después, ¿sí o sí?

—Solo si prometes no subirla a Instagram.

—¿No piensas contarme nada? —pregunta, apoyando el codo sobre el respaldo de la silla.

—Nada… no es nada… —murmuro, sintiendo cómo las mejillas me arden—. Es solo que… no sé, me dejó toda rara.

—Ajá, "*Te dejó rara"…* —Emily levanta una ceja—. Eso ya suena sospechoso. Y muy tú, por cierto. Mira esa carita. Sabía que al final ibas a soltar algo.

Y mientras ella sigue hablando, yo solo pienso en él, en cómo nos miramos, y en esa sensación absurda de que podía leerme la mente.

—¿Estás ahí o solo fantaseando? —Emily me da un golpecito en el brazo, sacándome de golpe de mis pensamientos.

—Ah… sí, sí, estoy aquí.

—¿Y Joe? ¿Qué piensa de todo esto? —pregunta con esa risa sarcástica que siempre usa cuando huele drama.

—Uf… solo me falta que Joe se entere —suspiro.

Mientras digo eso, aprieto los labios hasta blanquearlos sin darme cuenta. Mis dedos se entrelazan, se tensan, y por un instante siento que hasta se me corta la respiración.

—¿Qué demonios tienes en ese móvil?

Emily lo pilla todo. Siempre. Me mira desde el espejo y ladea un poco la cabeza, afinando el enfoque para leerme mejor.

—Nada.

—Serena… —murmura, arrastrando mi nombre con una paciencia quirúrgica—. Acabas de poner la misma cara que cuando juraste que no había pasado nada con Joe, y las dos sabemos muy bien que eso fue mentira.

Trago saliva. Siento que la piel de la nuca se me eriza.

—No es nada… —miento, y hasta mis oídos escuchan lo mal que suena.

—Serena, por favor… si sigues así, hasta yo me pondré nerviosa. Más te vale recuperar ese celular hoy. Y rezar para que ese chico no sea del tipo curioso.

Cierro los ojos por un segundo. Quisiera poder respirar con normalidad, pero no puedo. La pregunta que llevo esquivando desde anoche vuelve a clavarme un pinchazo en el pecho.

¿Y si él ya vio las fotos?

Capítulo 6

Serena

Las horas van pasando y cada vez se acercan más las once. Tomo un taxi desde casa de Emily, aprovechando que sus padres no están. Mientras menos gente sepa de mis movimientos, mejor. Intento ir lo más natural posible. Un vaquero, unas botas negras y la sudadera con capucha que Emily me prestó de su papá. No llevo maquillaje, solo un poco de labial rosita cálido, casi nude, para que no se note lo pálida que tengo la boca. Lo sé. Me conozco demasiado bien. Cuando tenga a Santiago delante, los nervios me van a jugar en contra. Mis labios siempre cambian de color cuando estoy en situaciones… complicadas. O cuando pienso demasiado en ellas.

Finalmente estoy aquí. El taxi me dejó cerca del Bridge Park. A pocos metros está el East River. Mientras camino hacia el punto exacto donde quedé en verme con Santiago, puedo escuchar mis propios latidos retumbando en los oídos. El silencio del lugar no ayuda. Las luces del puente brillan sobre el río, pero el sendero está vacío y apenas iluminado. No hay un alma viva hoy, y da la sensación de que todo el mundo prefirió quedarse en casa. El aire nocturno está más frío de lo que imaginé y cada paso que doy suena demasiado fuerte en mi cabeza. Me siento una idiota por haber aceptado venir aquí a verlo. Apenas lo conozco, y ni siquiera sé si estoy haciendo lo correcto.

Miro mi reloj. 11:06. *Genial. Además de idiota, impuntual.* Respiro ,intentando que no me tiemblen las manos.

—Llegas tarde.

Oigo su voz detrás de mí. Se me eriza hasta el alma. Cierro los ojos un segundo. Y me giro despacio.

Santiago está apoyado contra la baranda, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora de cuero. Observándome. Como si hubiera estado estudiando cada minuto que tardé en aparecer. La luz le cae de costado, marcando su perfil y la sombra de su

mandíbula. Y esa maldita calma inquietante que tiene un hombre que jamás pierde el control.

Trago saliva, pero no funciona. Mi garganta está seca.

—Dame mi móvil —digo, o al menos eso intento. Mi voz suena más pequeña de lo que esperaba.

Él no se mueve, no parpadea, no sonríe. Solo inclina un poco la cabeza, evaluándome, dándome la impresión de que puede oír mis pensamientos.

—¿Eso es lo primero que vas a decirme? —pregunta con un tono bajo, casi perezoso—. Ni un hola, ni un gracias por devolverlo.

No respondo, no puedo.

Santiago saca el celular de su bolsillo con una lentitud que me revienta los nervios, pero no me lo da.

Se acerca lentamente.

Solo lo sostiene frente a mí, a una distancia ridículamente corta. Puedo sentir su respiración en mi frente.

—Parece que te preocupa mucho —dice, deslizando su dedo por la pantalla apagada—. Un poco más de lo normal, diría yo.

Siento el golpe del corazón en las sienes.

—Espero que no hayas visto nada—susurro, sin darme cuenta de que lo dije en voz alta.

Entonces sucede. Esa micro sonrisa de la otra vez. No es amable. No es simpática. Es embustera.

—Deberías tener más cuidado —añade, acercando el móvil lo suficiente como para que mis dedos rocen los suyos cuando intento tomarlo—. Guardas cosas bastante personales.

Mi respiración se rompe y siento cómo las piernas se me tuercen. Aprieto el celular con fuerza, pero Santiago no lo suelta.

—Tranquila —murmura. —No diré nada a nadie. Tienes mi palabra.

Su voz me roza el oído y me enciende la piel al instante.

Las ha visto. Todas mis fotos las ha visto. No puedo creer que esto me esté sucediendo. ¿Y cómo es posible que haya podido entrar en mi celular?

Siento que mi rostro arde. Hice bien en ponerme el labial.

—No tienes de qué avergonzarte —sus ojos grises me desnudan el alma, porque mi cuerpo ya lo hicieron.

No sé qué responder… Mejor me voy.

Me doy vuelta. En estos momento lo único que quiero es que me trague la tierra. Le doy la espalda sin decir ni una palabra. Pero entonces siento su mano fuerte rodear mi brazo. Me tira hacia él con fuerza.

—¿A dónde vas?

—Suéltame —digo con la voz hecha un hilo.

—¿No quieres saber cómo es que sé tu nombre?

Con todo esto se me había pasado esa pregunta.

No puedo imaginar otra cosa que no sea a él viendo mis fotos.

—Eres Santiago Santoro, hijo de Armando Santoro. Tu padre y mi padre son socios de negocios. Es fácil que supieras mi nombre.

—Lo eran… ahora lo soy yo —recalca él.

—Ahora déjame ir —digo, mientras aún siento su mano aferrada a mi brazo.

Entonces me suelta. Pero no sé por qué maldito motivo no me voy. Hay algo que me tiene clavada aquí, algo que no puedo explicar, una pausa absurda en la que mi mundo se detiene y lo único que importa es estar cerca de él.

—El día que nos vimos supe que estarías en esa *boutique* de Dior —dice con voz firme—. Después de la reunión con tu padre, escuché decirle a Willy que te llevarían de compras. Entonces te seguí.

Qué mente retorcida puede planear algo así. Tengo que desafiarlo. De algún modo.

—¿Qué carajos quieres de mí?

—¿Acaso no me recuerdas?

Mi mente se nubla. *¿Por qué debería recordarlo?*

El corazón no me baja y respiro con la agitación de quien acaba de correr un maratón.

—La verdad es que no.

—De niños nos veíamos muy a menudo. Mientras nuestros padres se reunían, jugábamos en el patio trasero de tu casa… *topolina* —susurra, con una sonrisa.

En cuanto oigo esa palabra, algo en mí se activa y doy un paso hacia él. Es como si miles de recuerdos que tenía enterrados me cayeran encima de repente. Tardes jugando a las escondidas, carreras por el jardín y, sobre todo, ese maldito sobrenombre que Santiago me puso cuando atrapé un ratón de alcantarilla creyendo que era un hámster. Lo odiaba. Cada vez que me lo decía, terminaba llorando en mi habitación.

—Lo había olvidado —digo, mirándole a los ojos.

—¿Y esto también lo olvidaste?

Sin poder reaccionar, sus dedos aferran mi mandíbula.Me arrastra hacia él con tal destreza que quedó atrapada entre su boca y su otra mano apretando mi trasero. Todo pasa demasiado rápido. El corazón se me va a salir.

Mi mente grita que debería apartarme, que todo esto está mal, pero mi cuerpo ni se inmuta a moverse. Sus labios se mezclan con los míos antes de que pueda pensarlo, y un cosquilleo me sube de pies a cabeza, encendiéndome el pecho. Y lo peor ,o lo mejor, es que lo disfruto. Cada segundo de este beso que no debería estar pasando, cada roce que me hace temblar. Sé que tendría que decir *basta*, pero no me sale.

Capítulo 7

Santiago

Cuando mi padre me llevaba a casa de los Caruso, yo era, sin duda, el niño más feliz de la tierra. Recuerdo esas tardes de domingo junto a Serena, llenas de risas y juegos. Allí podía ser yo mismo. Sin máscaras. Sin el peso de ser el hijo de un mafioso. Sin el rechazo silencioso de los demás niños en la escuela, cuyos padres murmuraban cosas que yo no debía escuchar.

No todos aceptaban que sus hijos jugaran con *"los futuros criminales".*

Pero cuando estaba con Serena era diferente. Con ella podía ser un niño normal. No tenía que fingir fuerza, ni aprender a ignorar a los adultos cuando hablaban demasiado alto, ni mirar hacia otro lado cuando veía cosas que ningún niño debería ver.

Pero todo eso cambió. Ha llovido mucho desde entonces. Crecí, y los consejos de mi padre comenzaron a tener sentido. Que nunca mostrara mis debilidades, que el amor era un lujo que podía costarnos la vida. Que el poder se respeta y que los débiles no sobreviven. Salvatore, mi hermano, aprendió esa lección de la forma más dura. Él siempre fue el mimado de la casa, el que se escondía detrás del sofá cada vez que mi padre alzaba la voz. Recuerdo una vez, cuando rompió sin querer un jarrón de porcelana al lanzar una pelota dentro de la casa. El golpe resonó tan fuerte que mi padre apareció de inmediato con el cinturón en la mano. Salvatore salió corriendo, llorando. Y yo terminé echándome la culpa para salvarle el pellejo.

—Lo había olvidado.

Sus ojos son tan azules que incluso en la oscuridad brillan como dos faros. El labial le queda increíble; probablemente se lo puso para que no notara la palidez de sus labios, pero la verdad es que a las

mujeres como ella las conozco muy bien. Sé exactamente lo que busca.

Y no pienso negárselo.

—¿Y esto también lo olvidaste? —murmuro, acercándome lo suficiente para que sienta el calor de mis labios rozándole la boca.

La agarro por la mandíbula y la beso.Profundo, hambriento. Su boca sabe a inocencia y a ganas contenidas. Gime suave, y ese sonido me calienta más de lo que admito. Muerdo su labio inferior con fuerza, suficiente para arrancarle un quejido que se pierde entre mis dientes.

Sus manos se aferran a mi espalda, desesperadas. Tal vez porque las piernas ya no le responden. Tal vez porque sabe que conmigo no tiene espacio para fingir. Y me encanta. Me encanta verla perder la postura, sentir cómo todo su peso termina cediendo en mis brazos.

Me aparto, está jadeando. Tiene los labios hinchados y las mejillas ardiendo.

—De niños, yo fui tu primer beso.

—Éramos unos críos, Santiago.

—Sí —asiento, acercando mi boca a su oído—. Pero ahora ya no lo somos.

Ella cierra los ojos, con una reacción que deja claro que mis palabras la queman.O como si ya se le estuvieran empapando las bragas.

—Vamos —murmuro, agarrándola por la cintura y guiándola hacia mi moto—. Te llevo a casa.

El viento de la madrugada nos corta la piel cuando arranco. Ella se pega a mi espalda, tan cerca que siento los latidos de su corazón acelerado. Me mete las manos por debajo de mi cazadora, buscando calor o quizá una excusa para tocarme.

Me río por dentro.

Claro que quiere tocarme.

Su cuerpo tiembla detrás del mío. Su respiración me roza la nuca, caliente, provocadora. Todo esto me llena la cabeza de imágenes

que no debería tener ahora mismo. Aprieto la mandíbula. Esto no tendría que estar pasando. Me la imagino sin nada de ropa, subida encima de mí, perdiendo el control, volviéndose loca mientras la sujeto por las caderas.

De tanto pensarlo, se me está poniendo dura. Y si no freno, voy a acabar follándomela antes de reventarle esa burbuja en la que vive.

Llegamos a casa de su amiga. Apago el motor, ella se baja, y me quedo mirándola un segundo antes de quitarme el casco. Tiene el pelo hecho un desastre. Y esa expresión en la mirada. Esa mezcla jodida de atrevimiento, confusión y ganas que lo dice todo sin abrir la boca. La clase de mirada que te empuja sin tocarte. La clase de mirada que, si fuera otro, lo tendría arrastrándose detrás de ella como un perro faldero, pero yo no. Conmigo no funciona así.

—Gracias por traerme —murmura. Luego frunce el ceño—. Santiago… ¿cómo desbloqueaste mi móvil?

Sonrío. Me encanta saborear su confusión.

—Eso pasa cuando tienes los contactos correctos en mi mundo.

Le guiño un ojo, me pongo el casco y acelero la moto sin darle más explicaciones.

La dejo allí, con el pulso alborotado y el labial corrido por todos lados.

Capítulo 8

Serena

Ya ha pasado una semana desde la última vez que lo vi. Siete días exactos. Y todavía no puedo sacarme de la cabeza lo que pasó esa noche. He intentado borrarlo, empujarlo al fondo de mi mente, distraerme con cualquier cosa, pero es inútil. Lo recuerdo todo. Cada segundo. Cómo sus labios rozaron los míos, cómo me dejó sin aire, cómo me temblaron las piernas.

Santiago Santoro besa demasiado bien. Demasiado para mi paz mental.

Sé que estoy pecando en mis pensamientos. Lo sé. Llevo días pensando en él a todas horas, imaginando cosas que no debería ni imaginar. Por eso hoy estoy aquí, en la iglesia. Necesito confesarme, sacarme esta angustia del pecho, esta culpa que no me deja dormir.

Ayer, cuando Joe vino a verme, ni siquiera pude mirarlo a los ojos más de un minuto. Me sentí fatal. Me sentí sucia. Como si fuera, no sé, alguien que no quiero ser. Y lo que me revienta es que Santiago desapareció. Cero noticias. Ni un mensaje. Ni una llamada. Nada. Como si se hubiera evaporado del planeta.

El confesonario me llama. Me levanto y camino hacia la cabina. La iglesia está casi vacía y solo se oye mi respiración. El banco está helado y me da un escalofrío en cuanto me siento.

El cura aparece. Su voz suena desde detrás de la rejilla que nos separa.

—¿Vienes a confesar, hija mía?

Asiento, pero no puedo hablar. La garganta se me cierra y las lágrimas empiezan a caer sin que pueda detenerlas.

—Dios… —susurro entre sollozos—, perdóname por lo que siento. He pecado… —mi voz tiembla—. He dejado que mi cabeza se llene de cosas que no debería pensar.

Bajo la mirada. Escucho la respiración del cura al otro lado. Respira despacio, sin decir nada. Parece que tiene miedo de abrir la boca y hacer que me sienta todavía peor.

—No puedo dejar de pensar en él… —admito, apretando las manos—. En su boca, en cómo me miró, en cómo me hizo sentir. Y ahora ni siquiera sé dónde está. No me ha llamado, no me ha escrito nada. Es como si yo no existiera.

Me limpio las lágrimas con la manga, pero siguen cayendo.

—Me siento fatal, como si hubiera hecho algo horrible, y no sé cómo lidiar con esta sensación.

—Hija mía —dice el cura con voz suave—. El corazón humano es débil y vulnerable. Pero reconocer lo que sientes es el primer paso. No eres mala por desear, ni sucia por sentir. Solo eres humana.

Sus palabras me llegan, sí, pero no apagan la tormenta que tengo dentro. Suspiro, y un temblor me recorre el cuerpo.

Después de una pequeña pausa, escucho cómo el cura se levanta y sale del confesionario. Y yo me quedo aquí, sola, con mis pensamientos dando vueltas sin parar.

Tengo que salir de aquí… necesito respirar.

Esta tarde he quedado con Emily para que venga a casa. Ya es hora de contarle lo que estoy sintiendo por Santiago, aunque me da miedo que me juzgue por sentir algo tan fuerte por un tipo que apenas conozco. Pero es mi mejor amiga, si no se lo cuento a ella, ¿a quién? .La noche en que Santiago me llevó hasta su casa no le dije nada. Me inventé cualquier excusa y cambié de tema. No pude. No estaba lista.

El tío Willy me espera afuera. —¿Lista para regresar? —pregunta en cuanto me ve acercarme.

Asiento en silencio y abro la puerta del coche.

Mientras avanzamos por la ciudad, siento su mirada encima. Sé que se da cuenta de que algo me pasa.

—Serena… ¿estás bien?

Giro la cabeza hacia la ventana. No tengo ganas de hablar. Me quedo mirando las luces reflejándose en el vidrio, intentando calmarme mientras el auto sigue su camino.

Cuando por fin llegamos a casa, subo directo a mi habitación para prepararme. Esta tarde voy a estar en la piscina con Emily; necesito despejar un poco.

—¡Señorita Serena, ya ha llegado Emily! —grita María desde la planta baja.

—¡Por favor, dile que suba! ¡Me estoy cambiando! —respondo, levantando la voz desde mi cuarto.

Me pongo mi trusa favorita, una Frankies Bikinis lavanda que compré a escondidas de mi papá porque sé que le daría un ataque si la viera. Es delicada, ajustada en los lugares perfectos y un poquito más atrevida de lo que debería, justo por eso me encanta.Solo me la había puesto una vez, para bajar a la piscina, cuando estaba sola en casa. Me queda increíble, resalta mis curvas y hace que mi trasero se vea más duro. Lo admito. Me siento demasiado sensual con ella puesta.

Me envuelvo en la toalla y bajamos a la piscina. El sol cae directo sobre el agua y la temperatura está perfecta. El chico del bar ya nos preparó nuestros cócteles favoritos, tal como le pedí: un Aperol Spritz para mí, con más vino que hielo, justo como me gusta. Y para Emily, una piña colada con bastante ron cubano.

El primer sorbo me afloja la lengua al instante.

Emily y yo nos tiramos en las tumbonas y, en cuanto me recuesto, siento ese nudo en el pecho que ya no puedo seguir tragándome. La miro, respiro hondo y nada, se me escapa todo.

Empiezo a contarle lo que pasó esa noche. Todo. Sin filtros.

—El cura tiene razón… eres humana —dice Emily, riéndose bajito.

—No es gracioso —respondo, todavía con la voz hecha un nudo —. Llevo toda la semana pensando en eso.

—Por Dios, Serena, fue solo un beso.

—No, Emily… no fue *solo* un beso. Fue algo más. Mucho más —murmuro, sintiendo cómo el recuerdo me recorre otra vez.

Entre sorbo y sorbo de Aperol Spritz, los minutos pasan lentos, mezclados con las risas de Emily y el sonido de la cascada de la piscina. Siento cómo mi mente por fin empieza a despejarse. Cierro los ojos un momento y dejo que la brisa me acaricie la piel, disfrutando de esta calma rara después de tanta tensión.

Miro a Emily, que se ríe de algo que acaba de decir, y entonces lo siento. Ese cosquilleo extraño, como un escalofrío que me sube por la espalda.

Mi mirada se va sola hacia la ventana del despacho de mi papá, la que da directo a la piscina. Y ahí está. Santiago. Quieto. Observándome. No sé desde cuándo está ahí. Sus ojos se posan en los míos; luego sonríe, su mirada se desliza hacia mi trasero y me guiña un ojo,con la seguridad de quien sabe exactamente lo que provoca.

El corazón me late tan fuerte que siento que se me va a salir, y todo mi cuerpo se pone tenso sin que pueda controlarlo. La risa de Emily se vuelve solo un ruido de fondo. Y yo me quedo aquí, tiesa, sin saber ni dónde poner las manos, sintiéndome absurdamente expuesta frente a él.



Ya me he dado la vuelta dos veces en diez minutos para ver si todavía está ahí, y sí. Sigue exactamente en el mismo sitio, mirándome como si no tuviera nada mejor que hacer. Mis dedos se aprietan contra la toalla mientras intento hacerme la indiferente, pero es inútil.

Primero fuma, tranquilo. Luego se sirve un vaso de *whisky.* Sé que es *whisky* porque es lo que mi papá siempre ofrece a sus invitados cuando los hace esperar en su despacho.

—¿Puedes dejar de girar la cabeza cada dos segundos? —dice Emily, riéndose.—Ya sabemos que Santiago está para comérselo, pero vas a terminar con tortícolis.

Santiago da un sorbo de *whisky*, lento, casi ceremonial, y la forma en que su mirada se posa sobre mí hace que mi respiración se agite.

—Emily… cállate —susurro, intentando recuperar un poco de dignidad, aunque mi voz suena más débil de lo que quisiera—. No es gracioso…

Y, sin darme cuenta, giro la cabeza de nuevo, como si mi cuerpo obedeciera a un impulso que no controlo. Pero él ya no está.

—Tengo que ir a mi habitación… creo que ya es hora de darme una ducha.

—¡Por dios, qué pesada eres! —protesta Emily—Yo me quedo aquí un rato más.

Me levanto de la tumbona, ajustándome la toalla alrededor del cuerpo, y avanzo descalzo hacia la casa.

Decido entrar por el jardín trasero, así nadie me oirá pasar, pero la curiosidad me quema por dentro. Antes de subir la escalera hacia mi habitación, tengo que pasar por el despacho de mi padre. Estoy a pocos metros, la puerta está completamente cerrada, pero aun así logro escuchar voces.

Puedo distinguir la voz agitada y molesta de mi padre, y también la de Messina, el padre de Antony. Pero la de Santiago no. De repente, un silencio raro corta la discusión. Un segundo después, un golpe retumba desde adentro, tan fuerte que me sobresalta. Seguro fue contra el escritorio de mi papá.

—¡Yo represento a la familia Santoro y ningún de ustedes tomara una decisión sin presencia!

Ahí está él. Con esa voz dura y masculina que me hace estremecer de pies a cabeza. *Hay que tener valor para desafiar a mi padre*.

Subo las escaleras con cuidado, la toalla me cubre a medias y mis pies descalzos se apoyan suavemente en cada escalón. Finalmente llego a mi puerta y la abro lentamente. Respiro hondo, intento calmarme. Siento la adrenalina recorrer mi cuerpo.

—Ufff… —murmuro, soltando el aire que llevaba atrapado—. Hora de darme un baño.

Abro la ducha y dejo que el vapor del agua caliente se esparza por todos lados. Mientras tanto, pongo mi lista de reproducción de Teddy Swims, empezando con "*I Lose Control"*. Adoro esa canción.

Estoy a punto de entrar debajo del chorro de agua cuando siento un movimiento detrás de mí. Antes de que pueda reaccionar, una mano fuerte me cubre la boca y otra se posa sobre mi abdomen desnudo, sosteniéndome con fuerza desde atrás. Estoy en shock, con el corazón latiendo desbocado.

—Te deseo —susurra, cerca de mi oído.

Es él. Es Santiago. Reconozco su voz, y ese perfume suyo, *Tom Ford Oud Wood.*

Lentamente baja la mano que me cubre la boca y la desliza por mi hombro, luego por mi brazo, hasta que me llega al muslo. Su otra mano me sujeta, firme, como si no quisiera que me moviera. El calor de su cuerpo detrás del mío me envuelve con la fuerza de una ola que no sé si quiero esquivar o dejar que me arrastre.

Mi cabeza me grita que me mueva, que me aparte, que haga *algo*, pero mis piernas están en modo avión, totalmente desconectadas.

Siento su aliento cálido en mi cuello y un latigazo recorre mi espalda. Cada segundo que permanece así es un veneno dulce que me consume. Adrenalina, miedo y deseo mezclados en un cóctel que no quiero rechazar. Quiero bebérmelo entero hasta emborracharme.

—Serena —susurra otra vez, y el sonido de su voz me hace temblar—. No quiero lastimarte solo quiero sentirte cerca.

Una parte de mí sabe que esto está mal, que traiciono a Joe, pero otra parte, otra parte no quiere moverse.

El vapor de la ducha se arremolina a nuestro alrededor, y la música de Teddy Swims sigue sonando.

La mano que roza mi muslo ahora se desliza un poquito más abajo, y se me escapa un gemido. Yo sigo inmóvil, pero él no. Puedo sentir su mano tocarme completamente. Uno de sus dedos largos y fuertes se introduce dentro de mí. Gimo de nuevo, pero esta vez no se me escapa, lo hago porque me gusta lo que siento. Sin pensarlo dos veces, levanto el brazo y apoyo mi mano en su nuca, aferrándome a él mientras un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

Santiago no deja de tocarme. Lo hace demasiado bien. Se toma su tiempo, y yo no puedo pensar en otra cosa que no sea el placer que me está haciendo sentir. Nunca antes había probado una sensación tan deliciosa. Me toca sin ninguna prisa, incluso mejor de lo que lo haría yo. Su mano izquierda ahora recorre mis senos. Soy un parque de atracciones para él. De pronto, el maldito aumenta la velocidad. Afortunadamente, el chorro de agua de la ducha sirve para camuflar mis jadeos.

Mi centro está hinchado y a punto de explotar. Mi corazón late cada vez más rápido, como si intentara seguir el ritmo de su mano.

—Más rápido, más rápido —susurro descontrolada, casi sin poder respirar.

Santiago aprieta con más fuerza, sin dejar de mover los dedos contra mi clítoris. El ritmo cambia, se vuelve más intenso, más adictivo. Me está volviendo loca.

De repente, enreda mi pelo en su otra mano y tira de él, mientras mi culo desnudo roza el vaquero que esconde su erección.

—Así… —murmura en mi oído, con la voz ronca—. Quiero sentir cómo te mojas.

Oírlo decir eso me provoca demasiado, y termino explotando en un éxtasis de placer. Mis piernas tiemblan contra las suyas; mi sexo palpita desesperado alrededor de sus dedos, que siguen moviéndose incluso mientras me corro.

Santiago tira más de mi pelo, obligándome a mantenerme recta mientras mi orgasmo me afloja toda. Mis piernas tiemblan y ceden en cuanto él maldito me suelta .Y yo caigo al piso húmedo del baño, todavía jadeando, con los muslos temblorosos y el pulso descontrolado. Santiago me observa desde arriba, respirando hondo, con su pecho subiendo y bajando. Sus ojos me recorren completa.

—Acostúmbrate —susurra, mientras aprieta la mandíbula—. A partir de hoy, ya eres mía.

Y sin más, como si yo ya no importara, se da la vuelta y se va. Dejándome aquí, temblando y con la cabeza hecha un desastre.

Capítulo 9

Santiago

—¡Yo represento a la familia Santoro y ninguno de ustedes tomará una decisión sin mi presencia! —rujo, golpeando con fuerza el escritorio de Marco Caruso.

Su despacho queda en un silencio tenso, solo roto por la respiración contenida de Messina y del mismo Caruso.

Marco me mira con dureza. Sus ojos escupen fuego.

—Si tienes los huevos de venir a mi casa sin llamar —su voz se vuelve más agresiva mientras se pone de pie—, y si tienes los putos cojones de golpear mi escritorio, entonces también tendrás que hacerte cargo de lo que provocas, Santoro.

Marco apoya ambas manos sobre su escritorio, inclinándose hacia mí, con la intención de aplastarme con su presencia.

Entonces yo también me pongo de pie.

—¿Cómo cojones iba a saber que uno de los tipos que andaban con Roland era un puto federal encubierto? Y encima me dijeron que ese cabrón, además de trabajar con la policía, hacía negocios con ratas de bajo mundo… Ese hijo de puta no era ningún santo. Era un corrupto de mierda.

—Escucha, Santiago —interrumpe Messina—. Eso a la policía no le importa. Para ellos ese hombre era un federal y punto. Y lo otro que quiero decirte —añade, clavándome la mirada—, es que nosotros no tenemos nada que ver con la droga que la policía encontró en esos contenedores.

—¿Entonces quién cojones lo está haciendo?

—Quizás lo estás haciendo tú —escupe Marco antes de beber un trago de *whisky.*

La sociedad Porto & Asociados fue creada por nuestras familias hace muchos años. Al principio movían solo productos italianos, desde aceitunas hasta vino. Con el tiempo, todo eso se volvió una

simple fachada para mover lo que de verdad deja billete. Armas, joyas, coches de lujo robados, tecnología de punta prohibida en varios países. Pero nunca droga, ese siempre ha sido el acuerdo . La ciudad ya está llena de ratas del bajo mundo metidas en esa mierda. No hace falta seguir ensuciándola más.

—Repítelo de nuevo, Caruso —lo desafío, dando un paso hacia él.

—¿Qué parte no entendiste, Santiago? —responde Marco, inclinándose hacia adelante, con ese tono que no necesita subir para imponer respeto—. No movemos droga. Punto. Y si tú mataste a un federal—corrupto o no—, no solo vas a quemarte tú. También estás poniendo en riesgo a todas las familias.

Me río, sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Arriesgar a todos? —escupo—. Parece que algunos olvidan que la familia Santoro no se deja pisar. Ni por ustedes. Ni por los federales. Ni por el mismísimo Dios.

Messina da pequeños golpes sobre el escritorio, intentando calmar los ánimos, pero sé que no tiene idea de cómo detener esto.

—Santiago, basta —susurra, tratando de aligerar la tensión.

Marco me señala con el dedo, clavándome los ojos como si quisiera atravesarme.

—Escúchame bien, Santoro —dice—. Tú eres solo un niñato que acaba de entrar en este negocio. Es mejor que te vayas ahora o si no te echaré yo mismo de mi casa.

—¿Me amenazas?

Se hace un silencio jodido en el despacho. Marco aprieta la mandíbula tan fuerte que casi se escucha. Le hierve la sangre, y no hace falta que diga nada para saberlo.

Messina interrumpe.

—Santiago, luego te llamaré yo. Ahora lárgate, por favor.

Él sabe que si doy un paso más, esto se va al carajo. Para todos. Me trago la furia, no porque me lo exijan, sino porque yo decido no soltarla todavía.

Me acerco de nuevo y dejo caer mi mirada sobre Marco Caruso.

—Esto no ha terminado.

Camino hacia la puerta. Nadie dice nada hasta que pongo la mano en el pomo.

—Algún día te vas a pasar de la raya, Santoro…—susurra Caruso

No me molesto en mirarlo.

—Ese día —digo, sin girarme— ,más te vale estar listo. Porque yo voy a estarlo.

Salgo del despacho cierro la puerta con un portazo que hace vibrar el pasillo.

Si ellos supieran que yo sé la verdad de lo que sucedió con mi padre.

Alguien lo planeó. Lo planeó tan bien que todos se tragaron la historia del infarto. Menos yo. Esa mierda yo no me la tragué tan fácilmente. Por eso pagué al médico que hizo la autopsia. Le puse una cifra tan jugosa sobre la mesa que habría sido un imbécil si no la aceptaba. El tipo casi temblaba cuando me entregó el informe.

Un infarto no deja marcas de presión en el antebrazo. Un infarto no explica una hemorragia interna en la clavícula, como si alguien lo hubiera sujetado para que no se moviera. Un infarto no deja rastros de un medicamento que mi padre jamás tomó.

En la última carta que mi padre me mandó, me decía que las cosas con Caruso últimamente no funcionaban como deberían. Que había decisiones importantes en juego, aunque nunca me explicó con exactitud de qué se trataba.

Alguien lo mató. Alguien quiso que pareciera un accidente. Y estoy seguro de que fue Marco Caruso. Pero aún no es el momento para apuñalarlo. Primero debo envenenarle el reino desde dentro; cuando lo note, será demasiado tarde para él.

Doy unos pasos fuera del despacho y me doy cuenta de que el suelo de madera está mojado. Hay pisadas, y sé muy bien de quién son, pero, sobre todo, puedo intuir hacia dónde me llevan. Subo las escaleras despacio. Llego al último escalón, puedo escuchar el

sonido de una canción. Me acerco a la habitación. La música se mezcla con un fuerte chorro de agua que corre dentro del baño. Entro y la veo. Se me pone dura al instante.

Ella está completamente desnuda, de espaldas, con ese cuerpo que parece diseñado para tentar al demonio. La puerta abierta del baño me la deja a la vista, húmeda por el vapor que le corre encima. Mi mirada se queda clavada en ella. En la curva de su cadera. En ese culo perfecto que parece llamarme a gritos. Es imposible apartar los ojos. Es imposible no imaginar mis manos en sus nalgas. Cada línea de su cuerpo, cada movimiento que hace me atrapa por completo. La deseo. Y al mismo tiempo, hay una parte de mí que quiere ver a su padre quebrarse, perder el control, hundirse.

Pero no ahora. Todavía no.

Antes voy a jugar mi propio juego con ella. A mi ritmo y bajo mis reglas. Quiero verla temblar por mí. Y quiero ver a su padre temblar por culpa mía.

Capítulo 10

Serena

Llevo días intentando no pensar en lo que sucedió con Santiago. En cómo me tocó, en cómo jugó con mi cuerpo, en cómo hizo que me corriera como nunca antes lo había hecho. Cada vez que cierro los ojos, recuerdo sus manos donde no debían estar Afortunadamente mi padre no lo vio salir de mi habitación; si eso hubiera ocurrido, no sé cómo habría terminado todo.

Hoy finalmente es el día de la fiesta de fin de curso. Me he pasado toda la mañana llamando a Joe, pero no me responde. Quizás la culpa la tenga yo. Lo he estado evitando últimamente. Me cuesta mirarlo a los ojos y fingir que no ha pasado nada. Quizás también lo he estado evitando porque, cada vez que quiere verme, lo hace solo porque quiere follar. Nunca hay una cena especial, ni una salida al cine, y mucho menos un te amo. No es que con él me sienta mal, pero después de los primeros meses de relación, todo ha perdido brillo. Ya no hay chispa, no hay misterio, no hay nada que me haga sentir viva.

Y quizás por eso Santiago. No. No quiero pensar en eso. Hoy no. Hoy quiero sentir que mi vida sigue…

Y hablando de Joe, mi celular está vibrando. Es él. Un notificación de Instagram.

El negro. Póntelo. Te queda mejor.

Está contestando a la encuesta donde pregunté qué vestido usar esta noche, si el blanco o el negro que compré en la *boutique* de Dior. La mayoría votó por el blanco.

Sonrío. *Quizás a Santiago también le gustaría que me pusiera el negro.* No*. Carajo. ¿Por qué mierda estoy pensando en él otra vez?*

El móvil vibra de nuevo. Esta vez es un mensaje de Emily:

Hoy nos vamos a divertir, he comprado Polvo de Arcoíris, va a ser épico.

Ella sabe bien que no me drogo. Eso no es para mí. Nunca lo haría, y mucho menos con lo que anda circulando últimamente por la ciudad. Es cocaína de siempre, mezclada con colores neón que simulan un arcoíris. Bonito o no, sigue siendo droga.

Escribo rápido:

Ok… yo paso, no es lo mío. Pero diviértanse por mí.

Dejo el celular a un lado y respiro hondo mientras me tiro en la cama, pero los malditos recuerdos están ahí de nuevo. *¿Cómo puedo sacarme de la cabeza aquella escena de él tocándome?*

El reloj avanza despacio. La fiesta empieza en un par de horas y no puedo quedarme aquí atrapada en mis pensamientos.

Me levanto. Necesito moverme, despejar la cabeza antes de que los recuerdos me devoren otra vez. Me pongo las zapatillas negras y ajusto mis *leggins* color ciruela. Cojo una chaqueta deportiva negra y me la ato a la cintura, por si el aire de la tarde se vuelve más frío. He decido salir a correr cerca de casa, aunque sé que no servirá de mucho.

—Papi, vuelvo en un rato. Voy a salir a correr —digo mientras abro el refrigerador y agarro una botellita de agua fría.

—Muy bien, *piccola*. Cuídate —dice desde su despacho, ese maldito lugar donde se encierra la mayor parte del tiempo.

Salgo. El aire me raspa la cara, pero no enfría lo que siento. Santiago sigue en mi cabeza. Cada paso que doy me lo recuerda, y no hay forma de ignorarlo. De repente, escucho el rugido de una moto acercándose. Giro la cabeza y la veo pasar a toda velocidad. Pasa tan rápido frente a mí que apenas alcanzo a distinguir la silueta. No puedo ver ni el color de la moto ni quién la conduce. Por un instante absurdo pienso que podría ser él, pero me contengo. Si fuera Santiago, seguro se detendría a saludarme, a lanzarme una de esas sonrisas suyas.

Intento concentrarme en correr, en sentir cómo mis piernas golpean el suelo. Aprieto los puños. No quiero que él vuelva a

meterse en mi cabeza. Quiero acabar de una vez con todo esto, dejar de sentir que me persigue incluso cuando no está.

Sigo corriendo. Más rápido. Como si la velocidad pudiera arrancarme lo que llevo dentro.



Llego a casa hecha polvo. Las piernas me duelen, el corazón me late con fuerza y la cabeza me da vueltas. Entro y me dejo caer en el sofá. Mi mirada se cruza con la de María, que está en la sala.

—Necesito un consejo.

—¿De qué? —responde, ladeando la cabeza.

—Es complicado —respondo, jugando con las manos, tratando de ordenar mis pensamientos—. Hay personas que… que dejan marca, ¿sabes? Que no se van aunque quieras. Y yo no sé cómo lidiar con eso.

María se acerca y se sienta a mi lado.

—A veces no se trata de huir o de olvidar, señorita Serena. —me dice—. Se trata de entender qué quieres, qué puedes soportar y qué no.

No sé si sus palabras me calman o me confunden más. Pero al menos me dan algo para pensar mientras intento recomponerme antes de la fiesta.



—¡Carajo! Me he quedado dormida —murmuro mirando el reloj.

Después de hablar un rato con María, caí rendida sin darme cuenta. Solo a mí se me ocurre salir a correr dos horas antes de la fiesta. Ahora falta nada para que sean las ocho.

—Papi, voy a ducharme y a cambiarme. Llama al tío Willy y dile que pase por mí ya, ahora mismo —ordeno sin darle espacio a replicar.

—Está bien, *piccola*. No te preocupes, lo hago enseguida

Subo las escaleras casi corriendo y entro a mi habitación. Abro la ducha y dejo que el agua caliente me caiga encima, intentando perderme en esa sensación. Cada gota que resbala por mi piel me recuerda que tengo que poner todo en orden, que no puedo seguir arrastrando lo mismo una y otra vez.

Quiero cerrar ese capítulo de una vez. Necesito recuperar el control, hacer las paces conmigo, dejar atrás lo que nunca va a ser, y prepararme para la noche. Quiero estar con Joe, de verdad. Quiero darle una oportunidad a lo que podríamos tener si dejo de cargar con todo lo que arrastro.

Después de tanto pensar, aun no sé bien que ponerme. Mis ojos recorren los dos vestidos, el blanco y el negro. Suspiro y me siento frente al tocador. Abro el estuche de los cosméticos. Empiezo con la base, luego las sombras, y delineo mis ojos despacio, intentando que mi mirada se vea segura, aunque por dentro siga hecha un lío. Cada trazo me recuerda que esta noche no puedo dejar que nada me distraiga.

Agarro los aretes de oro que eran de mi madre. Me los pongo, *ojalá pudieran darme al menos un poquito de la fuerza que tenía ella*. Respiro hondo y me miro en el espejo por última vez. Estoy lista. Cada detalle, cada elección, cada gesto es mío. Ahora solo queda salir ahí fuera y enfrentar la noche.

Bajo las escaleras.

—Madre mía… —mi padre se queda completamente quieto, mirándome como si no supiera qué decir—. Estás preciosa, hija. El

blanco te queda increíble.

Al final me decidí por el vestido blanco. Me hace sentir más segura de mí.

Mi padre se inclina y siento sus labios en mi frente, un gesto que me da fuerza y me arranca la primera sonrisa en horas.

—Cuídate mucho —dice, y veo cómo una lágrima de felicidad le resbala por la mejilla—. Los aretes de tu madre te quedan preciosos. Te pareces tanto a ella —añade, acariciándome la cara con una suavidad que me quiebra el alma.

—Ya, papá, que me vas a hacer llorar —susurro, apoyando mi mano sobre la suya y tratando de contener las lágrimas que ya quieren salir.

—Tienes razón, el maquillaje —sonríe, con ese brillo en los ojos que mezcla orgullo y cariño—. Tu padrino te está esperando afuera, en el auto.

María aparece detrás de mí, y su sonrisa me hace sentir que, de verdad, todo va a estar bien

—Está hermosa, señorita Serena —me dice María mientras me acompaña hacia la puerta—. Todo va a salir perfecto.

—Ya, María, que vas a hacer llorar a la niña y se le corre el maquillaje —interviene mi padre, secándose un ojo con el dorso de la mano mientras sonríe.

Yo también sonrío. Abro la puerta y camino hacia el coche. Esta noche, por fin, voy a poner fin a todo lo que me consume.

Santiago

El auto arranca. Lo veo desaparecer entre las luces de la calle. Ella no tiene idea de que estoy aquí. Hoy, cuando la vi correr con esos *leggins* ajustados, me volvió loco. Quise detenerme, tocarla, pero tuve que contenerme. Serena me provoca demasiado. Y lo más jodido es que ni siquiera lo imagina.

No puedo permitirme que se me escapen los sentimientos. No ahora. Debo usarla. Convertirla en mi marioneta. Si me dejo llevar

por lo que estoy sintiendo, me perderé. Y no puedo dejar que eso suceda.

Me quedo un instante en la sombra, observando cómo se aleja. Luego, enciendo la moto. La seguiré. No hay vuelta atrás. Cada paso suyo me pertenece.

Capítulo 11

Serena

El gimnasio de la Uni lo han convertido en una discoteca. La música está tan fuerte que el bajo me vibra en las piernas. Las paredes están llenas de globos rosados y dorados. El DJ tiene "*APT"* de Rosé y Bruno Mars a todo volumen, y todo el mundo baila como si no hubiera un mañana. Los chicos del equipo de hockey, incluido Joe, llegan con los termos gigantes que prepararon antes de la fiesta. Los dejan en una mesa y, en segundos, todos se lanzan con los vasos rojos de plástico para llenarlos hasta que se desborden. El olor dulce a limonada mezclada con alcohol fuerte lo invade todo. Sé que ahí dentro hay vodka, ron, y, como si fuera poco, seguro que Mike hizo de las suyas y le echó mínimo cinco litros de tequila al Jungle Juice.

Joe me guiña un ojo mientras se sirve una dosis exagerada en su vaso, y después me lanza un beso al aire. Se da un trago y viene hacia mí moviendo los hombros al ritmo de la música. Pone su mano directa en mi cintura, y me aprieta contra su pecho.

—Estás preciosa —susurra en mi oído.

Me agarra de la mano y me da un giro que hace que se me levante el vestido y se me vea el tanga.

Hoy es una de esas noches donde el mundo parece girar demasiado rápido, pero no quieres bajarte.

Del otro lado veo a Emily besándose con Margaret, su ex intermitente. A veces vuelven, a veces se dejan, y hoy, por lo visto, han vuelto. A su lado están Emma y Chloe, riéndose en pleno subidón. No es por nada, pero mis amigas están todas locas. Las conozco demasiado bien.

Están hasta el culo de polvo de arcoíris.

—Míralas… —murmuro, mientras Joe sigue bailando conmigo.

Emily me hace un gesto exagerado con la mano para que vaya. Emma pega un salto como si le hubieran dado cuerda. Chloe canta a

todo pulmón. Yo solo sonrío; en momentos como este, nada me afecta.

Joe está conmigo, tiene apoyada sus manos en mi cintura, y sus labios rozan mi cuello. Me aprieta un poco más, hundiendo la cara en mi pelo como si quisiera quedarse ahí toda la noche. Por un instante ,uno chiquito, pero perfecto, me dejo creer que todo está bien. Que los últimos días no han sido un desastre. Que lo de Santiago fue solo un error, un desliz tonto de mi cabeza hecha un nudo.

—¿Qué me dices si nos ponemos? —dice Joe, cortando de golpe mis pensamientos.

—¿De qué hablas? —pregunto, frunciendo el ceño.

—De esto —responde, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una pequeña bolsa de polvo de arcoíris.

—Ay, Joe… tú también no —murmuro, molesta, echándome hacia atrás.

No estoy a favor de las drogas, nunca lo he estado. He visto a gente joderse la vida de verdad, perderse y desaparecer en un hoyo del que nadie los saca.

—Solo un poco —insiste, susurrando cerca de mi oído.

—¡He dicho que no, carajo! —lo empujo con fuerza, apartándolo de mí.

No soporto cuando se pone así. Siento que la sangre me hierve en las venas y mis manos se aprietan involuntariamente en puños.

—Bueno, tú te lo pierdes, cariño —dice con una mueca de imbécil, apretándome la mejilla con los dedos—. Yo me voy con los chicos.

La rabia me quema por dentro.

¿Quién carajos se cree este idiota para dejarme aquí tirada, como si yo fuera una cualquiera?

—¡Sabes qué, Joe! ¡Jódete! —grito, levantando el dedo medio con todas mis fuerzas.

Él se gira, me lanza un beso arrogante y luego desaparece entre la gente.

—Necesito un cigarrillo —murmuro, casi sin aire.

Salgo del gimnasio y el viento me golpea y me despeina el pelo. Me apoyo contra la pared y respiro hondo, intentando bajar la rabia que me arde por dentro. Todo en mí grita que debería correr, gritar, patear algo hasta romperme el pie, pero no soy tan estúpida como para hacer eso, y menos por el imbécil de Joe.

Es mejor quedarme aquí, fumarme un cigarrillo y llorar como una idiota. No puedo contenerme las lágrimas y ya siento el maquillaje resbalando por mis mejillas. Me paso la mano y lo dejo peor, soy un desastre total, y me odio por esto. Por haber pensado, aunque fuera un momento, que esta noche podía ser distinta.

El corazón me va demasiado rápido, queriendo escaparse de mi pecho a golpes. Las piernas me tiemblan, es una mezcla de rabia y vergüenza que me oprime por dentro. El cigarrillo que saco del paquete me baila entre los dedos. Lo enciendo, y la primera calada me quema la garganta, pero al menos me calma un poco. El humo se va mezclando con el aire frío mientras aprieto la colilla entre los labios. Odio sentirme así, odio que algo tan estúpido me haga tanto daño.

Termino el cigarrillo y lo aplasto contra el suelo.

—No puedo quedarme aquí para siempre. Tengo que entrar —murmuro.

Vuelvo a empujar la puerta del gimnasio y la música me taladra los oídos. El calor, el alcohol, las luces, todo me da náuseas. A lo lejos veo a Emily de nuevo, esta vez sentada con la cabeza apoyada en los brazos sobre la mesa.

Tengo que ver si está bien.

Me abro paso entre borrachos y drogados. Todos van hasta el culo en este lugar. Jamás pensé que la fiesta de fin de curso iba a convertirse en este circo.

—Emily… —susurro, inclinándome hacia ella. Sus hombros se sacuden ligeramente y levanta la cabeza con dificultad. Sus ojos están vidriosos. —Hey… ¿estás bien?

No dice nada, ni una palabra.

—Ok, ya está, voy a llamar a mi padrino para que venga a buscarnos — murmuro, intentando levantarla, pero está tan ida que casi no puedo con ella.

A un lado veo a Chloe, sentada en una silla; parece una muñeca sin baterías.

—Genial. Tendré que llevarlas a todas a casa.

Me falta una.

—¿Dónde diablos está Emma?

—Baño… baño —murmura Emily, con la frente pegada a la mesa, la voz súper débil y un hilo de baba colgándole de la boca.

—No, carajo.—murmuro para mí.

El baño está del otro lado del gimnasio, así que me toca meterme de nuevo entre la gente. Esta vez me quito los tacones y los agarro con una mano mientras avanzo descalza por el piso pegajoso.

Empujo la puerta del lavabo.

—Emma, por dios, no podías… —murmuro, y lo que veo me deja sin palabras.

Mi estómago se revuelve y siento que voy a vomitar; nunca pensé que ver cómo te traicionan en vivo pudiera sentirse tan asqueroso.

Emma apenas se mueve, no tiene control sobre sí misma. Los pantalones de Joe están a medio caer, mientras ella está sobre la encimera con las piernas abiertas. Y el hijo de puta de Joe se la está follando de la manera más repugnante y miserable que he visto en mi vida.

—¡Eres un asqueroso de mierda!

Él se gira hacia mí, con la cara congelada, sorprendido de verme. Emma balbucea algo, pero está ida, no entiende nada. La rabia me

consume más. Cada músculo de mi cuerpo tiembla y salgo corriendo.

Me apoyo a la pared. El aire frío de la noche se me mete en los ojos y me provoca más lágrimas.

—Serena… —dice Joe, con la voz pastosa mientras abre la puerta.

—¿Qué carajo estabas haciendo? —grito, dándole golpes en el pecho con las dos manos, mientras las lágrimas me caen a borbotones.

Él retrocede un paso, sorprendido, como si de verdad no entendiera por qué estoy así.

—Eh… cálmate —susurra, intentando agarrarme de los brazos—. No es pa' tanto…

—¡No me toques! —lo aparto, empujándolo con lo poco que me queda de energía—. ¡La estabas follando! ¡A Emma! ¡Mi amiga! ¡Estaba drogada, idiota!

—No pasó nada —miente, arrastrando las palabras—. Ella quería… tú viste…

—¡Cállate! —lo corto, temblando de rabia y asco.

Joe da otro paso hacia mí, tambaleándose, intentando pegarme su boca encima.

—Ven aquí, nena… no hagas drama… — me agarra la cara.

Le aparto la mano de un manotazo .Joe da un paso más, tambaleándose.

—Ven aquí… —me manotea el brazo.

Me aparto, pero él insiste, su mano se cierra alrededor de mi muñeca.

—¡Suéltame, cabrón! —grito, intentando zafarme.

Él me empuja contra la pared. Sus labios rozan mi cuello, pero yo forcejeo.

—¡Joe, no!

Entonces escucho un gruñido, todo sucede muy rápido. Santiago aparece, respirando con fuerza. Tiene los puños apretados.

—¡Suéltala, imbécil! —ruge, y sin dudarlo, le da un golpe que hace que Joe caiga hacia atrás.

Joe intenta levantarse, tambaleante y borracho, pero Santiago no le da oportunidad. Lo estampa contra la pared y le cae encima a golpes.

—¡Maldito! —gruñe Santiago entre dientes, sin detenerse—. ¡No te acercas más a ella!

Joe intenta cubrirse, pero Santiago no le da tregua. La sangre salpica la pared.

Yo me dejo caer al suelo, temblando, cubriéndome el rostro con las manos mientras escucho los golpes y los insultos que Santiago le lanza a Joe.

—¡Para! —grito descontrolada.

En ese instante, algo cae del bolsillo de Joe. La bolsita de polvo de arcoíris que llevaba consigo. Santiago la recoge con una mirada fría, examinándola como si supiera exactamente de qué se trata, la mete en su bolsillo. Luego se vuelve hacia mí, todavía respirando rápido, pero la mirada se le suaviza un poco. Me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

—Vamos —dice, con tono autoritario—. Te llevo a casa.

—¿Y… y mis amigas? —pregunto, todavía con la voz temblando, pensando en Emily, Emma y Chloe.

Su brazo se cruza sobre mis hombros, protegiéndome mientras me hace caminar.

—No te preocupes. Le digo a mi primo que venga por ellas. No te voy a dejar sola esta noche.

Y, por un instante, en medio del temblor y el caos en mi pecho, puedo sentirlo. A su lado nada me va a pasar.

Capítulo 12

Santiago

—¡Oigan, abran el portón! —grita uno de los hombres de Caruso, agitado, golpeando con fuerza el metal—. ¡Es Serena… la hija de Don Marco!

Las luces de la entrada se encienden de inmediato. Dos de los hombres corren hacia nosotros y, cuando ven a Serena desmayándose contra mi pecho, abren la reja casi arrancándola de la bisagra. La cargo entre mis brazos y avanzo sin decir nada. El jardín principal se ilumina tanto que parece de día en medio de la noche. El aire huele a pasto húmedo del jardín recién regado.

Marco aparece en la puerta principal en cuanto oye el alboroto. Se queda helado al verme entrar con su hija en brazos.

—¿Qué carajo…? —gruñe, incrédulo, antes de que la rabia le nuble los ojos.

Serena abre los párpados, lo suficiente para que él vea las lágrimas y el miedo que todavía la sacuden.

—Papá… —lloriquea ella, aferrándose a mi camisa.

Caruso avanza en tres zancadas. Me arrebata a su hija de los brazos con brusquedad.

—¡María, María! —ruge hacia el interior de la casa—. ¡Lleva a Serena a su habitación! ¡Ya!

La mujer aparece de inmediato. Serena vacila, mira primero a su padre, luego a mí como si quedarse conmigo fuera la única forma de sentirse segura. Da un paso atrás, negando con la cabeza entre sollozos.

—Serena—insiste Marco —. Sube. Ahora.

Ella aprieta los labios, temblando. Finalmente obedece. María la toma del brazo con suavidad y la guía hacia las escaleras, mientras Serena se gira una última vez para mirarme.

—¿Qué le hiciste? ¡¿Qué carajo le hiciste a mi hija?!

No me da tiempo a decir nada. Marco me agarra de la camisa y me empuja hacia atrás con toda su fuerza. Mi espalda golpea el portón de hierro y el ruido retumba por toda la entrada. Los guardias reaccionan al instante. Cuatro levantan sus rifles, apuntándome directo al pecho. Las linternas tácticas me iluminan la cara, dejándome medio ciego.

Estoy solo. Sin hombres, sin Stefano, sin respaldo. Solo con mi Glock 21 en la cintura, descargada. *Qué ironía de mierda.*

Marco aprieta los dientes y tiene los ojos encendidos de furia. Está al borde de explotar.

—¡Dímelo, desgraciado! ¡Te juro que si la tocaste…!

—¡Papá, no! —grita Serena desde arriba—. ¡Él… él me salvó! ¡Santiago me salvó!

Las manos de Marco se congelan. Parpadea, aturdido, como si acabaran de arrebatarle el suelo bajo los pies. Me suelta lentamente. El silencio que cae entre nosotros es espeso. Doy un paso hacia adelante para acomodarme la camisa.

—Bajen esas armas —ordena Marco, sin apartar la vista de mí.

Los hombres obedecen de inmediato, aunque siguen tensos, listos para volver a apuntar si hace falta.

Marco pasa una mano por su rostro, como si intentara sacar el coraje y la rabia de su piel.

—Santiago… ¿qué pasó con mi hija? —pregunta, su voz ahora más débil—. ¿Quién la tocó? ¿Quién se atrevió?

—Tenemos que hablar. Y no aquí afuera. Esto es serio.

Caruso frunce el ceño. Me sostiene la mirada. Está confundido, furioso, pero también asustado.

✧ 🖤 ✧

Nos movemos hacia la casa sin decir nada. Serena sigue ahí arriba, pegada a la ventana de su cuarto, con las lágrimas marcándole la cara.

—Ven —gruñe Marco.

Se gira y camina hacia la entrada. Yo lo sigo. Sus hombres se dispersan como sombras entre los árboles del jardín, aún iluminado por los reflectores. La puerta principal se abre y finalmente entramos.

El interior está silencioso. Miro mi reloj. Son las dos de la mañana. Los cuadros familiares parecen observarnos mientras cruzamos el vestíbulo. Caruso no dice una palabra. Solo camina recto, con los hombros tensos. Llegamos al fondo del corredor y entramos en su despacho

—Habla —dice él.

No digo nada. No todavía. Meto la mano en el bolsillo y saco la bolsita que el idiota del novio de Serena dejó caer cuando lo estampé contra el suelo. Polvo de arcoíris. La mierda nueva que anda rodando por la ciudad, enganchando a críos.

La dejo caer sobre el escritorio.

Marco fija la mirada en la bolsa. No pestañea.

—¿Qué mierda es esto?

—Lo que encontré en el bolsillo del imbécil que estaba forzando a tu hija —digo, con calma, cada palabra con su propio peso—. Polvo de arcoíris. La basura que está entrando por nuestro maldito puerto.

Caruso aprieta los puños. La vena del cuello se le marca igual que un latigazo, y la mandíbula se le tensa como si estuviera masticando vidrio.

No me ando con rodeos.

—Sé que mi padre no murió por un infarto.

Marco levanta la cabeza de golpe y los ojos se le abren.

—Fue asesinado —continúo—. Y estoy seguro de que fue alguien de los nuestros.

—¡Eso es imposible! —brama Caruso, reventando el escritorio con un puñetazo—. ¡Tu padre murió de un infarto!

—Mentira —escupo, avanzando un paso como si fuera a atravesar el puto escritorio—. Le pagué al médico que hizo la autopsia. Y me dio el informe que no salió en ningún puto papel oficial. Mi padre tenía una hemorragia interna en la clavícula. La marca que deja una mano cuando te inmovilizan para que no te escapes. Y en su sangre había un medicamento que él jamás tomó. Nada que apareciera en su maldito historial médico.

Marco se recuesta, tambaleándose ligeramente, tratando de encontrar un punto de apoyo en el aire. Su rostro palidece.

—¿Qué estás diciendo, Santiago?

—La última carta que me envió mi padre. Me dijo que había tenido varios problemas contigo. Que no estaban de acuerdo con decisiones importantes que debían tomar. —Lo observo sin pestañear.

—¿Estás insinuando que yo lo maté? —Caruso se pone de pie de un salto, con la brusquedad de quien recibe un golpe inesperado—. Tu padre era mi mejor amigo. ¿Cómo te atreves a manchar su memoria con semejante estupidez?

Su seguridad me golpea. Le veo la cara, los gestos, la forma en que respira. No hay tensión falsa, no hay trucos. Su sorpresa es real, la boca apenas abierta, las manos temblando lo justo. Todo indica que dice la verdad. Yo sé detectar a un mentiroso sin esfuerzo. Llevo años tratando con gente que vive de engañar. Mi instinto no falla. Y él no está mintiendo. Ahora es cuando la confusión me cae encima. Todo lo que había armado, cada paso de mi plan, cada pieza de mi venganza a través de Serena se me desordena en un instante. Nada encaja. Nada tiene sentido. Y por primera vez en mucho tiempo, no sé a quién carajo apuntar.

—Alguien decidió que había que eliminarlo. Hacerlo pasar por accidente —continúo, midiendo mis palabras—. Y yo estaba convencido de que eras tú.

El silencio se traga el despacho. Ni los relojes se atreven a seguir. Marco me mira con los ojos llenos de rabia, pero no es rabia contra mí es contra lo que acaba de saber. La misma rabia que sentí yo cuando lo supe.

Finalmente deja escapar un suspiro tembloroso.

—Si lo que dices es cierto entonces tenemos un traidor dentro de nuestras familias. Y necesito saber quién. A cambio, yo te voy a decir todo lo que sé sobre las drogas y el puerto. Siéntate, por favor.

Me siento, pero la confusión sigue pegada a mí. Cada estrategia que armé pensando que Marco había matado a mi padre se viene abajo. Mi plan con Serena, todo ese juego de control y deseo, también se tambalea. Ya no necesito usarla para acorralarlo. No ahora. La pieza que creía clave dejó de servir. Me recuesto en la silla, observándolo con la frialdad de quien jamás muestra una grieta, aunque por dentro mi venganza arda en ruinas.

Y mientras Caruso habla, se me cuela un pensamiento mi mente. *Me estaba divirtiendo con mi muñequita.*

Todo estaba perfectamente calculado hasta hace unos minutos. Pero eso no significa que vaya a soltarla. No mientras todavía pueda divertirme con ella.

Capítulo 13

Serena

Estoy detrás de la puerta del despacho. Solo unos centímetros de madera me separan de la conversación de mi padre con Santiago. Contengo la respiración, inclinándome un poco más para escuchar mejor.

—Si lo que dices es cierto entonces tenemos un traidor dentro de nuestras familias. Y necesito saber quién. A cambio, yo te voy a decir todo lo que sé sobre las drogas y el puerto. Siéntate, por favor.

Hace una breve pausa, casi un suspiro.

—Quiero que entiendas algo, Santiago. Tu padre y yo no solo compartíamos negocios. Compartíamos una amistad muy fuerte. Estoy seguro de que no te lo dijo porque aún no estaba completamente convencido… pero tu padre quería dejarte a cargo de la familia. Quería que tú fueras el Don. Pero yo no estaba de acuerdo —continúa mi padre, sin suavizar sus palabras—. Y si soy sincero no sé si todavía lo estoy.

—¿No estabas de acuerdo?

Puedo imaginar a mi padre alzando la mirada, sosteniendo la de él sin parpadear.

—Tu padre veía en ti al heredero perfecto —dice mi padre con una sinceridad que pesa—, pero yo veía otra cosa. Algo que él nunca quiso admitir. Demasiado control. Demasiada fuerza contenida. Te hizo crecer demasiado rápido, te puso responsabilidades antes de tiempo. Y cuando un hombre carga ese fuego tan joven, Santiago…, no siempre lo usa para proteger. A veces lo convierte en un arma.

Un silencio tenso se apodera del despacho.

—Así que tú habrías impedido que mi padre me nombrara Don.

—Solo quería tiempo —responde mi padre—. Tiempo para pensar, para evaluar si era lo correcto. Él lo sabía. Estábamos… hablando de eso.

Puedo escuchar la respiración fuerte de Santiago.

—Nunca hubiera deshonrado su memoria —murmura él, con una furia dolorosamente contenida—. No me conoces, Caruso. No sabes nada de mí.

—Quizás te juzgué mal —admite mi padre, y su voz pierde rigidez por primera vez—. Pero hoy te debo la vida. Me trajiste a mi hija, viva. Hoy me demostraste que eres un hombre de honor.

Hace una pausa breve.

—Don Santiago Santoro… —dice finalmente—. Dicho esto, ahora te contaré todo lo que sé del puerto y de las putas drogas. Hace unos meses, tu padre había planeado una reunión en su casa, pero nunca pudimos llevarla a cabo, porque al día siguiente lo encontraron muerto en su cama.

—Asesinado —interrumpe Santiago.

—Asesinado…Tú padre solo nos comentó que uno de sus hombres había encontrado un contenedor lleno de cocaína, o polvo de arcoíris, o como carajo le quieran llamar. Su hombre encontró también el sello de un clan ruso: el clan Ivanov.

—¿Cómo es que nunca me enteré de esto? ¿Quién fue el hombre de mi padre que encontró la droga?

—Dos días después encontramos su cabeza flotando en el Hudson —responde mi padre—. Pero uno de mis hombres lo reconoció, era un húngaro. Armando lo había contratado hacía muy poco tiempo.

—Sé a quién puedo preguntarle.

Mi estómago se contrae y un hormigueo recorre mi espalda. Mis dedos se aferran al marco de la puerta, tratando de escuchar más. Pero ahora no los oigo. Hay un silencio absoluto.

De momento escucho el roce de la pata de la silla contra el suelo del despacho de mi padre. Mi corazón golpea con fuerza en mi

pecho. Sé que no puedo quedarme aquí más tiempo. Lentamente, me inclino hacia la escalera; la madera cruje bajo mis pies y mi pulso se acelera. Subo despacio. Pero la puerta del despacho se abre de golpe, y mi mundo se detiene. Antes de verlo, lo siento: está ahí abajo, al pie de las escaleras.

—Tu padre… ¿no te dijo que fueras a la habitación? —su voz es profunda, con una autoridad que se siente un poco más abajo del ombligo.

Me giro despacio. Sus ojos grises recorren cada centímetro de mi cuerpo, penetrantes, hipnóticos, como un tigre acechando a su presa. El calor de su presencia me envuelve, es intoxicante. Y sofocante. Cada fibra de mi cuerpo se estremece bajo esa mirada que amenaza con devorarme.

—A eso iba —susurro, intentando calmar el temblor de mi voz.

De momento, una oleada de coraje inesperado me invade. Bajo los escalones corriendo. Mis dedos rozan el pasamanos, siento cómo el peligro y la atracción me hacen un nudo en el estómago.

Llego al último escalón. Me planto frente a él, levanto la cabeza, me pongo de puntitas y, con un impulso nervioso pero firme, le doy un beso rápido en la mejilla.

—Gracias por lo que hiciste por mí.

Su piel está caliente. Los pelos cortos y oscuros de su barba me raspan los labios. Su perfume, *Tom Ford Oud Wood,* mezclado con el sutil aroma a sudor, es un elixir que me embriaga y me confunde al mismo tiempo. Él no dice nada. Permanece petrificado, sus ojos son impenetrables. No hay una palabra amable, ni un gesto de afecto; solo la intensidad de su presencia que me obliga a retroceder un paso. Siento cómo su presencia se expande, como un aura que me envuelve mientras subo corriendo los escalones. Tengo las mejillas ardiendo y el corazón latiéndome a mil por hora.

Llego a la puerta de mi habitación. Con un impulso de pura euforia, la abro y me lanzo sobre la cama de un solo tiro, riendo sin control, feliz ,*parezco una loca*. De pronto escucho la puerta principal cerrarse de un tirón. Me levanto de la cama y me acerco a

la ventana que da a la entrada. Lo veo marcharse, y cada movimiento suyo me atrapa como un imán. *Dios, qué bueno está. Me encanta cómo le quedan esos vaqueros apretados.*

Los hombres de mi padre abren el portón de hierro y él camina hacia la Ducati. Antes de ponerse el casco, me lanza una mirada directa. El muy cabrón sabe que lo estoy mirando, y lo hace a propósito. Le encanta provocarme.

Arranca la moto y se va. El ruido del motor se va apagando poco a poco, pero me deja una sensación tan fuerte que me hace temblar mientras me apoyo en la ventana, con la sensación de que su presencia sigue pegada a mí.



Me despierto con el recuerdo de anoche ardiendo en mi piel. Lo primero que hago es buscar mi móvil para mandarle un mensaje a Emily.

¿Cómo estás?

No pasa mucho antes de que su respuesta llegue:

Ni me digas… Tengo un dolor de cabeza que no me deja levantarme. Stefano nos trajo a Chloe, Emma y a mí de regreso a casa. Por suerte mis padre todavía están de viaje. ¿Quieres que nos veamos?

Asiento aunque ella no pueda verme.

Vale. Café en el District, en el Velvet Bean, a las 11.00. ¿Te va?

Perfecto. Allí nos vemos.

Camino hasta el baño y enciendo la luz. El espejo me devuelve mi cara medio dormida mientras paso el delineador con cuidado, aunque mi cabeza sigue en otra parte. En esos ojos grises que

todavía siento encima de mí.Me estoy poniendo un poco de labial cuando escucho un golpecito en la puerta. La voz de mi padre entra suave.

—¿Todo bien, *piccola*?

Me giro un poco y le sonrío.

—Sí, papá. Solo me estoy preparando para salir un rato.

—¿Con Emily? —pregunta mientras se acerca un poco—. Quería asegurarme de que estás bien después de anoche.

Asiento, notando su preocupación sin darle demasiadas vueltas.

—Sí, estoy bien. Solo necesito hablar un par de cosas con ella.

Respiro hondo antes de soltarlo.

—Papá, escucha… —la voz se me quiebra sin querer—. Sé que Joe se pasó, pero estaba drogado. Por favor, no le hagas nada.

Mi padre se acerca despacio y me acaricia la mejilla.

—No te preocupes, hija —susurra—. No voy a hacerle nada a él.

Me inclino un momento hacia su mano, dejándome envolver por su protección.

—Le diré a tu padrino que venga a recogerte.

—No, no. Prefiero ir en mi coche —murmuro mientras sigo maquillándome.

—Está bien, *piccola*. Cuídate —dice, dándome un beso en la frente antes de salir de la habitación.

Termino de hacerme una trenza alta, me pongo de pie y agarro la cazadora. Suelto un respiro largo, cierro la puerta detrás de mí y camino hacia mi coche.

Capítulo 14

Serena

Bajo de mi Fiat 500 y el aire cálido me envuelve al instante. Saco un Marlboro Gold de la cajetilla, lo enciendo y doy una bocanada rápida antes de empezar a caminar hacia donde quedé con Emily. Camino por la acera, dejando que el humo se mezcle con el asfalto caliente y con el olor a café que sale de algún local.

Al llegar a la esquina del Velvet Bean, doy la última calada, aplasto el cigarrillo contra la tapa metálica de un basurero y lo dejo caer dentro. Emily está sentada en una mesa exterior, moviendo la pajita de su café con leche como si quisiera romperla. Tiene ojeras marcadas, el pelo recogido a medias y la mirada perdida en la nada.

Cuando me ve, se levanta de golpe.

—¿Estás bien? —susurra, abrazándome fuerte—. Dios… qué susto.

La abrazo y le tiembla todo el cuerpo.

—Siéntate. He pedido una taza de café con leche para ti también.

Nos sentamos. Emily no deja de mirar a los lados para ver si alguien nos mira.

—Lo de anoche… —susurra—. Fue demasiado, ¿verdad?

—Emily…

— Y lo de Emma y Joe… joder, Serena, yo… —Se limpia la cara con la manga—. No pienso volver a tocar nada de esa mierda. Te lo juro. Me asusté tanto que sentí que podía morirme ahí mismo.

—Estamos bien. Eso es lo que importa.

—Si Joe vuelve a acercarse, te juro que lo… —Su voz se quiebra antes de terminar la frase. Se pasa la mano por el rostro.

—No tienes que protegerme de él —le digo—. Ya no… Y por cierto, ¿y lo tuyo con Margaret? Las vi mientras se besaban. ¿Están juntas de nuevo?

—No, fue solo un beso… Todavía no se atreve a contarles a sus padres lo nuestro.

—Tú no eres algo que se esconde, amiga.

Emily sonríe y se encoge de hombros.

—Ya cambiemos el tema, que me pongo sentimental —dice, apretándome la mano con fuerza—.Por suerte apareció Santiago…Lo último que recuerdo es a Joe tirado en el suelo, lleno de sangre, y Stefano llevándonos al auto. Lo dejó hecho mierda. —Hace una pausa y traga saliva—. Santiago da miedo…

Mis dedos se tensan alrededor de la taza. La sola mención de su nombre me recorre como un escalofrío eléctrico. Me remuevo en la silla para que Emily no note cómo me enciendo por dentro solo de escuchar su maldito nombre. La forma en que peleó por mí. La forma en que me miró. La forma en que…

No. No ahora.

Me muerdo la mejilla por dentro para callarme.

—No hablemos de eso —corto rápido, bajando la mirada hacia mi taza antes de que Emily note el calor que me sube por el pecho.

Pero no alcanzo a tomar un sorbo. La sombra de alguien se proyecta sobre nuestra mesa.

—Vaya, vaya… si no es la princesa de Brooklyn —dice una voz masculina.

Levanto la vista.

El periodista. Tony Esposito. Con esa sonrisa asquerosa de buitre que se emociona en cuanto cree que tiene una de sus noticias de mierda cerca.

—¿En serio? ¿Otra vez tú?

—Serena Caruso, la hija del casi futuro alcalde Marco Caruso —dice con un tono tan teatral que da vergüenza ajena—. ¿Algún comentario sobre los rumores de que tu padre lava dinero a través de Porto & Asociados? ¿O sobre las acusaciones de que está involucrado en la desaparición del fiscal DeLuca?

Unos turistas en la mesa de al lado levantan la cabeza.

—Vete —le digo.

Tony Esposito sonríe como si eso lo divirtiera. Me apunta con el micrófono.

—¿Unas palabras para *el Times*? —pregunta, acercándose más.

—Eres un imbécil —respondo, sin filtros. Me giro hacia Emily—. Mejor vámonos de aquí.

—¿Y qué tienes que decirme sobre tu relación con Santiago Santoro? —dispara Tony antes de que podamos movernos—. El primogénito del fallecido y mafioso Armando Santoro.

Me quedo helada.

¿Cómo carajo este periodista de mierda sabe algo de Santiago?

Tony ve mi reacción y se crece.

—Comentan que anoche le dio una paliza al hijo del director del Hospital *St. Aurelius Private Medical Center* —prosigue—. Y que la madre del muchacho piensa denunciarlo.

Sus palabras me caen como bloques de cemento directo a la cabeza. Pero ahora todo encaja. Después de lo de anoche, los papás de Joe seguro llamaron a este imbécil. Quieren vengarse, dejarme en el papel de la mala. Como si no supieran que su hijo es cualquier cosa menos un santo.

Un calor rabioso me sube por el cuello. De esos que no puedes disimular ni un poquito. Debería llamar a papá ahora mismo y decirle que ignore todo lo que le dije sobre Joe esta mañana.

Tony retira el micrófono, pero ahora saca su celular y me apunta con la cámara.

—Estamos en directo desde New York Center, precisamente en la East 54th con Lexington. Entonces, dinos, señorita Caruso: ¿es verdad que usted mantiene relaciones…? —y ahí está otra vez su sonrisa venenosa— …relaciones de cama con Santiago Santoro.

No escucho nada. La ciudad entra en *mute*, como si de pronto alguien hubiera bajado el volumen. Y juro que, o quizá solo me lo invento, hasta los transeúntes se frenan para mirar el puto espectáculo que está ofreciendo este imbécil.

—La ciudad quiere respuestas —añade, saboreando cada palabra.

Mi respiración se corta. No por vergüenza. Por rabia.

Emily da un paso hacia atrás, como si sintiera cómo me tenso, cómo algo dentro de mí hace clic.

—Apaga esa mierda —digo, despacio.

Tony acerca un poco más el celular, disfrutando cada segundo, digno del parásito que es.

—¿Entonces lo confirmas? ¿Estás acostándote con Santoro? ¿La hija de Marco Caruso durmiendo con el hijo de un mafioso muerto?

Solo escucho mi pulso, rápido y descontrolado. Y un calor intenso recorriéndome las manos, una señal clara de que mi cuerpo está listo para reaccionar antes que mi mente.

Emily me roza el brazo.

—Serena, no. No lo vale.

Pero ya es tarde. Acabo de perder la paciencia.

Tony ladea la cabeza, fascinado con mi silencio, con esa expresión de depredador ante su presa.

—¿O prefieres negarlo? Podemos repetirlo —sube aún más la voz, buscando que todos miren—. ¿Está usted manteniendo relaciones sexuales con Santi...

No llega a terminar. No lo dejo. Mi mano se adelanta antes de que pueda soltar la última palabra. El puño sale solo. Directo. Le da de lleno en la mandíbula. El celular sale disparado. Tony pierde el equilibrio y cae contra la acera con un quejido ahogado. A mi alrededor, todos sueltan un *¡oh, mierda!* casi al mismo tiempo.

Emily me agarra rápido.

—¡Serena, vámonos! ¡Ahora!

Pero yo sigo mirándolo. Mirando cómo intenta incorporarse.

Mirando su cara de incredulidad. Mirando cómo se limpia un hilo de sangre del labio.

—¡Estás loca, me rompiste la boca…!—gruñe, pero yo sé que su orgullo está más herido que su mandíbula.

—¡Eso es para que aprendas a mantenerla cerrada!

Emily me jala con fuerza.

—¡Vamos, Serena, joder!



Corremos. Tropiezo con el borde de la acera, casi me caigo, pero Emily tira de mí como si mi vida dependiera de eso. Tal vez sí. Doblamos por una esquina y ella me empuja dentro de un callejón estrecho, entre un restaurante coreano y una tienda de electrónica.

El aire huele a basura caliente y a fritura vieja. Me pego contra la pared, jadeando.

—¿Estás loca? —Emily me fulmina con la mirada—. ¡Le metiste un puñetazo EN DIRECTO, Serena! ¡EN DIRECTO!

Me llevo una mano al pecho, intentando que mi respiración se estabilice, pero no puedo, la adrenalina sigue en mí.

—No podía dejar que siguiera hablando así —digo, y mi voz tiembla.

—¡Pero te estaba grabando medio Manhattan! —Emily se asoma a la entrada del callejón, buscando si alguien nos siguió—. Dios… tu padre va a perder la cabeza cuando vea esto.

Aprieto las manos en puños, todavía temblorosas.

—No me importa Tony. No me importa el *Times.* No me importa nadie.

—Pues debería —replica Emily, girándose hacia mí—. Ese imbécil va a usar esto para hundirte. A ti y a tu padre. Y las elecciones están a la vuelta de la esquina.

Me paso una mano por la cara. Todavía siento el golpe, la fuerza con la que le di a ese imbécil. Y siento otra cosa también, algo que me arde por dentro.

—No debió mencionar a Santiago —murmuro.

Emily me observa con una mezcla de cansancio y una chispa de miedo.

—Serena. Tú mejor que nadie sabes que Santiago no es un buen hombre.

Bajo la mirada y no digo nada, porque en el fondo sé que tiene razón.

Emily suspira, se deja caer contra la pared enfrente de mí.

—Vamos a calmarnos un momento y luego decidimos cómo salir de aquí.

Ahora mismo, Nueva York se reduce a este callejón angosto, a nuestro silencio, y al rechinar lejano de un carrito de basura rodando por la acera.

Capítulo 15

Santiago

La casa está en silencio cuando entro. Un silencio torcido, de esos que no deberían existir en un lugar como este. Un lugar que ha visto tanta sangre y escuchado tantos gritos. Las luces bajas se reflejan en el mármol blanco pulido y en los cuadros carísimos que mi padre compró en el mercado negro francés solo para impresionar a sus socios. Todo brilla, todo parece perfecto, pero es mentira. En esta casa ,en mi casa, todo es una maldita fachada.

Camino por el pasillo con las manos en los bolsillos del pantalón, escuchando solamente mis propios pasos. Y el olor me llega antes de verla. Perfume caro, humo de cigarro fino y alcohol fuerte.

Ahí está ella, mi madre. Recostada en el sofá de terciopelo oscuro que mi padre le regaló por su vigésimo quinto aniversario. Mientras sostiene una copa de whisky japonés *Yamazaki* entre los dedos.

En la mesita de cristal hay una cajetilla de Davidoff, un encendedor de oro y una pequeña bolsa translúcida.

—Llegas tarde —dice, sin mirarme.

Su voz suena arrastrada.

—Llegué cuando tenía que llegar —respondo, quitándome la cazadora—. No deberías mezclar eso con alcohol.

Ella sonríe con una tristeza burlona.

—Tu padre mezclaba el alcohol con cosas peores.

Las aventuras extramatrimoniales de mi padre eran bien conocidas en todo Nueva York. Muchas veces llegaba a casa borracho y oliendo a perfume barato de mujer.

—Y mira cómo terminó —respondo.

Mi madre nunca fue pobre. Mis bisabuelos maternos emigraron desde Irlanda y se asentaron en Brooklyn con una sola cosa entre

las manos: progresar. Abrieron una pequeña destilería de *whisky*, discreta al principio, casi invisible. Pero el dinero crece rápido cuando se mezcla con ambición. En veinte años ya no eran solo barriles. Eran contratos a gran escala. Importaciones a todas partes del mundo, y un apellido respetado en las altas esferas de todo el país.

Hasta que Armando Santoro se atravesó en su camino. Vio a mi madre, joven y hermosa, y decidió que debía ser suya. No solo se llevó la empresa. No solo absorbió el imperio. Se llevó también a la hija. Compró el *whisky*. Compró el apellido. Y a ella la encerró en una jaula de oro de la que nunca ha vuelto a salir.

—Necesito a Salvatore.

Ella alza una ceja.

—Tu hermano no es uno de tus matones.

Me pongo de pie.

—Es un Santoro .Y cuando la sangre llama, se responde.

—Te estás convirtiendo en tu padre —susurra.

Me clava la mirada desde el sofá. Sus ojos grises están rodeados de sombras negras por el maquillaje corrido. Sus dedos tiemblan ligeramente alrededor de la copa.

Me quedo en silencio. Solo aprieto la mandíbula, pero ella lo nota.

—Mírate ahora. Rey de un trono manchado de sangre.

Doy un paso hacia ella, y luego otro. Me inclino lo justo para quedar a su altura.

—Y me siento orgulloso de estar en el trono —susurro cerca de su oído—. Haré lo que sea mejor para esta familia. Y si para eso tengo que convertirme en un monstruo, lo haré mejor que él.

Sus labios tiemblan.

—Salvatore no es como tú.

—Por eso lo necesito —digo mientras doy un paso hacia atrás—. Los rusos están metiendo droga en la ciudad.

—Yo no tengo nada que ver con eso —baja la mirada hacia la bolsita sobre la mesa. La agarra rápido y se la guarda en el bolsillo, como si a estas alturas yo no me hubiera dado cuenta de toda la mierda que ha consumido en su vida.—Eso no es posible—murmura mirándome a los ojos—. Tu padre jamás les permitió cruzar el puerto.

—Mi padre está muerto.

Ella vuelve a bajar la vista. Sé que nunca lo amó, pero después de treinta años a su lado, algo tuvo que sentir, además de la lástima y el asco que le tenía.

Mi celular vibra. Es Stefano.

—Habla…

—Ya hablé con Roland. Te espera en el pub de Manny. Media hora.

—Dile que ahí estaré.

Corto la llamada sin esperar respuesta. Mi madre sigue frente a mí, con los ojos fijos en algún punto que no existe.

—Esto va a terminar mal —dice en voz baja.

—Esto ya está mal desde hace tiempo —respondo mientras me pongo la cazadora y salgo.

La adrenalina me sube por las venas. Finalmente todo empieza a tomar forma. No voy a detenerme hasta descubrir quién mató a mi padre, ni hasta entender cómo los rusos están colando la droga en nuestra ciudad.

—Steven —digo, deteniendo a uno de mis hombres con un gesto —. Cierra todas las entradas. Quiero a todos atentos. Que vigilen hasta las hojas que caen.

—Así será, *capo.*

—Y cuiden bien la casa —añado mientras me subo en la moto—. Mi madre está dentro.

Steven asiente.

—¡Abran la reja! ¡El jefe está saliendo!—vocifera.

Salgo disparado hacia la avenida y me cruzo con un sedán negro seguido por una patrulla de policía con las sirenas encendidas. No necesito pensarlo demasiado para saber que van directo a mi casa, pero ahora no tengo tiempo para ellos. Mi mente está demasiado ocupada reconstruyendo piezas.

Tomo la curva de la Séptima y bajo por la 48 *Street*. Las luces rojas de los semáforos no existen para mí. Los límites tampoco. Vivo como si el mundo fuera una jaula que puedo atravesar a golpes, y me encanta vivir así ,con un solo puto objetivo: llegar al final de lo que me propongo , aunque me arrastre al infierno.



El pub de Manny aparece a lo lejos. Puedo ver a Stefano que me está esperando en la acera. Acelero aún más fuerte y siento el olor de las gomas quemarse con el asfalto.

—Llegas justo —dice mi primo—.Roland ya está dentro. Está que se caga.

—Más le vale —respondo mientras me quito el casco—. Hoy no tengo paciencia.

Stefano empuja la puerta del local.

Roland está en el fondo, con la espalda contra la pared. Mueve de un lado a otro sus pequeños ojos azules, se le nota el miedo. Junto a él hay dos tipos.

Me acerco despacio.

—Santoro —dice, carraspeando—. Me alegra verte.

—A mí me alegra que por fin sirvas para algo—respondo, sentándome frente a él—. Háblame del húngaro. El que trabajaba para mi padre.

—Se llamaba Miklós. Era mi primo —bebe despacio de su cerveza, como si el trago le raspara la garganta—. Al parecer encontró algo que no debía en uno de los contenedores de tu padre.

Hace una pausa.

—Dos días después… —traga saliva y baja la vista—, encontraron su cabeza flotando en el Hudson.

—Háblame ahora de los rusos. Del clan Ivanov.

Roland se pasa la mano por la boca antes de responder.

—Miklós también encontró el sello de ellos pegado en los nailon que envolvían la droga —dice, bajando la voz—. Ese clan viene del sur de Rusia. En Europa del Este han tenido bastantes problemas con la policía. Ya sabes, lo mismo de siempre, prostitución, asesinatos, tráfico de armas.

Hace una pausa.

—Al parecer no están trabajando solos. Alguien los ha estado ayudando aquí.

—¿Crees que tu primo sabía quién estaba colaborando con los rusos?

Roland asiente. Sus dedos tamborilean contra el vaso, un tic que intenta controlar y no puede.

—Sí. Me dijo que lo sabía —murmura Roland, la voz apenas un hilo—. Esa misma noche escuchó a un hombre hablando por el celular, justo al lado del contenedor con la droga.

Se humedece los labios.

—No pudo decirme el nombre… llevaba muy poco tiempo trabajando con ustedes. Pero por la descripción que le dio a tu padre, él sí entendió enseguida de quién se trataba.

Hace una pausa larga. Mira el vaso, no a mí.

—Miklós apreciaba mucho a tu padre. Quería ganarse su respeto. Hizo lo que pudo, hasta donde le alcanzó la vida.

—Ahora descríbeme el sello de los rusos.

—La cara de un oso pardo…, con un puro en la boca.

Aprieto la mandíbula. Siento las muelas crujir bajo la presión, como si quisieran romperse. Un frío helado me atraviesa el pecho y, detrás de ese frío, aparece la furia. Una furia que me empuja a romperlo todo, a no dejar nada en pie. Mi padre ya sabía quién nos estaba traicionando y por eso lo mataron. Todas las piezas empiezan a encajar ahora.

Me levanto de la silla y Roland se pone tenso.

—Has hecho bien en hablar.

—Puedes contar conmigo —añade, levantándose también—. Y con mis hombres.

Lo miro con calma.

—No tienes que ofrecerme lo que ya es mío. Tú y tus hombres me pertenecen desde hace mucho.

Baja su mirada. Mis palabras le recuerdan su puto lugar en el mundo. Me doy la vuelta y camino hacia la salida.

Stefano me espera fuera, apoyado contra la pared de ladrillos.

—¿Habló?

—Todo lo que necesitaba —respondo—. Los Ivanov acaban de cavar su propia tumba.

Su expresión se endurece.

—¿Y ahora?

—Ahora vamos a ver a Marco Caruso.

Capítulo 16

Serena

Emily y yo caminamos rápido, sin mirar atrás, sin hablar durante varias cuadras. Finalmente logramos salir del callejón en el que estábamos escondidas.

—Creo que ya no nos siguen —dice.

Me apoyo un segundo contra la pared metálica de una tienda cerrada. El frío del metal me atraviesa la espalda. Me tiemblan las manos. El corazón todavía me late demasiado fuerte, como si quisiera salirse.

—Ese tipo está enfermo —murmuro—. Tony está jodidamente enfermo.

Emily asiente, pasándose una mano por el pelo.

Han pasado más de cinco horas desde que salí de casa. El cielo empieza a oscurecer y las luces de la ciudad se encienden una por una . Saco el último cigarrillo de la cajetilla con los dedos aun temblándome. *¿Y el encendedor? Carajo. Lo perdí mientras corría. Obvio. Porque hoy tenía que perderlo todo.*

—¿Tienes para encender?

—Sí —responde Emily, rebuscando en su bolso hasta sacar un mechero rosado flúor lleno de *glitter*—. Coge.

El clic del encendedor corta mi respiración. Aspiro el humo con ansiedad, dejando que la nicotina haga lo suyo. Aspiro profundo, luego vuelvo a aspirar. Y otra vez. Y otra

*Ahora sí que me siento mejo*r.

Me meto la mano en el bolsillo y saco el celular. Once llamadas perdidas de mi padre.

—Mierda ,mi padre me ha estado llamando —susurro.

Emily me mira con el ceño fruncido.

—Llámalo.

Mis dedos tiemblan al marcar el número. El tono suena una sola vez.

—¿Dónde estás? —responde al instante. Su voz suena tensa. Molesta. Como cuando ya está al límite.

Trago saliva.

—Papá… hubo un problema con ese periodista de la otra vez.

—¿Un problema? —estalla—. ¡Le partiste la cara en plena transmisión en vivo! ¡Lo pasaron en todos los canales! ¡Por Dios, Serena!

Cierro los ojos con fuerza.

—Él me estaba atacando… habló de ti… de Santiago…

La línea queda en silencio un instante.

—¿Dónde estás, Serena?

—Con Emily saliendo del centro.

—Regresa a casa. Ahora mismo. Mandaré a Willy a recogerlas.

—Papá…

—No es una petición. Es una orden.

La llamada se corta sin darme tiempo a respirar.

Emily me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Está furioso?

Exhalo despacio, dejando que el humo me saque un poco el temblor.

—Está en modo Caruso.

Ella suspira. La abrazo con fuerza, con la sensación de que el mundo está a punto de acabarse.

—Gracias por no soltarme hoy —murmuro contra su hombro.

—Gracias por no dejarme sola ayer —responde ella, apretándome un poco más, como si también necesitara este abrazo para no desmoronarse.

✧ 🖤 ✧

Pasa casi media hora.

Finalmente, el Mercedes negro de mi padre aparece al final de la calle. Mi padrino se baja primero y nos abre la puerta sin decir una sola palabra. Emily sube al auto en silencio. Yo la sigo. El recorrido se me hace eterno. Nadie dice nada. Solo se escucha el motor y mi respiración todavía un poco acelerada. Primero pasamos a dejar a Emily.

Cuando el coche se detiene frente a su casa, veo a su madre esperándola en la terraza, con los brazos cruzados y el rostro completamente desencajado. No hace falta preguntar nada. Ella también se enteró de todo. Y por la forma en que mira el coche, sé que no está nada contenta.

Emily me mira, con la certeza de que la noche no terminó para ella tampoco.

—Escríbeme cuando llegues —susurra mientras cierra la puerta del auto.

Asiento.

—Cuídate —le digo.

El Mercedes arranca de nuevo y la dejo atrás. Entonces mi padrino me observa por el retrovisor. Yo también lo miro. Con el rabillo del ojo alcanzo a ver mi reflejo en el espejo.

Tengo la cara demacrada, los ojos cansados, la piel pálida. Parezco alguien que no durmió en días, o alguien que acaba de salir de un problema demasiado grande. Y sí, soy las dos cosas.

El silencio me duele. No me gusta ver así a mi padrino. Él siempre está sonriendo conmigo.

Intento decir algo.

—Después tendré que venir por mi coche, lo dejé aparcado cerca del Velvet Bean.

Mi padrino no responde de inmediato. Sigue mirando la carretera, serio, perdido en sus pensamientos.

—Ya le diré *ai ragazzi* que lo recojan—dice al fin.

Asiento en silencio. Me recuesto contra el asiento y fijo la mirada en la ventanilla; las luces pasan rápidas, borrosas. Mi mente no se aquieta. Cuando papá le partió la cara a ese periodista, no pasó nada. Pero lo mío fue distinto: lo hice en plena directa, sin pensar en las consecuencias. Aprieto los dedos contra mis muslos; todavía siento el impacto en los nudillos.

Tras casi cinco millas de puro silencio, finalmente puedo ver el portón de hierro de mi casa. Mi padrino reduce la velocidad. Hay más coches de lo normal frente a la entrada. Dos, quizá tres. No reconozco ninguno. Las luces están encendidas a pesar de que aún no es de noche del todo. Algo está pasando.

El Mercedes se detiene por completo frente a la entrada. El motor sigue encendido unos segundos antes de apagarse. Abro la puerta y me bajo del auto. Miro alrededor.

Los hombres de seguridad están tensos. Uno evita mirarme a los ojos; otro mantiene la mano cerca del arma.

Y entonces lo noto. Esa energía antes de verlo, mi cuerpo ya lo reconoce.

Santiago.

Está apoyado contra uno de los autos, con los brazos cruzados, fumando con calma. La luz amarilla de los faroles le marca el perfil duro, la mandíbula marcada, y esos ojos grises se clavan en mí en cuanto me ve.

—Tú… ¿qué haces aquí? —pregunto, sin poder ocultar el temblor.

Da la última calada al cigarro y lo tira al suelo, aplastándolo con la bota.

—Vine a ver a tu padre.

Eso no me tranquiliza.

—¿Para qué?

Da un paso hacia mí.

—Para hablar de asuntos que no te incumben.

Me recorre con la mirada de arriba abajo. Se detiene en mi cuello y aparta mi pelo hacia un lado. Como si quisiera comprobar que no hay nada.

—Y para asegurarme de que estás bien.

Mi corazón se acelera.

—Vi lo que le hiciste al periodista —dice, con esa media sonrisa suya que nunca sé si es burla o aprobación—. Buen puño.

Antes de que pueda decir algo más, la puerta de la casa se abre de golpe.

—¡Serena! —la voz de mi padre corta el aire.

Se queda quieto un segundo al verme, y luego clava la mirada en Santiago.

—! *Vai dentro*! —ordena mi padre, mirándome fijamente.

Doy un paso. Luego otro. Camino hacia la casa con el pulso acelerado. Siento la mirada de Santiago detrás de mí, fija, siguiéndome.

Santiago

Al final no tiene a solo un buen culo y una cara bonita. Cuando vi la retransmisión en las noticias, joder. Me encendió verla así. Salvaje. Dejándose llevar. Perdiendo el control.

Ya lo sabía yo. Serena Caruso no era la niñita mimada que todos creen. Ella es pólvora. Solo necesita una chispa para explotar. Y esa chispa soy yo.

Capítulo 17

Santiago

Mis hombres me esperan afuera. Stefano está con ellos, y junto a su grupo también están los hombres de Messina. Todos saben que lo que se decide aquí dentro no admite errores.

En el despacho de Marco estamos solo los tres *capofamiglia.*

Estoy sentado en una esquina, hundido en una butaca de cuero rojo oscuro. Relajado por fuera. Listo para lo que sea por dentro. A mi lado hay una mesa pequeña con varias fotografías de los Caruso. En una de ellas sale Serena junto a su madre. El parecido es innegable. La señora Caruso era una mujer hermosa.

Messina está sentado frente al escritorio de Marco, con las piernas abiertas y la espalda recta, observándolo con atención. Marco habla por teléfono con el director de logística del puerto. Fuera de eso, no se oye nada. Ni un puto ruido. Ni una mosca se anima a moverse.

—Quiero todos los documentos de entrada y salida de los últimos doce meses sobre mi escritorio. ¡Mañana mismo, carajo! —ruge Caruso antes de colgar el teléfono con violencia.

Desde donde estoy, le noto la respiración corta y la yugular saltada, latiendo como si quisiera salirse.

—¿Y entonces? —suelta Messina, sin quitarle los ojos de encima.

—¡Entonces nada!

Los observo a ambos. Están descolocados. Ninguno de los dos lo admite, pero lo sé. Si yo no hubiera llegado, si no hubiera empezado a mover mis piezas, esta mesa seguiría estancada y la droga seguiría entrando por nuestro puerto como si nada. Para Marco, como él mismo me dio a entender, yo soy el producto torcido de la crianza de mi padre.Pero sin mí. Ahora mismo nadie estaría moviendo un solo dedo. A veces hay que empujar para poder avanzar. Y yo voy a empujar a todos a la vez hasta descubrir quién mató a mi padre.

—Haremos todo lo que…

La frase se corta y la puerta del despacho se abre sin aviso.

—Padre.

Messina gira la cabeza de inmediato.

—Antony, te dije que esperaras afuera.

Antony Messina. Lo había olvidado.

El bebé llorón. El mismo que una vez empujó a Serena por el tobogán del jardín y le rompió un tobillo.

Al final, él también terminó con algo roto. Un diente, creo. El que yo le rompí .

Serena ni siquiera debe acordarse de esa escena. Era un poco más chica que nosotros.

—No, Messina… deja entrar a tu hijo —digo desde mi asiento—. Hace mucho que no lo veo y me gustaría saludarlo.

Marco no dice nada. Solo me mira con la precisión de un águila, tratando de descifrar lo que pasa por mi mente.

Messina vacila un segundo.

—Ya escuchaste a Santoro. Entra.

La puerta se abre por completo. Por fin lo veo. Está un poco más alto desde la última vez, pero sigue teniendo la misma cara de imbécil.

Por un momento no dice nada. Luego sonríe, agrandado, como si el pasado fuera una anécdota simpática.

—Santiago —dice—. Cuánto tiempo.

Me pongo de pie. Pero no le doy la mano. Realmente me importaba una mierda saludarlo, solo quería verle la cara de imbécil.

Antony avanza un paso más y, sin pedírmelo, me rodea en un abrazo rápido, demasiado familiar para alguien que no debería tocarme así.

Su pecho se aprieta contra el mío. Su voz me roza el oído.

—Me alegra verte de nuevo.

No respondo al abrazo. Levanto la mano y la dejo caer sobre su hombro, despacio. Luego aprieto. Fuerte. Lo suficiente para que entienda que quiero que me suelte, y que si no lo hace, va a besar el suelo.

—Lo mismo digo —respondo.

Finalmente se separa. Su sonrisa sigue ahí, pegada a la cara estúpido, pero los ojos ya no le brillan como cuando entró.

Marco observa la escena en silencio. Messina carraspea, incómodo, como si no supiera dónde meterse. Y yo vuelvo a sentarme, como si nada hubiera pasado.

—Prosigamos —dice Caruso.

—¿Qué se sabe de los rusos? —pregunta Antony.

Messina le suelta un manotazo en la pierna.

—Nadie te dijo que podías hablar.

—No seas así, Enzo —intervengo mientras me pongo de pie —. Deja a tu hijo expresarse.

Con la misma tranquilidad con la que me levanto, camino hasta el botellero de Caruso. Sin pedir permiso, agarro una botella de *whisky* y me sirvo un trago.

—Te respondo yo, Antony —digo mientras me apoyo contra el escritorio de Marco—. Los rusos ya son hombres muertos.

Doy un sorbo de *whisky* y disfruto cómo me quema la garganta.

—Voy a arrasar con cada uno de ellos hasta que no quede ni el polvo —digo sin bajar la voz—. Pero antes… cuando los tenga arrodillados a mis pies, escupiendo sangre… me van a decir quién mató a mi padre.

El silencio se apodera del despacho.

Messina se levanta de un salto.

—¿De qué carajos estás hablando?

—¿No le has dicho nada de lo que te conté? —le pregunto a Caruso sin mirarlo a la cara. Sigo apoyado en su escritorio, dándole la espalda.

—No… justo ahora pensaba hacerlo. Pero te adelantaste.

Messina golpea la mesa con la palma abierta.

—¿*Che cazzo sta succedendo qua*?

—Mi padre sabía quién estaba ayudando a los rusos a meter la droga y por eso lo mataron…

Apoyo el vaso sobre el escritorio de Caruso y camino hacia la ventana.

—Creo que el hijo de puta que lo hizo … es de los nuestros— murmuro.

—¿Tienes un nombre? —pregunta Enzo.

—Todavía no… —respondo, sin girarme—, pero sé que muy pronto lo voy a tener.

✧ 🖤 ✧

Tras la reunión, después de discutir cómo moveríamos cada pieza para llegar al fondo de todo, salgo al jardín. Necesito fumar. Enciendo un cigarro en cuanto cruzo la puerta.

Stefano se acerca.

—¿Entonces? —pregunta—. ¿Descubriste algo de los rusos?

Lo miro de reojo mientras dejo escapar el humo.

—Estamos a mitad de camino —respondo—. Aún queda mucho por recorrer.

Stefano asiente.

—Es curioso —añade—. Ese sello del oso con el puro.

Me quedo quieto. Nunca le mencioné nada del sello de los Ivanov.

Giro la cabeza hacia él, sin cambiar la expresión.

—¿Y cómo carajo sabes del sello que usan?

Stefano tarda una fracción de segundo en responder. La frente le empieza a brillar de sudor y traga saliva con esfuerzo. Intenta disimular, mover los hombros como si nada, pero él sabe que conmigo esas cosas no funcionan.

—Lo vi una vez —dice—. Hace tiempo.

Entrecierro los ojos.

—¿Dónde?

Se pasa la mano por la nuca, incómodo, como si buscara las palabras.

—Tengo una amiga… ella consume —susurra, bajando la mirada —. Fui a apretar a su camello para que la dejara tranquila… y en uno de los paquetes vi ese sello.

—¿Una amiga? —repito, sin ocultar la ironía en mi voz.

Asiente rápido.

—Sí.

Me llevo el cigarro a la boca y lo aspiro hondo, luego suelto el humo por la nariz.

—Curioso. Nunca me habías hablado de… tu amiga.

Stefano baja la mirada de nuevo. Su pulso late rápido en el cuello.

—Ten cuidado con las amigas que eliges —le digo—. Y ahora vete. Apago la colilla del cigarro con los dedos—.Busca todo lo que puedas sobre los Ivanov. Yo todavía tengo un par de asuntos que cerrar esta noche.

Stefano asiente, con la mandíbula tensa, y se aleja rápido. Yo, en cambio, me quedo aquí. No puedo tener a Serena tan cerca y largarme como si nada. Saber que está a unos metros y no poder jugar con ella me pone de malas pulgas. Quiero verla sonrojarse cuando me mire. Quiero sentir cómo se le enciende el pecho cuando me acerco. Quiero que pierda el control cuando le apriete el culo.

—¿Aún aquí? —interrumpe mis pensamientos Enzo, saliendo junto a Antony.

—Sí, ya estaba por irme.

Messina me sostiene la mirada un segundo, como si tuviera algo más que soltar, pero se lo guarda.

—No te metas solo en la boca del lobo, Santoro —dice al final.

—Créeme que no lo estoy, Enzo. Créeme que no lo estoy.

Enzo asiente con rigidez y me planta la mano en el hombro.

—Antony, vamos.

Ambos se alejan hacia los coches. Pero Antony se detiene antes de llegar a su Porsche y regresa hacia mí.

—Santiago —murmura, con la voz baja, casi ronca—. Lo de tu padre—.No va a quedar impune —añade—. Te doy mi palabra. Sabes que puedes contar conmigo.

—Las palabras pesan poco —respondo, mirándolo a los ojos.

Antony no se mueve. Me sostiene la mirada.

—Las mías no.

Asiente una sola vez y se da la vuelta. Esta vez sí se va.

Y yo me quedo solo otra vez. Con la noche. Con Serena. Y con el incendio que estoy por provocar.

Capítulo 18

Serena

Un golpe contra el cristal de la ventana hace que me despierte. Pego un brinco y abro los ojos. El corazón lo tengo a mil.

Otro golpe.

La habitación está casi a oscuras; solo entra una línea de luz desde los faros del jardín, colándose entre las cortinas. Parpadeo, intentando enfocar. Miro el reloj de la mesita.

11:07 p. m.

—¿Qué…? —susurro, con la voz todavía dormida.

Otro impacto contra la ventana. Más fuerte. Más insistente.

Me levanto despacio, con el cuerpo aún tibio por el sueño. Llevo puesta solo una camiseta fina que me cubre los muslos a medias, y el suelo helado me despierta del todo cuando apoyo los pies en el piso. Me acerco a la ventana con cautela. Corro la cortina un poco, lo justo para mirar afuera. Y entonces lo veo.

Santiago.

El aire se me traba en los pulmones.

Tiene la mano llena de semillas caídas del pino. Levanta el brazo y me lanza otra semilla; pega contra el cristal, justo abajo, como si me dijera que esto es real, que no estoy soñando. El calor me sube del estómago al pecho. Aprieto los dedos contra el marco de la ventana. Al final, la abro.

—Estás loco si crees que voy a bajar —murmuro, aun sabiendo que no me escucha.

Los guardias de mi padre no están. Qué raro.

Como si me leyera los labios, ladea un poco la cabeza. Luego alza la mano y me hace una seña. No tengo idea de qué demonios quiere decir, pero niego con la cabeza.

Una ráfaga fuerte de viento se cuela por la ventana. Siento cómo la camiseta se me pega a la piel. El aire me recorre entera. Mis pezones se endurecen por el cambio de temperatura y aprieto los muslos sin darme cuenta.

De momento vibra mi celular sobre la cama. Miro hacia atrás. Un mensaje. Lo agarro sin pensarlo mucho.

Baja. No te voy a morder…

Es una locura. Miro hacia abajo y él sigue mirándome .Una curva mínima se le escapa en los labios.

Escribo:

Si te ven, estás muerto.

Él responde al instante.

Entonces baja rápido.

Trago saliva. Miro la puerta y las manos me tiemblan. Lanzo el celular sobre la cama.

—Maldito… —susurro.

Me alejo un paso de la ventana, y luego otro. Abro el cajón de la cómoda y saco unos *shorts* cortos, me los pongo. La camiseta sigue siendo ridículamente fina, pero me queda bien. Me calzo unas zapatillas sin cordones que encuentro tiradas junto a la zapatera.

Camino hacia la puerta, pero me freno. Necesito calmarme. Apoyo la frente contra la madera y respiro profundo.

—Solo vas a hablar con él —me digo en voz baja.

Giro el pestillo con cuidado y salgo al pasillo. Está todo oscuro. Las luces de emergencia apenas se reflejan en los cuadros de las paredes. Camino despacio, midiendo cada paso para no hacer ruido. Bajo la escalera en cámara lenta, casi sin respirar cada vez que apoyo el pie. Llego a la puerta, agarro mi chaqueta del perchero y me freno otra vez. La mano me tiembla en el manilla. Entonces escucho su voz.

—Serena.

Solo mi nombre, dicho así, basta.

Abro. Camino hacia él. Santiago baja la mirada a mis *shorts*, sin disimular.

—Pensé que no bajarías —murmura.

—Yo también —respondo.

Nos quedamos mirándonos. Tan cerca que puedo olerlo.

—¿Y los guardias? —susurro.

Sus labios se curvan un poco y sus ojos grises brillan en la oscuridad.

—Dormidos —dice—, no pudieron con la botella de *whisky* que le robé a tu padre del despacho.

—Estás loco —murmuro, casi sin voz—. ¿Y ahora qué?

—Ahora te subes a la moto.

El pulso se me dispara y las piernas se me vuelven de goma.

—Tú estás mal de la cabeza——susurro, sin poder evitar la sonrisa.

Santiago estira la mano hacia mí.

—¿Vienes… o te quedas aquí sola?

Lo miro una vez más, queriendo convencerme, aunque ya lo estoy.

—Sabes perfectamente lo que voy a hacer.

Le agarro la mano.



La moto arranca con un rugido que me sacude entera. Me pego a su espalda y le rodeo la cintura con mis brazos. El viento me deja sin aire en cuanto cruzamos el portón y salimos a la primera avenida.

—¿A dónde me llevas? —grito cerca de su oído.

No dice nada. Solo toma la curva de Riverside, baja hacia la autopista y se mete entre los coches como si la ciudad fuera su pista privada. Pasamos los semáforos en rojo y, cada vez que lo hacemos, me pego más a su espalda y cierro los ojos con fuerza.

—¿Santiago? —insisto.

Gira apenas la cabeza.

—Es una sorpresa.

Cruzamos el puente por la West 181 Street. El río queda abajo. Pasamos por una zona industrial. Las calles aquí se vuelven más estrechas, casi sin luces y sin edificios alrededor. Nos estamos alejando de los lugares que conozco, y empiezo a ponerme nerviosa. Me aferro más a él, rodeándole la cintura con fuerza. Y, claro, eso no me calma para nada; solo me acelera aún más los malditos nervios.

—Deberías tener miedo —dice de pronto.

—Lo tengo —respondo.

Siento cómo su espalda se tensa bajo mis manos.

Toma una última curva cerrada, se desvía por un camino de tierra y frena de golpe frente a un portón metálico oxidado. No hay letreros y tampoco hay luces visibles. Solo un foco solitario colgado de un poste inclinado, parpadeando como si estuviera a punto de morirse.

—Hemos llegado. Bájate.

Obedezco, todavía con las piernas temblorosas por la velocidad.

—¿Dónde estamos? —pregunto, intentando que no se note lo nerviosa que estoy.

Santiago abre el portón con una llave que saca del bolsillo.

—Campo de tiro privado. Aquí solo entra quien yo dejo.

Entramos. El lugar es enorme, todo cubierto, con paredes de hormigón y unos blancos al fondo llenos de agujeros. En el centro hay una mesa metálica con latas viejas encima. Huele a pólvora, aceite y metal oxidado.

Cierra detrás de nosotros. El cerrojo de hierro retumba y pego un brinco .

—¿Por qué me traes aquí? —susurro.

Santiago se agacha y saca un maletín de debajo de la mesa.

— Porque quiero ver de lo que eres capaz.

Abre el maletín. Bajo la mirada y veo varias armas alineadas dentro. Santiago agarra una pistola y la revisa. Saca el cargador, lo mete de nuevo, rastrilla la corredera y me la pasa con la culata hacia mí.

—Es una Glock 19.

No muevo ni un dedo.

—Nunca he disparado —susurro, sin atreverme a tocarla.

—Lo sé.

Me agarra de la muñeca con firmeza y me coloca el arma en la palma. Sus dedos se cierran sobre los míos, ajustando mi agarre sin darme opción a soltarla.

—No la sostengas con miedo —dice cerca de mi oído—. Sostenla con firmeza.

Trago saliva.

—Pesa—murmuro con un hilo de voz.

—El poder siempre pesa.

Me guía hasta la línea de tiro. Retrocede conmigo varios pasos, sin soltarme en ningún momento. Se pone detrás de mí. Puedo sentir su entrepierna apoyada.

—Piernas firmes —susurra en mi oído mientras mete su pierna entre las mías, marcando mi postura—. Respira hondo. Apunta.

Levanto el arma con las manos temblorosas. Los labios se me entreabren y el pulso me golpea en la garganta.

—No mires el blanco como si fuera algo lejano —murmura—. Míralo como si te debiera algo.

Aprieto la mandíbula.

—¡Ahora… dispara!

Jalo del gatillo.

El disparo estalla y doy un paso atrás sin quererlo. El ruido es tan brutal que me zumba todo; los oídos me arden, como si me hubieran explotado por dentro. Bajo el arma con la respiración descontrolada.

—Fallé… —murmuro.

Santiago sonríe.

—No —dice, señalando el blanco. La bala ha dado cerca del centro.

Mi estómago se contrae; siento un cosquilleo absurdo, una especie de *¿En serio acabo de disparar una maldita pistola?*

—Otra vez —ordena.

Y esta vez no tiemblo. Levanto el arma con más firmeza. Los hombros ya no los tengo rígidos. Respiro hondo, tal como me dijo. Siento que sigue pegado detrás de mí, demasiado cerca, y por alguna razón eso me hace sentir… *más peligrosa.*

Aprieto el gatillo. El segundo disparo suena más limpio, más seguro. Bajo el arma y giro la cabeza, pero Santiago me frena. Sus manos me agarran desde atrás para que no pueda darme la vuelta del todo; siento sus dedos cálidos apoyados en mis mejillas. Con calma los desliza por mi cuello y luego señala el blanco.

—Casi —murmura, tan cerca que la piel se me eriza al instante.

De pronto da un paso atrás. Se separa de mí por completo. Ahora me siento casi desnuda sin su presencia pegada a mi espalda.

—Hazlo tú —dice—. Sin mí.

Asiento. Trago saliva. Lleno los pulmones de aire. Levanto de nuevo la pistola y apunto. Esta vez no pienso en el ruido. No pienso en el retroceso. Pienso en todo lo que me ha salido mal estos días. En Joe. En el maldito periodista. En todo lo que me tiene al borde.

Disparo.

Y la bala pega aún más cerca del centro. Mi respiración se acelera, pero la mantengo a raya. Una risa nerviosa se me escapa.

—No estaba tan difícil… —susurro.

—No. Solo necesitabas dejar de tener miedo.

Me giro hacia él. Santiago me observa con una intensidad que me quema. Sus ojos bajan un segundo hasta mis manos. Luego suben despacio hasta mi rostro.

—¿Te gusta el poder? —pregunta.

—No lo sé.

Da un paso hacia mí.

—Claro que lo sabes.

Se detiene a un palmo de distancia. No me toca. Pero el aire entre los dos se vuelve intenso. Y de repente, se aparta.

Camina hasta el fondo del campo de tiro y, mientras lo hace, se arremanga la camisa negra. Primero una manga. Luego la otra. Sus antebrazos quedan al descubierto, marcados por tatuajes de serpientes que llaman demasiado mi atención.

¿Cómo se supone que no me distraiga mirándolo?

No puedo ver su piel real; la tinta oscura lo cubre casi por completo La serpiente del brazo derecho sube, trepando por su antebrazo hasta perderse bajo la tela. La del izquierdo baja en dirección contraria, deslizándose hacia su muñeca como si buscara morder.

Santiago agarra una lata de Coca-Cola de la mesa metálica y, sin decir nada más, se la coloca sobre la cabeza.

Mi respiración se corta.

—Dispara otra vez.

—¡Estás loco!

La pistola ahora me pesa más.

—¡Dispara! —ruge, con una fuerza que hace que el eco me taladre los oídos y me recorra la columna como un latigazo.

Siento el corazón desbocado contra las costillas, golpeando tan fuerte que casi me duele. Sé que, si no lo hago, va a pensar que soy una cobarde. Y no pienso darle el gusto.

Apunto. Mantengo la respiración. Cierro los ojos un segundo. Luego los abro. Nuestros ojos siguen conectados. Su mirada es un desafío directo, como si me empujara hacer lo que él quiere.

No lo pienso más, no titubeo. Jalo el gatillo. El disparo sale y me sacude el cuerpo. La maldita lata sale volando, girando en el aire. Santiago solo sonríe. Como si nada hubiera pasado. Como si esto fuera parte de su rutina diaria.

—Eso es —susurra—. Ahí estás tú.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. El calor se me acumula en el vientre. No sé si es la adrenalina, el peligro o la forma en que me está mirando.

Bajo el arma muy despacio. Él empieza a caminar hacia mí, sin romper el contacto visual ni un instante. Se me planta delante y levanta la mano. Sus dedos rozan el dorso de los míos, todavía me tiemblan por el disparo, y me quita el arma con una suavidad que no pega nada con lo que acaba de pasar.

—Lo hiciste sin cerrar los ojos —dice en voz baja—. Eso dice mucho de ti.

—No vuelvas a hacer algo así —susurro—. Podrías haber muerto.

Sus labios se curvan, señal de que disfruta demasiado de esto.

—Y aun así disparaste.

Santiago inclina la cabeza. Me agarra de la nuca con su mano áspera. Siento sus dedos cerrarse con fuerza, tirando de mí como si no pensara soltarme.

—Esto tiene que parar —susurro, más para convencerme a mí que a él.

—Entonces dime que te suelte.

No lo digo. Y siento cómo aprieta un poco más. No duele; al contrario, me gusta, lo disfruto más de lo que debería. Él lo nota. Obvio que lo nota. Ese gesto mínimo en su boca, la mandíbula

tensa, la respiración que se le queda atrapada, todo esto me deja todavía más expuesta.

—Vámonos—me susurra al oído antes de soltarme.

Y yo me quedo quieta, como una idiota, con el centro del cuerpo encendido y latiendo, y eso es lo que más me jode. El cabrón sabe cómo tener el control hasta el último segundo.

Salimos del campo de tiro. Santiago camina a mi lado sin mirarme; tiene la mandíbula apretada y ese perfil que parece hecho para joderme la calma. La moto nos espera en la oscuridad. Me subo detrás de él sin que lo diga y arranca al instante.

El viento me enfría la piel, pero por dentro sigo ardiendo, como si él todavía me tuviera agarrada. Y lo peor es que una parte de mí solo quiere seguir recto, sin rumbo, desaparecer a su lado y ya. *Ridículo. Apenas nos estamos conociendo como adultos, y yo pensando estas estupideces. Reacciona, Serena.*

Llegamos a mi casa. Frena sin apagar la moto y me bajo.

—Gracias —murmuro, casi sin voz.

Su mirada apunta directo a mis labios. Pero se mantiene en silencio. Me aguanta la mirada. Me ha quedado claro de que esa es su firma. Su forma de recordarme que soy suya sin necesidad de hablar. Se baja la visera del casco y acelera. La moto sale disparada y se pierde calle abajo.

El cielo comienza a aclararse a lo lejos y el sol empieza a salir*.*

Ojalá papá todavía esté roncando.

Santiago

La quiero peligrosa. La quiero con ese fuego que quema por dentro, igual que yo. No puedo retenerla, pero tampoco voy a dejar que se me escape. Serena dejó de ser un peón en el tablero; ahora es la pieza que cambia el juego. La reina. La que ningún jugador dispuesto a ganar arriesgaría.

Siento el celular vibrar en el bolsillo. Aflojo el acelerador y me pego a la acera. El motor queda rugiendo en bajo.

Darcy. Mi madre

—Habla.

—Santiago —dice ella al otro lado—. Hay alguien que quiere hablar contigo.

Hay un breve silencio. Después, esa voz que conozco demasiado bien.

—Hermano, estoy aquí. Mamá dijo que necesitabas mi ayuda.

La mandíbula se me endurece.

Salvatore.

—No te muevas —digo—. Llego en un minuto.

Cuelgo.

Capítulo 19

Serena

He dormido más de lo normal hoy, y cómo no hacerlo. La madrugada fue otra cosa. Sonrío todavía, perdida entre las sábanas calientes, mientras mi cabeza vuelve sola a lo que pasó. Su respiración rozándome el oído. Esa mirada desafiante, provocadora. Su locura sin frenos. Su voz fuerte diciéndome *"dispara"*. El calor que me subió al cuerpo cuando se acercó demasiado. Y esos tatuajes que se supone no deberían moverme nada, pero igual lo hicieron. Me río bajito. Me llevo las manos al pecho y aprieto fuerte, como si pudiera guardar ese recuerdo ahí adentro, bien escondido, solo mío.

—Bueno, ya es hora de levantarse.

Me pongo las chanclas de estar en casa, me cubro con la bata de seda blanca y salgo de la habitación. Bajo las escaleras rumbo a la cocina, siguiendo ese olor que me hace la boca agua.

Tortillas mexicanas. Las de María.

—Pues mira quién se ha despertado al fin —dice mi padre desde la silla del *capotavola.*

Está leyendo el periódico de hoy, con una taza de café humeante entre las manos. Por suerte estaba dormido cuando regresé esta mañana.

—Buenos días, pa.

Me siento del otro lado de la mesa. Lo que sí se me hace raro es que no diga ni una palabra sobre lo de ayer con Tony Esposito.

—¿No irás a la piscina hoy? —pregunta mi padre sin levantar la vista.

—Tal vez más tarde —respondo, llevándome un bocado de la deliciosa tortilla a la boca—. ¿Y tú? ¿Todo bien?

Mi padre aparta el periódico de su cara.

—Sí. He dormido muy bien esta noche.

Lo dice mirándome.

—Yo también —miento con una sonrisa torpe.

Da un sorbo al café sin dejar de mirarme.

—La noche estuvo movida —añade con toda la calma del mundo.

Siento un pinchazo de nervios en la barriga.

Estoy muerta. Me vio salir con Santiago.

—Al parecer los hombres que estaban de guardia se emborracharon con una botella de *whisky* de mi despacho —continúa—. Qué raro, ¿verdad?

Bajo la mirada en la tortilla que queda en el plato. Aprieto el tenedor sin darme cuenta. El estómago se me encoge y me late la cabeza en las sienes. *No puedo seguir aquí*.

—Voy… voy al baño —murmuro, sin atreverme a mirarlo.

Subo las escaleras a toda prisa, tan rápido que casi me tropiezo con mis propios pies. Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo contra ella, intentando respirar hondo.

—Lo sabe todo—susurro.

Camino hasta la cama, el único sitio donde siento que nada puede alcanzarme. Me dejo caer sobre el colchón, me enredo en las sábanas aún tibias y abrazo la almohada con fuerza. Cierro los ojos un instante, intentando que mi cabeza pare de girar.

Y entonces el celular vibra.

Emily:

Esta noche salimos. No acepto un no. También vendrán las chicas…y Emma quiere aclarar las cosas contigo.

PD: Nada de drogas.

Respondo enseguida:

¿Segura segura de que nada de drogas?

Me mordisqueo la uña mientras espero su respuesta. Los puntitos aparecen. Desaparecen. Vuelven a aparecer.

Después de lo último que pasó, ni loca. Ya te lo dije.

Suelto una pequeña risa.

Vale… entonces me apunto.

La respuesta no tarda.

Sabía que dirías que sí. Te pasamos a buscar a las nueve. Díselo a tu padre ya, que si no después te corta las alas.

Ruedo los ojos.

¿A dónde vamos?

Los puntitos vuelven a torturarme.

Al Midnight Glow. 320 Starfall Avenue. Abrieron hace dos meses. Centro de Manhattan. Solo entra gente VIP.

Dejo el móvil sobre la cama y me quedo mirando el techo unos segundos.



La tarde se me va sin que ni siquiera lo note. Y cuando cae la noche, algo en el pecho me da un vuelco, como si ya supiera que nada va a salir como yo creo.

Mi padre ha estado afuera todo el día con mi padrino. Ha estado tan ocupado que ni siquiera rechistó un poquito cuando le pedí permiso para salir. No sé qué está pasando últimamente, pero desde que Armando Santoro murió y Santiago volvió a Nueva York, todo se siente raro. Mi padre habla menos. Los guardias cambian de turno cada dos por tres. Las llamadas son siempre a puerta cerrada, siempre en su despacho, siempre con ese tono bajito y tenso que me saca de quicio. Y ayer escuché a Willy hablando con una empresa de seguridad para poner cámaras nuevas en toda la casa.

Pero bueno, esos son asuntos de ellos. Yo mejor pienso en qué me voy a poner esta noche.

Abro el armario. Nada me convence. Todo me parece demasiado básico. Agarro un vestido rosa, cortito, y lo dejo sobre la cama. Después tomo uno rojo. Lo miro un segundo, pero niego con la cabeza. Demasiado obvio. Demasiado cliché. Al final encuentro uno que casi ni recordaba. Blanco, ceñido, con la espalda medio descubierta. Ese punto perfecto entre inocente y un poco peligrosa. Elegante, pero con mala intención.

Me hago una trenza. Un poco de delineador. Labial clarito. Sutil, pero suficiente. Estoy a punto de ponerme los tacones cuando escucho un claxon afuera. El corazón me da un salto.

Emily.

Miro el reloj.

8:59 p. m.

—Puntual como siempre —murmuro.

Bajo las escaleras con más cuidado que de costumbre. Mi padre no está en la casa. Tío Willy tampoco. Mejor así. Agarro el bolso.

Y justo cuando abro la puerta principal, el claxon suena otra vez, ahora más impaciente.

—¡Serena! ¡Dale, que hoy no es noche para llegar tarde! —grita Emily desde el auto, ya metida en el portón.

Los hombres de mi padre están en la casita de guardia, metidísimos en el partido de fútbol.

En el coche ya están las chicas. Emma va seria, demasiado seria para lo que solemos ser. Chloe revisa su móvil, imperturbable, ajena a todo. Sé que Emma quiere hablar de lo de Joe, se le nota en la postura y en cómo evita mirarme.

Habrá tiempo para eso. La noche recién empieza.

Las millas pasan volando. Las luces de la ciudad entran por la ventanilla, reímos y contamos chistes sobre chicos ,Chloe jura que Mike besa fatal, y el aire nos pega en la cara porque todas llevamos

las ventanas abajo. Emily sube la música y el coche se llena de Taylor Swift.

Heartbreakers gonna break, break, break, break, break

And the fakers gonna fake, fake, fake, fake, fake .

Baby, I'm just gonna shake, shake, shake, shake, shakeI shake it off, I shake it off

Cantamos a los gritos, fatal pero felices, sin pensar en nada más.

Llegamos a Starfall Avenue y el ambiente ya está a tope. Coches de lujo en doble fila, grupos de gente amontonados en la entrada, flashes explotando por todas partes. Los de seguridad piden las invitaciones en la entrada. Están regados por todas las esquinas, vigilando todo, cual si fuera una *premiere* de Hollywood.

El Midnight Glow está en el penthouse. Miramos la fila: es eterna.

—Ni de broma espero ahí —dice Chloe en voz alta.

Emily saca cuatro pases negros mate.

—Papá los consiguió en la discográfica —dice—. *Priority Entry*. Así no vamos a perder media vida en la fila.

Los chicos de la entrada revisan las invitaciones y nos dejan pasar. Subimos en un ascensor privado directo al último piso. Las puertas se abren y la música nos golpea de lleno, altísima. El DJ está elevado, dominando todo desde una cabina de cristal.

Hay gente guapa por todas partes. Vestidos ajustados. Trajes caros. Perfumes intensos mezclándose con el olor a alcohol y exceso.

Al fondo está la zona VIP: sofás negros, mesas bajas, seguridad privada y botellas con bengalas encendidas.

Nos abrimos paso entre la gente hasta una de las zonas laterales del bar. Entre una canción y otra terminamos tomando más de lo que pensábamos. Uno o dos tragos de más. Lo justo para que Emily se ría más fuerte, Chloe baile sin una gota de vergüenza y yo sienta el calor del alcohol subirme por el pecho.

Emma sigue a mi lado en silencio, y puedo sentir cómo va buscando el momento, como si las palabras le pesaran en la lengua. De repente me mira de frente, sin decir nada, pero no le hace falta,

sus ojos lo cuentan todo. La culpa, los nervios, ese miedo absurdo de que yo no quiera escucharla, todo mezclado ahí, mirándome de frente.

Baja la cabeza, con un esfuerzo que parece quitarle el aire. Los ojos se le llenan de lágrimas, brillándole, y de pronto parece que todo lo que ha estado aguantando le estalla adentro. Y yo lo sé. Sé que no fue culpa suya. Ese cabrón de Joe se aprovechó de ella mientras estaba drogada.

—No digas nada — susurro.

La encierro fuerte en un abrazo. Y, a pesar de la música alta, siento sus sollozos contra mi hombro.

Emily carraspea y hace esa cara dramática que le gusta exagerar.

—Ey, ya, suficiente drama—dice—. Que esto es una fiesta, no un funeral.

Chloe suelta una risita nerviosa, necesitando ese respiro. Incluso Emma sonríe entre lágrimas, y yo sigo con ella entre los brazos, sin soltarla.

De momento mi mirada se va, atraída por algo al fondo. En el área VIP. Lo veo, y Emily también lo nota.

—Oye… ¿ese no es Santiago Santoro?

Santiago está aquí. Vestido con un traje negro que le queda divino. Solo que esta vez no está solo.

Todo se me apaga por dentro. Junto a él hay una rubia de pelo largo, enfundada en látex rojo, y sentada con las malditas piernas abiertas. Él está de pie frente a ella. La zorra lo tira de la camisa con fuerza y lo besa como si quisiera tragárselo.

—Por Dios, qué fuerte —susurra Emily—. ¿Quién es esa?

Yo estoy petrificada. Las palabras no me salen.

—No, joder, mira eso —suelta Emily de nuevo.—¿Le está tocando la …?

La puta baja la mano hasta la polla de Santiago y la agarra con toda la confianza del mundo, como si fuera suya. Y el maldito cabrón

no hace nada. Ni se mueve. Ni intenta apartarse. Solo se deja tocar, así, sin más.

La rabia me sube por toda la columna. Ahora mismo, si me dieran un encendedor, le pego candela a toda esta mierda de sitio.

Me suelto de Emma .Emily intenta agarrarme del brazo, pero ni me roza. Camino directo, sin frenar. La música suena fuerte, pero yo ni la escucho. Solo veo el VIP. Y a esa perra tocando lo que me pertenece.

Los guardias me frenan apenas pongo un pie cerca de la zona reservada. Uno de ellos da un paso al frente, como si de verdad pudiera pararme.

—VIP solamente.

Ni reduzco el paso.

—Soy Serena Caruso —digo, sin levantar la voz—. Ahora muévete.

Capítulo 20

Santiago

—No te muevas. Llego en un minuto.

Mi hermano no tardó en aparecer cuando se lo pedí a mi madre. Ella lo llamó al instante. Claro que lo hizo. Siempre lo hace cuando se trata de Salvatore. Él siempre fue su punto débil. Su niño de cristal.

Seis años. Seis años desde la última vez que se vieron. La última vez que mi padre estuvo en Palermo, mi madre fue con él. Pero no fue por mí. Fue por Salvatore. Entre los dos, él siempre fue el elegido. El que había que proteger. El que, según ella, todavía podía salvarse de este mundo. Y no lo odio por eso. Él no pidió ser el favorito. Tampoco pidió ser el más frágil. Es mi hermano, sangre de mi sangre y por él… por él haría lo que fuera. Daría mi vida sin pensarlo y también destruiría, uno por uno, a todos los que se atrevieran a tocarlo.

El motor vibra cuando giro la muñeca. La ciudad sigue dormida. El cielo empieza a aclarar por el este. Y la casa Santoro se empieza a ver a lo lejos.

Las luces exteriores están encendidas. Mis hombres ya están de pie. Todos saben que se viene una guerra con los rusos. Todos entendieron mis órdenes. Y ser respetado por los hombres que una vez fueron de mi padre me llena de orgullo.

—¡Abran la reja. Ha llegado el *capo!*

El portón se abre y entro sin tocar el freno de la moto. Me quito el casco mientras camino directo hacia la casa. Cierro la puerta a mis espaldas; el portazo sacude el salón.

Salvatore está al fondo. Tiene en la mano una foto de mi padre, la que siempre estuvo sobre la chimenea. Mi madre está a su lado, con los ojos llenos de lágrimas. Fingiendo sufrir por un hombre al que jamás amó.

Su mirada se encuentra con la mía.

—Has cambiado, hermanito. Te dejaste la barba.

Salvatore no responde. Me mira con tristeza y rabia en los ojos. Sus ojos negros se tiñen de rojo.

—Ven a saludar a tu hermano —dice mi madre, con la voz rota.

No me muevo. Ni un paso.

—Me quitaste hasta el derecho de ver a nuestro padre muerto —gruñe Salvatore, con la voz quebrada y los ojos ardiendo.

—Te quité el derecho de sufrir por alguien que no merecía tus lágrimas.

—¡Por Dios! ¿Qué dices? —interviene mi madre, alzando la voz—. No repitas eso en esta casa.

—Lo enterraste sin mí —escupe Salvatore mientras lanza la foto al suelo—. Me robaste la última despedida. Su voz se quiebra, pero no baja la mirada. —Yo solo quería verlo una vez más —insiste, roto —. Solo eso, hermano.

Da un paso hacia mí, temblando de rabia.

—Lo lloré solo en Sicilia —ruge—. Mientras tú lo enterrabas aquí como si yo no existiera.

Avanza dos pasos más, hirviendo de ira, y me suelta un puñetazo directo a la cara. La cabeza me gira por el impacto. Mi madre se interpone, gritando mi nombre, pero Salvatore vuelve a lanzarse y me golpea en el pecho con todo lo que tiene.

No me muevo. Lo dejo golpear. Lo dejo vaciarse. Siento en sus nudillos la rabia y debajo de esa rabia, la tristeza.

Golpea hasta que el cuerpo ya no le responde. Hasta que los puños pierden fuerza y solo queda el temblor.

—Perdóname —murmura entre lágrimas, con la frente hundida en mi hombro.

—No te dejé venir porque no quiero perderte también —le digo en voz baja, solo para él—. Ya cargo con suficientes muertos— susurro en su oído.

Salvatore asiente sin levantar la cabeza.

—Sigue siendo nuestro padre.

—Siempre lo será —respondo.

Salvatore sigue apoyado en mi hombro unos segundos más antes de apartarse. Mi madre se limpia las lágrimas y el salón vuelve a quedarse en silencio. Miro la foto de mi padre en el suelo y lo entiendo. Yo no tuve tiempo para el duelo. Yo soy el muro, el heredero que no se permite caer, el que tiene que mantener a todos de pie. Y por eso es mejor que Salvatore todavía no sepa la verdad sobre cómo murió nuestro padre. Ya llegará el momento de contárselo, cuando pueda soportarlo.



Después de lo que pasó en el salón, mandé a mi hermano a darse una ducha caliente. Las horas de vuelo deben tenerlo hecho polvo. También llamé a Stefano para que venga de inmediato. Es hora de que me ponga al día con los Ivanov y con todo lo que se está moviendo alrededor de ellos.

Ahora estoy solo en el despacho que era de mi padre. Sentado en su silla. Siento el peso caerme encima de los hombros. La responsabilidad de una familia entera no es algo que se cargue con ligereza. Pero para esto me preparó. Y no pienso fallarle.

Mi madre me dijo que un detective, un tal Wilson, estuvo por aquí. Anda husmeando sobre el federal encubierto que encontraron muerto. Espero que Roland no haya soltado nada sobre aquella noche en el almacén abandonado. Si lo hizo tendré que encargarme de él también.

En la casa no encontraron nada que pudieran usar, aunque sé que volverán. Siempre vuelven. Mi padre decía que:

"Cuando la policía aparece, no quieren hablar. Quieren ver quién muestra miedo"

Pero yo no cargo con ese defecto.

La puerta del despacho se abre sin tocar. Stefano entra.

—Llegas tarde

—Perdóname —murmura—. Tenía asuntos.

—Cierra.

Stefano obedece y toma asiento frente al escritorio.

—Tengo un nombre —suelta de inmediato—. Irina Korolev.

Ese apellido ya lo había oído antes. Mi padre me habló una vez de un antiguo socio suyo. Negocios de autos de lujo. Él los enviaba a Moscú. El tipo se llamaba Vladimir Korolev.

—¿Quién es ella?

—La dueña de un club que abrió hace poco —responde—. Midnight Glow.

La puerta del despacho vuelve a abrirse sin tocar.

Salvatore entra.

Stefano gira la cabeza y, al verlo, se le dibuja una sonrisa.

—Mírate—dice—. Sicilia te sentó bien, primo. Hasta barba te dejaste.

Salvatore deja escapar una risa corta.

—Alguien tiene que verse guapo en esta familia.

Se dan un abrazo fuerte.

—Me alegra verte, Salva —dice Stefano.

—Lo mismo digo.

Los observo y luego corto el momento sin miramientos. No estamos para celebraciones. Cuando acabemos con los malditos rusos, ya brindaremos y nos iremos de putas .Pero ahora hay cosas que resolver.

—Volvamos a lo nuestro.

Stefano asiente.

—Irina Korolev tuvo problemas serios con los Ivanov hace unos años —dice—. Le debían más de tres millones de dólares. Durante meses jugaron a desaparecer. Hasta que ella se cansó.

Mis dedos se aprietan sobre el escritorio.

—Cobró con intereses —continúa—. Preparó una cacería. Fue a por sus familias, uno por uno. Ni siquiera los más pequeños pudieron salvarse.

Salvatore frunce el ceño.

—Está loca.

—No, no está loca —responde Stefano, con una media sonrisa cansada—. Es simplemente rusa… Y ahora está en Nueva York —añade—. Mi contacto asegura que ella sabe exactamente dónde se esconden los Ivanov.

Me levanto despacio de la silla de mi padre.

—Entonces esta noche iremos a ese club.

El enemigo de mi enemigo es mi amigo. En los negocios sucios no existen aliados. Solo intereses que se cruzan por un momento. Hoy Irina odia a los Ivanov. Hoy ese odio juega a mi favor. Mañana puede estar apuntándome a la cabeza sin pestañear. Así funcionan las guerras reales. No con balas solamente. Sino con información, traiciones, deudas y rencores. Primero se infiltra. Luego se divide. Después se debilita. Y al final se extermina.

Stefano nos espera afuera, apoyado en el coche, con el motor encendido y las luces bajas. Fuma con calma.

Aún tengo mis dudas con él. Y creo que ya sé qué mierda está escondiendo. Pero no voy a apretarlo. Tarde o temprano esa bomba va a reventar sola.

Salvatore todavía está arriba, cambiándose.

—Cinco minutos—digo mientras golpeo la puerta de su habitación.

—Ya estoy —responde desde dentro.

Estamos a punto de irnos. Mi madre nos mira desde lo alto de la escalera. Ahora solo está preocupada porque su hijo preferido está aquí. Antes de que él llegara, ni siquiera salía de su dormitorio; casi no me la cruzaba por la casa.

Abro la puerta. —Vámonos —le digo a Stefano.

—Cuídense —dice ella desde arriba.

—*Ci vediamo dopo, mamma* —responde él mientras cruza la puerta.

Lo dejo pasar primero.

—Santiago —me detiene ella, todavía en lo alto de la escalera—. No dejes que le pase nada a tu hermano.

La miro directo a los ojos, pero no le respondo. Salgo y cierro la puerta de un portazo.

El Mercedes avanza por la avenida. Stefano conduce, tiene la cara seria. Sabe de sobra que últimamente no confío en nadie. Yo voy atrás con Salvatore, hoy es su primera noche real desde que regresó a Nueva York. Lo veo mirar por la ventana, siguiendo las luces, los edificios, la gente. Está dejando que la ciudad le vuelva a entrar en la cabeza, le va a llevar un rato, lo sé. Éramos unos críos cuando mi padre nos mandó a Sicilia. Demasiado jóvenes. Salvatore recuerda poco cómo era vivir acá. Y se le nota.

—Estamos cerca —dice Stefano finalmente.

A lo lejos, el neón del Midnight Glow empieza a verse en lo alto.

—Salvatore, tú te quedas con Stefano.

Salvatore aprieta la mandíbula, molesto.

—No soy un crío, Santiago.

—Justamente por eso te vas a quedar aquí—le respondo—. Si algo se va al carajo, te necesito afuera.

—Puedo cubrirte la espalda.

—Ya lo haces quedándote aquí.

Stefano asiente, entendiendo.

—Nos quedamos en el auto, Santiago. No te preocupes —dice Stefano, mirándome por el retrovisor.

Reduce la velocidad y estaciona frente al club. Me bajo y me acomodo los botones del traje. Hoy decidí venir más elegante. Dicen que a la rusa le gusta provocar. Pero lo que ella no sabe es que a mí también.

La música vibra desde lo alto. como si el techo fuera a ceder. Dos tipos de la seguridad me clavan la mirada. Pero no dicen nada. No hace falta. Ya saben quién soy antes de que abra la boca.

Camino directo hacia la zona VIP .Los guardias se quitan al momento. Quien conoce la reputación de mi apellido sabe que es mejor no buscarse problemas conmigo.

Y ahí la veo.

Irina Korolev.

Una mujer jodidamente deliciosa. Rubia. Tetas enormes que casi no caben en el vestido de látex rojo que lleva puesto. Está sentada como si el mundo entero le perteneciera. Una mano sobre la mesa. La otra sujetando una copa de Martini. Detrás de ella, dos guardaespaldas armados. Y a cada lado, dos chicas jóvenes, demasiado jóvenes, demasiado arregladas. Putas de lujo para decorar su trono esta noche.

Irina levanta la mirada. Nuestros ojos se enganchan. Camino hacia ella. No aparta la vista; sonríe de medio lado, como si entendiera el juego. Parece que el traje hizo lo suyo, y quizá hasta me facilite la información que vine a buscar.

Sus matones ya se dieron cuenta de que me acerco a su dueña. Pero ni siquiera ellos se atreven a meterse en mi camino.

Me detengo frente a su mesa.

—Irina… eres tú, ¿verdad?

Una de sus cejas se arquea.

—Depende —responde—. ¿Quién pregunta?

—Santiago. Santiago Santoro.

Irina ladea un poco la cabeza.

—Dicen que los Santoro ya no existen.

—No puedes creer todo lo que dicen por ahí. Si no, pregúntales a tus perros guardianes.

Irina se gira hacia sus guardias. Los tipos tienen la mirada baja, ni de lejos se atreven a mirarme de frente. Ella sonríe. Una sonrisa que hace que se me ponga dura.

—Sí… soy yo —responde, pasándose la lengua por los labios.

Sus ojos verdes me recorren de arriba abajo.

—¿Vienes por algo? —dice—. Nadie se atreve a acercarse tanto a mí solo para mirarme.

—Estoy aquí por los Ivanov. Sé que tú sabes dónde están.

—Acércate más… que no te escuché —susurra, sonriendo.

Doy unos pasos más y me inclino cerca de su oído. Pero entonces mi vista choca con quien menos esperaba ver esta noche. La veo antes de que ella me vea.

Serena. Con su grupito de amigas, luciendo un vestido blanco que le quedaría mejor tirado en el piso de mi habitación.

Mientras me distraigo, siento la presión. Irina me agarra de la camisa y tira de mí. Su boca choca con la mía. Es un beso atractivo, sí, pero vacío. No me mueve nada. No me enciende. Sirve para lo que tiene que servir. Y nada más.

Mis ojos siguen clavados en Serena mientras la rusa juega con mi lengua.

Pero entonces sucede. Ella gira la cabeza hacia el VIP. Incluso desde aquí puedo ver la rabia en su mirada. Está ardiendo. Está perdiendo el control.

—Coge lo que quieras de mí —susurro como puedo contra los labios de Irina.

Ella no responde. Me mete la lengua hasta la garganta .Y su mano baja .Sientos sus dedos que me agarran la polla .No aparto la vista de Serena. Quiero ver cómo reacciona. Quiero ver si viene. Quiero ver si se atreve.

Y joder…Sí que se atreve.

Deja a sus amigas atrás y empieza a caminar directo hacia nosotros. Emily intenta sujetarla, pero no puede detenerla. La observo avanzar entre la gente como una flecha lanzada directo a mi pecho. Va a llegar hasta aquí. Va a cruzar la línea. Y va a provocar exactamente el incendio que estoy esperando.

Justo entonces, Irina aparta la boca de la mía y desliza sus labios hasta mi oído. Con una mano me sostiene la mandíbula, obligándome a mirarla de frente, y con la otra me sigue tocando entre las piernas.

—Los Ivanov —susurra con una sonrisa que puedo sentir—. Se esconden en Red Hook, Brooklyn. Bodega 12.

Aprieto los dientes. Esa información vale sangre.

Irina hunde un poco más sus uñas en mi pantalón.

—Ahora ya lo sabes, Santoro. Te toca pagarme.

Su mano presiona otra vez. Pero mis ojos ya no están en ella. Están en Serena. Y Serena ya llegó.

Se planta frente a nosotros con el pecho agitado, las manos cerradas, y los ojos llenos de rabia.

—¿Interrumpo algo? —suelta Serena, con la voz cortante, mirando a Irina primero y luego a mí, como si estuviera a un segundo de incendiar el puto sitio.

No respondo. Irina sonríe venenosamente.

—Oh… qué linda. —Sus ojos recorren a Serena de arriba abajo—. ¿Es tuya, Santoro?

—No, cariño —responde Serena—. Yo no pertenezco a nadie.

El aire se parte en dos.

—Eres valiente… o muy estúpida.

Serena ni parpadea.

—Y tú eres demasiado confiada si crees que puedes tocar lo que no es tuyo —dice—. Baja la mano.

Irina no obedece. No la suelta. La desafía y la aprieta aún más.

Serena da otro paso al frente.

—Te lo voy a repetir una sola vez—dice, despacio—. Baja. La. Mano.

Entre la provocación de Irina y los celos de Serena, la sangre me sube tan rápido que siento la cremallera a punto de reventar. Dos mujeres peleando por mí*. ¿Y qué hombre se quejaría?* Pero sé leer los límites. Si no lo corto ya, esto deja de ser un juego y se vuelve una guerra.

Agarro la muñeca de Irina.

—Ya basta.

Ella me mira, sorprendida. Sus dedos todavía me aprietan un segundo más hasta que soy yo quien la obliga a soltarme.

—Gracias por la información —le digo con calma mientras me aparto.

Irina sonríe con filo.

—Eres muy osado, Santoro.

Me inclino un poco.

—Créeme… eso lo tengo clarísimo.

Sin quitarle la mirada, aferro el brazo de Serena.

—Nos vamos.

Ella no se resiste. Pero la rabia que carga adentro se nota desde lejos.

La saco del VIP sin mirar atrás. La música nos traga. Suena a todo volumen *"I Feel Like I'm Drowning"* de Two Feet*.* Nos quedamos atascados en el centro de la pista. La agarro más fuerte para que no desaparezca entre la gente.

—¿Qué cojones te crees que estabas haciendo, Serena?

Ella me mira con los ojos brillantes.

—¿Qué cojones te crees tú? —me devuelve—. ¿Quién te dijo que podías dejar que esa tipa te toc—?

—Serena —la corto, olfateando el aire—. ¿Estás borracha?

Ella forcejea, intentando zafarse de mi agarre.

—¡Déjame, carajo!

—Ni de broma te dejo sola aquí —respondo, apretando más la mano.

Se tambalea hacia atrás, a punto de irse al suelo. La sujeto por la cintura antes de que caiga.

—¿Ves? —le digo en voz baja, cerca de su oído—. No estás bien.

—Estoy perfectamente —miente, respirando rápido—. Lo que no estoy es ciega. Las tenía encima. Tocándote.

—Ese no es tu problema —le digo, acercándome más.

—¡Sí lo es! —explota—. ¡Claro que lo es! Porque tú… tú…

Se traba. Se muerde el labio. El bajo retumba. La gente salta alrededor. Pero ella solo ve mis ojos. Y yo solo veo los suyos.

—Serena —susurro.

—¿Qué? —dice, tensa.

—Perdiste el control por mí.

—Cállate —responde.

La agarro de la cintura con ambas manos. Su respiración se corta.

—Suéltame —dice, pero la voz se le deshace y el temblor la delata.

—Dilo otra vez —susurro contra su mandíbula—. Pero sin temblar.

Ella me empuja un poco.

—Santiago, no…

—Mírame —ordeno.

Lo hace. Y ahí está. Esa mirada que me pertenece desde el primer día. La acerco. Su pecho tropieza con el mío. Su mano queda atrapada entre nosotros.

—No deberíamos —susurra, sin apartarse.

—Sí… sí deberíamos —respondo, rozándole la boca con la mía.

Sus labios están hinchados y suaves, listos para mí. No es un beso lento. No es un beso tímido. Es un beso fuerte, caliente, cargado de rabia y celos. Su boca es una bomba de deseo contenido. Su lengua está en llamas, ardiendo, y la mía es la pólvora que ella estaba buscando.

Me agarra de la camisa, me tira contra ella, no me deja escapar. Yo la sujeto por la nuca, inclinándola hacia mí. Nuestros cuerpos chocan entre la gente, entre la música, entre el caos. Y el club desaparece por completo. Solo quedamos nosotros dos.

Capítulo 21

Serena

Despierto con la boca seca, la cabeza dándome vueltas y un hueco extraño justo en el centro del pecho. No recuerdo todo lo que pasó anoche. O mejor dicho sí recuerdo, pero por pedazos. Como flashes sueltos que no logro encajar.

Emily agarrándome del brazo para llevarme al auto. Chloe riéndose de algo que ya ni sé. Emma llorando.

Pero hay algo que sí recuerdo con una claridad que me deja tiritando debajo de las sábanas.

El beso. Su boca sobre la mía.

Joder.

Me cubro la cara con ambas manos*. ¿Qué hice? ¿Qué carajo pasó?*

Cada vez que intento reconstruirlo, lo único que vuelve con nitidez es su mano agarrándome de la cintura y su boca devorando la mía como si estuviera prohibido.

Me levanto con trabajo. Siento el estómago revuelto. Emily me dejó una botella de agua en la mesita. También dos pastillas y una nota.

No te mueras. Te quiero.

—E.

Suspiro. Le doy un trago al agua. Intento poner los pies en el suelo sin marearme.Y bajo a la cocina.

—Buenos días—saluda María mientras me prepara el café.

—¿Está mi papá? —pregunto mientras me acomodo el pelo como puedo.

—No ha regresado desde ayer. Salió con el señor Willy y no volvió en toda la noche.

Asiento. Enciendo el televisor para distraerme un poco y me siento en la mesa con el café.

Pero creo que fue una pésima idea prender la tele.

El titular aparece enorme, y la reportera habla con la intención de matarme la resaca.

"El director del Hospital St. Aurelius Private Medical Center, destituido de su cargo. Él y su esposa están siendo investigados por tráfico de órganos en el mercado negro."

Trago seco. Aparece la foto del padre de Joe. Luego la de su madre. Los dos bajando la cabeza mientras un enjambre de periodistas los persigue.

—No… no puede ser —murmuro.

Aprieto la taza de café.

Espero que papá no tenga nada que ver con esto. Por favor… que no sea él.

Y como si fuera poco, otro titular salta en la pantalla. La taza se me cae de las manos y estalla contra el suelo.

"El periodista Tony Esposito es investigado por acceso ilegal a bases de datos gubernamentales y filtración de información protegida"

El tipo aparece rodeado de agentes federales, esposado, con la chaqueta arrugada y la cara hecha polvo mientras lo suben a una patrulla.

—Dios mío… esto ya no puede ser casualidad.

El sonido de la cerradura me pega un susto. La puerta principal se abre; es papá. Tiene puesto un traje oscuro, la corbata un poco floja y el pelo revuelto por el viento. Cierra la puerta, deja las llaves en la mesa y se queda a mi lado mirando la tele.

—¿A qué hora llegaste? —pregunta.

Se queda mirando la pantalla justo cuando repiten las imágenes del padre y la madre de Joe. Ni siquiera pestañea. Se recuesta en la silla y cruza los brazos.

—Qué lástima —dice, con voz neutra—. Siempre creí que eran buenas personas.

Luego se sienta.

—¿María ya hizo el desayuno? —pregunta como si nada importara, como si no acabáramos de ver la vida de la familia de mi ex destruirse en tiempo real.

Ahora bebe un sorbo de mi café. Yo lo miro en silencio. Mi padre no es un santo. Pero tampoco es un monstruo… *¿verdad?*

Me levanto antes de que esa duda empiece a crecer en mi cabeza.

—Voy a la piscina.

Papá asiente, concentrado en la pantalla sin siquiera mirarme a la cara.



El calor de la mañana cae directo sobre la terraza. La piscina brilla azul. Tengo que aprovechar que el verano acaba de empezar. Me dejo caer en una de las tumbonas, estiro las piernas y abro mi libro: *God of Wrath*, de Rina Kent. Ni siquiera recuerdo bien en qué página me quedé. Mis ojos pasan por encima de las letras, pero mi cabeza está en otro sitio

En sus labios. En su juego sucio. En cómo esa mirada pervertida me desviste cada vez que me ve.

Me cubro la cara con el libro.

—Soy una idiota —susurro.

De repente, unas manos frías me tapan los ojos.

—Tranquila, *Carusina* —murmura una voz detrás de mí.

Reconozco esa voz.

Le aparto las manos de un manotazo.

—¿Qué haces aquí, Antony? —gruño.

Él rodea la tumbona y se sienta tan cerca que me invade el espacio. Lleva un traje sin corbata con la camisa abierta.

—Mi padre está adentro con el tuyo —dice, encogiéndose de hombros.

Ruedo los ojos.

—Entonces vete con ellos.

—No. —Se reclina hacia atrás, hundiéndose en la tumbona como si fuera suya—. Quiero estar cerquita de ti.

—Largo. No estoy de humor para tus tonterías… Además, ¿no ves que estoy leyendo?

—No estás leyendo nada —dice él, inclinándose un poco—. Estás pensando. Y puedo adivinar en quién.

Mi mandíbula se tensa.

—No empieces.

—Oh, vamos —susurra con media sonrisa—. Ayer te vieron en el Midnight Glow—Hace una pausa—. Con Santoro, ¿no?

—Eso no es asunto tuyo.

—Pregunto por curiosidad —dice, jugando con las llaves de su Porsche—. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

Le suelto una sonrisa en toda la cara.

—Muchas cosas... Sobre todo hombría.

Entorna los ojos, intentando disimular que no le dolió, pero sé que su ego acaba de recibir una puñalada.

—¿Él te enseñó a responder así? ¿O ya venías rota de fábrica?

—¡Lárgate! —repito, levantándome de la tumbona.

Él se levanta también. Me agarra del brazo, suave al principio, luego con un poco más de fuerza cuando intento apartarlo.

—No te pongas así, Serena. Dejarme enseñarte que soy más hombre que él.

No voy a dejar que ningún idiota me toque para medir de qué tamaño es su ego.

—¡Suéltame! —intento retroceder, pero él no me deja.

Y antes de que pueda reaccionar, Antony inclina la cabeza como si fuera a besarme.

—¡¿Estás loco?! —gruño, girando la cara a tiempo.

—Solo quiero saber si lo tuyo por Santoro es real o solo una idiotez pasajera.

Intento empujarlo. Forcejeamos. Su mano sube a mi cintura.

—¡Antony, basta!

De reojo. Veo a Stefano, el primo de Santiago, de pie en la ventana del despacho de papá. Mirándonos fijamente.

Antony sigue intentando acercarse, pero esta vez lo empujo con la fuerza suficiente para obligarlo a retroceder.

—¡No vuelvas a tocarme!

Él se queda congelado.

—Tranquila joder, Serena, solo estaba jugando.

—¡Pues juega con otra! —respondo, respirando agitada.

Antony me observa un momento. Y entonces me lanza una sonrisa amarga.

—¿Sabes qué? —murmura, guardándose las llaves—. Algún día vas a darte cuenta de que Santoro es un cabrón.

Da la vuelta y se va.

Me quedo fija en el suelo, intentando respirar hondo aunque la rabia me arde por dentro. Me siento la cara caliente y las manos todavía me tiemblan por el maldito forcejeo. Me muerdo la mejilla para no soltar lo primero que se me cruza por la cabeza. Levanto la vista. Y Stefano sigue ahí observándome. Inmóvil. Sin molestarse en fingir que no vio nada.

Capítulo 22

Santiago

Han pasado tres días desde la última vez que estuve con Serena. Tres días desde ese beso. Tres días desde que la tuve en mis manos.

Y tres días en los que no he sabido un carajo de ella.

Stefano vino anoche y me puso al tanto de lo que pasó con Antony. Ese día lo envié a la reunión en mi lugar; Salvatore y yo estábamos en Boston, reuniéndonos con los viejos socios de mi padre y ajustando cabos sueltos.

Cuando Stefano dijo *"Antony intentó besarla"*, sentí la sangre subirme a la cabeza. Ganas de arrancarle los dientes a ese imbécil uno por uno y obligarlo a tragárselos. Ganas de partirle la cara contra el borde de una mesa. Ganas de recordarle que hay líneas que, si cruza, no vive para contarlo.

Pero luego Stefano siguió hablando. Me contó cómo Serena se defendió sola. Cómo lo empujó. Cómo lo mandó al carajo sin titubear. Y entonces sonreí. Por fin empieza a salir la mujer que lleva dentro. La Caruso. No la niña protegida. No la hija obediente. La que muerde si la acorralan. La que estoy moldeando.

Solo hay un pequeño detalle que me sigue carcomiendo por dentro. Después de esa noche en el club, después de cómo nos besamos, después de cómo tembló en mis manos pensé que me llamaría al día siguiente, pero no lo hizo. Ni al siguiente. Ni hoy. Y ese silencio, esa distancia, esa puta calma suya…me irrita.

Pero ahora tengo otras cosas en las que pensar.

Los rusos.

Acabamos de llegar a Red Hook. Voy en el asiento delantero del Mercedes. Stefano conduce. Salvatore va atrás, con los planos de la zona abiertos sobre las rodillas. Desde la ventilla puedo darme cuenta de porque las ratas rusas escogieron este lugar para esconderse. Parece un vecindario olvidado por Dios. Poco tráfico,

almacenes viejos, focos amarillos con poca luz, no se mueve ni una sola alma.

Mis hombres vienen detrás, en el SUV negro. Los he cargado hasta los dientes. Desde fusiles automáticos hasta granadas. Hoy se les acaba el juego a los putos rusos.

Levanto la mano por la ventanilla y hago una seña con la mano para que hagan lo mismo que nosotros.

—Apaga las luces y ve despacio.

Stefano reduce la velocidad.

Llegamos la Bodega 12. El número apenas se distingue, casi borrado por el tiempo y la lluvia. La pintura amarilla está descascarada y el portón metálico oxidado.

Bajo del coche.

—Sin ruido —ordeno.

Mis hombres se mueven rápido; no suena ni una pisada. Salvatore se me acerca.

—Demasiado silencioso —murmura.

—Lo sé.

Saco una palanca del maletero. Fuerzo el candado sin dificultad. El metal cede y cae a la tierra.

Entramos. La oscuridad nos traga. Uno de mis hombres enciende la linterna. Luego otro. Los haces de luz barren el interior. Hay cajas vacías, huellas recientes en el polvo y colillas de cigarro todavía húmedas.

—Aquí no hay nadie —dice Stefano.

—Revisen todo—susurro.

Avanzamos unos metros más.

—*Capo,ho trovato uno*—dice Steven—Pero no es ruso. Es Pietro, uno de los hombres de Caruso. Y está muerto.

El tipo está sentado en una silla, atado de pies y manos con bridas negras. La cabeza caída hacia un lado, sostenida solo por el

cuello abierto de lado a lado. Le faltan las uñas y también varios dientes.

—Hijos de puta —murmuro, notando cómo se me tensa la mandíbula.

—*Capo* —dice otro—. Tienes que ver esto.

Camino hasta el fondo de la bodega. Sobre una mesa metálica hay varias carpetas abiertas. Documentos. Fotografías impresas y desordenadas, algunas marcadas con rotulador rojo.

La casa de los Caruso. El portón principal. Los turnos de los guardias. Marco entrando y saliendo. Marco hablando por el celular. Marco en el jardín. Paso las fotos con los dedos. Y ahí aparece ella. Serena.

Corriendo por la calle. Fotos en la piscina con Emily. Fotos tomadas desde lejos. Desde coches. Desde esquinas. Incluso hay fotos recientes. Demasiado recientes. Ella conmigo, en el Midnight Glow.

La mandíbula se me tensa todavía más.

—Nos han estado vigilando desde hace meses. Y no vimos nada.

Aprieto el puño y lo estrello contra la mesa metálica. El sonido se expande por toda la bodega.

—¡Nada carajo!

La vibración de mi celular me corta el momento. Miro la pantalla.

Serena.

Respondo al momento.

—Santiago… —su voz llega rota—. Por favor… ven. Escucho su respiración acelerada—. Han… han matado a mi padrino… —solloza —. Hay hombres por toda la casa… están armados… hay sangre por todos lados…

Aprieto el móvil con fuerza.

—Estoy escondida en el baño —susurra—. Mi padre me dijo que no saliera… por favor…ayúdame…

Mi mandíbula cruje y el puño se me cierra solo.

—Mantente donde estás. Voy para allá

Serena

Entraron a la casa en plena noche. Yo estaba dormida. Papá me despertó de golpe. Tenía una pistola en la mano. Nunca lo había visto así. No explicó nada. Solo me dijo que me escondiera en el baño de su habitación con María y que no saliera pasara lo que pasara. Mientras corría por el pasillo vi al tío Willy tirado en el suelo. No se movía y tenía sangre en la cabeza. Sentí ganas de llorar y un vacío en el pecho, pero no me salía nada. Todo ha pasado muy rápido.

La escalera está llena de sangre y las alarmas no paran de sonar. Suenan tan fuerte que me duelen los oídos. Desde el baño escucho disparos y voces gritando en un idioma que no conozco. María está en el suelo, rezando con su rosario apretado entre las manos. Llora sin hacer ruido y yo también intento no hacerlo, pero me tiemblan los dientes como si tuviera mucho frío.

Desde la ventana del baño, la que da al jardín, veo a los hombres de papá tirados en el césped. Tengo miedo, mucho miedo. No sé qué está pasando ahí fuera y no sé si papá está bien.

Solo quiero que Santiago acabe de llegar.

Capítulo 23

Serena

No sé cuánto tiempo llevo encerrada aquí. María sigue en el suelo, arrodillada, murmurando oraciones entre dientes. Ya no se escuchan disparos, pero todavía escucho voces afuera. De pronto, la manilla de la puerta se baja. El corazón se me sube a la garganta. Me quedo quieta, conteniendo la respiración.

—María… —susurro muy bajito—. No hables.

Doy un paso al frente. Me pongo delante de ella sin pensarlo. Me tiemblan las piernas, pero no me aparto.

La puerta se abre un poco más.

—Serena…

Reconozco la voz antes de verlo.

—Papá…

Mi padre empuja la puerta con el hombro. Está pálido. La camisa la tiene empapada de sangre a la altura del abdomen, entre las costillas. Aprieta los dientes para no quejarse y camina torcido.

—Todo va a estar bien —dice, aunque su voz no suena tan segura como siempre—. Escúchame…

Cierra la puerta detrás de él y se apoya contra la pared. Saca una pistola del cinturón y me la pone en las manos.

—Si ves que alguien entra, aprietas el gatillo —ordena, sin mirarme—. Ahora quédense en silencio. Regresaré dentro de poco.

—Papá, estás herido…

—No es nada —miente—. Mírame.

Levanto la vista. Sus ojos negros están igual que siempre, ni un solo temblor, sin un parpadeo. Mi padre se mantiene de pie como si nada pudiera doblegarlo.

De pronto se escucha un ruido afuera. Me acerco a la ventana y aparto un poco la cortina.

Es Santiago. Baja del coche a toda velocidad. Mis manos tiemblan cuando él hace el primer disparo. Sus hombres lo cubren mientras él avanza y el caos estalla en el jardín.

—Papá… —susurro—. Santiago está aquí.

—Quédate aquí—me repite.

Abre la puerta y sale antes de que pueda decir nada más.

De nuevo me quedo sola con María. Pero ahora me siento más segura con la pistola que me dio papá. Gracias a Santiago sé cómo usarla. Sé cómo apuntar. Sé cómo disparar. Y no voy a dudar si alguien intenta hacernos daño.

Pasan unos minutos y la puerta del baño se abre otra vez.

Levanto la Glock 19.

—Serena…

Es Santiago. Lo veo y algo dentro de mí se rompe y se arma de nuevo al mismo tiempo. Tiene la pistola todavía en la mano, la camisa sucia con sangre y el pecho le sube y le baja rápido. Sus ojos grises brillan cuando me ven.

—Ya pasó —dice—. Estás a salvo.

La pistola se me resbala de los dedos. Las manos me empiezan a temblar de verdad. Santiago cruza el baño en dos pasos y me la quita con cuidado. Sus brazos me rodean con fuerza,y por primera vez desde que todo empezó puedo respirar.



Han pasado dos días. Dos días desde que la sangre manchó los pasillos de mi casa. Y ahora lo único manchado son mis mejillas, marcada por el maquillaje que se corre con mis lágrimas mientras enterramos al tío Willy.

Todo aquí es gris. El cielo, las lápidas, el aire. Todos vestimos de negro, igual que aquel día en que enterramos a mamá. El mismo silencio triste. Las mismas miradas bajas. La misma sensación que aprieta el pecho y no te suelta.

Estoy sentada en una de las sillas plegables, con las manos juntas sobre el regazo. Mi padre está a mi lado y, aunque intenta disimularlo, veo una lágrima escapársele.

Mi padrino no lloraba nunca. Siempre estaba sonriendo. Siempre tenía algo que decir, alguna broma mala, algún comentario fuera de lugar que lograba sacarle una risa a papá incluso en sus peores días. Era el que intentaba suavizarlo todo. El que me guiñaba un ojo cuando papá se ponía demasiado serio. El que me repetía que no dejara que este mundo me quitara lo que soy. Y ahora está aquí. Bajo tierra.

Subo la vista y miro a mi alrededor. Están todos. Los Messina. Los hermanos Santoro. Todos tienen el rostro serio. Hay algunos amigos del tío Willy; otros apenas los reconozco, pero sé que pertenecen a este mundo del que papá siempre intentó mantenerme al margen.

Siento que todos nos miran.

Desde esa noche, los noticieros no han dejado de hablar de nosotros. De la casa Caruso. De los disparos. De los hombres armados. De mi padrino muerto. De mi padre.

"Marco Caruso, posible futuro alcalde de Nueva York", "¿Está vinculado con la mafia?", se preguntan una y otra vez.

Papá dio su versión. Que intentaron entrar a robar. Que sus hombres actuaron en defensa propia. Que fue un ataque externo. Que él también fue víctima. Y puede que algo de eso sea verdad, o no. Sé que hay cosas que no me dice. Cosas que nunca me va a decir.

Al menos sobrevivió, eso es lo único que me importa. El disparo solo rozó las costillas. Nada grave, dijeron los médicos. Pudo haber sido peor. Mucho peor. Cada vez que pienso en eso, se me encoge algo por dentro.

Levanto la vista y veo a mi padre alejarse. Va directo hacia Santiago. Parece que quiere hablar con él. No necesito escuchar para saber que no es una conversación cualquiera. Sus cuerpos están tensos. Papá arregla el broche de su traje. Santiago inclina la cabeza mientras lo escucha. Mi padre es de gesticular poco, pero cuando lo hace sé que está diciendo algo importante.

Santiago levanta la mirada y me ve; no sonríe, porque no es el lugar, pero sus ojos se suavizan, y esa mínima concesión me descoloca más de lo que debería.

Ahora vienen hacia mí.

—Serena

—Papá… ¿qué sucede?

Tiene el rostro tenso. Lo conozco lo suficiente como para saber que acaba de tomar una decisión.

—Vas a tener que irte unos días.

Entiendo que quiere ponerme a salvo. Pero no puedo dejarlo solo aquí, no después de todo lo que acaba de pasar.

—¿Irme? ¿Adónde?

—A Utah. Te quedarás con Santiago.

El pecho se me aprieta.

—¿Qué? No —niego de inmediato—. Yo no voy a dejarte solo ahora.

—No voy a estar solo —responde, firme—. Y tú no estás segura aquí.

—Papá…

—No es una discusión —me corta, sin necesidad de alzar la voz —. Los Santoro tienen un lugar seguro. Una cabaña en las montañas de Utah. Nadie sabe de ella.

Miro a Santiago. Él da un paso al frente.

—Es solo por unos días —dice—. Hasta que las aguas se calmen.

Aprieto los labios.

—No quiero irme —insisto—. Tío Willy murió protegiendo a la familia. No voy a salir corriendo ahora.

Papá se inclina un poco hacia mí.

—Precisamente por eso —dice en voz baja—. Porque ya perdí a Willy. No voy a perderte a ti.

Me quedo quieta. No sé qué responder. Porque, aunque me duela admitirlo, sé que tiene razón. Si algo me llegara a pasar, mi papá no lo soportaría.

—Confío en Santiago —añade papá, mirándolo—. Y eso no lo hago con cualquiera.

Él no dice nada. Solo asiente una vez.

Respiro hondo. Quiero decir que no. Quiero plantarme. Pero algo dentro de mí no me deja hacerlo.

—Está bien —digo al final, con la voz más baja de lo que quisiera —. Pero solo unos días.

Papá apoya la mano en mi mejilla.

—Eso es todo lo que necesito.

La lluvia empieza a caer y el entierro continúa. Y aunque no quiera admitirlo, una parte de mí se pregunta qué va a pasar cuando esté sola con Santiago, lejos de todo, sin nadie más alrededor. Y esa pregunta me asusta casi tanto como me provoca.

Capítulo 24

Serena

Salimos de Nueva York antes del amanecer. La ciudad ni siquiera ha terminado de abrir los ojos cuando me subo a la camioneta negra de Santiago. Una Chevrolet Tahoe: enorme, oscura y blindada. Cierro la puerta y el clic del cierre automático me deja claro que ya no hay vuelta atrás.

Utah queda lejos. Miles de millas. Casi treinta y cinco horas de viaje.

Santiago conduce en silencio. Tiene la mirada fija en la carretera y las manos firmes sobre el volante. Lleva puesta una cazadora de piel negra, gafas de sol y una barba de dos días que le perfila la mandíbula. Parece tranquilo, como si nada pudiera tocarlo. Como si todo lo que sucedió estos días fuera parte natural de su mundo.

Después de unas seis horas de viaje el paisaje empieza a cambiar poco a poco. Los edificios se vuelven carreteras. Las carreteras, campos abiertos. Luego montañas lejanas, recortadas contra el horizonte. El aire se siente distinto incluso dentro del coche. En la radio suena "*Sweater Weather",* The Neighbourhood.

Durante las primeras horas no hablamos casi nada.

Yo solo miro por la ventana. Pienso en lo que sucedió en casa, en mi padrino, en su cuerpo en el suelo. En la sangre aquella noche. Y en la cara de mi padre diciéndome que confiara en él.

Cierro los ojos un momento; cuando los abro, miro Santiago. Su perfil es duro y perfecto. La tensión de su mandíbula no afloja ni un milímetro.

—¿Estás bien? —pregunta sin mirarme.

Tardo en responder.

—No lo sé —murmuro al final—. Creo que no.

Asiente, como si con eso bastara.

Hacemos una parada en una gasolinera en mitad de la nada. Solo hay dos surtidores, una tiendita medio vacía y un baño con luces que parpadean. Bajamos y estiramos las piernas. El aire es limpio. Nada que ver con Nueva York. Compro café. Santiago paga sin decir una palabra. Cuando me pasa el vaso, sus dedos rozan los míos. Es un contacto mínimo, casi accidental. Pero mi estómago igual se aprieta. Retiro la mano demasiado rápido y me odio un poco por eso.

Seguimos.

El viaje se hace eterno. Pesado. Las manecillas del reloj parecen atascadas en el mismo lugar.

Esta vez hablamos un poco más, de tonterías, de nada importante. En un momento me pregunta si alguna vez había salido de Nueva York en coche. Le digo que no así. No tan lejos. No tan de golpe.

—Nadie va a encontrarte en el lugar al que vamos —dice.

No sé si eso me tranquiliza o me asusta más.

Miro sus manos. Grandes. Firmes. Las mismas manos que no me han tocado desde que subí a esta camioneta. Me doy cuenta de que llevo rato observándolo. La forma en que aprieta el volante cuando adelanta. Cómo se tensa cada vez que algo lo irrita. Cómo no parece cansado aunque lleve horas conduciendo sin parar.

—Me estás mirando —dice de pronto, sin girar la cabeza.

Me sobresalto.

—No —miento.

Una comisura de su boca se levanta apenas. No sonríe del todo. No necesita hacerlo.

—Hazlo si quieres —responde—. No muerdo.

Trago saliva y vuelvo la vista a la ventanilla. Me acomodo en el asiento, intentando encontrar una postura menos incómoda. De momento, Santiago estira el brazo y ajusta mi cinturón sin avisar. Sus dedos rozan mi abdomen al hacerlo. El contacto dura un segundo, tal vez menos. Pero me hace sentir un fuerte palpitar entre

mis piernas. Pienso en lo fácil que sería tocarlo y en lo peligroso que sería hacerlo.



Han pasado casi treinta y cinco horas. Me quedé dormida cuando oscureció, pero al parecer él no. Acabo de abrir los ojos y me encuentro con su mirada chocando contra la mía.

Santiago baja el volumen y apaga la música.

—Ya casi llegamos —dice.

La carretera se vuelve estrecha. Hay árboles altos a ambos lados. Recorremos unas pocas millas más y la cabaña aparece, rodeada de pinos gigantes, como sacada de un cuento de hadas: madera oscura, grande, cuidada. Ventanas amplias por todas partes, con una terraza que da directo a un arroyo. El agua y los pájaros se mezclan en un ruido que lo cubre todo.

Bajo de la camioneta y me quedo quieta, intentando asimilarlo.

—Es… —empiezo, pero la frase se me queda a medias.

—Segura —dice él mientras abre la puerta—. Es lo único que importa ahora.

Por dentro, la cabaña es aún más bonita de lo que parecía desde fuera. Una chimenea de piedra ocupa el centro del salón, con restos de ceniza vieja que huelen a noches largas. Los sofás son amplios, con ese aire envejecido que tienen las cosas que llevan años en el mismo sitio, como si hubieran visto demasiados inviernos.

Junto a la ventana hay un tocadiscos de madera clara, es precioso, de esos que parecen sacados de Pinterest, con un par de vinilos apoyados al lado, todo cubierto por una fina capa de polvo que deja claro que nadie lo ha usado en mucho tiempo. La cocina es

abierta, con muebles antiguos pero cuidados. Encima de la encimera hay una batidora *vintage* de metal pulido, de esas redondeadas y pesadas que usaba mi *nonna* para hacer dulces los domingos.

Dejo la mochila en el suelo, el cuerpo me pesa. No solo por el viaje, sino por todo lo que traigo encima desde hace días. Santiago suelta las llaves sobre la mesa y se quita la cazadora. La cuelga con cuidado en el respaldo de una silla.

—Puedes elegir habitación —dice, sin mirarme—. Yo dormiré abajo. En el sofá.

Levanto la vista hacia él.

—Quiero dormir con… —empiezo.

—Desde aquí puedo escuchar si alguien se acerca —me corta—. Ahora sube y decide dónde vas a quedarte.

Sigo sus órdenes y subo las escaleras. La madera cruje bajo mis pies. La habitación que elijo está al fondo. Sencilla, pero acogedora. Una cama grande, perfecta para dejarme caer y dormir toda la noche. Una cómoda antigua con tiradores de metal. Y una lámpara de mesa con pantalla de lino, de esas que dan una luz cálida y relajante.

La ventana da directo al bosque. Los pinos están tan cerca que siento que podría rozar sus agujas con la punta de los dedos. Abro un poco y el sonido del arroyo se cuela en la habitación. Sentir tanta paz es hermoso.

Me dejo caer en la cama sin quitarme los zapatos. El cansancio me cae encima de golpe, como si mi cuerpo hubiera estado esperando sentirse a salvo para rendirse. Me inclino hacia adelante, apoyo los codos en las rodillas y cierro los ojos. Todo lo que llevaba aguantando se me viene encima de una vez.

Abajo escucho movimiento. El sonido metálico de la ollas chocando, el agua corriendo, una botella destapándose. Me ducho rápido. El agua caliente me devuelve un poco de energía. Me pongo ropa cómoda. *Demasiado cómoda para estar sola con él.* Bajo las

escaleras con el pelo mojado, sintiendo cómo una gota me resbala por la clavícula justo cuando llego al último escalón y lo veo.

Santiago está de espaldas, en la cocina. Remueve algo en una olla. Lleva la camisa arremangada y los tatuajes en sus antebrazos se le tensan con cada movimiento.

—Hay sopa —dice sin girarse—. No es gran cosa.

No tiene pinta de cocinar mucho, pero se las arregla y, sinceramente, se ve demasiado bien haciéndolo.

Me acerco despacio.

—Es perfecto.

Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro. Comemos en silencio. Un silencio raro, lleno de cosas que todavía no sabemos cómo decir. O quizá soy yo la que no sabe por dónde empezar. Lo miro sin disimular esta vez. La forma en que mastica despacio. Cómo levanta la mirada de vez en cuando, como si no pudiera evitar estar alerta incluso mientras come. Me sorprende verlo así, tan… normal. Pienso en lo lejos que estamos de todo. Y en lo cerca que estamos el uno del otro.

—Si sigues mirándome así, voy a pensar que tienes hambre de otra cosa —dice de pronto, sin levantar la voz.

El comentario me agarra completamente desprevenida.

—No estaba mirando —respondo, demasiado rápido.

Santiago deja la cuchara sobre el plato. Alza la vista. Sus ojos grises se clavan en los míos.

—Mientes fatal —dice—. Y cuando mientes, se te nota aquí.

Toca con su dedo mi boca. Rozando despacio mis labios.

—No empieces —murmuro.

—No he empezado nada —responde—. Solo estoy observando.

Se levanta, y su sola altura, su presencia de pie frente a mí, cambia el aire de la habitación. Me obligo a no moverme. Y a bajar la mirada.

—¿Te incomoda estar tan lejos de todo?

—Me incomoda estar tan cerca de ti —respondo sin pensar.

Una sonrisa leve se dibuja en su rostro, como si hubiera estado esperando justo eso.

—Eso no es incomodidad —dice—. Eso son nervios.

Da un paso hacia mí. Solo uno. Pero es suficiente para que mi respiración se altere. Apoya una mano en el respaldo de mi silla y se inclina cerca de mi oído.

—Dímelo claro, Serena —murmura—. ¿Quieres que me aparte o que me acerque más?

Mi corazón late tan fuerte que siento que va a delatarme.

—No juegues conmigo —susurro.

—No estoy jugando.

Su otra mano se apoya en la mesa, a centímetros de la mía.

—Aquí no hay testigos —añade—. No hay nadie que nos detenga.

—Entonces no lo hagas.

Santiago

No tiene ni idea de lo que me provoca. Ni la más mínima puta idea. Si lo supiera, entendería que me tiene al borde de hacer el ridículo, de convertirme en un perro babeado detrás de ella. Y yo no nací para suplicar. Yo hago que supliquen. Si cedo ahora, el que cae soy yo. Si la beso ahora, el control cambia de manos. Y eso no puede pasar. Tiene que ser ella. Tiene que venir ella a mí.

Doy un paso atrás a propósito, aunque cada músculo me diga lo contrario.

—Termina de comer y vete a descansar —digo, sin dejar margen para que abra la boca.

No la miro cuando me doy la vuelta. No hace falta. Sé que se quedó ardiendo por dentro, igual que yo, pero la diferencia es que yo todavía tengo el mando.

Capítulo 25

Serena

Me despierto empapada en sudor y miro el reloj con un ojo entrecerrado.

1:20 a. m.

La cabaña es un puto horno. Hay calor tremendo. Tuve que quitarme lo poco que llevaba puesto para poder dormir, pero ni así. Sigo incómoda, pegajosa, con el sudor bajándome por la espalda y entre los muslos. Y encima creo que se me subió la presión cuando el cabrón de Santiago me dijo que me fuera a la habitación*. Es un imbécil y yo babeando detrás de él. Dios, qué rabia me da.*

A lo lejos escucho música. El volumen no está muy alto, pero en este lugar el silencio lo amplifica todo.

So tell me the truth, my baby, baby

Is it me? Is it you? I say, I say, oh

Two Feet.

Me levanto sin pensar demasiado. Busco en la mochila algo para ponerme, algo que no me dé calor, y encuentro un vestido de dormir fino, casi transparente. Me lo pongo sin darle más vueltas y camino descalza hasta la puerta. La abro con cuidado. La música se hace más clara mientras bajo las escaleras.

El salón está a media luz. Y ahí está él. De espaldas. Sentado en el sofá. Sin camisa. Sus tatuajes están completamente al descubierto. Las serpientes le recorren los antebrazos, suben por sus brazos fuertes y se pierden en sus hombros anchos**.** Su espalda está tensa. Tiene una copa de vino en la mano, apoyada con descuido en el apoyabrazos. No se ha dado cuenta de que estoy a pocos metros de él. Está quieto. Es como si estuviera pensando demasiado en algo que lo agobia.

No debería estar mirándolo así. No debería querer lo que quiero. Pero ya no puedo fingir que no me pasa nada.

Doy un paso.

La madera cruje. Él no se gira. Pero lo sé. Siente mi presencia. Su cuerpo cambia. Su espalda se tensa aún más. Camino hasta quedar detrás del sofá. Su mirada se alza despacio, reflejada en el cristal oscuro del ventanal. Me mira sin pudor. De arriba abajo

No puedo resistirme más.

Sin decir nada me llevo las manos al dobladillo del vestido y lo deslizo lentamente hacia abajo. Santiago da un sorbo de la copa de vino. Sus ojos siguen ahí, atrapados en mi reflejo en el vidrio. Me siento vulnerable, pero por primera vez también libre.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —dice por fin, con la voz ronca.

Santiago suelta la copa. El cristal cae al suelo y se rompe. Se levanta y se voltea hacia mí.

—Te di la puta oportunidad de alejarte —susurra, acercándose.

Me mira como si quisiera devorarme viva. Me agarra del mentón con dos dedos, fuerte, obligándome a alzar la cara.

—No soy un buen hombre, Serena —murmura.

Su pulgar roza mi labios Siento su respiración caliente. Y también siento su miembro erecto queriendo liberarse.

—Si no te aparto ahora —continúa—, vas a terminar siendo mía para siempre.

Apoya la frente contra la mía.

—Dime que pare —susurra—. Dímelo ya… o no.

Entonces lo corto.

—Quiero ser tuya para siempre.

Santiago no lo duda. Con sus manos grandes y ásperas me agarra por las nalgas y las aprieta con tanta fuerza que lo siento hasta en los huesos. Su boca tiene el sabor del vino que estaba bebiendo hace un momento. Luego me carga y me lleva hasta la mesa.

—Voy a follarte toda la noche… —susurra en mi oído.

Sin delicadeza, me deja caer sobre la madera y, con dos dedos, me empuja hacia atrás. Mis piernas quedan completamente abiertas para él. Estoy tan mojada que bastaría un solo empujón para que me penetre, y no veo la hora de que lo haga.

Finalmente, abre la cremallera del pantalón y su deliciosa erección queda al descubierto. El cabrón no lleva calzoncillos.

—Déjame ayudarte… —murmuro mientras lo cojo con la mano.

No veía la hora de tocarlo. Puedo sentir cómo palpita, cómo las venas están a punto de reventar, cómo se mueve contra mi palma como un animal intentando montarme. Pero quiero hacerlo sufrir primero. Con su erección en mi mano, el control es mío.

Comienzo a frotarme el clítoris de arriba abajo. Mis piernas tiemblan, pero esto apenas acaba de empezar. La respiración agitada que antes era por miedo ahora lo es por pura excitación. Me gusta mirarlo a la cara. Me gusta ver cómo sus ojos me devoran mientras observa lo que le estoy haciendo. Santiago no aparta la mirada ni un segundo del espectáculo que le ofrezco.

—Me encantas —suelta, sin dejar de mirarme entre las piernas.

Con su pulgar empieza a tocar mi punto más vulnerable. Entre su dedo y mi mano, que frota su glande contra mí, siento que falta muy poco para que me deje penetrar por completo. O terminaré corriéndome antes de tiempo.

Santiago no deja de jugar con cada parte de mi cuerpo. Con su lengua chupa mis pezones, su pulgar sigue acariciándome y con la otra mano recorre mis muslos de arriba abajo.

—Ahora me toca jugar a mí —dice.

Con fuerza, sus manos se colocan entre la madera de la mesa y mis nalgas. Basta un movimiento, un pequeño movimiento, para que todo su pene entre en mí. Tan rápido. Tan fuerte. Tan delicioso. Juro que nunca antes me había sentido así.

Sus embestidas son salvajes. No hay una sola equivocación en lo que hace. El ritmo, la fuerza, el poder con el que se mueve al compás de mis gemidos.

Me siento viva. Como si pudiera volar ahora mismo si así lo quisiera.

—Serena, te quiero solo para mí—gruñe, sin dejar de moverse.

De pronto me baja de la mesa y me coloca con la cabeza apoyada en ella. Estoy completamente vulnerable. Siento su erección en la parte baja de mi espalda. Siento cómo abre mi vagina y vuelve a penetrarme.

En esta posición puedo sentirlo más profundo. Ahora percibo más cada golpe, cada empuje. Es como un puto animal en celo.

Me tira de la trenza y con la otra mano me sujeta del hombro para cogerme mejor. Yo me sigo sintiendo su muñeca de placer. Quiero que me haga esto cada vez que le dé la gana. Hoy, mañana y siempre.

La velocidad de sus caderas chocando contra mis nalgas es música para mis oídos. El bastardo ejerce la presión precisa. Ya sabe cómo dominarme. Ya sabe dónde me gusta más, dónde duele menos y dónde gozo mejor.

—Más rápido… estoy a punto —suelto.

Sus embestidas aumentan. Y el tamaño de su erección también. Pensé que ya había llegado a su límite, pero sigue creciendo. Puedo sentirlo en mi vientre, penetrando con fuerza, dejándome sin aire mientras intento respirar y gemir al mismo tiempo.

Y aunque no quiera, no puedo controlarlo más. Mis piernas ceden y el orgasmo llega. Tan jodidamente delicioso que no quiero que termine.

Santiago todavía me tiene donde quiere. Siento cómo tiemblo, cómo gimo y grito más alto.

Pone su mano derecha en mi cintura y con la izquierda me sostiene del cuello mientras sigo aquí, tumbada de espaldas delante de él. Ahora su velocidad también aumenta. Noto los latidos de su miembro dentro de mí. Sus gemidos, su voz ronca, empiezan a sonar con más fuerza. Sus manos me aprietan duro, hasta que suelta un gruñido profundo.

Me muerdo el labio con los dientes. Aún puedo escuchar su respiración agitada. Y antes de que pueda decir algo, me carga en sus brazos y me lleva hasta la habitación. Subimos las escaleras completamente desnudos, con la piel erizada y aún marcada por los besos.

Me acuesta en la cama.

—Ahora sí puedes descansar—susurra en mi oído.

Lo miro a los ojos, entre la oscuridad y la luz de la luna que se cuela por la ventana. Acomodo la cabeza sobre su pecho y caigo rendida, pero todavía con aquello palpitando.

Capítulo 26

Serena

Lo que se suponía que iban a ser solo unos días se convirtió en una semana. Una semana entera encerrados en esta cabaña perdiendo la noción del tiempo.

Una semana en la que el mundo dejó de existir. Y todo se convirtió en gemidos, sexo y orgasmos. En un solo día podemos hacerlo hasta seis veces. Nunca pasó por mi mente que algo así fuera posible.

Las mañanas empiezan siempre igual. Me despierto con su cuerpo pegado al mío, con su respiración caliente en mi cuello, con esa sensación peligrosa de pertenencia que no debería gustarme y me gusta demasiado. No hace falta hablar. Nunca hace falta. Basta con mirarnos para que todo vuelva a empezar.

A veces desayunamos, o a veces ni siquiera lo hacemos, porque parar es perder tiempo. Y aquí dentro, el tiempo para él solo significa una cosa: Follarme.

Santiago no es tierno. Nunca lo es. Es intenso. Dominante. Seguro. Y conmigo no se contiene. Me empuja, me guía, me exige. Y yo no solo se lo permito, también lo busco.

Aprendí cosas de mi propio cuerpo que no sabía que existían. He hecho posiciones que creía imposibles de hacer. Él me enseñó la diferencia entre un orgasmo normal y uno múltiple.

Cuando cae la tarde, lo hacemos en el arroyo que está al lado de la cabaña. El agua es cristalina y fría, perfecta para este calor. Cuando lo hacemos al aire libre me entra algo salvaje por dentro. Me siento como un animal. Y joder, me encanta esa sensación.

Las noches son peores. O mejores. No lo sé. Cuando todo queda en silencio y la oscuridad aparece, Santiago no pregunta. Me carga en brazos y me lleva arriba. Siempre arriba, a la habitación. Al lugar donde el mundo se detiene otra vez.

No hablamos del mañana. No hablamos de lo que somos. No hablamos de lo que pasará cuando salgamos de aquí.



Me despierta un rayo de sol que se cuela entre la cortina y el cristal de la ventana. No sé ni qué hora es, ni me interesa saberlo. Lo único que me importa es por qué Santiago no está en su lado de la cama, como todas las mañanas.

Frunzo el ceño.

Puedo escuchar su voz a lo lejos. En la sala. Es la primera vez en estos siete días que lo oigo hablar con otra persona que no sea yo.

Me levanto descalza, me pongo el vestido de dormir que no usé para dormir y bajo las escaleras.

Santiago está de pie frente al ventanal del salón. Sin camisa. Lleva solo un pantalón de lino blanco. La claridad del día le marca la espalda, los hombros, los tatuajes. Está hablando por teléfono. Un teléfono satelital. El mismo que me explicó que tenía su padre en la cabaña para llamadas importantes. Porque aquí no hay señal de ningún tipo. Ni cobertura. Ni televisión. Nada.

—No te preocupes. Ahí estaremos —dice, y cuelga.

—¿Qué pasa? —pregunto, inquieta.

Se gira hacia mí.

—Era tu padre. Tenemos que volver a Nueva York.

Oírlo decir eso es como recibir un cubo de agua helada mientras duermes.

Extraño a papá. Claro que lo extraño. Pero también tengo que admitir algo que no quiero decir en voz alta.

No quiero irme de aquí. No puedo. No quiero ni siquiera imaginar lo que va a pasar cuando regresemos. Tengo miedo. Miedo a perder esto. Y, sobre todo, miedo a no despertar más por las mañanas sintiendo su presencia. A no sentir su aliento caliente en mis labios. A no sentirme completamente suya a cada hora del día.

—¿Tenemos que irnos ya?

—Ahora mismo —responde.

Cuando era pequeña y me iba de vacaciones con mis padres, nunca quería regresar a casa. Ahora me siento exactamente igual.

Me cambio de ropa rápido, agarro mi mochila y subo a la camioneta. No quiero quedarme rondando la cabaña, removiendo recuerdos.

Desde la ventanilla la veo por última vez. El lugar mágico donde pasé una semana perfecta. Como si hubiera vivido dentro de un puto cuento de hadas.

—Bueno. Hora de irnos —dice Santiago mientras abre la puerta y sube a la Chevrolet.

El viaje de regreso es distinto. Su mirada sigue fija en la carretera, atenta como siempre, pero ya no es la misma que cuando veníamos. En su perfil noto el ritmo de su respiración. No puede esconderlo.

A él también le duele dejar todo esto atrás.

Las montañas se convierten en campos abiertos. Los campos, en carreteras. Y las carreteras, finalmente, en edificios.



Ahí está mi casa. Papá está esperándonos en la entrada.

Bajo de la camioneta casi corriendo. Nunca había estado lejos de mi padre durante tanto tiempo.

—Serena… —dice al verme.

No espero a que termine. Voy directo hacia él y lo abrazo con todas mis fuerzas. Bajo su camisa siento la faja blanca que le puso el médico, cubriendo la herida del disparo que le rozó las costillas.

Sollozo contra su pecho mientras él me pasa la mano por la cabeza, como cuando era niña.

—Estás bien —murmura—. Eso es lo único que importa.

Me separo de su pecho y entonces sus ojos se posan en los de Santiago.

—Tengo que hablar contigo —le dice—. En el despacho.

Santiago asiente.

—Serena —añade papá, volviendo a mirarme—. Ve adentro. Descansa.

Obedezco, aunque no quiero. Antes de cruzar la puerta, miro hacia atrás. Santiago no me está mirando. Camina junto a mi padre, con la mandíbula apretada y esa tensión que ya reconozco.

El pecho se me encoge. Y no puedo evitar preguntarme si esa semana en su cabaña de Utah fui solo una diversión para él.

Capítulo 27

Santiago

Nunca debí aceptar llevarla a Utah. Nunca debí tocarla. Nunca debí mezclarme con Serena Caruso.

Soy capaz de matar a un hombre sin que me tiemble el pulso. Puedo torturar, romper huesos, borrar nombres del mapa y dormir igual de bien esa noche. No siento culpa. No siento remordimiento. No siento nada. Pero cuando estoy con ella… cuando estoy con ella todo es diferente. Es como si esa parte de mí, esa maldita bestia que llevo dentro, dejara de existir en ese momento.

Eso es imperdonable.

La tuve debajo, encima, contra la pared, contra la cama, contra todo lo que pudo sostenerla, y contra lo que no. Me aseguré de que cada parte de su cuerpo me recordara después. La escuché gemir mi nombre con todas sus fuerzas. La convertí en una debilidad, y las debilidades, en mi mundo, son una condena.

Camino junto a su padre hacia la casa. Marco habla, pero no me importa lo que está diciendo . De reojo la veo, ella está mirándome. Intento disimular, pero aun así logro reconocer la mirada que tiene. Esa duda pequeña que aparece cuando una mujer empieza a preguntarse si solo fue un juego.

—Toma asiento —dice Marco, sacándome de golpe del trance en el que me había quedado mirando a su hija.

—Entonces, ¿qué tienes para mí? —respondo rápido, intentando disimular.

Caruso no responde de inmediato. Abre un cajón, saca un documento y lo deja sobre el escritorio. Con un dedo, lo empuja hasta dejarlo frente a mí.

—Esto.

Bajo la mirada.

—¿Qué es?

—La pregunta no es esa —dice, mirándome fijo—. La pregunta es quién carajo lo firmó.

Agarro el papel. Una factura. Y al lado, un permiso de tránsito fechado en febrero. Origen: Moscú. Destino: nuestro puerto.

Empiezo a revisarlo línea por línea. Pero no veo la maldita firma.

—¿Dónde está la firma?

Marco se recuesta en el espaldar de su silla, cruza los brazos y me mira fijo.

—Exactamente. No está.

Levanto la vista.

—¿Cómo que no está?

—Cortaron el final de la hoja —dice.

Aprieto los dientes. Siento la tensión subirme al cuello.

Todo lo que me está soltando Caruso me vuelve a poner en modo ataque. Me recuerda por qué regresé a Nueva York. Por qué acepté sentarme en la silla de Armando Santoro. Quiero vengar la muerte de mi padre. Quiero ser yo el último cabrón que mire a los ojos a su asesino. Quiero verlo suplicar. Quiero que llore antes de morir por su puta, asquerosa y miserable vida de mierda.

—¿De dónde sacaste este documento? —pregunto.

—Organicé una auditoría interna.

—¿Y de los rusos qué se sabe?

Marco suelta una risa sin ganas.

—Santiago, ¿crees que he tenido tiempo de averiguar algo? —dice—. Llevo una puta semana encerrado en esta casa.

Se pone de pie y camina hasta la ventana que da al portón. Corre apenas la cortina con los dedos.

—Todos los días hay un maldito periodista ahí afuera —añade—. Día y noche.

Se gira hacia mí.

—Las elecciones para la alcaldía son en dos días. Y no he podido ni siquiera dar un discurso.

Hace una pausa. Luego vuelve a la silla y se deja caer en ella.

—Aunque si te soy sincero —dice, apoyando los codos en el escritorio—, la alcaldía ya me importa una mierda.

Levanta la vista.

—Ahora lo único que quiero es limpiar esta ciudad. Sacar la droga. Sacar a los rusos. Y mantener a mi hija a salvo.

Si Caruso supiera lo que pasó entre su hija y yo en Utah, no dudaría ni un segundo en sacar la pistola que guarda bajo el escritorio y volarme la cabeza aquí mismo.

—Si averiguo algo, te lo haré saber —digo, poniéndome de pie.

Abro la puerta del despacho. Y me encuentro de frente con Antony Messina. Antes de que Marco se dé cuenta, le caigo encima. No lo dejo entrar. En un movimiento rápido lo agarro del cuello de la camisa y lo llevo a rastras hacia la escalera. Es tan estúpido que tropieza con el primer escalón de madera y cae de espaldas.

No lo suelto.

Me pongo en cuclillas frente a él y acerco la cara hasta que siente mi respiración en la frente.

—Escúchame bien, imbécil.

Aprieto la tela de su camisa hasta que le cuesta respirar.

—Si vuelves a ponerle un solo dedo encima a Serena, te lo corto yo mismo.

El hijo de puta tiene la cara roja y le tiembla todo.

—Y cuando empieces a gritar de dolor —continúo, sin apartar los ojos— te cortaré otro. Después otro más. Y te los meteré en la puta boca para que te calles.

Lo agarro con más fuerza del cuello de la camisa.

—¿*Hai capito, pezzo di merda*?

Antony asiente con la cabeza, temblando.

—Respóndeme con la boca. Quiero escucharte hablar.

—Sí —murmura, casi sin voz.

—*Così mi piace* —digo, mientras le doy un par de palmaditas en el pecho.

Me pongo de pie y lo dejo tirado en el suelo. Salgo de la casa. Y voy directo a mi camioneta. Pero antes de llegar, me cruzo con Messina, que se está acomodando el traje junto a su coche.

—Santiago, qué gusto verte… ¿has visto a mi hijo adentro?

—Sí. Me lo crucé cuando salía —respondo.

Enzo sonríe, satisfecho.

—Ah, muy bien. Gracias. Voy adentro, Marco me espera.

Da un par de pasos, pero se detiene y se gira.

—Por cierto… ¿qué te dijo Caruso?

—Mejor que te lo cuente él, Enzo —digo mientras abro la puerta de la camioneta—. Yo me voy, estoy apurado. Tengo que ver a mi hermano.

Serena

Lo veo todo desde arriba sin que se den cuenta. Estoy quieta, pegada a la barandilla, intentando no hacer ruido ni con la respiración. Escucho cada palabra que Santiago le dice a Antony, y no sé qué me pasa. Me gusta verlo así. Tan seguro. Tan violento. Tan capaz de aplastar a alguien solo por defenderme.

Esto me enciende de una forma que no esperaba. Un calor intenso me baja directo al vientre y me deja sin aire.

Santiago se va. Reacciono tarde. Veo a Antony intentando levantarse a duras penas. Corro a mi habitación con el corazón acelerado, esperando llegar a tiempo para verlo una vez más. Pero solo alcanzo a ver su camioneta alejándose por la entrada.

Apoyo la frente contra el vidrio de la ventana y cierro los ojos. No tengo ni idea de qué hacer con todo esto que me está explotando adentro. No sé si es solo deseo o algo más profundo, algo que me da miedo hasta pensar.

Lo único que sé es que esa semana en la cabaña me cambió. Y que ahora lo único que quiero es que Santiago Santoro sea solo para mí.

Capítulo 28

Serena

Han pasado cinco días.

Cinco días desde la última vez que vi a Santiago. Cinco días desde que se fue sin decir nada. Cinco días llamándolo como una idiota y escuchando siempre el tono sin respuesta

He marcado su número tantas veces que ya no espero que conteste. Lo hago por costumbre. Por rabia. Por necesidad. Porque una parte de mí todavía cree que en algún momento va a sonar y voy a escuchar su voz.

Y eso me está jodiendo la cabeza.

No dejo de pensar en Utah. En la cabaña. En cómo me tocó. En cómo me tuvo. En cómo me entregué sin medir consecuencias. Dejé que hiciera conmigo lo que quiso porque en ese momento me sentía segura. Porque con él todo siempre es intenso. Ahora me pregunto si solo fui eso. Un lugar donde descargarse.

Un cuerpo disponible. Una semana de exceso.

Me levanto de la cama y miro el celular otra vez. Pero nada.

Lo dejo caer sobre el colchón con más fuerza de la necesaria, sabiendo que no va a cambiar nada.

Me viene a la cabeza lo de Antony. De la forma en que Santiago lo agarró por la camisa. De su voz grave cuando lo amenazó. De cómo lo dejó en ridículo solo por defenderme.

Y entonces me pregunto. *Si le importo tanto ¿Por qué carajos no me busca? Por qué soy yo la que llama, la que insiste, la que se queda esperando como una idiota.*

Bajo a la cocina. María dejó el desayuno listo, pero no tengo nada de hambre. Me sirvo un café solo para sentir algo caliente en el estómago.

Papá no está. No es raro. Desde que mataron al tío Willy, mi padre no ha vuelto a ser el mismo. Y después vinieron las elecciones. El circo político. Los periodistas plantados afuera día y noche.

Pasó de tener la mayoría de los votos a quedarse con un veinticuatro por ciento miserable. Antier, cuando anunciaron los resultados, no dijo nada. No gritó. No protestó. Solo asintió, como si ya lo supiera. Desde entonces se encierra en el despacho todas las mañanas. Entra temprano. Sale tarde. A veces ni sale.

Ayer pasé por el pasillo y me detuve frente a la puerta, que estaba entreabierta. No hice ruido. Me asomé apenas. Estaba sentado frente al escritorio, con la cabeza apoyada sobre los brazos. No hablaba por teléfono, no escribía, no hacía nada. Solo estaba ahí.

Me alejé antes de que me viera; habría sido otro golpe duro para él saber que lo vi en esas condiciones. Subo otra vez a mi habitación y me dejo caer en la cama, boca arriba.

El móvil vibra.

Emily.

¿Estás bien? Estoy preocupada. Llevamos días sin vernos

Te extraño, amiga.

Leo el mensaje, pero no respondo. Dejo el celular sobre la mesita, boca abajo.

Vibra otra vez. Y otra. Y otra más.

Lo agarro.

Mensajes de Emily uno detrás de otro. Letras sueltas. Emojis *random*. Cualquier cosa con tal de que le conteste de una vez.

Sere? Oye

Respóndeme aunque sea un punto

Resoplo.

Estoy bien.

Solo no tengo ganas de salir.

Tarda segundos en responder.

Eso no es estar bien. Pero ok… te dejo respirar.

Mañana café.

No contesto. Pero tampoco digo que no.

✧ 🖤 ✧

Estamos en una cafetería chiquita cerca del Soho. Nada elegante, nada que llame la atención. Mesas de madera, música bajita, gente en su mundo. Justo lo que necesito.

Emily habla más de lo normal. Yo escucho. O finjo hacerlo.

—Mira quién está ahí atrás —dice de pronto.

Eso sí lo oigo.

Me giro enseguida. Por un instante creo que es él, pero no. La corazonada me falla.

Es Antony Messina. Y viene hacia nosotras.

—Serena —saluda, medido—. Emily.

—Hola —contesta Emily antes de que yo abra la boca.

—¿Todo bien? —me pregunta, observándome con atención—. Tienes mala cara.

—Estoy bien —respondo—. Solo algo cansada.

Esta vez no insiste como suele hacerlo, no intenta meterse en mi espacio ni lanzarme esas preguntas que siempre me incomodan; simplemente asiente.

—Si necesitas algo —dice—, tienes mi número.

Y se va. Sin dramatitos. Sin miradas de más. Simplemente se da la vuelta y ya.

Emily espera a que se aleje y se inclina hacia mí.

—¿Soy yo o Antony está… raro? —susurra—. Como más educado. Más atento.

Hace una pausa, levantando una ceja.

—Y más guapo.

Si ella supiera lo que pasó entre Antony y Santiago, entendería perfecto por qué él está así ahora.

No respondo. Sigo removiendo el café como si nada, mirando cómo la espuma gira sin sentido. Pero de pronto me quedo quieta. Una idea se me acaba de meter en la cabeza.

Tal vez ,solo tal vez, Antony pueda servirme para que Santiago vuelva a mirarme.

Emily sigue hablando, pero apenas la escucho. Veo por el ventanal cómo Antony se aleja.

Me levanto de golpe. Creo que estoy a punto de hacer una estupidez, pero al final de los cobardes no se escribe nada.

—Ahora regreso —digo, sin mirarla.

Salgo de la cafetería y el ruido del tráfico me revienta en los oídos.

—¡Antony! —grito.

Pero no me oye.

Acelero el paso. El corazón me late fuerte.

—¡Antony! —repito, más alto.

Esta vez sí escucha mi voz. Se da la vuelta, sorprendido de verme corriendo hacia él.

—Serena… —dice—. ¿Pasa algo?

Respiro hondo, intentando que no se note lo agitada que voy *"sea porque acabo de correr como loca o porque estoy a punto de hacer una locura"*. Me acomodo un mechón detrás de la oreja. Tengo que verme un poco coqueta, aunque me salga fatal.

—Quería preguntarte algo —digo, bajando un poco la voz.

—Claro.

Lo miro a los ojos y sonrío.

—¿Te gustaría tomar un café mañana? —pregunto—. Aquí mismo. Si te apetece.

Frunce el ceño.

Vamos, di que sí. Di que sí, por favor.

Y entonces sonríe.

—Sí. Me encantaría.

—¡Genial! —*me sale demasiado rápido, demasiado alto.*

—Mañana, entonces —añade—. ¿A qué hora?

—Cuando quieras —respondo, intentando sonar casual, como si no me estuviera tramando nada a propósito.

Asiente.

—Te escribo esta noche y te haré saber.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de lo normal. Es guapo, sí, no voy a mentir, pero no es como Santiago. Le falta esa mirada que te agarra sin tocarte y te hace sentir en llamas solo con sostenerla.

—Nos vemos mañana, Serena.

—Nos vemos —digo, y esta vez sí suena natural.

Me doy la vuelta, intentando no parecer tan satisfecha conmigo misma. Camino dos pasos, y entonces, como quien no quiere la cosa, giro la cabeza por encima del hombro.

Le sonrío.

Lo atrapo mirándome el culo,pero esta vez no me incomoda. De hecho, mejor. Le sostengo la mirada más de lo normal.

Y mientras vuelvo a la cafetería, exagero un poco el paso, a ver si cuela. No me sale tan sensual como quisiera, pero qué más da. Antony solo necesita tragarse la idea.

Llego a la cafetería. Me siento frente a Emily y tomo el café, ya frío.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí —respondo—. Todo bien… demasiado bien.

Capítulo 29

Santiago

—Habla —gruño—. Tú descargaste ese contenedor con la grúa, lo bajaste al muelle y después lo moviste con el puto montacargas. No me jodas. Tenías que tener el permiso de tránsito en la mano.

El tipo está atado a una silla metálica. Bridas gruesas en muñecas y tobillos, bien apretadas. No es un flaco asustado ni un pobre diablo. Es una bestia. Grande. Espalda ancha, cuello grueso, brazos como troncos. De esos que saben pegar y aguantar. Por eso está amarrado. Salvatore y Stefano me ayudaron a arrastrarlo hasta este almacén viejo. Solo no habría podido moverlo. Ni siquiera yo.

Me mira con odio.

—Yo solo sigo órdenes.

Le meto un puñetazo directo en la cara. La cabeza se le va hacia un lado y escupe sangre.

—Alguien hizo desaparecer un nombre —digo, sin subir la voz—. Y tú sabes algo.

—No sé nada… —murmura, escupiendo otra vez.

Me acerco despacio. Bajo la voz.

—No me mientas —susurro, apoyando el filo de mi navaja en su muslo—. Porque esto no es una charla. Es tu última oportunidad.

Respira agitado. Me mira de arriba abajo.

—Desátame —dice de pronto—. Si quieres que hable… desátame.

Alzo una ceja.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Qué te suelte?

—Sí —escupe—. No voy a hablar atado como un perro.

—Está bien. Te voy a soltar.

El hijo de puta frunce el ceño. Ni siquiera él se lo cree.

Corto las bridas de las muñecas. Luego las de los tobillos. Me enderezo y doy un paso atrás.

—Habla.

Me mira y sonríe.

—Eres un imbécil —escupe.

Se me viene encima como un animal. Justo lo que tenía previsto.

Bloqueo el primer golpe con el antebrazo. El segundo me roza la mandíbula. El tipo es fuerte, sí. Muy fuerte. Pero bruto. Se mueve con pura rabia, sin pensar, sin técnica, como si la fuerza sola fuera a salvarlo. Yo ya he peleado con demasiados como él y siempre caen igual.

Le meto un rodillazo en el estómago. Se dobla. Me agarra la camisa. Lo empujo contra la pared. Me devuelve el golpe. Siento el sabor de la sangre en la boca.

Sonrío y me limpio el labio con la manga de la camisa.

Le doy un cabezazo que lo hace retroceder. Aprovecho el hueco y le suelto un golpe al cuello. Se queda sin aire, tose, pierde el equilibrio y termina cayendo de rodillas.

—¡Te dije que hablaras!

Intenta levantarse. No lo dejo. Le doy una patada en el pecho que lo tira de espaldas.

Me acerco despacio y me agacho frente a él.

—¿Dime un puto nombre?

—No… no sé quién—balbucea con dificultad.

Le agarro del pelo y le levanto la cabeza, obligándolo a mirarme.

—Nombre.

—Pero… —traga saliva—, sé quién puede saberlo.

—Habla.

—Un jefe de turno del puerto —susurra—. Maneja las autorizaciones.

—¿Cómo se llama?

—Michael Harris —escupe al fin—. Lleva años ahí.

—Gracias.

Le suelto la cabeza y me pongo de pie, me acomodo la camisa y salgo del almacén. Stefano y Salvatore me esperan afuera, apoyados en el auto.

—¿Cantó? —pregunta Stefano.

—Sí.

—¿Algo útil?

—Tenemos un nombre.

Abro la puerta del coche y me siento en el asiento trasero.

—Al puerto —ordeno.

Mi celular empieza a vibrar . Ni hace falta sacarlo para saber quién es. Lo sé desde el primer zumbido. Serena. Otra vez.

En estos días no ha parado de llamarme. Mañana, tarde, noche. Como si no entendiera que hay momentos en los que no puedo permitirme contestar. No porque no quiera oír su voz, sino porque me conozco. Porque sé que si le respondo, voy a terminar buscándola. Y si la busco, voy a terminar follándomela. Y después va a quedarse dormida sobre mi pecho. Y yo no voy a querer que se levante de ahí. *Porque Serena Caruso se ha convertido en mi única y puta debilidad.*

Aprieto la mandíbula y dejo el celular sobre el asiento.

Stefano conduce con la mirada fija en la carretera. Salvatore revisa el cargador de su pistola. Ninguno dice nada, pero se ve que están preocupados. Estos días no son días fáciles. No todos elegimos vivir en este mundo de sangre y pólvora. No a todos nos molda Armando Santoro. Mi padre crió a Stefano como a un hijo. Y Salvatore, bueno, la sangre lo ata, pero eso no significa que hayan elegido esta vida porque les gustaba. Ellos simplemente siguieron el camino que les dejaron enfrente. Yo no. Yo lo disfruto. A veces pienso que, aunque no hubiera nacido Santoro, igual habría terminado metido en este mundo. De alguna manera lo habría buscado.

Llegamos a la barrera de entrada del puerto. Un guardia de seguridad levanta la mano.

—Identificación.

Stefano baja la ventanilla.

—Santoro.

El tipo frunce el ceño.

—Necesito ver documentos. Protocolo.

No espero a que Stefano diga nada más. Saco mi billetera y le paso el DNI. El guardia lo coge. Baja la mirada. Lee mi nombre. Su rostro se torna pálido. Endereza la espalda y me devuelve el documento con ambas manos.

—Disculpe, señor Santoro —dice, nervioso—. No sabía que era usted.

Hace una seña rápida. La barrera se levanta.

—Bienvenido al puerto. Si necesita algo…

—No —lo corto—. Pero sigue haciendo tu trabajo así.

El auto avanza y entramos. Hace tiempo que no venía por aquí. Mi padre solía traerme de pequeño. Me decía que lo acompañará al trabajo y al final terminábamos dentro de un astillero, sacando uñas y partiendo caras. Cuando me dejaba solo, me iba a jugar sin que él me viera. Me escondía dentro de las lanchas que estaban en reparación. Recuerdo que le decía que iba a ser marinero de grande, y él se reía. Me respondía que el mar solo sirve para arrojar muertos.

—Vayamos al bloque treinta y cinco —digo—. Por ahí entró la droga.

Stefano gira el volante. Avanzamos hasta el fondo del muelle.

El bloque treinta y cinco está al final. Casualmente el último. El más apartado. El acceso es estrecho y mal señalizado.

Nos bajamos del coche. Hay un solo hombre trabajando. Maneja un montacargas. El tipo es muy mayor. Tiene la espalda encorvada, una gorra sucia, las manos gruesas y llenas de grasa.

Un cigarro le cuelga de los labios.

Se detiene al vernos.

—¿Harris está? —le pregunto.

—Ese cabrón no viene a trabajar desde hace dos días —responde con un acento calabrés marcado—. Y no avisó a nadie.

—Necesito hablar con él —digo—. ¿Tienes su dirección?

El viejo sonríe de lado. Se lleva otro cigarro a la boca y lo enciende.

—¿Cuánto me vas a pagar?

Stefano da un paso al frente.

—Eh, cabrón, ¿sabes con quién estás hablando?

Lo freno apoyándole la mano en el pecho.

—Tranquilo.

Vuelvo a mirar al viejo.

—¿Cuánto quieres?

El hombre se encoge de hombros.

—Trabajo aquí desde que tenía quince años. Llevo más de sesenta en este puerto. Y mírame —dice, señalándose—. Sigo aquí. El sueldo no alcanza ni para terminar el mes.

Arranca el montacargas, como si ya hubiera terminado la conversación.

Camino hasta el coche. Abro la guantera y saco un bloque de cheques en blanco. Escribo una cifra jugosa, con varios ceros. De esas que le gustaría ver a cualquier que tenga su situación.

—*Tieni questo* —digo, arrancando el papel —*Adesso puoi andare in pensione.*

El viejo me arrebata el cheque de la mano. Lee el número y sus ojos se abren.

—¡*Mamma mia*! *Ma tu chi cazzo sei?*

—*Io sono Santiago Santoro.*

Mi padre siempre decía que el dinero bien usado no compra cosas, compra información, y tenía razón.

417 East 92nd Street. Brooklyn.

La 92nd Street. Es un vecindario de clase media obrera. Casas bajas, fachadas pintadas del mismo color y jardines pequeños. El típico vecindario americano. Hay coches familiares aparcados en fila sobre la acera. Unos niños montan bicicleta a mitad de la calle y la madre los vigila desde el jardín con los brazos cruzados.

La dirección coincide con lo que me soltó el viejo del puerto. Hay una casa beige de dos plantas. Tiene las ventanas cerradas. Pero hay una luz encendida en el salón.

Stefano aparca a media cuadra. Bajamos sin hablar, es mejor que pasemos desapercibidos. La madre de los niños nos mira desde lejos. No creo que por aquí aprecien mucho la idea de ver a tres tipos con caras de pocos amigos bajar de un Mercedes con los cristales oscuros.

Stefano revisa los alrededores. Yo me quedo con Salvatore en la puerta principal.

—Traté de entrar por atrás, pero está cerrada—dice Stefano.

—Entonces hagámoslo por delante.

Agarro la manilla y la cerradura cede con demasiada facilidad.

Entramos. Y el olor a muerto nos golpea en la puta cara. Harris está sentado en el sofá del salón. Está tieso como una estatua .La cabeza ladeada hacia un lado con un disparo en centro de la frente. La sangre ya no corre, está seca sobre el cojín y parte del respaldo.

No hay señales de lucha. No hay muebles volcados. No hay caos. Eso solo puede significar dos cosas. O lo tomaron completamente por sorpresa. O conocía al hijo de puta que lo mató.

—Viren esta casa al revés. Quiero una pista. Un nombre—

rujo con rabia—. ¡Quiero saber quién carajo lo hizo!

Capítulo 30

Serena

Quedé con Antony a las cuatro en punto, pero ya pasan de las cuatro y él no aparece, ya empezamos mal. Odio esperar y más cuando se trata de un hombre.

Estoy sentada en una mesa del fondo del bar. En la televisión siguen con las noticias. No han dejado de repetir lo mismo día tras día.

"Marco Caruso pasó de ser el favorito para quedarse con solo el veinticuatro por ciento de los votos."

Aparto la mirada de la pantalla. No vine aquí para pensar en eso vine con un propósito. Aunque no esté del todo segura de sí fue una buena idea. Me pasé toda la noche haciéndome la misma pregunta y todavía no sé la respuesta. Quizás me estoy metiendo en algo que no voy a poder controlar. Pero ya estoy aquí, y no tiene sentido dar ahora marcha atrás.

—Oye, muñeca… ¿no eres tú la de la televisión?

La voz me da asco antes de verlo. Un tipo con una lata de cerveza en la mano se me acerca demasiado. Huele mal y tiene la cara roja.

Genial. Justo lo que faltaba.

—Eres la hija de ese cabrón de Caruso —escupe—. Por culpa de tu papito perdí mi trabajo en el puerto.

Aprieto la mandíbula. Me levanto, agarrando el bolso.

—Límpiate la boca antes de hablar así de mi padre.

—¿Y a dónde crees que vas? —dice, agarrándome del brazo con fuerza.

Me duele. No lo suficiente como para gritar. Pero sí para hervirme la sangre.

—¡Miren todos! —grita—. ¡Aquí está la princesita! ¡La hija del hijo de puta de Marco Caruso!

Alrededor empiezan los murmullos. Los cuchicheos. Reconozco algunas palabras sueltas. Escucho un comentario sobre Tony Esposito. En lugares como este es cuando te das cuenta de que Nueva York no es tan grande como todos creen.

—¡Eh! ¿Qué carajo crees que estás haciendo?

Su voz corta el ruido.

—¡Suéltala! —dice Antony, avanzando hacia nosotros.

—¿Y tú quién mierda eres? ¿El novio?

—Antony Messina.

—¡Me importa un carajo!

El hombre me suelta y se lanza contra Antony. El tipo es enorme. Tiene toda la pinta de haber sido estibador portuario. Le cae encima como una mole. Antony pierde el equilibrio y termina en el suelo. Pero lo más jodido es que no se defiende. Está recibiendo más golpes que un saco de boxeo .Se cubre como puede, pero no responde. No ataca. No devuelve nada.

Joder, si fuera Santiago, esto ya habría terminado.

Me da casi pena y vergüenza ajena, ver cómo le dan una paliza solo porque quiso defenderme.

Sin pensarlo mucho agarro una botella vacía de la mesa de al lado. Doy un paso al frente y se la estrello en la cabeza al tipo. El golpe resuena en todo el bar. El hombre cae de lado, aturdido. Con la sangre corriéndole por las orejas.

Agarro a Antony del brazo.

—Levántate. Ahora.

Salimos del bar sin mirar atrás. Caminamos unos metros y nos metemos en un callejón. Antony se apoya en la pared. Tiene la boca rota y un ojo medio oscuro.

—Lo siento —dice, pasándose la mano por la cara—. Ese hijo de puta era una bestia.

Lo miro de arriba abajo.

Antony es más alto que Santiago. Incluso más corpulento, que ya es mucho decir. Tiene cuerpo de sobra para defenderse, pero no sabe qué hacer con él. No entiendo de qué le sirve tanto tamaño si al final se deja pisotear así. Y lo peor es que me acuerdo perfectamente de cuando estábamos en la prepa. De cómo se burlaba de los chicos más pequeños. De cómo disfrutaba humillarlos. Con ellos sí se hacía el valiente.

Por Dios, ¿cómo carajos se me pasó por la cabeza hacer esto?

—No te preocupes —digo, aunque en realidad sí debería—. Vámonos a otro lado.

Nos subimos a su Porsche. El motor ruge de una forma que da miedo. Nada que ver con el dueño, claro está. Antony conduce y yo miro por la ventanilla, sin la menor idea de a dónde carajos vamos.

—¿A dónde me llevas? —pregunto al fin.

—No lo sé —responde—. Dime tú.

Respiro hondo.

Genial. Ni siquiera es capaz de tomar decisiones.

De pronto lo llaman al celular. Antony corta la llamada del Bluetooth del auto y contesta al momento.

—Ahora no puedo hablar —dice, mirándome de reojo—. Estoy con una amiga.

Sonrío. Con una sonrisa falsa, más falsa que mis ganas de estar aquí.

—Te llamo más tarde.

Cuelga y me mira.

—Entonces… ¿a dónde vamos?

Aprieto los labios. Y suelto lo primero que me viene en mente.

—Sky Room.

Llegamos y él se baja primero. Ni siquiera me abre la puerta. No digo que sea obligatorio, pero visto que se ha pasado más de diez años detrás de mis nalgas, es lo mínimo que puede hacer.

Lanza las llaves al *valet* y le da un dólar de propina.

Un dólar. Casi me río. Con todo el dinero que tienen los Messina. Con las propiedades repartidas por medio mundo. Con todos los coches de lujo que alardea tener, el yate y hasta un helicóptero, y aun así es miserable hasta en los detalles.

Lo veo caminar delante de mí. Seguro de sí mismo, o eso cree. Y no puedo evitar pensarlo.

¿De qué sirve tanto dinero, tanto apellido, tanto poder si le faltan tantas cosas básicas? Sobre todo cerebro.

Después de todo lo que ha pasado hoy, espero al menos que usarlo como excusa para atraer a Santiago valga la pena.

Espero que alguien nos vea aquí. Que el chisme llegue rápido a sus oídos. Porque si hay algo que tengo claro es que no estaría aquí con Antony si no fuera por él.

✧ 🖤 ✧

Llevamos más de una hora sentados y ya no veo el momento de largarme. Antony no para de hablar estupideces. Mentiras tan mal contadas que ni él mismo se las cree. No entiendo cómo puede tener a tantas mujeres detrás. Supongo que el apellido hace milagros.

—¿Podemos irnos ya, por favor? —le digo, sin disimular el fastidio.

Él sonríe, esa sonrisa sobradora que no dice nada.

—¿A tu casa o a la mía?

Ruedo los ojos.

—Estoy bromeando, tranquila —añade rápido, levantando las manos—. Déjame ir al baño y luego nos vamos.

Se levanta y se aleja. Yo aprovecho y me termino mi copa de vino. Y después también la suya. Lo hago solo para poder soportarlo en el viaje de regreso.

Me pongo de pie. Miro para todos lados buscando alguna cara conocida, algún periodista, alguien que se vaya de lengua rápido. Es curioso, es la primera vez en mi vida que deseo que alguien me reconozca. Que alguien me saque una maldita foto y diga mi nombre en voz alta.

El titular perfecto aparece en mi cabeza:

"Captan a la hija de Marco Caruso en el Sky Room… y no estaba sola. ¿Quién es el joven que la acompaña?"

Eso sería suficiente. Estoy segura de que Santiago no podría ignorarlo.

—Bueno, ya podemos irnos —dice Antony mientras se acerca, acomodándose la camisa.

Bajamos, y vamos camino al coche. El aire empieza ponerse más frio y algunas gotas de lluvia empiezan a caer. Subimos al Porsche y Antony arranca, no hemos ni siquiera avanzado dos metros cuando abre la boca de nuevo y empieza a hablarme del auto nuevo que quiere comprar. Yo ni lo miro, prefiero quedarme mirando la lluvia en el cristal mientras pienso en Santiago. La verdad es que no logro quitármelo de la cabeza.

No quiero pensar más, pero no puedo evitarlo. Todo lo que hago últimamente gira alrededor de él. Incluso estar sentada aquí, al lado de alguien que no me provoca absolutamente nada.

La lluvia se vuelve un aguacero en cuestión de segundos. Las luces de la ciudad se van quedando atrás. Está lloviendo tan fuerte que los postes de alumbrado son inútiles.

—Mejor voy más despacio —murmura Antony mientras acomoda el retrovisor y la luz de un coche se le refleja en la cara—. El cabrón de atrás parece que está apurado.

De pronto, el coche que viene detrás acelera. Irrumpe en el carril lateral y se nos mete delante. Es una Chevrolet Suburban negra,

enorme, con los vidrios oscuros y la parrilla alta. Frena en seco frente a nosotros, tan cerca que no nos queda espacio para reaccionar.

Antony pisa el freno y el Porsche se sacude. El cinturón no deja que me estrelle contra el vidrio, pero me corta el pecho. Un latigazo me baja por toda la espalda.

—¿Qué carajos…? —digo con la voz temblando.

Las puertas del Suburban se abren de golpe y tres hombres bajan al mismo tiempo. Llevan capuchas negras y ropa oscura. Pero lo que hace que se me disparen los nervios son las armas que tienen en las manos. Se mueven rápido, demasiado rápido, como si esto fuera rutina para ellos. Como si lo hubieran hecho muchas veces.

—¡Antony pisa el acelerador! —grito.

Pero de nada sirve. Uno de ellos abre su puerta y lo saca del coche a la fuerza, agarrándolo del cuello de la camisa. Antony intenta resistirse, pero no dura ni un segundo. Le dan un golpe en la cara con la culata del arma. Su cabeza se ladea y cae al suelo como un muñeco.

—¡No! ¡Déjenlo! —vocifero, pero mi voz se pierde con la lluvia.

Trato de quitarme el cinturón, pero no puedo. Las manos me tiemblan y no encuentro el botón para zafarlo.

La puerta de mi lado se abre de un tirón. Una mano me agarra con fuerza del brazo y me jala hacia afuera.

—¡Déjenme!—gruño mientras intento soltarme.

En el forcejeo caigo de rodillas, pero el tipo que me tiene agarrada no se detiene. Me va llevando a rastras sobre el asfalto mojado.

—¡Suéltenme! —grito—. ¡Suéltenme ahora!

Me levanta y me tira contra la Suburban. La cabeza me estalla contra el metal. El golpe hace que todo me dé vueltas, pero alcanzo a ver a uno de ellos regresar al Porsche y coger mi bolso. Antony sigue inconsciente, tirado en el suelo.

—Llévense lo que quieran… solo no nos hagan daño —murmuro, sin aire.

Me empujan y caigo sobre el asiento trasero.

—No… no, por favor. Quiero irme a casa.

—Cállate —me susurra una voz al oído.

Antes de que pueda decir algo más, me cubren la cabeza y todo se vuelve negro. No veo nada. Solo escucho el clic automático de la puerta al cerrarse y los latidos descontrolados de mi corazón, acelerándose cada vez más.

Capítulo 31

Santiago

—Santiago —me llama Salvatore desde la habitación de Harris—. Ven a ver esto.

Mi hermano está agachado frente a la cómoda, con el cajón abierto.

Mira —dice, pasándome un papel.

Es un recibo bancario. Una cifra demasiado gorda para ser un sueldo de jefe de turno. Cincuenta mil dólares directos a su cuenta, con fecha de febrero. El mismo mes en el que entró la droga.

—¿Quién se lo envió? —pregunta Salvatore.

Reviso el recibo, pero no veo nada que pueda llamar mi atención; solo está escrito el nombre de lo que parece ser un banco extranjero: ***Banque du Rhône Privée*.**

—Stefano, llama a todos nuestros contactos ahora mismo. Quiero saber exactamente quién le envió este dinero a Harris.

Stefano coge el recibo y se marcha con el móvil en mano.

—¿Crees que es alguno de los nuestros? —pregunta Salvatore.

—Espero que no, hermanito. Espero que no —digo, dándole unas palmadas en la espalda, y salgo a la parte de atrás a fumarme un cigarro.

A lo lejos todavía veo a los niños montando en bicicleta. La madre sigue vigilándolos. Esa sí que es una buena madre; esos críos deberían sentirse orgullosos de ella. Quizás ahora son demasiado pequeños para entenderlo, pero cuando crezcan se darán cuenta. La mía me veía jugando con las pistolas de mi padre cuando era pequeño y no me decía nada.

—Santiago, he llamado a toda nuestra gente y todos coinciden en que *Banque du Rhône Privée* es un banco fantasma —dice Stefano.

Quien le pagó a Harris sabía exactamente cómo moverse.

—Nos vamos de aquí… pero antes, dale fuego a todo—ordeno, mientras lanzo el cigarro al suelo y lo aplasto con la bota.

Veo la casa desde el auto. La sirena de los bomberos se acerca y las llamas hacen su trabajo.

—Arranca.

Stefano enciende el coche y nos ponemos en marcha. La madre de los niños que montaban bicicleta ya no está afuera; ahora está parada en la ventana. Ella lo vio todo y nos reconocería fácilmente.

Bajo mi ventanilla, y me quedo mirándola a los ojos. Puedo notar que tiene miedo. Yo también lo tendría si fuera ella . Llevo un dedo a mis labios, pidiéndole silencio. En estos casos no hace falta decir más.

Mientras nos alejamos, el camión de bomberos nos pasa por al lado a toda velocidad. No creo que sirva de nada; en esa casa ya no queda nada que salvar.

✧ 🖤 ✧

La oscuridad empieza a cubrir Nueva York y la noche trae consigo su cara oculta. Putas de esquinas, pero sobre todo drogadictos. Hay muchos de ellos últimamente.

Esta ciudad se convirtió exactamente en lo que mi padre decía que nunca permitiría, todo por culpa de la droga. Recuerdo la primera vez que mi padre descubrió a mamá drogándose. Ella se la había comprado a un camello que venía de Las Vegas. El tipo no duró ni veinticuatro horas con vida. Mi padre perdió el control por completo. Yo era un crío, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Mi madre se defendía diciendo que se drogaba para escapar de la agonía en la que vivía, que prefería estar colocada o muerta antes que seguir con él. Pero nunca tuvo los cojones de dejarlo y muchos

menos de acabar con su vida, por lo tanto, siguió drogándose a escondidas.

Recuerdo los gritos que se pegaban en la planta baja de la casa. Hay imágenes que no se borran jamás; se quedan ahí, clavadas, recordándote de dónde vienes.

Stefano detiene el coche de golpe.

—Mierda… —murmura—. Ahí está el jodido de Wilson.

El detective está afuera de nuestro portón. Apoyado contra su coche, lleva todas las pintas del mundo de no tener prisas. Está demasiado cómodo para alguien que no fue invitado, y eso me irrita.

—Ustedes entren —digo mientras abro la puerta del auto—. Yo hablo con él.

Hago una señal con la mano a mis hombres para que abran. Cierro la puerta del coche y camino hacia Wilson.

—Tú debes ser Santiago Santoro —dice, evaluándome de arriba abajo.

—Ese mismo.

Me extiende la mano, pero no la tomo. La deja colgando y, al final, la guarda en el bolsillo.

—Eres idéntico a tu padre.

Lo miro fijo, luego sonrió.

—Si yo fuera idéntico a mi padre, créame, usted no estaría aquí.

El detective también sonríe; parece que le gusta medir fuerzas. Pero no sabe que acaba de meterse con el cabrón equivocado.

—Tranquilo —dice—. Solo vine a conocerte. Iba de regreso a casa y estaba pasando cerca de aquí.

Lo miro de arriba abajo.

—¿Pasando cerca de mi casa, detective? ¿Por Todt Hill? Vaya… no tenía ni idea de que este vecindario había bajado tanto el nivel.

Wilson frunce el ceño y suelta una carcajada.

—Tu sí que eres gracioso, muchacho —dice mientras ríe.

—Ya basta de jueguitos, detective —lo corto—.Yo sé muy bien dónde vive usted... Mott Haven, ¿verdad?

Doy un paso más cerca de él.

—547 Willis Avenue.

Wilson deja de reírse y se pone serio.

—Apartamento 5B.

Su pupila se dilata y veo el movimiento de su garganta tragando saliva.

—Así que dígame qué quiere de mí, y que sea rápido.—Señalo con la barbilla a los hombres armados detrás del portón—. Ya sabe… mis hombres de seguridad suelen ponerse un poco agresivos cuando me ven hablando con extraños.

—Uno de mis hombres te vio cerca de los almacenes donde mataron a un federal—murmura por fin.

—Puedo pasar por donde me dé la puta gana —le gruño, clavándole la mirada—. Y eso no me hace culpable de una mierda.

Doy un paso más hacia él.

—Y por si se le olvidó, ya revisaron todo. Mi madre me dijo que no encontraron nada. Yo no tuve nada que ver con la muerte de ese federal.

Wilson baja la mirada.

—Y, por cierto, ese federal, según me contó un pajarito, era un corrupto.

Veo el brillo del sudor formándose en su frente.

—Dígame, detective… ¿usted protege a los polis corruptos?

—No sé de qué hablas. ¿Quién te dijo eso, Santoro?

—Yo también tengo informantes, detective. Yo también sé muy bien lo que pasa en esta ciudad.

—Aun así…

Lo corto.

—Cállese, Wilson. No quiero oír más nada.

Saca un pañuelo del bolsillo y se seca la frente, intentando disimular el temblor en la mano.

—Si tuviera algo contra mí, no estaría parado en mi entrada. Estaría tocando mi puerta con una orden de detención. Y no la tiene. ¿O sí? —lo desafío.

Wilson traga saliva de nuevo; le cuesta ocultar los nervios.

—Pensé que sería correcto pasar por aquí y presentarme —dice, casi sin voz.

—Déjeme ser claro, detective. No está invitado. No es bienvenido. Y me importa un carajo lo correcto que crea que es.

Me doy la vuelta sin esperar a que vuelva a abrir la boca. Cierro la reja del portón tras de mí y, mientras camino hacia la puerta, la lluvia empieza a caer.

—¿Hay alguien en esta casa?—digo, lanzando la cazadora sobre el sofá.

Salvatore y Stefano aparecen desde el comedor.

—Mamá no quiso comer —dice mi hermano—. Le duele la cabeza. Ahora la acompañé hasta su habitación.

No me sorprende. Debe estar de polvo hasta el culo.

Me sirvo un vaso de *whisky*. Yo tampoco tengo ganas de cenar hoy. Cuando las cosas se ponen tensas se me cierra el estómago. Prefiero un poco de alcohol.

Salvatore se sienta frente en el sofá delante de mí.

—Voy al baño —dice Stefano—. Ahora vuelvo.

Desaparece por el pasillo, dejándonos solos.

Salvatore me quita el vaso de whisky de la mano.

—¿Crees que esto va a empeorar? —pregunta, dándose un trago.

—Sí —respondo—. Y tienes que estar listo.

Me mira fijo y se da otro trago.

—¿Listo para qué?

—Para todo.

Salvatore se pone de pie y va directo al botellero. Agarra la botella de Jack Daniel's y se sirve el vaso hasta el tope.

—Santiago…

No lo dejo terminar.

—Escúchame bien —digo, bajando la voz—. Si algo me pasa, si caigo preso, si llegaran a matarme, tú sigues adelante. No improvises. No confíes en nadie. Y no intentes ser un puto héroe.

—No digas eso—dice, y se bebe el *whisky* como si fuera agua.

—La verdad es dura, hermano, pero nos prepara para lo peor.

Salvatore se queda en silencio con el vaso vacío en la mano. No dice ni una palabra. En esta casa nunca fuimos de hablar mucho. Nuestro padre se molestaba si abríamos la boca de más. Aquí se aprendía mirando, aguantando y sobreviviendo.

Yo crecí viendo cómo él volvía con sangre ajena en la ropa y los ojos cansados, y aun así se sentaba a la mesa a cenar como si nada. Aprendí también que proteger a los tuyos no es algo que se dice, es algo que se hace, pero para hacerlo tienes que estar vivo.

—Está bien, hermano —dice Salvatore, tras terminarse la botella de Jack Daniel's—. Pero quiero que sepas que yo nunca voy a dejar que nada te pase.

Intenta levantarse del sofá, pero se tambalea y cae hacia atrás.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te ayude?

—No, hermano, no te preocupes. Yo soy un Santoro y ningún *whisky* puede con nosotros —dice, sonriendo con los ojos rojos—. ¿Dónde carajos se metió Stefano? Voy a ver cómo está mamá. Seguramente mamá le pidió ayuda.

Lo veo alejarse; a duras penas puede subir las escaleras.

De pronto, mi celular comienza a vibrar. Miro la pantalla: es Marco Caruso.

—Marco. Encontré un recibo bancario en casa de un tal …

—Santiago… —me interrumpe.

Tiene la voz entrecortada.

—Se la llevaron, Santiago… secuestraron a Serena.

No pregunto cómo. No pregunto cuándo. No pregunto por qué. Aprieto el móvil con tanta fuerza que escucho el plástico romperse. Si alguien cree que puede tocarla y salir caminando, está muerto. Si alguien piensa que podrá hacerle daño, va a aprender lo que es suplicar. No importa cuántos sean. No importa dónde se escondan. Voy a destruirlos uno por uno.

—Salgo para allá.

Mientras cuelgo, escucho gritos arriba. Un vidrio se rompe; luego, las voces de Salvatore y Stefano discutiendo. Mi madre también grita como loca. La bomba acaba de reventar.

Pero nada va a desviar mi atención. Ahora mismo, lo único que me importa es Serena Caruso.

Capítulo 32

Santiago

La ciudad se vuelve un fondo borroso, y en mi cabeza solo está ella.

Solo un imbécil pensaría que puede tocarla y seguir respirando.

Me inclino en las curvas sin reducir la velocidad, voy esquivando los coches sin importarme nada. Cada segundo que pasa es tiempo perdido. Mi mente está dando vueltas, pensando en todo lo que no hice antes, en todas las putas veces que decidí alejarme. Lo fácil que habría sido responderle desde aquella primera llamada. Pero ahora no hay vuelta atrás, ahora solo hay una cuenta regresiva.

Los Caruso viven a treinta minutos de mi casa, yo llego en menos de la mitad. Freno frente al portón y me bajo de la moto sin apagarla. Empujo la reja, los hombres de seguridad me reconocen, nadie me detiene, a nadie le conviene hacerlo.

Entro en el despacho de Marco sin tocar la puerta. Caruso está de pie, con la chaqueta desabrochada y las manos apoyadas sobre su escritorio. Tiene los ojos rojos y la respiración agitada, es la primera vez que veo a un jefe de familia temblando.

Antony está a su lado.

Lo veo y supongo lo peor. Tiene la camisa manchada de sangre y un corte en la ceja, pero lo que más me irrita es su mirada baja. La mirada que tendría un hombre al que le faltan cojones.

—¿Qué pasó? —pregunto mirando a Caruso.

Del otro lado está Enzo Messina, rígido y con los brazos cruzados.

Marco me mira y se pasa la mano por la cara.

—Los rusos la secuestraron hace menos de una hora —dice—. Iba con Antony.

Eso es todo lo que necesito oír *¿Qué mierda hacía Serena con este payaso?*

Mis ojos van directos a Antony. Él levanta la mirada justo a tiempo para verme venir.

—¿Iba contigo? — digo, dando un paso hacia él—. ¿Iba contigo y aun así se la llevaron?

—Santiago, yo…

No lo dejo terminar la frase. No hay justificación para su cobardía.

Le agarro la camisa con ambas manos y lo estrello contra la pared. Le clavo el antebrazo en el cuello y aprieto fuerte, hasta sentir su garganta crujir.

Antony jadea e intenta liberarse, pero no puede. Las venas de sus sienes empiezan a hincharse, y yo disfruto viendo cómo se le va borrando el color mientras su cerebro de imbécil se queda sin oxígeno.

—¡Santiago! —grita Caruso—. ¡Suéltalo!

En momentos como este, suelo no escuchar a las personas que me hablan. Me concentro en mi objetivo, y mi único objetivo ahora es Antony Messina.

—¡No tuviste los huevos suficientes para defenderla! —le escupo en la cara—. ¡¿Sabes lo que eso significa en mi mundo?!

En mi maldito mundo, una mujer bajo tu cuidado es sagrada. En mi mundo fallar se paga. En mi mundo, no hay segundas oportunidades.

De pronto siento unos manos que me agarran por la espalda.

—¡Basta! ¡Santiago, basta! ¡Deja a mi hijo!

Enzo está desesperado porque su hijo está a punto de pasar al otro mundo. Si hubiera sido yo quien dejó que se llevaran a Serena, y mi padre todavía estuviera vivo, él mismo habría ayudado a que me dejaran sin aire.

—Te mataría aquí mismo —susurro al oído de Antony—, delante de tu padre. Y dormiría igual de bien esta noche.

Aprieto más fuerte y los músculos de su cuello se tensan. Un esfuerzo inútil e involuntario de su cuerpo para mantenerlo con vida.

—Si ella tiene un solo rasguño —murmuro todavía a centímetros de su oído—, voy a asegurarme de que vivas lo suficiente para entender exactamente en qué fallaste.

Quito el antebrazo de su cuello y el imbécil cae al suelo, tosiendo y arrastrándose como un animal herido.

Me volteo hacia Marco.

—¿Qué quieren a cambio?

Marco me mira con los ojos vidriosos.

—Pidieron el puerto —dice—. Serena por el puerto. Es mi hija y no voy a dejarla morir.

Ceder a un trato por un chantaje, sin pensar en las consecuencias, es una idea que solo se le ocurriría al imbécil que secuestró a Serena.

—No vamos a ceder —digo—. Y no se discute.

Enzo tensa la mandíbula y Caruso vuelve a bajar la mirada. Saben perfectamente de qué hablo de nuestro código más importante. El honor.

—La vamos a traer de vuelta. Aunque eso signifique bajar al puto infierno.

Serena

No puedo ver nada, el asco de tela que me pusieron en la cabeza me está aplastando la cara. Trato de contener la respiración para evitar que la peste a sudor y a sangre me entre por la nariz, pero es imposible. Tampoco puedo mover las manos; me ataron las muñecas y me taparon la boca con cinta para que no pudiera gritar.

No sé cuántas millas hemos avanzado, pero sí sé que son muchas. Hemos tomado varias curvas, lo que significa que nos estamos alejando de la ciudad. Voy sentada en el medio, lo noto porque me empujan de un lado a otro cada vez que el auto dobla.

Desde que arrancamos ellos no han dejado de hablar. No entiendo ni una palabra de lo que dicen. Hablan en un idioma que

no conozco, pero creo que es el mismo de los hombres que se metieron en mi casa y asesinaron a mi padrino.

Uno dice algo y los otros se ríen. El corazón me empieza a latir rápido cuando siento una asquerosa mano tocando mi muslo. Muevo la pierna hacia el otro lado; balbuceo, pero las palabras me salen ahogadas por la cinta.

Ahora escucho de nuevo al primero que habló, diciendo algo en un tono duro, como si estuviera echándole la bronca al que me tocó.

Hay una palabra que escucho una y otra vez. *Port.*

Si tuviera que apostar, diría que hablan del puerto, y eso no puede significar nada bueno.

Capítulo 33

Serena

Trato de mover los dedos para sentir que todavía son míos. Me duelen los hombros de tanto tensarlos. Me quitaron mis anillos, mis pendientes, mi cadena y el reloj que me regalo papá.

Me he estado esforzando por hacer un mapa del recorrido en mi cabeza, aunque no sé si sirve de algo. Primero el coche iba muy rápido, luego más lento. Pasamos por una curva larguísima que me llamó la atención, no recuerdo haberla hecho nunca, el cuerpo se me fue hacia un lado como si fuera una muñeca. También escuché el ruido del agua, o tal vez era lluvia. Quizás no ha dejado de llover, pero con los ojos tapados no sé qué demonios está pasando ahí afuera. En algún momento nos detuvimos, creo que fue en un semáforo, y escuché el motor de un bus o de un camión. Luego avanzamos un poco más y todo volvió a quedarse en silencio.

No sé si salimos de Manhattan. No sé si fuimos hacia Queens o Brooklyn o incluso más lejos. Lo único que tengo claro es que, con cada minuto que pasa, todo se siente peor.

La camioneta frena de golpe. Salgo disparada hacia adelante y una mano me empuja otra vez contra el asiento. Escucho las puertas abrirse y una ráfaga de viento entra en el coche.

Me agarran del brazo y me jalan hacia afuera. A malas penas puedo caminar. No sé dónde estamos, pero sí sé que estoy pisando tierra mojada porque mis tacones se hunden.

Me empujan para que avance y tropiezo con mis propios pies, caigo de rodillas y me levantan de un tirón, aunque vuelvo a caer cuando me empujan otra vez.

Nos detenemos y escucho una puerta abrirse con un chirrido que suena a portón de hierro viejo. Caminamos unos metros más y el piso cambia; ya no es tierra, ahora es cemento. A pesar de la capucha asquerosa que me cubre la cara, puedo sentir el olor a

humedad y basura que hay en este lugar. La peste es tan fuerte que me dan ganas de vomitar.

Me bajan por unos escalones; escucho el sonido de otra puerta metálica abriéndose. Me empujan y caigo al suelo como si fuera un saco de papas. Me arrancan la capucha y una luz fuerte me golpea los ojos, igual que cuando enciendes la lámpara justo después de despertarte.

Parpadeo un montón de veces antes de poder ver bien, y lo primero con lo que me topo es una pared que alguna vez fue blanca. Está llena de manchas oscuras y viejas, y prefiero no pensar en lo que podrían ser.

El tipo que me quitó la capucha se agacha delante de mí. Me mira de cerca, como si estuviera evaluándome. Lleva la cara cubierta, pero puedo ver sus ojos azules, fríos y sin alma.

Los otros dos hombres se acercan a la puerta y me miran de arriba a abajo, en este momento me siento como si fuera un animal en un zoológico.

El cabrón que tengo delante me toca la mejilla y me aparto al instante. Él se ríe, suelta algo en su idioma para los otros y vuelve a reírse como si fuera gracioso.

Sin aviso me arranca la cinta de la boca.

—¡¡¡Ay…!!!—suelto un quejido, pero por fin puedo hablar.

Me llevo la lengua a los labios, me arden demasiado.

—No gritar— me dice el tipo, apuntándome en la frente con una pistola.

Su voz es baja, pero igual suena totalmente amenazadora. De todas formas, aunque no me lo dijera, no pensaba gritar. Sé que aquí eso no serviría para nada y solo podría complicarme más las cosas.

Uno de los que están en la puerta se acerca y saca una navaja. El corazón se me quiere salir del pecho y me arrastro hacia atrás, pero me gira de un tirón y corta las bridas de mis muñecas. El plástico

cae al suelo y, aunque me duelen y las tengo hinchadas, finalmente puedo mover las manos.

—Dormir —dice el primero, señalándome un colchón.

El colchón es súper delgado y está tirado en una esquina. No tiene sábanas ni nada, solo una *hermosa* mancha que, a simple vista, se nota que es orina seca.

Los tipos vuelven a hablar entre ellos y se van, no sin antes cerrar la puerta de hierro de un tirón.

Me quedo quieta en el suelo. Levanto la mirada y veo una ventanita diminuta con barrotes, casi pegada al techo, por ahí entra un poco de aire. Del otro lado está la bombilla encendida, la misma que me cegó cuando llegué, y justo debajo hay una silla vieja de metal. La puerta no tiene manilla ni cerrojo por dentro. Esto parece una maldita cárcel.

Me arrastro hasta la pared y apoyo la espalda. Me tiembla todo; me abrazo las rodillas y trato de respirar despacio, aunque se me hace casi imposible. Tengo miedo de lo que pueda pasarme. No puedo negarlo. En este momento me siento vulnerable. Aun así, intento aguantar el llanto, como si pudiera engañar a mi cerebro y hacerle creer que estoy bien y que nada malo va a pasar.

La humedad del cemento frío se me mete por los huesos. Aquí dentro la temperatura es muy baja y todo huele a moho.

✧ 🖤 ✧

Han pasado muchas horas desde que estoy encerrada en este lugar. No he podido dejar de pensar en si Antony estará vivo; el golpe que le dieron se vio demasiado fuerte. Y tampoco puedo sacarme de la cabeza que todo esto empezó por mi culpa. Si me hubiera quedado en casa, nada de esto estaría pasando. Querer

provocar a Santiago, jugando con el pobre Antony, fue lo que me trajo hasta aquí.

Cierro los ojos por décima vez y me obligo a contar respiraciones. Uno, dos, tres… hasta diez. Y luego otra vez. Se supone que así se calma un ataque de pánico. Uno, dos, tres… pero el pánico no se va.

De pronto, escucho pasos.

Me arrastro otra vez hacia la pared. La puerta se abre y entra uno de ellos con una botella de agua y una bolsa marrón toda grasienta. La deja en el suelo como si estuviera alimentando a un animal, y se queda mirándome.

Hace un gesto con la mano, como diciéndome que coma.

—Agua. Comida—dice, y vuelve a hacer el gesto —. No problema. Tú buena chica.

Se da la vuelta, pero antes de que se vaya tengo que preguntarle por qué estoy aquí.

—¿Por qué me trajeron a este lugar…? ¿Qué quieren de mí?

—Tú no hablar —gruñe, molesto, y me cierra la puerta metálica de un portazo.

Me quedo mirando la botella, tengo la garganta seca. Llevo horas sin tomar ni una gota de agua, pero también me da miedo que intenten drogarme o envenenarme. Aun así, me acerco y la agarro. Abro la tapa con dificultad, todavía me duelen las muñecas por culpa de lo apretadas que estaban las bridas.

Que sea lo que dios quiera.

Bebo un sorbo pequeño. Espero un par de minutos antes de volver a beber. Sigo consciente. Al final, me empino la botella y me la termino en nada, si no me moría por el veneno, iba a morirme de sed.

La bolsa marrón tiene un sándwich lleno de aceite; huele a jamón pasado y a queso medio podrido. Se me cierra el estómago y me dan arcadas. Pero, siendo sincera, no sé cuánto tiempo voy a estar aquí dentro. Necesito tener algo en el estómago para no

desmayarme, si en algún momento puedo huir, al menos necesito un mínimo de fuerzas.

Hago todo lo posible por no pensar en lo que estoy masticando, y entonces me llega un pensamiento que me cierra aún más el estómago. *¿Y si mataron a mi padre?* Me atraganto con el pan y los ojos se me humedecen. El asco me sube a la garganta y termino vomitando el sándwich en el suelo.

De momento escucho un sonido, muy a lo lejos. El ring de un teléfono viejo, de esos que hacen un escándalo horrible cuando suenan. Uno de ellos atiende la llamada al momento. Lo escucho hablar en su idioma y, entre todo lo que dice, alcanzo a oír clarito mi apellido. Me levanto rápido y pego el oído a la puerta, intentando descifrar algo más, pero no entiendo ni una sola palabra.

El hombre cuelga y yo vuelvo a sentarme en el piso, apoyada contra la pared. Las lágrimas me llegan sin avisar, a veces simplemente no se pueden contener. Lloro tratando de no hacer ruido, apretando los dientes para que no se escuchen mis sollozos. Lo último que quiero ahora es parecer débil delante de esos tipos.

Lloro hasta que me duele la cabeza, hasta que el pecho se me queda vacío. Lloro por mi padre. Lloro por mi padrino. Lloro por mí y por la estúpida decisión que tomé antes de que me secuestraran.

A rastras voy hasta el colchón. Me acuesto de lado, mirando la ventanita con los barrotes. La luz afuera cambió un poco; ahora está más clara, como si estuviera amaneciendo. Cierro los ojos y pienso en lo bien que me vendría un cigarrillo para calmar los nervios.

Trato de dormir un poco, pero mis pensamientos no me dejan. Abro los ojos, los vuelvo a cerrar, los vuelvo a abrir. Me pongo boca arriba, luego boca abajo. El olor a orina seca me entra por la nariz y me revuelve el estómago.

Y justo cuando por fin empiezo a quedarme dormida, la puerta se abre de nuevo.

Capítulo 34

Santiago

No existe negociación cuando te arrancan lo único que te importa. Eso lo aprendí hace años, viendo a mi padre sentarse frente a hombres que creían tener ventaja. La diferencia entre ellos y mi padre era simple: Ellos hablaban, pero mi padre decidía.

Marco Caruso está sentado frente a mí, rígido, con la espalda recta, como si mantener esa postura lo ayudara a no desmoronarse. Ahora mismo no parece un político poderoso, y mucho menos un *capo* de familia. Ahora mismo Caruso es solo un padre, contando los minutos que podrían quedarle a su hija.

—Aún no han llamado —dice Marco, rompiendo el silencio—. Dijeron que llamarían de nuevo.

—Llamarán —respondo—. Siempre lo hacen.

—Quieren el puerto —murmura Caruso, con la mandíbula tensa —. Acceso completo.

—Podemos presionar —dice el cobarde de Antony, intentando sonar útil. —Tengo gente en los muelles. Hay uno que podría cantar si lo apretamos.

—Hazlo —ordena Marco, con la mirada clavada en el suelo.

✧ 🖤 ✧

Estamos en uno de los almacenes de Marco, cerca de Brighton Beach en la pequeña Odessa. Los hombres de Caruso lo estampan contra la silla. Tiene un acento fuerte de Europa del este, parece ser ucraniano, y lleva una cicatriz pronunciada en la mejilla. Debe de ser

uno de esos cabrones que por tres dólares harían cualquier tipo de trabajo sucio.

Caruso se acerca a él.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le pregunta.

El tipo niega con la cabeza, pero no le baja la mirada.

Caruso asiente despacio, como si ya esperara esa respuesta. Camina hacia atrás y se quita la chaqueta del traje, la dobla y la deja sobre la mesa metálica del fondo. Después se arremanga la camisa.

Vuelve hacia el tipo.

—Dime un nombre—ruge, y le planta un puñetazo directo en la cara.

El golpe suena fuerte. La cabeza del tipo se ladea y la boca se le llena de sangre.

—Yo solo me ocupo de los contenedores—dice mientras escupe un diente al piso.

Marco sonríe, con unas de esas sonrisas que suelen cargar tensión.

—Mi hija está secuestrada—susurra cerca de su oído.

Se inclina hacia él y le coloca unas bridas en las muñecas, apretándolas con fuerza, lo suficiente para cortarle la circulación.

—No te voy a pedir nombres —continúa Marco—, ahora te voy a pedir memoria.

Hace una seña a uno de sus hombres, y este le coloca una bolsa de nailon sobre la cabeza.

—Tic Tac —suelta Caruso.

Su hombre sella la bolsa en el cuello con ambas manos y empieza a apretar.

Marco espera unos segundos mientras mira el reloj de su muñeca. Poco a poco, el nailon comienza a moverse como si hubiera cobrado vida. El cabrón empieza a quedarse sin aire.

Diez segundos, nueve ,ocho, siete, seis…

El tipo mueve cabeza desesperado, tratando de buscar oxígeno donde no lo hay.

Caruso levanta la mano y su hombre retira la bolsa.

—Eso no fue nada —dice mirándolo a los ojos—, solo quiero que entiendas cómo funciona esto.

Da unos pasos y se queda a un palmo de su cara.

—Piensa bien. ¿Escuchaste algo en el puerto? ¿Has oído a alguien hablar de mí o de mi familia?

El tipo traga saliva.

—No sé nada —dice con la voz cortada—. Juro que no sé nada.

Marco se reclina, retrocede unos pasos y va hasta la mesa de metal. Abre un cajón y saca una pinza oxidada, la deja a la vista y empieza a jugar con ella entre los dedos.

Levanta la mano y vuele a hacer la seña a su hombre. La bolsa regresa a la cabeza del ucraniano, pero esta vez la deja más tiempo. El tipo se sacude, y sus pies golpean el suelo. Dos hombres de Caruso le inmovilizan las piernas.

Han pasado casi cuatro minutos y el cabrón todavía se está resistiendo, aunque ya no con la misma fuerza de antes.

Marco da la señal para que retiren la bolsa, y cuando lo hacen, la cabeza se le desploma hacia adelante.

—¡Mírame, carajo! ¡Mírame! —ruge Caruso.

El hombre no se mueve. Sigue con la cabeza baja. Marco le agarra la mano y le apoya el filo de la pinza en la uña del dedo gordo.

El tipo reacciona de inmediato.

—No sé nada—susurra sin levantar la cabeza—. Si supiera algo, lo diría.

Caruso lo sujeta por el mentón y lo obliga a mirarlo a los ojos. Lo observa durante varios segundos, como si intentara buscar la verdad en su mirada.

—Suéltenlo —dice Marco, dejando caer la pinza al suelo.

Antony levanta la vista.

—¿Eso es todo?—dice.

—No sirve —responde Marco—. Este hombre no sabe nada. Perdimos tiempo por gusto.

Los hombres de Caruso le cortan las bridas y el tipo sale corriendo sin mirar atrás.

De pronto, el móvil de Marco vibra sobre la mesa.

—Llegó un mensaje —dice él.

Corre a agarrar el celular, mira la pantalla y sus ojos se abren. Sus manos empiezan a temblar, y el móvil se le resbala de los dedos hasta caer al suelo.

Me agacho y lo recojo.

La pantalla sigue encendida y hay un video reproduciéndose, pero no es un video cualquiera. Es Emily. Atada a una silla y completamente desnuda. Los cabrones le sellaron la boca con cinta para que no pudiera gritar. Tiene los ojos abiertos, fijos en la nada. Las marcas en su cuello hablan por sí solas, la estrangularon hasta dejarla sin aire.

Debajo del video hay un mensaje:

O nos das el puerto, o tu hija acaba igual que su amiga.

Se me tensa la mandíbula y los nudillos me crujen.

Veo a Caruso arrodillado en el suelo como si el cuerpo ya no le respondiera. Tiene los hombros hundidos y las manos en la cabeza.

—Acaban de matar a una niña —dice, con la voz rota.

Las lágrimas le corren por la cara sin que siquiera intente limpiarlas.

—Pero ahora el juego se les acabó —susurra, levantando la vista —. Vamos a ir por ellos uno por uno, y no pienso detenerme hasta que no quede ni uno con vida.



El móvil empieza a vibrarme en el bolsillo. Es Salvatore. Cuando Caruso me llamó, salí de la casa sin avisar a nadie. Dejé un incendio atrás, pero no me importa; Serena está por encima de todo.

—Habla.

—¿Dónde carajo estás? —me suelta—. Aquí se armó un infierno.

—Secuestraron a Serena.

—¿Qué dijiste? —pregunta, más bajo.

—Los rusos secuestraron a Serena. Estoy con Caruso en el coche; vamos camino a su casa.

Miro a Marco desde el asiento trasero mientras hablo por el celular con mi hermano. Caruso tiene la mirada perdida en la carretera.

—Quiero que tú y Stefano salgan para allá también.

—¡No! ¡No pienso ir a ningún lado con ese hijo de puta!

Respiro hondo, me paso la mano por la cara y cierro el puño.

—No es momento para idioteces, Salvatore. Los necesito a los dos, ahora.

—Santiago… —dice con calma—. Cuando subí al cuarto de mamá, ese cabrón estaba sobre ella. Así que no me pidas que me suba a un coche con él.

Cierro los ojos, siento el peso de lo que dice, pero no me sorprende.

—Escúchame bien… quiero que me respondas con la verdad. No quiero que se te nuble la vista solo porque es nuestra madre —gruño al celular.

—¿Qué cosa?

—Dímelo claro. ¿Stefano la estaba forcejeando o no?

Salvatore se queda en silencio.

—Habla.

—No —responde al fin, con la voz áspera—. Ella… no parecía obligada.

—Lo imaginaba.

—Entonces lo sabías…

—Lo sospechaba —digo—. Pero ahora no importa. En este momento solo hay una cosa que me interesa.

—Serena —dice él.

—Exacto… Ahora ve a la casa de los Caruso. Si no quieres ir con Stefano, no lo hagas. Pero te necesito ahí.

—Voy para allá—me responde Salvatore, sin discutir.

Llegamos a la casa y los hombres de Marco están repartidos por el jardín, vigilan cada rincón. La casa está blindada, pero ahora es solo una carcasa vacía, lo que de verdad importaba ya no está.

—Enzo. Antony —dice—. Esperen afuera… tengo que hablar con Santiago.

Antony frunce el ceño.

—¿Ahora?

—Ahora —repite Marco.

Enzo no discute. Le hace una seña a su hijo para que lo siga. Antes de salir, Antony me lanza una mirada rápida. Si ese cabrón hubiera sabido defenderla, si hubiera tenido los huevos para hacer lo correcto, nada de esto estaría pasando.

Caruso camina hasta el ventanal. Me da la espalda durante unos minutos, como si necesitara ordenar las ideas antes de hablar.

—Sabes, Santiago—dice al fin, sin mirarme—. Nunca en mi vida había sentido miedo. Hasta hoy.

A veces los hombres mezclan el miedo con perder el control, y ahí es donde se joden. Para dominarlo, tienes que enfriar la cabeza y el corazón. No es fácil, casi nadie puede, pero cuando lo consigues nada te destruye. El miedo desaparece y vuelves a tener el mando.

—Tengo miedo de perder a mi hija —dice con la voz hecha pedazos—. Cuando mis bisabuelos llegaron a esta tierra no tenían ni un centavo, y ladrillo a ladrillo levantaron un imperio. Un imperio manchado de sangre, muerte y mentiras.

Aprieta los dedos contra el vidrio.

—¿Y para qué? —continúa—. ¿Para terminar así? ¿Para qué secuestren a mi hija y me hagan vivir esta agonía?

Se gira y me mira de frente.

—Dime tú, Santiago. ¿De qué carajo sirve un imperio si no puedes cerrar los ojos sin pensar que mañana pueden arrancarte a uno de los tuyos?

Sostengo su mirada, pero me quedo en silencio. Caruso necesita soltar el peso que lleva dentro.

—Tú aún eres joven —dice—. Tu padre te crió de una forma estricta. Incluso llegamos a discutir una vez porque me metí a opinar en cómo te estaba formando.

—Marco, yo …

—No digas nada —me corta—. Déjame terminar.

Aprieta la mandíbula y respira profundo.

—Estoy cansado. Cansado de estas guerras. Cansado de enterrar gente, y no pienso permitir que mi hija se convierta en otra víctima de este mundo.

Camina hasta el escritorio. Abre un cajón y saca una agenda vieja. Arranca una hoja y anota un número.

—Quiero pedirte algo —dice, volviendo hacia mí.

Tiene el rostro pálido y las pupilas dilatadas.

—Si a mí me pasa algo quiero que te lleves a Serena muy lejos de aquí. Te doy mi consentimiento para que desaparezcas con ella. Para que la saques de toda esta mierda.

Tiende el brazo y me da la hoja con el número.

—Este es el contacto de mi primo. Vive en Roma. Él podrá ayudarlos.

Levanta la vista, esperando mi respuesta. No todos los hombres son capaces de entregar lo más sagrado que tienen.

—¿Puedo confiar en ti, Santiago Santoro? —dice, tendiéndome la mano.

No quiero huir de mis guerras. No quiero abandonar lo que es mío. Quiero defender mi imperio, mis códigos, el nombre de mi padre. Quiero encontrar al hijo de puta que lo mató y hacerlo pagar. Pero por Serena Caruso, por ella sería capaz de renunciar a todo, incluso a mi apellido.

Aprieto su mano.

—Tienes mi palabra, Caruso. Puedes confiar en mí.

Capítulo 35

Serena

Hace unas horas cuando la puerta se abrió, entró uno de ellos, estaba muy borracho. Traía la capucha medio caída y una botella en la mano. El cabrón la tiro contra la pared con fuerza; parecía que quería intimidarme, pero no le di ese placer. Creo que eso lo enfadó todavía más, porque terminó lanzándose encima de mí. Intentó abrirme las piernas, me dio un asco tremendo, pero no dejé que pasara nada.

Le metí un cabezazo con todas mis fuerzas. El golpe fue tan fuerte que me dejó medio mareada. Sentí una gota de sangre bajándome por la nariz, pero me dio igual; al menos conseguí que el hijo de puta terminara en el suelo, retorciéndose del dolor. Él también acabó con la frente abierta.

En ese momento no me sentí valiente, me sentí desesperada. Y a veces la desesperación es lo único que te empuja a sobrevivir. Pero es una sensación que no quiero volver a vivir nunca más.

Por culpa del alboroto, a los pocos minutos entró otro de ellos. Me gritó algo que ni entendí, pero se le notaba que estaba furioso. Me plantó una bofetada que me dejó aturdida y con la mandíbula entumecida. Luego agarró al otro y se lo llevó arrastrándolo por el suelo. Cerraron la puerta y aquí estoy, sola otra vez, con un hilo de sangre que todavía me baja por la frente y tratando de controlar el temblor de mis manos.

No sé exactamente cuántas horas han pasado, deben ser muchas. El sol ya no entra igual por la ventanita. Antes daba directo en el colchón, ahora solo ilumina una esquina del suelo.

Me siento débil. No me han traído nada más de comer ni de beber. Estoy cansada y con dolor de cabeza, pero sigo viva, y eso es lo único que me repito una y otra vez. Todavía no me han ganado. No sé qué va a pasar después. No sé si alguien va a venir. No sé si voy a salir de aquí caminando o no. Pero no pienso rendirme.

Santiago

El reloj de emergencias de Serena. Eso fue lo que los jodió. Su celular lo hicieron desaparecer rápido, como era de esperar. Pero el reloj que le regalo Caruso por su cumpleaños sigue emitiendo señal.

Uno de los contactos de Marco dentro de la policía logró seguir la frecuencia. Tuvimos que mover muchos hilos y cobrar varios favores; esos hijos de puta de la comisaría están tan podridos como el federal que maté. Pero al menos los cabrones sirvieron para algo. Montaron sus equipos en la casa de Caruso. Varias pantallas, servidores portátiles y un localizador de largo alcance que fija un punto exacto con la ubicación de Serena. Parece que los rusos no se han movido en horas.

El marcador la sitúa en un búnker abandonado cerca de Westtown. En esa zona no hay mucha gente, es puro campo, rodeado de árboles y colinas. La frecuencia dice que está a setenta millas de donde estamos.

Vamos en tres autos blindados, tres Cadillac Escalade. Bestias militares que Caruso guarda para cuando las cosas se ponen serias. Marco va adelante con sus hombres. Los Messina se quedaron en la casa, coordinando la operación con el poli que sigue la señal. No podemos permitir que la frecuencia se pierda ahora. Antony quiso venir, pero no lo dejé, lo obligué a quedarse con su padre. No lo quiero cerca, no tiene huevos para esto y solo estorbaría. Yo voy en la última camioneta, no me gusta tener a nadie respirándome en la nuca.

Salvatore conduce y Stefano va en el asiento de atrás, revisando los cargadores, asegurándose de que todo esté listo. Todavía no le he dicho nada sobre lo de mi madre. Aún no es el momento. Hablaré con él después de que nos encarguemos de los rusos. Por ahora lo necesito a él y a mi hermano con la mente fría.

Todos nuestros hombres van armados hasta los dientes. Hoy no vamos a improvisar. El puerto no se entrega y Serena se recupera.

A medida que avanzamos hay menos tráfico. Ya va quedando menos para llegar a Westtown .

La camioneta de Marco acelera y su voz se escucha por la radio

—La señal sigue activa.

Serena

Algo ha cambiado, lo sé. Desde que estoy aquí encerrada solo he oído y visto a los mismos tres hombres, pero ahora escucho otras voces. No sé cuántos son, pero definitivamente son más que tres. Se nota en el ruido; por el tono en que se hablan, entiendo que uno de ellos está dando órdenes. Uno de los nuevos, porque esa voz no la había escuchado antes. Hay tensión entre ellos. Algo no va como esperaban.

Escucho un grito fuerte y luego un golpe contra metal. El sonido hace eco y cierro los ojos por reflejo. No entiendo ni una sola palabra de lo que dicen, y eso lo hace peor. No saber qué está pasando me encoge el estómago.

Me acerco despacio a la puerta; las piernas me tiemblan. Apoyo el oído contra el metal frío, contengo la respiración e intento escuchar alguna palabra suelta, algo que pueda descifrar, pero como siempre, es en vano.

Ha pasado un buen rato desde que empezó todo esto y nadie ha entrado.

Un momento. Acabo de oír mi apellido.

Me quedo completamente quieta. El corazón me da un golpe en el pecho. *¿Están hablando de mí… o de mi padre?*

Lo vuelven a repetir. Esta vez lo escucho claro. La garganta se me seca al instante y, de pronto, oigo otra cosa. Un sonido distinto. Un motor acercándose. Es un coche.

El pulso se me acelera.

¿Es papá?¿O quizás Santiago?

Me pego aún más a la puerta, como si quisiera atravesarla con el cuerpo.

Clac.

La puerta se abre de golpe y pierdo el equilibrio, caigo al suelo y levanto la vista de inmediato.

Hay un hombre que no había visto en mi vida. Es alto, de piel clara, con unos ojos azules enormes y fríos. El pelo lo tiene rubio, casi blanco, rapado, y el cuello lleno de tatuajes. Me mira con rabia, como si yo fuera el problema, como si le debiera algo.

—Ahora entra, estúpida perra —escupe.

Me agarra del brazo y me levanta sin esfuerzo, como si no pesara nada. Me carga y me deja caer sobre el colchón con brusquedad.

—Te quedas aquí —continúa—. Y si hablas o gritas, yo mismo entro y acabo contigo.

Tira la puerta y se va.

Me quedo inmóvil, con todo el cuerpo tenso. Ese tipo sí que me dio miedo. *Seguro que es el jefe.*

A pesar del acento extranjero, habla perfecto. Y si no me equivoco y realmente es quien creo, entonces solo significa una cosa. Tienen problemas.

Santiago

La señal del reloj nos saca de las carreteras. El asfalto quedó atrás hace rato; ahora solo hay tierra húmeda y bosque. Las camionetas son demasiado grandes para seguir metiéndose. Caruso detiene la suya y se baja. Ordeno a Salvatore que apague el motor. Me bajo del coche y camino hacia Marco. Le hago una seña a mis hombres para que me sigan.

—La señal está fija —dice Enzo desde la radio—. A unos cien metros. Dirección noreste.

Marco se coloca al frente. Cinco de sus tipos le cubren la espalda.

—Avanzamos a pie —ordeno—. En formación abierta. Nadie se separa más de cinco metros.

Caminamos entre los árboles. Hay demasiado silencio, no se escucha ni un pájaro. Eso nunca es buena señal.

Salvatore camina detrás de mí. Stefano va un paso más atrás, si algo sabe hacer ese hijo de puta, es cubrir la retaguardia.

—Están a veinticinco metros de la señal. Vayan con calma —dice Messina.

Seguimos avanzado, y entonces lo vemos.

—Ahí está el búnker —susurra Caruso mientras rastrilla la corredera de su pistola.

El lugar debió ser un buen escondite durante la guerra. El concreto gris de las paredes está agrietado y la entrada de hierro oxidada. No hay movimiento, ninguno, y esa calma no me gusta.

—Alto —ordeno.

Todos se quedan quietos.

Un segundo después, *PUM.*

Una bala atraviesa la frente de uno de los hombres de Caruso. Cae hacia atrás sin siquiera entender qué pasó, muerto antes de tocar el suelo.

—¡Francotirador! —grito—. ¡A cubierto!

Todos se lanzan detrás de árboles, rocas y troncos caídos. Marco cae al suelo y me tiro arriba de él para protegerlo. El aire se llena de astillas y polvo.

—¡Localicen la posición! —rujo mientras lo arrastro hacia una raíz gruesa que nos da algo de cobertura.

Otra bala impacta a otro de los nuestros y, de pronto, BOOM.

Uno de mis hombres pisa una mina.

La tierra vuela por todos lados y la explosión lo lanza en pedazos.

—¡Mina terrestre! —grita Salvatore—. ¡No avancen, carajo!

Los disparos vienen de todas partes, pero no vemos a nadie, solo escuchamos el silbido de las balas clavándose contra los troncos.

—Nos están rodeando —dice Stefano—. Desde arriba.

—Lo sé —respondo.

Me pego a un árbol, tratando de cubrirme. Caruso se pone de pie y empieza a disparar como un loco.

—¡Fuego controlado! —ordeno—. ¡No disparen a ciegas!

Agarro a Marco del brazo y lo lanzo con fuerza detrás de mí.

Stefano saca la cabeza entre dos ramas.

—Veo uno —dice—. En el árbol grande. A la izquierda.

—¡Es tuyo!

BAM.

El disparo de Stefano sale limpio, como siempre. El francotirador cae del árbol; su rifle rebota contra la tierra y él cae detrás.

—Uno menos —dice Stefano.

Los rusos ya sabían que veníamos, esto estaba preparado.

—Marco, quédate aquí —digo mientras me volteo, pero Caruso ya no está detrás de mí.

Lo busco con la mirada. El cabrón está corriendo con sus hombres hacia el búnker.

—Marco —digo por la radio—. No avances. Esto es una trampa.

—Mi hija está ahí —responde él—. No pienso retroceder…

—Entonces sigue mis órdenes —le corto—. Si te mueves solo, nos matan a todos.

La radio se queda en silencio un momento.

—Habla —dice al fin.

—Salvatore, Stefano, cubran la retaguardia. Messina, mantén la señal abierta pase lo que pase. Si esos hijos de puta se mueven, tengo que saberlo.

Los disparos no paran. Estamos en un maldito campo de guerra.

Serena

El sonido de los tiros atraviesa las paredes del búnker y me hace encoger el cuerpo por puro reflejo.

¿Qué demonios está pasando allá afuera?

La puerta se abre de golpe y entra el mismo tipo de antes, el que creo que es el jefe. Lleva una pistola en la mano.

—Muévete —gruñe, agarrándome del brazo con fuerza.

—¡Ayuda, ayuda! —grito con todo el aire que tengo en los pulmones.

—¡Cállate, zorra!

El hijo de puta me suelta una bofetada que me tira al suelo. Me vuelve a agarrar del brazo y me empuja hacia una salida trasera.

Parpadeo, aturdida, y la claridad del día me ciega. Hay hombres armados corriendo por todos lados. Todo está pasando demasiado rápido; nunca pensé vivir algo así, tengo mucho miedo. Casi siento que era mejor quedarme en ese agujero donde me tenían encerrada, junto al colchón manchado de orina seca.

La tierra está hecha fango y estoy descalza, las ampollas me queman cada vez que doy un paso. El hombre de los tatuajes en el cuello me lleva agarrada del brazo y me arrastra para que no deje de correr. De pronto, resbalo en el barro y caigo de rodillas.

—No puedo más —murmuro, levantando la mirada, buscando un poco de piedad—. Por favor, déjeme ir.

—¡Levántate! —ruge, tirando de mí otra vez.

Me alza de un jalón y un latigazo me atraviesa desde el hombro hasta los dedos de la mano. La cervical me cruje y la vista se me nubla; me dejo caer desplomada en el suelo. No doy más, pero a pesar de eso puedo verlo. Ahí está él. Ahí está Santiago.

Tiene la mandíbula dura mientras aprieta el gatillo. Se mueve como un tigre cazando a su presa. Se pone de pie para disparar y, de pronto, gira la cabeza; sus ojos chocan con los míos. Es solo un segundo, un puto segundo entre todo este desastre, pero me basta para sentirme viva de nuevo.

—¡Muévete!

El tipo me sigue arrastrando por la tierra mojada, las ramas me pegan en la cara y las piernas me arden por las heridas; me lleva

como si fuera un peso muerto, pero igual sigo mirando atrás, hasta que al final los árboles lo cubren por completo y ya no puedo verlo.

Santiago

La veo, es ella, es Serena. El impulso es correr, salir disparado, atravesar todo este infierno y romperle el cuello al hijo de puta que la lleva a rastras. Pero no estoy solo, y esto no es una maldita película. Si me matan aquí, no voy a poder salvarla, pero si no me muevo, también la pierdo.

Tengo que llegar a ella antes de que sea demasiado tarde.

Voy avanzando poco a poco, abriéndome paso entre las balas. Veo a Serena perderse entre los árboles.

—Vi a Serena —digo por la radio—. Cúbranme, voy tras ella.

Marco también la vio, me doy cuenta por la forma en que se mueve, con el impulso bruto de un padre que ve a su hija en peligro.

Aprieto los dientes.

No puedo dejar que nada le pase a Caruso.

—¡Marco, no des un paso más! —le digo, gritándole por el radio —. ¡Voy yo!

Caruso me mira y deja caer la radio. Tiene la mirada rabiosa y las venas de su cuello parecen estar a punto de reventar.

—No —vocifera—. Es mi hija. Voy yo por ella.

Otra bala le da a uno de los nuestros, Stefano responde con fuego. Salvatore cubre el lado derecho sin dejar de disparar. Todo está pasando al mismo tiempo.

—Marco, no seas imbécil —gruño acercándome entre los disparos —. Si caes tú, todo se va al carajo.

Él no me mira, está ido. Sus ojos están fijos en la dirección por donde se llevan a Serena.

—Si hoy muero —dice—, muero yendo por mi hija.

Caruso encaja el cargador en su Glock y se lanza a correr entre los árboles.

—¡¡¡Marco no!!!

Aprieto la mandíbula, la rabia me sube a la cabeza. Entiendo que lo hace por su hija, pero la locura de lanzarse solo y sin una estrategia no es un movimiento limpio. Eso es pura emoción, y las emociones a veces matan.

Miro alrededor, el fuego de los rusos no afloja. Siguen llegando balas desde todas partes.

Pero no puedo permitir que Caruso vaya solo.

—¡Salvatore … toma el mando aquí!

Él asiente con la cabeza.

—¡Ve tras Marco, hermano! Yo me encargo de estos hijos de puta —responde Salvatore sin dejar de disparar.

—¡Stefano! —añado—. ¡Cuida de Salvatore. Y limpien este puto lugar!

Rastrillo la corredera de mi pistola.

—No quiero ni un solo ruso vivo cuando termine esto —gruño—. Ni uno.

Me meto entre los árboles siguiendo cualquier rastro que me lleve hasta ella. No pienso detenerme hasta recuperarla.

Serena

No sé cuánto llevamos corriendo, pero lo que sí sé es que las ampollas de mis pies no han dejado de latirme. El flato me está matando en el abdomen y solo avanzo porque el tipo tatuado tira de mí.

Tengo la vista borrosa, quizá es por culpa de las pocas horas de sueño, combinadas con el estrés, la sed, el hambre y los nervios. Un maldito cóctel de saturación que me va a hacer colapsar en cualquier momento. Solo espero que Santiago llegue antes de que eso pase.

De pronto, aflojamos la velocidad. Ya no corremos, ahora solo caminamos rápido. Oigo un motor encendido a pocos metros, avanzamos unos pasos más y, al final de los árboles, veo un jeep verde todoterreno, estilo militar.

—Es toda suya, jefe —dice el de los tatuajes, dándome un jalón que me tira al suelo.

Estuve equivocada todo este tiempo.

Resulta que el tipo de los tatuajes en el cuello no es el jefe. Del todoterreno baja otro hombre, con un puro en la mano. Es muy alto, tiene los ojos pequeños y una cicatriz que le cruza el ojo derecho y le termina en la mandíbula.

—Así que tú eres la pieza de cambio —dice, mirándome como si fuera un objeto.

—¿De qué estás hablando? Yo no sé nada —susurro, intentando ponerme de pie.

—Eres la hija de Marco Caruso —dice el tipo mientras se lleva el puro a la boca—. Permíteme presentarme. Soy Alexei Ivanov. Y todos los hombres que has visto últimamente responden a mis intereses.

—¿Y ahora mismo tu interés soy yo? —pregunto, sintiendo cómo las manos me tiemblan aunque intento esconderlo.

Él asiente. Aspira del puro y camina hasta quedar completamente frente a mí, tan cerca que el olor a tabaco me hace toser.

—Eres una chica inteligente —dice—. Más que tu padre, desde luego. A él le ofrecí un trato simple. El puerto por ti. Y mírate, sí estás aquí ahora, conmigo, es porque decidió rechazar la oferta.

—Eres un hijo de puta —susurro, escupiéndole la cara.

Ivanov se ríe mientras se pasa la mano por el rostro para limpiarse.

—Pues mira quién llegó —dice, clavando la mirada en algo detrás de mí—. Parece que tenemos reunión familiar.

Me giro, y lo veo. Es papá. Mi padre está aquí.

Nunca en mi vida había estado más feliz de verlo.

—Ven acá, no te vas a mover de aquí —dice el tipo de los tatuajes mientras me agarra por detrás del cuello con fuerza y apoya la hoja de un cuchillo en mi garganta.

Mi padre viene corriendo hacia nosotros con la pistola en la mano. Se detiene a unos pocos metros.

—¡Deja ir a mi hija! —gruñe papá mientras le apunta a Ivanov.

—Como ya ves, Caruso —dice él—, esto es lo que pasa cuando alguien no acepta mis tratos.

—¡Suéltala! —ruge mi padre.

Ivanov le hace una seña al tipo que me tiene agarrada, y el cabrón acerca el cuchillo un poco más. Noto cómo la hoja se mueve, pero sin llegar a cortarme.

—Suelta a mi hija, por favor—dice mi padre ,bajando la pistola— Te daré lo que quieras. El puerto, mis cuentas de banco, todo.

Ivanov ríe como si le estuvieran contando un chiste.

—¿Y por qué pedirlo… —da un paso hacia adelante— cuando puedo tomarlo sin pedir permiso?

Levanta la mano de nuevo y el tipo detrás de mí vuelve a mover el cuchillo. Esta vez sí me corta un poco la carne, y una gota de sangre se desliza por mi pecho, el ardor hace que me tense y me quede quieta del miedo.

—¡NO! —ruge mi padre, con una desesperación que nunca le había escuchado—. Déjala en paz. ¡Tómame a mí!

Ivanov alza las cejas.

—Los tomaremos a los dos.

Papá levanta la pistola, es rápido. Pero Ivanov ya tiene la mano en la suya. El disparo sale antes de que mi padre pueda siquiera enderezar el brazo, y el impacto de la bala le atraviesa el pecho.

—¡PAPÁ!

Si tuviera que explicar cómo se fractura un alma, diría que no existen palabras para describirlo, pero lo más cercano es algo parecido a un crujido silencioso, algo que nadie más oye, pero que te atraviesa entera. Es un desgarro que no hace ruido afuera, solo adentro, y esos suelen ser los peores. De pronto todo se apaga, como si alguien hubiera soplado la última vela que me quedaba. El mundo se vuelve negro, sin luz, sin futuro, sin nada que me

sostenga. Y yo me quedo suspendida en este vacío, colgando de un hilo, intentando recordar cómo se respiraba antes de que todo se rompiera.

De repente suena otro disparo. El hombre que me tiene agarrada se desploma encima de mí y su peso me aplasta. Su cabeza cae sobre mi hombro; tiene un agujero enorme en la frente. Intento quitármelo de arriba, pero el tipo es enorme. Me falta el aire, y el olor a sangre me está revolviendo el estómago.

—¡Serena!

Levanto la mirada como puedo, guiada por su voz. Es Santiago.

—Aquí estoy —digo, sin fuerzas.

A duras penas logro girarme lo suficiente para verlo. Santiago viene corriendo hacia mí, pero Ivanov se le tira encima y los dos caen al suelo, forcejeando.

Ivanov es una maldita bestia. Santiago le suelta un golpe tras otro, pero a él no parece afectarle nada. Los dos están rodando por la tierra, dándose puñetazos sin parar. Santiago termina encima de él, tratando de mantenerlo abajo.

Ivanov intenta agarrar el cuchillo que se le cayó al tipo muerto que tengo encima. Yo también estiro la mano para alcanzarlo, pero no llego. Él se lanza como un maldito animal y lo agarra antes que yo. En un movimiento rapidísimo, manda a Santiago al suelo.

—¡NO! —grito con todas mis fuerzas. Santiago ha perdido el control e Ivanov está encima de él, intentando clavarle el cuchillo.

La hoja roza su mejilla. Santiago lo bloquea con el brazo, pero Ivanov se le echa encima con todo su peso, usando ambas manos para hundírselo en el pecho.

Me sigo moviendo, intentando salir. Giro la cabeza y, junto a mi padre, veo su arma tirada en la tierra Me arrastro con todo lo que me queda, usando las piernas para impulsarme. No siento media parte del cuerpo, pero eso no va a detenerme. Por fin logro salir y me lanzo hacia la pistola. La agarro y el brazo se me va hacia abajo; el arma pesa muchísimo, más de lo que imaginaba.

Apoyo una mano en el pecho de mi padre. Su camisa está empapada en sangre.

—Hazlo, hija… hazlo —balbucea, mirándome con los ojos llenos de lágrimas.

Le aferro la mano con fuerza, y con la otra apunto.

—¡Esto es por mi padre, maldito hijo de puta!

Ivanov gira la cabeza hacia mí. Y eso es lo último que hace.

Aprieto el gatillo y el balazo le atraviesa el cráneo. Su cuerpo queda inmóvil encima de Santiago. Con la sangre corriéndole por la cara, sigue mirándome fijo, hasta que suelta el cuchillo y se desploma hacia un costado.

Santiago queda libre, se pone de pie y viene corriendo hacia mí.

La mano me tiembla y la pistola se me resbala. Me quedo mirando mis dedos, los mismos que apretaron el gatillo y terminaron con la vida de Alexei Ivanov.

—Hija mía —susurra mi padre.

La mirada me baja hacia él. Su pecho sube y baja con dificultad. La camisa que lleva dejó de ser blanca hace rato, ahora está completamente roja.

—Papá… —susurro—. Papá, por favor…

Sus ojos casi cerrados y llenos de lágrimas me buscan.

—Perdóname, hija.

—No, papá… por favor… —pongo mis manos sobre su herida; su sangre correr entre mis dedos—. Vamos a salir de esto, te lo juro. Te vas a poner bien.

Él me acaricia la cabeza, y ese gesto me destroza, porque es lo mismo que hacía cuando yo era niña y corría a su cuarto porque me moría de miedo a la oscuridad.

—Serena, perdóname —murmura—. Nunca quise que terminaras en algo así. Nunca quise arrastrarte a este infierno.

—Papá, no… —me tiemblan los labios—. No tienes que pedir perdón. Eres mi papá. Tú… tú siempre…

Su rostro está pálido, y el pecho ya no sube igual.

—Papá, papá… por favor, no te vayas… papá…

Sus dedos, los que aún sostienen mi mano, se aflojan.

—Te amo —susurra— hija mía…

La mano que acariciaba mi cabeza se resbala por mi mejilla y cae al suelo. Su mirada se queda fija en mí, y su pecho deja de moverse.

—Papá… papá…

Lo abrazo con todas mis fuerzas, mientras mi mundo se apaga, y yo me apago con él.

Capítulo 36

Serena

—Estamos aquí reunidos para despedir a nuestro hermano, Marco Caruso. Un padre, un hijo, un esposo y un amigo…

Ya escuché estas mismas palabras hace menos de un mes, cuando enterramos a mi padrino, y todavía me cuesta entender por qué la vida me arrancó a dos hombres que fueron mi ancla y mi refugio, dos figuras que siempre creí intocables. Me cuesta asimilarlo, no tengo espacio en el pecho para meter tanto dolor.

Y luego, como si el destino hubiera decidido aplastarme del todo, llegó lo de Emily. Me enteré por sus padres, que me llamaron a la casa agrediéndome, diciéndome que era una asesina. Su madre gritaba desesperada por teléfono y yo me quedé paralizada escuchándolos, sintiendo cómo la cabeza me daba vueltas y cómo todo se me venía encima. Fue tan intenso que terminé en el hospital, y los médicos tuvieron que inyectarme calmantes porque no podía dejar de temblar ni de llorar.

Todo sucedió por mi culpa.

Miro a mi alrededor y, la verdad, hay mucha gente. Gente que no conozco y que tampoco me interesa conocer. Hoy entierro a mi padre y eso es lo único que importa. Lo estamos enterrando junto a mamá, para que los dos queden juntos. Él siempre decía que algún día quería descansar a su lado…

pero no así, no tan pronto, no de esta forma.

Veo el ramo de rosas rojas que él traía todos los domingos para ella. Las dejó hace apenas una semana y siguen ahí, frescas todavía.

Una lágrima me corre por la mejilla.

En casa tenemos un arbusto lleno. Él las cuidaba como si fueran un tesoro, nadie podía tocarlas excepto él. A veces se levantaba antes del amanecer para regarlas, para quitarles las hojas marchitas,

para protegerlas del frío. Decía que esas rosas eran como mamá: hermosas, fuertes y delicadas al mismo tiempo. Yo lo miraba desde la ventana y juraría que las flores le respondían, como si supieran quién era.

Ahora esas plantas estarán ahí, creciendo sin él. Seguro que ellas también lo extrañarán.

—El camino de Cristo que lleva al cielo…

Levanto la vista. Me había perdido en las flores. El cura sigue hablando.

Camino, cielo, perdón. Ojalá Cristo lo perdone. Ojalá lo reciba en el reino del Señor. Mi padre cometió errores, muchos, pero siempre fue un hombre de fe. Iba a la iglesia sin que nadie lo obligara. Se confesaba cada mes. Una vez lo vi de rodillas frente al rosario de mamá, rezando sin parar. Lo observé casi diez minutos sin que él se diera cuenta. Y cuando me fui, él seguía ahí, murmurando un Padre Nuestro tras otro. Yo sé que no era santo, pero también sé que intentaba ser un hombre mejor.

—No te dejaré sola —susurra Santiago mientras me rodea con el brazo.

Su calor me envuelve. Está aquí. Siempre ha estado, incluso cuando yo creía que no. Y justo por eso me siento tan culpable. Si no hubiera intentado provocarlo con Antony, si no hubiera hecho esa estupidez, quizá mi padre seguiría vivo.

Los Messina también están cerca. Enzo tiene la cara pálida, llevara horas aguantándose las lágrimas. Antony está a su lado, no sé si está triste o si solo actúa bien. Esta mañana me abrazó fuerte y me dio el pésame; me dijo que podía contar con él para lo que fuera.

Mi mirada vuelve al ataúd. A esa maldita caja de madera con papá adentro. Dicen que el duelo tiene varias etapas, pero yo pasé de la negación a la depresión en un abrir y cerrar de ojos. Los recuerdos me están cayendo encima, uno tras otro, y recién ahora entiendo que no existe ni un solo momento a su lado que no me duela.

Cuando era niña, él me enseñó a montar bicicleta. Me sostenía por el asiento, corriendo detrás de mí por todo el jardín, y cuando por fin me soltó terminé estrellándome contra un arbusto. Él se rió tanto que hasta cayó al suelo. Luego me levantó, me sacó las hojas del pelo y me dijo que no llorara, que aprender a caer era parte de crecer. Y solo ahora lo entiendo.

Me enseñó a nadar en la playa. Yo le tenía un miedo terrible al agua. Papá me subía a sus hombros y decía que desde arriba todo se veía distinto. Que si alguna vez me sentía pequeña, tenía que buscar siempre un lugar más alto.

Me enseñó a reconocer el olor de la lluvia antes de que cayera. Me enseñó a distinguir mentiras en los ojos de la gente. Me enseñó a no doblarme ante nadie, ni siquiera ante él. Y ahora estoy aquí, sin él, y sin entender cómo se supone que debo seguir.

Santiago aprieta un poco más mis hombros. No me dice nada, solo me sostiene con fuerza. Su silencio es lo que más me reconforta. El cura sigue hablando, pero yo ya no lo escucho. Solo veo la tierra. La tierra que va a tragarse a mi padre. La tierra que no lo merece. Y yo, yo no sé cómo se supone que se hace esto. No sé cómo se entierra a un hombre que lo fue todo para mí. No sé cómo seguir adelante sin él.

Cierro los ojos un momento. Quisiera volver atrás. A ese día. Quisiera abrazarlo antes de irme de casa aquella tarde. Quisiera decirle que no valía la pena arriesgarse por mí, que lo único que quería era que viviera. Pero ya no hay vuelta atrás eso duele más que cualquier cosa.

María está también a mi lado, me sostiene la mano desde que llegamos, y con la otra se aferra a su rosario.

Echan las últimas paladas de tierra. El cura hace sonar la campanita por última vez. Santiago me sostiene para que no me derrumbe, y María me aprieta la mano. Este es el momento en el que lo pierdo para siempre, el momento en que el ataúd ya no se ve.

—Lo siento mucho, Serena.

—Tu padre era un gran hombre.

—Lamentamos tu pérdida.

—Estamos contigo, hija.

Asiento, porque no puedo hablar, porque las palabras no me salen, y aun si me salieran, no sabría qué decir.

Una señora mayor, que no sé quién es, me agarra la cara entre las manos y me besa la frente. Huele a perfume fuerte y a cigarrillo.

—Tu padre te adoraba —dice—. Nunca lo olvides.

Uno por uno, se acercan los que fueron socios de mi padre. Hombres que lo respetaban. Hombres que ahora tienen los ojos rojos y la expresión afligida. Algunos me abrazan, otros solo inclinan la cabeza.

Santiago y María se mantienen a mi lado hasta el final, hasta que las horas pasan y ya no queda nadie más.



Nos vamos caminando hacia los autos. Los hombres de mi padre me siguen. Ellos también sienten la pérdida, puedo notarlo en sus miradas. Santiago me abre la puerta del coche y también la de atrás para que María entre. La lluvia comienza a caer, igual que aquel día, en el entierro de mi padrino. Al parecer, los ángeles lloran también cuando las personas que más quiero van al cielo.

Durante el camino a casa escucho el llanto ahogado de María. Sé que está tratando de mantenerse fuerte para que yo no me derrumbe más de lo que ya estoy. Llegamos a casa y ella entra primero. Conozco su rutina: irá a la cocina a preparar té caliente; siempre lo hace cuando volvemos de enterrar a alguien.

Subo al segundo piso y entro al salón donde papá solía leer, donde escuchaba música los viernes en la tarde. Me siento en su sillón. Santiago se queda mirándome, apoyado en el marco de la puerta.

—¿Quieres que me vaya?

—No. Quédate —murmuro, casi sin voz.

Camina hacia mí y se sienta a mi lado. Pasamos un rato sin decir nada, el silencio es lo único que puedo soportar ahora. Apoyo mi cabeza en su hombro y cierro los ojos.

—Tu padre me pidió algo antes de… —susurra, su voz se detiene un momento— , antes de que todo esto pasara.

—¿Qué cosa? —pregunto, aún con la cabeza apoyada en su hombro.

—Me pidió que te sacara de Nueva York.

Alzo la mirada, confundida.

—Dijo que, si a él le pasaba algo, quería que te llevara lejos. Que te alejara de esta mierda antes de que te lastimara a ti también.

—¿Qué más dijo? —pregunto con la voz baja.

Santiago mete la mano en el bolsillo interior de la cazadora y saca un papel doblado.

—Me dio el contacto de un primo suyo. Vive en Roma… Tu padre me dijo que él podía ayudarnos.

No quiero dejar esta casa, no quiero dejar a María.

—¿Y tú qué quieres hacer? —pregunto.

—Haré lo que tú me pidas.

Mi mundo está en pedazos, pero Santiago está aquí y él es lo único que todavía me mantiene en pie.

—No quiero quedarme sola —susurro.

Él se acerca más y me toma la mano. Sus dedos se entrelazan con los míos.

—No vas a estar sola —dice—. Te lo prometo.

Capítulo 37

Santiago

Dejé a Serena en su habitación. La cargué en brazos y la llevé hasta su cama. Necesita descansar y recuperar fuerzas. El duelo puede ser duro, y a veces el subconsciente busca la forma de engañarnos para hacernos creer que estamos en la etapa final cuando apenas estamos empezando.

El día que me avisaron de la muerte de mi padre, no solté una lágrima, solo sentí rabia. Y esa rabia me ayudó a no cegarme como a los demás; me empujó a buscar respuestas y terminé dando con la verdad. Una verdad que Salvatore todavía no sabe, pero ha llegado el momento de que la escuche. Por eso ahora voy rumbo a casa, para contárselo todo y también para decirle que me iré por un tiempo. Pero antes tengo un asunto pendiente con Stefano.

Le mandé un mensaje y le dije que quería hablar. Me respondió que me esperaría en el Bridge Park, seguramente ya está allí.

Enciendo la moto y arranco. Hoy quiero poner fin a todo lo que me da vueltas en la cabeza. Sé que me estoy largando sin haber terminado lo que me obligó a quedarme en Nueva York. Todavía no sé quién mató a mi padre, pero ahora que los rusos no están la rata que trabajaba con ellos saldrá de su agujero en cualquier momento, y cuando salga la voy a atrapar. Por eso dejaré a Salvatore al mando; tiene que aprender, ahora le toca a él.



Ahí está Stefano, apoyado en la baranda del río. Lo veo a lo lejos, está nervioso; se fuma un cigarro y la mano le tiembla, y hoy no

hace frío, estamos en pleno julio.

—Stefano.

Gira la cabeza.

—Santiago.

El agua está tranquila y la gente aprovecha para salir en kayak. También hay niños corriendo alrededor, jugando y comiendo algodón de azúcar. Stefano no es tonto; sabe que puedo ponerme violento. Por eso eligió este lugar. Sabe perfectamente que no levantaría la mano con tantos críos mirando.

—Ya sabes por qué estamos aquí —digo—. Dame un cigarro.

—Claro…

Saca la cajetilla, la mano aún le tiembla.

—Aquí tienes.

—¿Tienes fuego? —digo con el cigarro entre los labios.

No contesta, solo saca el encendedor y me lo acerca. Le tiembla tanto la mano que no logro encender el maldito cigarro. Le agarro la muñeca y la aprieto para controlar la llama. Lo hago con fuerza y siento cómo se le tensan los tendones.

Su cara lo dice todo. Tiene la expresión de un niño a punto de llorar y ni siquiera intenta ocultarlo.

—Entonces… quiero escucharlo de tu boca —susurro mientras le suelto la muñeca.

—Santiago, yo… no sé qué decir.

—Con todas las mujeres que hay ahí fuera —digo al soltar el humo— y fuiste a fijarte justo en ella.

Él traga saliva.

—Perdóname…

—Yo no tengo nada que perdonarte —respondo—. El perdón tienes que pedírselo a mi padre.

Stefano baja la mirada y se queda en silencio. No le sale ni una palabra. Sabe perfectamente que se metió con la viuda del hombre

que lo acogió como a un hijo cuando no tenía a nadie. Lo sabe. Y le duele.

—Ve a su tumba —digo, dando la última calada—. Ve donde está él y pídele perdón.

Tiro el cigarro al suelo y lo aplasto con la bota.

—Ahora tengo que irme. No sé si nos volvamos a ver. Solo quiero que sepas que, desde hoy, le respondes a Salvatore.

Doy media vuelta y camino hacia la moto, pero me detengo y lo miro otra vez.

—Ah, y por cierto… escogiste un buen lugar para vernos. Has aprendido un par de cosas estos años.

Me voy por fin. Es hora de hablar con mi hermano y entregarle el poder.



Salvatore está fuera, apoyado en la barandilla del porche. Sabe que ya yo estaba llegando. Instinto de hermanos.

—¿Cómo está Serena? —pregunta—. Me dolió mucho que no me dejaras ir. Sé que no la conozco tan bien como tú, pero nuestros padres fueron socios, y nuestras familias aliadas.

—No hubiera servido de nada. Mientras más gente, más dolor. En un entierro no necesitas cien personas repitiendo que lo sienten, cuando la mitad ni sabía quién era y la otra mitad fue por compromiso —digo mientras me quito la cazadora y me dejo caer sobre el sofá—. Siéntate. Tenemos que hablar.

Salvatore obedece sin discutir.

—¿Hablaste con Stefano? —pregunta mientras se acomoda.

—Sí. Pero no es de eso de lo que quiero hablarte.

—Entonces… ¿qué pasa? ¿A qué viene toda esta intriga?

—Me voy.

Parpadea, confundido.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde?

—A Roma.

—Santiago… ¿Qué carajo me estás diciendo? —dice mientras se pone de pie.

—Me lo pidió Marco. Me pidió que alejara a Serena de toda esta mierda.

Salvatore se pasa la mano por la nuca. Está nervioso, y lo entiendo.

—¿Y yo qué se supone que haga? ¿Sin ti?

—Quiero que te encargues de todo.

Sus pupilas se dilatan. No creo que por felicidad, sino por miedo.

—¿Quieres que me quede a cargo de la familia?

—Quiero que tomes el mando —corrijo—. Que tomes decisiones. Que mantengas nuestro apellido en alto. Que no dejes que nadie nos pise mientras yo esté fuera.

Salvatore mira a su alrededor. La sala, las paredes, cada maldito detalle de esta casa. Sabe que no estoy jugando. Sabe que lo que le estoy pidiendo exige más responsabilidad de la que ha tenido en su vida.

—No sé si estoy listo.

—Lo estarás… Confío en ti, más que en nadie. Además, hay algo que quiero contarte. —Hago una pausa—. Siéntate.

Salvatore se sienta de nuevo y le pongo una mano en el hombro.

—Nuestro padre no murió de un infarto. Armando Santoro fue asesinado por uno de los nuestros.

—¿Qué…? —la voz se le quiebra y se le humedecen los ojos.

Su mandíbula tiembla, aprieta los puños, pero no, Salvatore no es como yo. Él es un buen hombre que solo aparenta ser uno malo. Se

pone de pie y se lleva una mano al rostro, apretando los ojos con fuerza, tratando de contener su dolor.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—A veces hay cosas que hay que callar y solo decir cuando llega el momento exacto. No podía decírtelo antes. No podía arriesgarme a que hicieras una tontería. No podía y no puedo perderte —digo poniendo de pie.— Es por eso que tienes que quedarte al mando de esta familia, y tener paciencia. El hijo de puta que lo mató, tarde o temprano sabremos quién fue. ¿Recuerdas lo que decía papá sobre el tiempo?

—El tiempo cura las heridas, y también cobra la cuenta a los traidores —susurra con la mirada baja.

Tiene los ojos rojos, pero no deja que una lágrima caiga.

—Está bien, hermano. Puedes contar conmigo.

Doy un paso hacia él. Salvatore me abraza con fuerza. Este abrazo me recuerda cuando éramos críos y nos peleábamos por cualquier tontería, y papá nos obligaba a reconciliarnos así. Solo que este no es un abrazo de niños; ahora hay mucho más en juego.

Apoyo una mano en su nuca y lo obligo a mirarme.

—No quiero que mamá sepa nada del tema de nuestro padre —le digo—. Ni una palabra, Salvatore.

Él asiente.

—No se lo diré. Pero… ¿cuándo te vas a Roma?

—Esta noche. Antes del amanecer.

Salvatore aprieta los dientes, pero no protesta. Me agarra del brazo con fuerza.

—Cuídate, hermano.

—Tú también —respondo, dándole un beso en la frente—. Ahora iré a ver a nuestra madre. Tengo que hablar con ella.

Está en su habitación; lleva días sin salir. No quiere cruzarse con nadie, menos ahora que sabemos lo que pasó con Stefano. Muy en

el fondo debe de sentir vergüenza por haberse metido en la cama con alguien que prácticamente fue criado por su propio marido.

Toco la puerta, pero no abre. Golpeo otra vez, más fuerte, y sigue sin responder.

—Sé que no quieres ver a nadie —digo, apoyando la frente contra la madera—. Solo quería decirte que esta noche me voy de la ciudad. Y también quería que supieras que hablé con Stefano.

Tarda unos segundos, pero al final abre.

Me mira con los ojos rojos, como si no hubiera dormido en días.

—¿A dónde vas?

—¿Acaso te importa?

—Soy tu madre, claro que me importa.

—Me iré a Roma —respondo—, unos días, unos meses… o años. No lo sé.

—¿Te irás solo?

—Me iré con Serena Caruso. Ella me necesita ahora.

Mi madre asiente. Me doy la vuelta para irme, pero su mano se cierra alrededor de mi brazo.

—Santiago, sé que lo que pasó entre Stefano y yo estuvo mal —susurra—, pero estaba sola. Vacía. Él siempre estuvo ahí, siempre dispuesto a ayudar. Incluso cuando tú no estabas. Incluso cuando tu padre murió, fue el único que no me dejó.

—No te juzgo —murmuro—, pero no puedo darte mi consentimiento. Eres adulta, puedes hacer lo que quieras con tu vida, y él también, pero nunca lo aceptaré.

Mi madre baja la mirada. Después vuelve a levantarla y se acerca. Me sostiene la cara con las dos manos. Sus dedos tiemblan un poco.

—Perdóname por no haber sido la madre que necesitabas —dice con un hilo de voz—. Perdóname por no haberte protegido.

Sus palabras me provocan algo, algo mínimo, casi insignificante. Con ella no tengo ningún recuerdo bonito, nada a lo que pueda

agarrarme, pero aun así es mi madre.

Le tomo las manos y las aparto de mi rostro.

—Cuídate —alcanza a decir.

No le respondo. Me voy sin mirar atrás. Ella se queda ahí delante de la puerta sin moverse, entendiendo demasiado tarde lo que perdió.



Ahora me queda una sola cosa por hacer. Voy camino al cementerio; necesito despedirme de mi padre. Necesito hablar con él a solas. Necesito desahogarme antes de irme a Roma con Serena. La verdad es que no sé cuándo será la próxima vez que pueda venir a visitarlo.

Apago la moto afuera y sigo el camino hasta nuestro panteón familiar. Ahí descansan todos los Santoro que vinieron antes que yo. Mi tatarabuelo Antonino, mi bisabuelo Giuseppe, el nonno Tommy y mi padre. Ahí están todos los que cargaron con el peso de nuestro apellido, y ojalá descansen en paz.

Llego y la puerta del panteón está entreabierta. Me acerco con cuidado y llevo la mano al cinturón, apoyando los dedos sobre la empuñadura de mi Glock. Entro, y me encuentro con Stefano, arrodillado frente a la tumba de mi padre.

—Con que me tomaste la palabra —digo desde la entrada, soltando la pistola.

Stefano gira la cabeza. Tiene los ojos rojos.

—Ah… ¿estás aquí tú también? Ya me iba —susurra mientras se pone de pie y se seca la cara con el dorso de la mano.

Me acerco a él.

—Stefano —digo—, quiero que cuides a Salvatore. No lo dejes solo en ningún momento.

—No te preocupes. Lo haré —responde mientras pasa a mi lado para salir.

—Ah… y otra cosa.

Se gira, y no le doy tiempo a reaccionar. Cierro el puño y se lo estrello directo en la cara. Stefano se tambalea, da un paso atrás y casi cae. La nariz le empieza a sangrar al instante.

—Me lo merecía —murmura, respirando por la boca, con la sangre escurriéndole.

No necesito responderle. Asiento y me vuelvo hacia la tumba de mi padre. Stefano se marcha en silencio y me deja solo.

Me arrodillo frente al mármol y apoyo la mano sobre su nombre. Las flores que trajo mi madre la semana pasada ya están marchitas.

Armando Santoro

"La familia es sagrada"

Padre, aquí estoy. Ya sabes que nunca me gustaron los cementerios. Recuerdo cuando me traías a la tumba del nonno, siempre salía de aquí llorando. Y hoy estoy delante de la tuya… Quiero pedirte perdón por no haber estado a tu altura. Por no haber encontrado al hombre que te asesinó. Perdón porque a veces me siento justo lo que tú temías que yo fuera, un hombre débil… Pero ¿qué puedo hacer, padre? ¿Qué hago cuando el corazón manda? No puedo dejarla sola. Serena es importante para mí, y mi mundo se desmoronaría si algo le pasa. Sé que me enseñaste a ser fuerte. A creer que el amor es una puerta abierta para que te destruyan. Pero esta debilidad me hace sentir humano. Intento ocultarlo, intento negarlo… ¿para qué? Si cada vez que la miro pruebo una sensación única… Serena Caruso me rompió el grillete que llevaba en el alma desde niño. El mismo que tú me pusiste para volverme un arma, y sí, funcionó. Hasta que llegó ella… Esta noche nos iremos a Roma. Todo pasó tan rápido que todavía no lo creo. No sé cuándo volveré. No sé cuánto tiempo estaré allá. Ni siquiera sé si regresaré algún día. Dejé a Salvatore a cargo de la familia. Sé que cuidará nuestro

apellido. Nunca pensé decir esto, pero el pequeño Salvatore será un gran capo di famiglia. Te habrías reído con eso… Ya tengo que irme, padre. Solo quería que supieras que te llevo conmigo. Siempre. Y que jamás voy a dejar de quererte. Ti voglio bene, papà.

Todo lo que tenía que decir ya está dicho. Me pongo de pie y me limpio las manos en los pantalones. Salgo del panteón y sigo mi camino.

Capítulo 38

Serena

María no ha dejado de llorar desde que le dije que me iría a Roma por un tiempo. Está en mi habitación preparando la maleta, no quiso que la hiciera yo. Dice que ella sabe lo que necesito, y probablemente tenga razón. Conoce mis cosas mejor que yo misma.

La voy a extrañar, pero sé que los hombres de mi padre la cuidarán. Y sé también que no la dejo sola. Ella tiene su vida aquí, su gente, su rutina.

Hace un rato hablé con Enzo Messina. Le dije que me iría a Roma; pareció sorprendido al principio, pero no hizo preguntas. Solo asintió, como si estuviera haciendo un esfuerzo por respetar mi espacio. No quise explicarle más, y tampoco tengo la energía para hacerlo.

Los negocios de mi padre seguirán funcionando, aunque él ya no esté, y eso también me duele. Que el mundo siga moviéndose allá afuera como si nada. Que los reportes, los envíos y las reuniones continúen su curso. Mi padre siempre decía que el dinero no se detiene por nadie. Ahora lo entiendo.

Cuando llegue a Roma contactaré a nuestros abogados. Tendré que ver qué hacer con todo. Sé que aún no debería estar pensando en esto, pero es inevitable. Hay decisiones que no puedo esquivar para siempre.

Quizás debería vender la participación de mi padre en Porto & Asociados. Si él quería que yo me alejara de todo esto, tal vez el primer paso sea empezar por ahí. Alejarme de ese maldito puerto.

—Ya está todo listo —susurra María. Tiene la voz apagada.

—Muchas gracias —respondo mientras la abrazo. Me aprieta fuerte, como si no quisiera soltarme—. Solo quiero pedirte un último favor.

—Lo que sea, señorita Serena.

—Quiero que llames a los padres de Emily… —me cuesta seguir hablando—. Si lo hago yo, no me van a contestar. Quiero saber cómo están y… si ya hicieron el funeral.

María baja la mirada y asiente. Sé que lo hará. Sé que lo hará porque entiende lo que siento, porque vio cómo me puse cuando supe la noticia. Para ellos debió haber sido un golpe devastador, pero para mí también. A veces la madre de Emily no quería que su hija se juntara conmigo. No le gustaba mi apellido, no le gustaba mi padre. Pero a Emily nunca le importó nada de eso. Ella estaba a mi lado siempre, incluso cuando no tenía por qué estarlo. Y no pienso desaparecer de la vida de sus padres así sin más. Si hubiera sucedido al revés, Emily no se habría apartado de la vida de los míos. De eso estoy segura.

—Está bien, yo lo haré—dice María, secándose la mejilla con rapidez—. Pero ahora, a relajarse un poco. Una ducha fría. Y después preparo un té de menta bien caliente.

—Eres muy buena, María —digo mientras la abrazo otra vez—. No tienes idea de cuánto te voy a extrañar.



El agua corre por mi espalda, mezclándose con mis lágrimas. Hoy enterré a mi padre, hoy lo dejé bajo tierra, y ahora, apenas unas horas después, estoy preparándome para abandonar esta ciudad. No sé si esta decisión es la correcta, pero fue la suya, y si eso fue lo último que pidió, tengo que respetarlo aunque me duela.

Salgo de la ducha envuelta en una toalla y me siento en el borde de la cama. María dejó mi maleta abierta; todo está perfectamente ordenado. Incluso puso dentro el álbum de fotos de cuando era niña. Hacía muchísimo que no lo veía.

Cuántos recuerdos… Dios mío.

Lo abro desde la primera página. La primera foto es de cuando nací; mi madre me sostiene en brazos. Tiene la cara cansada por el parto, pero también una sonrisa preciosa .En la siguiente estoy en el zoológico, voy en medio de mis padres, ellos me agarran de las manos para que no me caiga porque apenas sabía mantenerme en pie. Tenía diez meses y llevo un gorrito rosado con orejitas que, según mi padre, me encantaba.

Paso la página y aparece una foto en Disney World. Estoy abrazando un peluche enorme de Stitch, con tres años y una cola de caballo mal hecha porque insistí en hacérmela yo sola. Tengo la cara manchada de helado y los ojos brillando; a esa edad, y en Disney, el mundo parece mágico.

Una lágrima cae sobre la foto.

—Ya basta, suficiente por hoy —murmuro, cerrando el álbum.

De pronto, vibra el celular nuevo que Santiago me dio, después de que los rusos hicieran desaparecer el mío.

Camino hasta la cómoda para cogerlo. *Lo sé. Solo puede ser él.* Santiago decidió que, por ahora, solo necesitaba su número.

A las 10 paso por ti. El vuelo sale a las 12.

Los dedos me tiemblan mientras le respondo. Siento que todo esto está sucediendo demasiado rápido.

Está bien. Estaré lista.

Tocan a la puerta.

—Soy yo, señorita Serena.

—Pasa, María. ¿Hablaste con los padres de Emily?

—Sí… —responde, y baja la vista.

—¿Qué pasó?

María respira profundo antes de hablar.

—Me dijeron que…si de verdad le importó tanto la señorita Emily, que no los moleste más. Que la deje descansar en paz.

Hay palabras que lastiman y otras que te arrancan directamente el aire de adentro. Lo que me mandaron a decir los padres de Emily me hace las dos cosas juntas.

María da media vuelta y se va con la cabeza baja, y yo me quedo sola aquí en mi habitación. Me dejo caer hacia atrás, sobre la cama. La única cosa que desearía en estos momentos es desaparecer del mundo por un rato.

—Sere… Sere… despierta.

Abro los ojos con una pesadez que me marea. Lo primero que veo es el techo de mi habitación. Intento levantarme, pero me pesa todo el cuerpo.

—Amiga, aquí estoy.

Esa voz. La reconocería en cualquier vida.

Me incorporo lentamente, hasta que por fin logro sentarme.

Es Emily.

Está sentada a mi lado, envuelta en un vestido blanco que le cubre todo el cuerpo. El tejido se ve tan suave y delicado que casi parece flotar. Su pelo negro cae suelto por los hombros, y sus ojos marrones tienen esa ternura que siempre me calma.

Solo quiero sentirla cerca. Tenerla otra vez, aunque sea un instante.

La abrazo y siento cómo me rodea la espalda, como si también hubiera estado esperando este momento. Siento su calor. Siento que se aferra a mí igual que cuando yo terminaba llorando por una pelea con mi padre o por cualquier drama escolar.

Me suelta y se inclina un poco hacia atrás, sin dejar de mirarme con esa ternura suya.

—Nada de esto fue tu culpa —susurra mientras acaricia mi mejilla —. No tienes por qué cargar con eso. Esos hombres eran malos. Muy malos. Y tú… tú eres buena, amiga mía.

Las lágrimas se me salen sin control, no puedo ni quiero detenerlas. Caen una tras otra mientras sostengo su mano. La

misma mano que tantas veces me agarró para arrastrarme a bailar, para salvarme del ridículo, para defenderme del mundo.

—No quiero que te vayas —murmuro—. Quédate conmigo. Quédate aquí.

Emily sonríe con suavidad.

—Sabes que eso no es posible… —dice—. Pero siempre estaré contigo, aunque no puedas verme. Y ahora más que nunca podré protegerte.

Su sonrisa es tan bonita, tan de ella, que me quedo quieta mirándola, dejando que esa calma suya me llene.

—Tienes que ser fuerte, Serena. Una mujer fuerte y decidida. No permitas que nadie te haga sufrir —sus manos me aprietan con fuerza—. No permitas que nadie te haga daño. Tu padre está orgulloso de ti… los dos lo estamos —susurra, sin dejar de sonreír mientras su voz se aleja y su rostro se desvanece.

De pronto abro los ojos y me da un pinchazo en el pecho. Acabo de tener ese tipo de sueño tan claro, tan real, que solo al final entiendes que no era verdad, y duele un montón cuando despiertas. Ahora solo queda el silencio de mi habitación y el reloj de la mesita de noche marcando que falta media hora para las diez.

Me preparo rápido. Me cambio, me pongo unos *leggings* negros y una sudadera ancha, y bajo corriendo para despedirme de María. Ella no quiere venir al aeropuerto. Las despedidas no le gustan; lo repite una y otra vez mientras intenta no llorar.

Escucho afuera cuando los hombres abren el portón. Santiago ya llegó.

Salgo con María aferrada a mi brazo. Santiago carga mi maleta y la coloca en el maletero de su Chevrolet. Pero no es la única. Traigo otra que estaba en el despacho de mi padre, guardada en su caja de seguridad. Una maleta que él me dijo que solo debía llevarme cuando la necesitara. Y hoy la necesito.

—¿Estás lista?

—Sí.

Me doy la vuelta hacia María. Le doy un beso en la mejilla. Ella me abraza y me besa la frente.

—Que Dios te proteja —susurra con un hilo de voz.

Sus lágrimas caen sin que pueda detenerlas. Me separo de ella con cuidado, porque si no lo hago ahora, no voy a ser capaz.

Subo al coche intentando no pensar demasiado.

—Hagamos una parada antes de ir al aeropuerto —digo—. Tengo que entregar esta maleta.

Santiago asiente sin hacerme demasiadas preguntas. Tomamos un desvío por la 37th Street hasta llegar a la dirección que le doy: la 48th Street. La casa de Emily.

—Estaciónate enfrente—susurro—. Apaga el motor y las luces. No quiero que sepan que estoy aquí.

Me bajo y cruzo la calle. El vecindario está en silencio, solo se escucha, a lo lejos, el ladrido de un perro. Subo los cuatro escalones que llevan a la terraza, intentando no hacer ruido. Hay una luz encendida adentro.

Dejo la maleta en la puerta, toco el timbre y regreso al auto corriendo.

—No arranques todavía —susurro—. Quédate aquí hasta que abran.

No pasan ni diez segundos cuando la mamá de Emily aparece en la entrada. Ve la maleta, mira a su alrededor, la toca por fuera y, al final, se la lleva adentro.

—Arranca, rápido. Tenemos que irnos

Santiago acelera y nos alejamos de la casa. Unas millas después, el aeropuerto ya empieza a aparecer en los carteles de la autopista

—¿Qué había dentro de esa maleta? —pregunta él sin apartar la mirada de la carretera.

—Algo que van a necesitar más ellos que yo… Un millón de dólares en efectivo.

Capítulo 39

Serena

El avión aterriza y el golpe del tren de aterrizaje contra la pista me saca del sueño ligero en el que estaba metida desde hacía unos veinte minutos. Ni siquiera estaba dormida de verdad. Solo había cerrado los ojos para dejar de pensar un rato.

Santiago está a mi lado. En casi diez horas de vuelo habló poquísimo, pero no me molesta. Con tenerlo cerca, estoy bien.

Bajamos las escaleras del avión y caminamos directo hacia los controles aduaneros. Tenemos acceso prioritario por volar en primera clase, así que todo debería ser rápido. Después de los controles, según me dijo Santiago, debería estar esperándonos el primo de mi padre. Estuvieron comunicándose por mensajes y le dijo que vendría a buscarnos él mismo.

—Bueno, ya estamos aquí —murmuro mientras las puertas automáticas del aeropuerto se abren delante de nosotros.

Santiago asiente sin mirarme. Está pendiente de todo lo que se mueve a nuestro alrededor.

—Vamos —dice en voz baja mientras agarra mi maleta.

Un hombre Caruso se reconoce al momento. En mi familia todos tienen el mismo sello. Altos, espalda ancha, pelo negro, postura segura. Y casi siempre salen guapos. Mi papá también tenía lo suyo.

Reconozco a su primo. Está apoyado en una Maserati Levante negra, mirándonos fijo. Parece que también nos reconoce, porque nos hace una seña con la mano.

—Ahí está. Vamos.

Santiago me sujeta del brazo antes de que dé un paso.

—Detente —murmura—. ¿Estás segura de que es él?

Su instinto protector no descansa nunca.

—Es igual a mi padre cuando era joven. Claro que estoy segura.

Santiago

El primo de Caruso es un tipo difícil de leer, se nota que está acostumbrado al poder. Tiene pinta de *capo* y una mirada afilada. No le confío nada, pero tampoco parece enemigo.

Nos subimos a su Maserati. Roma pasa frente a la ventanilla, todo esto me sabe a territorio nuevo. Fuera de Sicilia, Italia nunca fue mi casa.

En el sur siempre se dice que *Sicilia non è Italia.* Allá hay leyes y códigos, reglas y pactos que no significan lo mismo por estos lugares. Si algo aprendí en los años que mi padre me exilió con su hermano y la Cosa Nostra es que en Sicilia las cosas funcionan distinto. La lealtad es obligación, el silencio es ley y las traiciones se pagan con sangre**.**



Llevamos una hora en el coche. El primo de Caruso dice que falta poco para llegar a su villa. Dice que no la usa y que podemos quedarnos el tiempo que necesitemos. Pero la verdad es que no me convence la idea. No me gusta ir quedándome en casas ajenas, y menos de gente que acabo de conocer.

—Creo que hemos llegado —susurra Serena, mientras apoya su mano en mi pierna.

El roce me prende por dentro. Esa mano pequeña y delicada tiene un efecto en mí que ni ella misma conoce.

—¿Dónde? No veo nada —murmuro, inclinándome un poco hacia el cristal.

—Ahí —dice ella, señalando con el dedo una mansión que se ve a lo lejos.

La villa, joder. Esto no es una villa, es un puto castillo plantado en lo alto de la ciudad, una maldita fortaleza. Cuando veníamos para acá, me fijé que la comisaría más cercana está a media hora en coche. Empiezo a entender por qué el primo de Caruso vive aquí.

Serena se queda mirando todo por la ventanilla, está perdida en lo suyo. La miro de reojo, y ni se entera. Está ida en sus pensamientos. Sé que esta ciudad no le va a borrar todo el dolor, pero al menos le dará el respiro que necesita. Y yo estoy aquí para levantarla cada vez que haga falta. Para eso Caruso puso su confianza en mí.

Serena

El primo de mi papá se marchó con prisas. Ni siquiera me dio tiempo a agradecerle. Dejó a su mayordomo encargado de mostrarnos las habitaciones. Caminamos por los pasillos del tercer piso. Santiago observa todo con una atención que a veces me asusta, parece que analiza cada rincón. No sé si es costumbre, trauma o instinto, pero la manera en que se mueve y mira las cosas da la impresión de alguien que busca salidas rápidas y cualquier detalle sospechoso.

El lugar es tan grande que ni siquiera nos cruzamos con los empleados de servicio. El pasillo es largo, de mármol blanco, con cuadros antiguos colgados en las paredes y ventanales que dan a un jardín enorme. Santiago no baja la guardia ni un segundo. Esa es su naturaleza. Esa es la cicatriz que le dejó Armando Santoro.

En cuanto llegamos a la habitación, el mayordomo abre la puerta, me entrega las llaves y se retira, dejándonos a solas.

Me siento en el borde del colchón sin siquiera quitarme los zapatos, no tengo fuerzas para nada. Solo quiero cerrar los ojos y que la vida me dé un respiro.

Santiago cierra la puerta.

—¿Quieres que me quede o que salga? —pregunta.

—Quédate —susurro.

Él se sienta en el sillón frente a mí. Se pasa una mano por la nuca y mira hacia arriba.

—Hoy quiero que descanses lo más que puedas —dice—. Mañana hablaremos de todo.

Asiento con un leve gesto y me dejo caer hacia atrás, hundiéndome en la cama. Las cortinas de seda blanca del dosel se mueven un poco con la brisa que entra por el balcón.

Escucho a Santiago levantarse.

—Dormiré en la habitación de al lado. Llámame si necesitas algo.

Cierra la puerta y yo cierro los ojos. Hoy mi cuerpo ya no puede más.

Santiago

Serena necesita descansar, pero yo necesito aire. Tengo dos horas de sueño encima, más el vuelo y el maldito cambio de horario, pero eso no va a frenarme. No puedo quedarme encerrado en esta mansión. La cabeza no me deja.

Necesito una cerveza bien fría para poder relajarme.

Camino hacia la entrada de la villa y pido un taxi. Este lugar es tan grande que, para cuando llego al portón, el coche ya está esperándome.

—Buona sera. Dove la porto?

—*Centro*—respondo mientras me dejo caer en el asiento trasero.

El viaje dura unos cuarenta minutos. La noche cae y Roma se enciende. Veo a demasiada gente, se nota que son turistas, todos pegados al GPS porque no tienen idea de a dónde carajos ir. En Sicilia el ambiente es distinto, allá se respira otra cosa.

—*Lasciami qua* —le digo al chofer cuando veo los primeros bares de mala muerte.

Camino un par de metros y me meto en uno con un cartel afuera que dice: Bar La Sera Lunga.

Justo lo que necesito.

El lugar es una mierda. Se ve que la barra no la cambian desde los años setenta. El piso está pegajoso. Al fondo hay un televisor transmitiendo un partido de fútbol, y en la mesa de al lado hay tres tipos jugando cartas.

—*Una birra* —le pido al barman.

La botella está tan fría que me entumece los dedos. La bebo de un trago largo y pido otra. Y otra. Pierdo la noción del tiempo. Tres, cuatro botellas, ya ni sé. Solo sé que el ruido del bar me anestesia un poco la cabeza.

—*Ehi, amico* … —dice uno de los cabrones que está jugando cartas.

Es un tipo flaco, con los ojos hinchados y el pelo sucio.

—*Mi dai una sigaretta?*

—*Non ho niente* —respondo mientras me palpo los bolsillos.

—*Dai, non fare il difficile*…

— Te dije que no tengo.

El cabrón cambia la cara. Se levanta de la silla y viene hacia mí, acercándose un poco más de lo que debería.

—*Ma chi ti credi di essere?*

No le respondo. Solo lo encaro con los ojos. Se sonríe torcido, mira hacia atrás y les hace una seña a los otros dos hijos de puta que andan con él.

Ya está. Esto va a joderse.

—*Amico*… —dice uno de ellos—. *Hai un problema.*

De pronto el flaco me da un empujón en el hombro.

Mala idea.

Lo agarro por la camiseta y lo estampo contra la barra. Las botellas vibran y una cae al suelo. Los amigos reaccionan rápido. Uno me golpea por la espalda, el otro me lanza un vaso de vidrio que me roza la sien.

El flaco intenta levantarse, pero le meto una patada en el estómago. Otro me agarra por detrás, me tira contra una mesa y me

rompe la ceja con una botella. Siento el vidrio partirse y la sangre bajándome por la cara. Lo agarro del cuello y lo empujo contra una silla, que se hace pedazos. El otro viene de frente y me suelta un puñetazo que me abre más la herida de la ceja. Le meto un derechazo directo a la mandíbula. Cae como un saco. El flaco se me viene encima de nuevo y lo recibo con un codazo que le parte los dientes.

Todo dura menos de un minuto. Al final los tres se quedan en el suelo. Con los borrachos que están y la paliza que les di, no pueden ni levantarse. El barman me mira sin sorpresa. Parece que en este lugar estas cosas pasan seguido.

Me limpio la ceja con la manga de la cazadora. Pago la cuenta y salgo del bar caminando recto, o eso creo.

Serena

Esta noche di mil vueltas en la cama. Por más cómodo que fuera el colchón, no pude dormir casi nada. Cada vez que cerraba los ojos veía a los hombres que me secuestraron, veía sus manos, sus voces, sus caras encima de mí y luego veía a mi padre tirado en el suelo, todo lleno de sangre. No sé cuánto tiempo pasará hasta que pueda dormir tranquila.

Paso por la habitación de Santiago. La puerta está abierta, la cama hecha, pero no hay rastro de él. *Debe de estar abajo.*

Camino por el pasillo, todavía medio dormida.

Joder, este lugar es enorme.

Hermoso, sí, pero no se siente como hogar. Cuando llego al salón principal la mesa está servida como si fuéramos veinte. Panes, frutas, quesos, café, jugos. Ver tanta comida junta me revuelve el estómago en vez de abrirme el apetito.

Santiago está de espaldas, apoyado en un ventanal, mirando hacia el jardín. Tiene los hombros tensos.

—Hola, buenos días —susurro.

—Hola —dice mientras se gira.

Cuando lo veo de frente, noto que tiene la ceja abierta y la piel alrededor enrojecida.

—¿Qué te paso en la cara?

—Me caí en el baño —responde rápido, y vuelve la cara hacia la ventana—. ¿Tú cómo dormiste? —pregunta sin mirarme.

No me trago la mentira, pero finjo que sí. No puedo imaginarme a Santiago cayéndose en el baño.

—Mal —digo mientras cojo una manzana, solo para tener las manos ocupadas.

Santiago me mira de reojo.

—Si te apetece… —empieza a decir—, podemos ir a dar una vuelta por la ciudad más tarde.

No esperaba eso, pero me hace bien escucharlo.

—Sí… —respondo bajito—. Me gustaría.

Capítulo 40

Serena

Las primeras noches fueron un infierno. No lograba dormir, por más cansada que estuviera. Los días avanzaban lentos, parecían eternos. Creo que fue por eso que Santiago decidió que lo mejor era que buscáramos un lugar por nuestra cuenta.

El primo de mi padre nos ayudó a encontrar algo para establecernos un tiempo, pero ese algo se ha convertido en mi lugar seguro. Es una casita pequeña en las afueras, a quince minutos del centro. Aquí no tenemos vecinos, solo la carretera y un bar a unos diez minutos a pie. Todo se siente más respirable. No sé explicarlo.

Nos movemos en una Vespa roja que compramos para evitar el caos de la ciudad. Santiago maneja siempre, no me deja hacerlo por mi *seguridad,* según él. Y aunque a veces me dé rabia su forma de protegerme, la verdad es que no podría sentirme más segura en ningún otro sitio.

Conforme pasan los días, empiezo a sentir algo distinto dentro de mí. No estoy bien, pero tampoco me siento tan mal como antes. Es como si, de a poco, pudiera volver a respirar sin que me duela tanto. En medio de mi desorden interno, Santiago está a mi lado sin agobiarme, sin invadir mi espacio.

Él sigue pendiente de los negocios en Nueva York, del puerto, de todo lo que dejamos atrás. Yo, en cambio, solo intento vivir el día a día, agarrarme a lo que tengo enfrente y no pensar demasiado.

A veces me quedo dormida en el sofá viendo cualquier tontería en la televisión, y siempre pasa lo mismo. Santiago me carga en sus brazos y me lleva a la habitación. Durante un mes entero ha dormido en el sofá sin quejarse.

Nunca se sobrepasa conmigo, nunca cruza la línea. Respeta mis tiempos, mi dolor, y aunque a veces lo sorprendo mirándome con un deseo que no esconde, jamás ha intentado aprovecharse de mí.

Esta noche hice algo que no debería. Fingí haberme quedado dormida solo para sentir sus brazos cargándome y llevándome hasta el dormitorio. Puedo notar su respiración en mi frente y sus manos sujetándome con fuerza. Podría quedarme así toda la noche. Me recuesta y abro los ojos, fingiendo haberme despertado.

—¿No quieres dormir aquí conmigo? —susurro, sin darle tantas vueltas al asunto.

Se queda quieto. Lo conozco lo suficiente como para saber lo que piensa.

—Te traje porque pensé que estabas dormida.

Sonrío un poco en la penumbra, entre la oscuridad de la habitación y la luz de luna que entra por la ventana.

—No lo estaba —admito.

Santiago duda, lo veo en sus ojos, pero igual se acerca a la cama y se recuesta a mi lado. Me pego a él y apoyo la cabeza sobre su pecho desnudo. Respira lento, y sus latidos hacen que me queda completamente dormida.

✧ 🖤 ✧

El mes pasado tuve que presentar mi renuncia a la universidad por correo. El rector me envió varios mensajes tratando de convencerme para que regresara y retomara la carrera, pero ahora mismo la medicina es lo último en lo que puedo pensar. Mi cabeza no está ahí, ni quiero obligarla a estarlo.

El aire del otoño empieza a enfriarse. Los árboles ya están perdiendo sus hojas y la carretera se llena de ellas. Roma se siente distinta con este clima. En nuestra casita la temperatura baja un poco más, sobre todo por las noches, pero me gusta. La habitación tiene una ventana que da a un patio lleno de macetas, y más atrás

hay un descampado. El baño es diminuto y el agua caliente funciona cuando quiere, pero no me quejo. Este lugar me da paz.

Nuestros días aquí no tienen grandes cosas, pero sí tienen algo que nunca había sentido antes con tanta fuerza, felicidad.

Por las mañanas casi siempre nos despierta el ruido de las motos pasando frente a la ventana y el olor a hierba mojada. Santiago sale al bar todos los días y compra dos *cappuccino* y varios *cornetti.* Ya tiene su rutina hecha. El dueño del bar, Fabrizio, le dice *compare* y le habla de fútbol como si lo conociera de toda la vida.

—*Ti ho preso quello con la crema* —dice cuando vuelve, dejándome el café y el *cornetto* en la mesa.

Empiezo a entender algunas palabras; Santiago me está ayudando con eso. Otras las reconozco porque las he oído toda la vida, cuando mi padre soltaba alguna frase en italiano, cuando el tío Willy hacía uno de sus chistes o cuando, de pequeña, *miei nonni* hablaban entre ellos**.** Digamos que sé lo suficiente para pedir un café, comprar dulces y defenderme con lo básico si me hablan rápido. Y hablando de dulces, *aquí son absurdamente buenos.*

A media mañana a veces salimos con la Vespa. Santiago maneja y yo lo abrazo por la cintura. Pasamos por calles estrechas, iglesias, plazas llenas de turistas y viejos sentados en sillas frente a los portales.

Todo aquí es maravilloso, pero todavía hay una parte de mí que sigue en Nueva York. Hablo con María todos los días por videollamada; intenta no llorar, pero siempre termina con los ojos llenos de lágrimas.

Me enseña la casa. Me muestra el arbusto de rosas que cuidaba papá y que ahora cuida ella. También me enseña la tumba de mamá, de papá y del tío Willy; les llevaba flores todos los domingos.

—Estás más delgada —me dice siempre—. Come, por favor.

Santiago también habla con Salvatore cada dos o tres días. Se aparta un poco para hacerlo, pero igual escucho cosas. Su voz cambia cuando habla con su hermano, se vuelve más bruta, más

fría. Me doy cuenta de que, por más que esté aquí conmigo, una parte de él sigue viviendo en su mundo. Me contó lo que sucedió con su padre, de cómo sobornó al médico que le hizo la autopsia. Me dijo que al principio creía que era mi papá quien lo había mandado a matar y quería vengarse de él a través de mí, pero luego lo encaró y se dio cuenta de que estaba equivocado. Sé que le duele estar aquí sin saber quién fue la persona que asesinó a Armando Santoro. Y también me he dado cuenta de que Santiago es un hombre muy protector con su familia y con las personas que realmente le importan.

Al principio casi no podía salir sola. Me daba miedo llegar a la esquina sin él, y cualquier persona que se me acercara demasiado o hablara muy alto me hacía encogerme por dentro. Me sentía frágil. Creo que algo dentro de mí dejó de funcionar después del secuestro.

Fue por eso que tomé una decisión importante, le pedí a Santiago que me enseñara a defenderme, y desde ese día mi rutina cambió por completo.

Compramos una pistola con el número de serie limado , y Santiago la modificó para que no hiciera ruido. Luego empezamos con los entrenamientos en el descampado detrás de la casa. Me di cuenta de que el olor a pólvora es muy difícil de quitar cuando se pega, pero también me di cuenta de que, cuando se le queda a él encima, a mí se me eriza la piel. A veces, cuando pone sus manos ásperas sobre mis hombros para corregirme la postura, un calor me sube por el cuerpo; trato de evitarlo, pero se vuelve imposible.

También tengo que admitir que solo él puede enseñarme así, que solo él logra que no me tiemblen las manos cuando sostengo un arma, que solo él consigue que deje de sentirme vulnerable.

✧ 🖤 ✧

—Cárgala —dice.

Lo hago. Tengo las manos firmes.

—Postura —ordena, y se coloca detrás de mí.

Sus dedos me acomodan la cadera. Noto su respiración en mi nuca eso hace que me ponga rígida.

—Relaja los brazos —susurra cerca de mi oído.

—Lo estoy intentando —digo en un hilo de voz.

—Prueba de nuevo —murmura, aún más cerca de mi oído.

Respiro hondo, apunto al objetivo y disparo. El retroceso me desestabiliza, pero no tanto como antes.

Santiago suelta una de esas microsonrisas suyas. Ese expresión que casi siempre se guarda, pero cuando aparece*… Por Dios.*

—Otra vez —ordena.

Disparo y le doy al centro. Él asiente, seguro de que iba a pasar.

—¿Ves? No te falta fuerza, Serena. Te faltaba creerlo.

Bajo la pistola y lo miro a los ojos.

—No quiero volver a sentirme débil.

—No lo eres —dice, sin apartar la mirada.

Después de lo que pasó con los rusos, decidí que no podía depender solo de un arma. Por eso le pedí a Santiago que me enseñara a defenderme cuando no tuviera una.

—Atácame —dice él.

—¿Qué?

—Atácame.

—No voy a atacarte. No quiero que termines en el suelo —bromeo, aunque ambos sabemos que no pasaría… *Al menos no de esa forma.*

—Demuéstrame que puedes hacerlo —me dedica otra microsonrisa. *Qué cabrón es.*

Sé muy bien que me desarmaría como si fuera un lego. Me contó que aprendió a pelear en Sicilia, a la mala. Que cuando tenía

dieciséis años volvió a la casa de su tío con la cara llena de moretones. El hermano de su padre, un monstruo con todas las letras, le revisó las manos, y como no tenía ni una marca de defensa, lo castigó sin comida hasta que devolviera lo que le hicieron. Después de dos días sin comer, Santiago volvió a casa con los nudillos rotos y la ropa manchada de sangre. Dice que esa misma noche, su tío le preparó un banquete digno de un rey.

—¿Me vas a tirar al suelo o qué?

Lo intento, pero soy un desastre. Santiago me bloquea el brazo como si nada.

—De nuevo —ordena.

Voy más fuerte. Giro el cuerpo y levanto la rodilla. Él me agarra de la cintura para que no me caiga y termino atrapada entre sus brazos. Su respiración me roza el cuello y mis manos quedan en su pecho. No sé si debería empujarlo, o seguir aquí.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento, aunque el corazón me late tan rápido que hasta yo lo escucho.

—Ya te dije que no quería hacerte daño —digo, riendo mientras intento recuperar el aire.

—Puedes hacerme lo que quieras —me susurra al oído.

La piel se me eriza y él se da cuenta.

—Pero mejor mañana —dice y me deja caer.

Ni siquiera me da tiempo de procesar el escalofrío que acaba de dejarme en la piel.

—Qué idiota eres —murmuro mientras me levanto, sobándome la cadera.

Abre una botella de agua, se da un trago y me lanza otra.

—Esta noche, si quieres, seguimos —suelta y me guiña un ojo antes de darse la vuelta rumbo a casa.

✧ 🖤 ✧

Esta noche llueve con ganas, la temperatura ha bajado mucho y, para colmo, la calefacción decidió que hoy no tiene ganas de funcionar. Estoy en la cocina preparando la cena, con la tele hablando sola en el fondo y Santiago a lo suyo, limpiando la pistola por enésima vez.

—¿Qué estás cocinando? —pregunta sin levantar la vista del arma.

—Siamo a Roma. Oggi mangiamo la carbonara —respondo mientras revuelvo la pasta.

—Aprendes rápido.

—Lo tengo en la sangre —contesto, encogiéndome de hombros.

—Tienes razón —dice al tiempo que rastrilla la corredera.

En estos últimos días lo he notado un poco más suelto. Quizás es porque yo también he bajado la guardia y estoy más tranquila; tal vez por eso él ya no siente la necesidad de acompañarme en mi dolor. O quizá también sea porque a veces sale por la noche, tarde, cuando ya estoy medio dormida. Una vez le pregunté adónde iba y me dijo que al bar, que a esa hora está más tranquilo y puede beberse una cerveza en paz. No sé si creerlo.

Tampoco es que me interese mucho, no tengo nada que reclamarle. Santiago y yo solo somos amigos. Amigos que follaron un par de veces. Amigos que duermen juntos, pero sin que pase nada. La última vez que nos acostamos fue en su cabaña en Utah. Aquella semana en la que todo se volvió algo bonito, y que, por alguna obvia razón, todavía no puedo sacarme de la cabeza.

—Mierda —susurro—. Me olvidé de los huevos.

—*Cosa? Volevi fare una carbonara senza uova?* —dice, haciendo ese gesto italiano de juntar los dedos—. Llama a Fabrizio al bar, él trae los huevos de sus gallinas. Me debe unos cuantos favores.

—¿Qué tipo de favores?

Santiago me mira de frente. Con la lluvia, los ojos se le ponen más grises. Impone mirarlo así, tan directo.

—¿Quieres saber de verdad?

—No… mejor no —respondo rápido.

Él se va a duchar mientras yo llamo a Fabrizio. Cuando termino la llamada, me quedo un momento apoyada en la encimera, viendo cómo el agua de la pasta hierve, y, sin querer queriendo, pensando en que Santiago está a dos metros, sin ropa, detrás de esa puerta. Sacudo la cabeza, medio riéndome de mí misma, y dos minutos después suena el timbre.

Abro la puerta y Fabrizio aparece empapado, con un chubasquero amarillo que gotea sin parar.

—Oh, mi scusi, signora Santoro, ho bagnato tutto il tappeto.

Me sube un calor fuerte a las mejillas. Eso de que me llame *signora Santoro* me pone nerviosa, pero de la forma buena.

—Non sono la signora Santoro.

Ojalá lo fuera.

—Mi perdoni ancora. Ho qua le uova, grazie mille e saluti a Santiago. —añade antes de marcharse.

Cierro la puerta y me apoyo con la espalda, dejando escapar un suspiro.

—¿Ya llegaron los huevos?—pregunta Santiago desde el baño.

—Sí… ya lleg…

El cabrón sale de la ducha con el pelo empapado, sin camisa y con la toalla atada a la cintura.

—Ya llegaron —digo rápido, evitando mirarlo mientras dejo los huevos en la encimera.

Por Dios no me acostumbro todavía a verlo así. ¿Cómo puede estar tan bueno?

—¿Tú no tienes frío? —pregunto de espaldas, sin atreverme a girarme.

—No —dice él, como si no estuviera casi desnudo en medio de la sala.



Nos sentamos a cenar. La lluvia al parecer no tiene intención de parar. Santiago se pone una camiseta blanca, pegada al cuerpo, que no ayuda en absoluto a que me concentre.

—Fabrizio me llamó *signora Santoro* —digo mientras sirvo la pasta.

—Le dije que eras mi mujer.

Casi se me cae la olla al suelo. La agarro a tiempo, pero el susto me sube al pecho.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué va a pensar ese hombre cuando te ve con otras mujeres por ahí?

Santiago levanta la mirada, me mira fijo y se pone de pie. Viene directo hacia mí.

—¿Estás celosa? —susurra a un paso de mi boca.

—No. No soy tu mujer… ni tengo por qué estarlo.

Sus dedos rozan los míos. Me quita los platos y los lleva a la mesa.

—Pero te gustaría serlo —dice mientras se sienta.

La sangre me sube a la cabeza de un tirón.

—Nunca me casaría con un hombre que se va con otras mujeres por ahí.

—¿Y si te dijera que no lo hago? —pregunta, sin perderme de vista—. ¿Te casarías conmigo?

Obvio que está bromeando. Tiene que estarlo.

— Déjate de decir tonterías… Además, ¿quién me asegura que no lo harás? —digo mientras me siento y agarro el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra, ambos con las puntas hacia arriba.

—Te doy mi palabra —dice con calma—. Siempre cumplo lo que digo. Y lo sabes.

—Ya —susurro sin dejar de mirarlo.

—Por cierto, está muy buena la carbonara. *Complimenti* —mastica mientras baja la mirada al plato.

Seguimos comiendo en silencio, aunque ninguno de los dos está realmente concentrado en la comida. Ya lo he sorprendido dos veces mirándome. Primero a los ojos y luego a la curva de mis pechos bajo el abrigo.

—Yo friego —dice mientras se levanta, agarrando su plato y el mío.

La camiseta blanca se le pega a la espalda, todavía húmeda por la ducha, y marca perfectamente la anchura de sus hombros. Los tatuajes que le recorren los antebrazos se tensan cada vez que pasa la esponja enjabonada por la loza.

Sé que estoy a punto de perder la cabeza, pero ya no tengo fuerzas para seguir haciéndome la fuerte. Me levanto sin poder evitarlo y camino hacia él. Me acerco más de lo que debería y le susurro al oído:

—Te espero en la habitación. Hoy quiero que me abraces. Tengo frío.

No espero su respuesta. Me doy la vuelta y me voy casi corriendo. Entro, cierro la puerta y me meto bajo la sábana con el corazón golpeándome fuerte en el pecho. Me tapo hasta el cuello, como si eso pudiera calmarme.

Mierda, Serena. Estás completamente loca.

Pero no me importa.

Lo quiero aquí, lo quiero mío y lo quiero ahora.

Capítulo 41

Santiago

Si ella supiera lo que hago cuando salgo algunas noches. Es lógico que piense que voy con mujeres por ahí, pero prefiero meterme en un bar, beberme cinco cervezas y terminar golpeándome con algún imbécil como yo. Alguien que también tenga rabia acumulada y necesite sacarla a golpes.

Pero nada, hoy no toca ni cerveza ni puños, hoy lo que toca es fregar platos.

—Te espero en la habitación. Hoy quiero que me abraces. Tengo frío.

Siento un cosquilleo en el oído. Sus palabras bajan directo a mi polla. Solo escucharla decir eso hace que se me ponga dura al momento.

—¿Estás…

No me deja ni terminar. Sale corriendo hacia la habitación, moviendo ese culo precioso que tiene y que me vuelve loco.

Los vasos sucios pueden esperar hasta mañana.

Antes de entrar, la voy a hacer esperar un poco. Sé que eso la va a molestar, y cuando se molesta se pone más cachonda. Ella no se da cuenta, pero yo sí. Los labios se le hinchan cuando esta enfadada o cuando tiene ganas de follar. Mientras tanto, voy a fumarme un cigarro.



Abro la puerta y las luces están apagadas. Hay tanto silencio que puedo escuchar la respiración agitada de Serena. Camino hasta la cama y me dejo caer hacia atrás. Ella está a mi lado, tapada hasta la cabeza con la sábana.

Le bajo la tela, dejando al descubierto su oído.

—Yo también tengo frío —murmuro, dejando que mi voz le llegue donde sé que le palpita.

Percibo la tensión en su cuerpo. Lo que le provocan mis palabras no lo puede ocultar.

—Entonces fóllame, seguro así se nos quita el frío—susurra.

Ahora sí, mi pene no aguanta dentro de mi pantalón. Serena se quita las sábana, la luz de los focos que entra por la ventana me deja ver su cuerpo desnudo.

Me arranco la camiseta y ella desliza sus dedos desde mi pecho hasta mi ombligo.

—¿Estás buscando esto? —digo mientras me desabrocho el pantalón.

Su mano está caliente. Me la coge con ganas y empieza a moverla de arriba abajo.

—Tú eres mío, Santiago Santoro.

Oírla decir mi nombre así hace que la quiera penetrar. La agarro por la cintura y me la subo encima. Es tan fácil de manipular, de mover, de poner en la posición que yo quiera.

Serena está mojadísima. Y mientras salta, sus pequeñas y deliciosas tetas se mueven con cada brinco. Sus pezones se le ponen duros de lo excitada que está. En mi cabaña de Utah jugué con ellos día y noche sin cansarme jamás. *Ya los estaba extrañando.*

—Qué rico —gime sin contenerse.

Empieza a moverse más rápido, cada vez más hambrienta. Quiero que lo sienta todo, quiero que se reviente de gusto encima de mí. Mientras me folla ella sola, me toca el pecho con una mano, y la otra la desliza hacia atrás, acariciándome los muslos y jugueteando con mis testículos.

El movimiento circular que hace con su cintura me saca de este puto mundo. Serena me ha hecho sentir cosas que ninguna mujer me había hecho sentir antes.

De pronto, entre salto y salto, estira el brazo y enciende la luz de la lámpara de la mesita de noche.

—Quiero verte la cara —dice con la voz agitada.

Ella sigue divirtiéndose mientras me mira con esos ojos azules que parecen querer devorarme vivo. Esa mirada, tan puta y hambrienta, solo me excita aún más.

Apoyo los pies en el colchón. Ella no ha dejado de moverse. Entonces me impulso con fuerza, penetrándola más fuerte, más hondo, una y otra vez. Me muevo tan rápido que su cuerpo parece no soportarlo.

Serena se queda ahí, abierta y mojada para mí, tragándose todo mi pene hasta el fondo. No se contiene con los gemidos, los deja salir sin vergüenza.

—Sigue… sigue… sigue —repite una y otra vez.

Verla así me vuelve loco, esta noche quiero disfrutarla en todas las posiciones.

Me incorporo con ella montada encima. Si yo me detengo, ella sigue moviéndose. Si yo me muevo, ella se queda quieta solo para dejar que la embista como quiero. Siempre hay movimiento entre nosotros, siempre hay fricción.

Me pongo de pie. La levanto con los antebrazos, atrapándole los muslos para que no tenga ni un centímetro de escape, y con las manos le agarro la cintura bien fuerte, porque quiero manejarle el cuerpo como me da la puta gana. La uso sin piedad. La meto, la saco, la empujo, la jalo, y ella se deja encantada, mojada, rogando por más.

Ponerla en esta posición me prende como un animal. Lo que tengo delante es un espectáculo. Ella recibe y yo doy, duro, sin descanso. Entre sus piernas veo cómo mi polla entra y sale, brillando, resbalando, chocando contra ella sin parar. Su pelvis

golpea la mía con tanta fuerza que el ruido resuena por toda la habitación.

Podría estar así por horas sin cansarme. Para follarla tengo fuerzas de sobra. Y Serena aguanta porque le encanta, se le ve en la cara. En cómo saca la lengua de vez en cuando para mojarse los labios. En cómo me besa con su boca hinchada y caliente. En cómo tiene los pezones duros, jodidamente duros. En cómo grita. En cómo lo goza. En cómo me pide más con el cuerpo entero.

Siento cómo su coño se contrae cada vez que acelero el ritmo. Le late por dentro, tiene unos espasmos tan fuertes que casi me hacen venirme, pero sé que ella va a correrse primero. Ya no puede aguantarse más. Llevamos casi una hora follando como dos animales, y su cuerpo ya empieza a pedir orgasmos a gritos.

Sus gemidos empiezan lentos, después más altos, luego vuelven a bajar. Ahora son graves, pero constantes, no puede contenerlos. Sus uñas se me clavan en los hombros intentando no desmoronarse. Veo cómo sus ojos azules se le pierden, casi se le ponen en blanco. Y entonces empieza a temblar.

La agarro de los muslos con fuerza. Su orgasmo es una jodida bomba, y mientras se corre sigue buscándome, sigue moviendo la cadera para que mi polla no se le salga.

La dejo caer despacio sobre la cama y me acuesto a su lado. Serena no logra decir nada. Tiene los ojos cerrados y la respiración descontrolada. Su pecho sube y baja con rapidez.

—Quiero probar una cosa nueva para mí —dice al fin.

Sonrío. No sé qué se trae, solo sé que todavía tengo una erección que parece hecha de piedra.

—Nunca antes he… —me mira y se ríe con esa maldita picardía que me prende.

—Si no hablas…

—Nunca antes he… —repite, provocando.

—Carajo, ¿vas a decirlo o no?

—Nunca antes he hecho sexo oral.

Escucharla decir eso me pone aún más duro.

—Entonces deberías intentarlo —susurro.

Serena tiene el pelo largo. A veces lo lleva suelto; otras, se hace una trenza que le cae por la espalda, y hoy la lleva hecha. No podría ser mejor. Es perfecta para poder dominarla. Para guiarla. Justo lo que necesito ahora.

—Bueno… por una primera vez se empieza —digo mientras agarro su trenza y la enredo en mi mano, apretándola como un asa hecha para mí.

Ella solo sonríe con esa maldita sonrisa traviesa suya y se deja llevar.

Serena

Estoy nerviosa. Acabo de tener uno de los mejores orgasmos de mi vida y ahora voy a hacer sexo oral por primera vez. *¿Cómo no voy a estarlo?* Tengo a mi lado a este hombre con eso que parece a punto de explotarle. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Santiago se recuesta contra el respaldo de la cama y coloca dos almohadas detrás de su espalda. Me tiene agarrada con fuerza de mi trenza. Me pongo delante de él, a la altura de su ombligo, a centímetros de su deliciosa y poderosa erección.

Con la mano la tomo y empiezo a moverla despacio, arriba y abajo. Sus gemidos de hombre rudo no tardan en salir. *Al parecer lo estoy haciendo todo muy bien*. Abro la boca un poco y saboreo con mi lengua su glande. Siento la mano fuerte de Santiago agarrándome del pelo con más fuerza, tirando de mí igual que de una rienda.

Estoy experimentando algo totalmente nuevo para mí. Y me gusta.

—Métela toda en la boca —susurra.

Mi boca se va llenando, y sus centímetros me obligan a abrirla más , me esfuerzo por no rozarlo con los dientes. Abro todo lo que

puedo y dejo que sean mis labios, húmedos y apretados, los que hagan el trabajo.

Santiago me guía. Primero despacio, haciéndome saborear cada centímetro. Luego más rápido. Mientras me mueve, yo juego con la lengua, recorriendo su glande, tiene un sabor exquisito, mejor que cualquier dulce de Roma.

—Más adentro —dice.

Empuja las caderas hacia mí y siento cómo su polla me roza la garganta. Es incómodo, sí, pero no sé por qué carajo me excita tanto sentirlo tan adentro. Lo miro desde abajo y veo cómo se sostiene la nuca con la mano libre. Sus gemidos se vuelven más intensos. Gemidos de un hombre que sabe disfrutar, y que está disfrutando de mí.

Tiene los ojos cerrados mientras goza de mi boca, y yo gozo de todo lo que le estoy haciendo. Estoy tan excitada que, aunque me corrí hace nada, vuelvo a sentir humedad entre mis piernas.

Aumento la velocidad. Quiero sentirlo entero, quiero saber qué se siente llegar hasta el fondo. Quiero que se corra en mi boca. Quiero tragármelo todo.

Santiago me agarra la cabeza con fuerza, me empuja contra su pelvis y siento un espasmo delicioso recorrerme entera. Algo caliente me explota en la lengua y me baja por la garganta, *era eso lo que quería sentir.*

Santiago estira el brazo y apaga la lámpara que yo había encendido. Aprovecho para apoyar la cabeza sobre su pecho. Todo queda otra vez a oscuras, iluminados solo por la luz tenue que entra por la ventana.

—Y entonces… ¿te casarías conmigo? —susurra.

—Me casaría contigo, hoy y siempre —respondo, sonriendo contra su piel.

Capítulo 42

Serena

Cómo iba a imaginar yo que hablaba en serio. Se me olvidó por completo que Santiago Santoro muy rara vez bromea. Y hoy estoy aquí, más feliz que nunca, parada frente a este espejo, vestida completamente de blanco.

Al día siguiente de decirle que sí me casaría con él, se apareció con un anillo de oro y, en el centro, un diamante que cuesta cinco veces la casa donde vivimos.

Me acomodo un mechón detrás de la oreja. Tengo el pelo suelto, como a él le gusta. Siempre dice que cuando lo llevo así me veo más atrevida. *Quizás hoy sí lo sea*. *Quizás esté a punto de cometer la locura más hermosa de mi vida.*

En pocas horas voy a convertirme en la esposa de Santiago Santoro. La idea me da miedo, pero también me llena de unas ganas tremendas de tenerlo a mi lado para siempre.

Todo sucedió tan rápido que todavía siento que estoy soñando. Escogimos una iglesia que encontramos en Google. Es pequeña y antigua, escondida en una plaza entre edificios viejos. No hay turistas, no hay gente, no hay cámaras molestando. Tampoco habrá invitados, no habrá fiesta. Solo nosotros dos.

Hace unos años, si alguien me hubiera dicho que me casaría sin Emily de dama de honor, sin mi padre llevándome al altar, sin el tío Willy riéndose y llorando, habría dicho que era imposible. Pero la vida golpea donde más duele, y aquí estoy, vestida de blanco y sin ellos.

Me seco la lágrima que corre por mi mejilla. El rímel se me ha corrido un poco, dejándome una línea negra. Hoy hasta la mano me temblaba cuando me maquillaba, igual que la primera vez.

Me ajusto el vestido. Lo compré en una tienda del centro; fue difícil elegirlo sin una madre o una amiga que me ayudara, pero al

menos la chica que me lo vendió fue muy gentil. Elegí un vestido blanco puro, simple, con tirantes finos. La tela cae recta hasta el suelo y termina en una cola mediana.

Golpean suave la puerta.

—*Serena, posso entrare?* —pregunta el monaguillo.

—Sí, ya casi estoy lista —respondo.

El chico abre un poco la puerta y asoma la cabeza.

—*Il signor Santoro è già arrivato.*

El corazón me da un salto enorme. Sonrío, y al mismo tiempo otra lágrima negra resbala por mi mejilla.

✧ 🖤 ✧

Las campanas empiezan a sonar. Tomo el pequeño ramo de rosas blancas que compré en la florería de la esquina; todavía tienen un perfume delicioso. El monaguillo me hace una seña y camino detrás de él, el vestido va rozando el piso. Empuja la puerta y, en cuanto se abre, veo a Santiago en el altar, a un lado del cura. Lleva un traje negro hecho a su medida y el pelo peinado hacia atrás, está más guapo que de costumbre. Me mira y sonríe, sus ojos grises se aferran a los míos, dejándome presa en su intensa mirada.

Mis tacones resuenan en la iglesia. Voy camino hacia el altar, sola a la vista, pero muy dentro de mí sé que mi padre camina a mi lado.

En estos momentos tengo ganas de llorar, de reír, de saltar. Es una bomba de emociones que me sacude por dentro.

Santiago hace una señal al monaguillo, y el chico corre hacia un pequeño equipo de sonido escondido detrás de una columna. De pronto, empieza a sonar *"Making love out of nothing at all"* de Air Supply.

Abro los ojos y me cubro la boca con la mano; una sonrisa enorme se me escapa. Vuelvo la mirada hacia Santiago, y también está sonriendo.

Finalmente estoy a solo unos pasos de él. Santiago extiende su mano hacia mí, sus dedos fuertes rodean los míos, y el magnetismo entre los dos hace que se me erice la piel.

—Estás hermosa, *topolina* —susurra inclinándose cerca de mi oído.

Se me escapa otra sonrisa. El cura carraspea y se acomoda los lentes. Creo que ya se ha dado cuenta de que nuestro matrimonio no es un matrimonio muy normal.

—*Figli miei*… —dice con voz ronca—. Estamos aquí para celebrar la unión en santo matrimonio de Serena Caruso y Santiago Santoro.

Santiago no aparta sus ojos de los míos.

—El matrimonio no es un juego. Es un pacto ante Dios. Una promesa que enfrentarán juntos, incluso cuando el mundo se vuelva cruel.

Aprieto con fuerza la mano de Santiago. Creo que ambos sabemos demasiado bien lo que significa vivir en un mundo cruel.

El cura sigue hablando, su voz retumba por toda la iglesia con el eco del micrófono. Y nosotros seguimos aquí, atrapados en nuestro propio eco de miradas, con unas ganas tremendas de que se calle de una vez y nos declare por fin marido y mujer.

—Serena —dice el cura.

Finalmente, ya era hora.

—¿Quieres recibir a Santiago como tu esposo y prometes amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Santiago intenta mantener la calma, pero hay cosas que simplemente no se pueden controlar, como el ligero temblor de sus dedos.

—Sí. Lo acepto.

El cura asiente y dirige la mirada hacia él. Yo también lo miro. Su mano ahora está sudando, nunca imaginé verlo tan nervioso.

—¿Y tú, Santiago? ¿Aceptas a Serena como tu legítima esposa?

Se pone derecho y ahora soy yo quien empieza a ponerse nerviosa.

—Sí. La acepto.

Siempre supe que detrás de esa coraza dura que le muestra al mundo hay un niño herido. Un niño que tuvo que hacerse hombre demasiado rápido. Desde la primera vez que lo vi, hubo algo en sus ojos, algo que ni siquiera él alcanzaba a ver, y creo que eso fue lo que realmente me enamoró.

Intercambiamos anillos. El suyo lo compré esta mañana, cuando salí por las flores. Es precioso, pero ni de lejos vale lo que él me está poniendo en el dedo.

—Ahora pueden sellar su unión con un beso —dice el cura, sonriendo.

Santiago no espera a que el cura termine la frase. Me agarra de la cintura y yo me dejo llevar. Apoya sus labios cálidos sobre los míos, y su beso dice *eres mía para siempre* sin necesidad de hablar.

De pronto, la puerta de la iglesia se abre con un estruendo violento.

—¡*Santiago Santoro, tu ed io abbiamo un conto da saldare!*

Hay cinco hombres parados en la entrada, los cinco con rifles apuntando hacia nosotros.

Santiago se pone delante de mí. Me cubre con su cuerpo.

—¿Qué está pasando? —susurro, sin poder controlar el temblor en mi voz.

—Los favorcitos de Fabrizio… joder, justo hoy.

—*È finita, Santoro* —dice el que está en el medio.

—La que va a quedar *finita* es tu cara cuando te la reviente —gruñe Santiago.

—*Figli miei allontanatevi* —nos ordena el cura de repente.

Se agacha, abre la parte inferior del altar y saca un rifle de doble cañón.

¿Pero en qué clase de iglesia me he casado?

Santiago reacciona rápido. Desenfunda su pistola y me arrastra detrás de un banco con él.

—¡Cúbrete, Serena!

Los tiros empiezan en todas las direcciones. El cura dispara contra los hombres y oigo los cristales de las ventanas romperse. Santiago se levanta para disparar, se le sube un poco el pantalón y veo un revólver pequeño en la liga de su media. Ni siquiera lo pienso dos veces para quitárselo.

—¿Qué carajo crees que haces?

—Lo que me enseñaste —le digo sonriendo, y me levanto para unirme a la fiesta de nuestra boda.

Aprieto el gatillo y le doy a uno en el hombro; el tipo cae al instante. Santiago remata a otros dos con una velocidad que parece casi irreal. El monaguillo tira una vela encendida contra uno de los tipos como si eso fuera a servir, y sirve, porque el idiota se distrae. Yo aprovecho y vuelvo a disparar, dándole en una pierna.

Solo queda el jefe, el mismo que gritó el nombre de Santiago. *Tiene que estar escondido en algún lugar.* Giro la cabeza y veo al cura rezando un Padre Nuestro mientras recarga su rifle.

—*Sei morta, principessa* —susurra el tipo dejándose ver, apuntándome con su arma mientras me atrapa desprevenida.

De pronto Santiago aparece y se lanza sobre él. Le agarra la muñeca, lo estrella contra una columna y le da un cabezazo que lo deja inconsciente en el suelo.

—¡Tenemos que irnos. Ahora! —gruñe Santiago.

Las sirenas de la policía suenan lejos, pero cada segundo que pasa se van acercando más.

—*Venite di qua… per la porta dietro* —dice el cura, señalando la puerta con el rifle.

—*Grazie, padre* —responde Santiago sin detenerse.

Me quedo mirando al cura, todavía tratando de entender qué demonios acaba de pasar.

—Ve con Dios, hija mía —susurra él de manera muy normal.

—Sí… claro —murmuro, y salgo corriendo detrás de Santiago.

Él ya está en la Vespa.

—¡Muévete, Serena! —grita, estirando su mano.

La agarro para no caerme y, con la otra, me levanto el vestido hasta los muslos y me monto como puedo.

—¡Agárrate fuerte!

Santiago acelera y el velo sale volando. El vestido dejó de ser blanco puro, ahora está sucio, manchado de hollín y pólvora, abierto como un abanico mientras cruzamos Roma a toda velocidad. La gente nos mira y algunos turistas nos graban, pensando que estamos rodando una película.

—¡Nos están tirando fotos! —digo por encima del ruido.

—Mejor fotos que balas —responde, y acelera más.

Me aferro a su cintura, la adrenalina me recorre la piel.

—¡Bienvenida a mi mundo, esposa mía! —grita Santiago a todo pulmón.

—¡Ahora también es mi mundo, esposo mío!

✧ 🖤 ✧

—Si sigues haciéndolo así, voy a correrme —gruñe con la voz ronca.

Sus manos me aprietan los muslos, intentado recuperar el control que perdió hace rato.

Me muevo sobre él despacio, provocándolo, obligándolo a sentir cada curva de mi cuerpo rozando el suyo. Lo atormento con mi ritmo, con mi respiración pegada a su boca.

—Quiero follarte —susurra, cerca de mi oído.

En un instante me quita de encima y, en un milisegundo, paso de estar arriba a quedar debajo, con la espalda hundida en el colchón y las piernas abiertas, completamente dispuesta a recibir todo lo que él quiera darme.

Su boca baja hasta mis senos. La sensación de su lengua rozando mis pezones me recorre completa, desde la cabeza hasta la punta de los pies. Él sabe exactamente lo que hace, conoce mi cuerpo de memoria, me arma y me desarma como si yo fuera su pistola favorita, y también sabe dónde apretarme para volverme loca en cuestión de nada.

Se desliza más abajo, dejando atrás mis pezones. Centímetro a centímetro me tortura con sus besos. *Sé lo que planea, y me encanta la idea.*

—Ahora eres mía —murmura, abriéndome las piernas.

Apoya sus labios en mi clítoris y suelto un gemido porno.

—Joder… qué bien lo haces —balbuceo entre jadeos.

Su lengua dibuja movimientos en círculos alrededor de mi clítoris, son lentos y suaves, pero lo que más me pone loca es cuando lo absorbe con su labios. Eso me pone más mojada todavía, y a él lo vuelve un animal sin control.

Clava las manos en el colchón y me agarra las nalgas sin una pizca de delicadeza. Me hunde más fuerte contra su rostro y lame, lame tan deliciosamente bien que hace que no pueda aguantarme.

—Ahora soy yo la que te dice que, si sigues así, voy a correrme.

Le agarro la cabeza con fuerza, tirándole del pelo sin importarme si le duele o no. Mis piernas se doblan y los dedos de los pies se me contraen. Me muerdo los labios para no gritar tan alto, pero igual se me escapan los gemidos. El orgasmo me hace tocar el mismísimo cielo.

Trato de recomponerme, pero Santiago sigue ahí, disfrutando de mi reacción y sin intención de alejarse.

El movimiento de su lengua hace que me llene de nuevo. Gimo con cada orgasmo que siento, gimo cada vez que su deliciosa boca roza mi clítoris hinchado.

Me quedo inmóvil de nuevo, después de tres orgasmos seguidos. Él sube y se recuesta a mi lado. Tengo los ojos cerrados, pero puedo sentir su respiración caliente.

—¿Y ahora? —dice.

Abro los ojos, le doy un beso y vuelvo a ponerme encima de él.

—Ahora te toca a ti… pero después nos casaremos por lo civil.

Capítulo 43

Serena

A nuestra luna de miel deberían cambiarle el nombre y ponerle luna de llamas. Lo hemos hecho tantas veces en estos últimos días que siento que he quemado más calorías que cuando solía salir a correr.

Estoy parada frente a la ventana que da al descampado, mirándolo. Santiago está afuera, arreglando una de las patas de madera de la cama que rompimos por tanto movimiento.

El muy cabrón se ve bueno hasta cuando está martillando. Lo hace de una forma que, con solo mirarlo, me vuelve a dar ganas, y eso que de madrugada lo hicimos tres veces.

—Tienes que detenerte, Serena —me digo en voz alta, riéndome sola—, o va a ser verdad eso que dice María de que me ve más delgada.

Llevamos tres días de casados y, si todo sigue así, podríamos quedarnos a vivir aquí para siempre. No tengo de qué quejarme ahora mismo lo tengo todo. Sobre todo a él.

Lo único que necesito para despejarme la mente cuando Santiago no está es trabajar. Hoy por la mañana, aprovechando que estaba afuera, abrí el portátil y me puse a buscar empleo. Bueno, en realidad busqué *trabajo como modelo de fotografía.*

Estar en Italia, vivir en Roma y no intentarlo me parecería imperdonable. Siempre me llamó ese mundo, pero nunca tuve el valor de meterme de lleno. Hasta ahora.

Encontré un estudio privado. Un tal Lorenzo Conti.

Buscan mujeres jóvenes, entre dieciocho y treinta años, para una revista de lencería. Incluso mencionan la posibilidad de proyección internacional.

Santiago no sabe nada de esto y, aunque me siento un poco mal por ocultárselo, ya lo hecho, hecho está. Mandé la candidatura con las dos fotos que pedían, perfil y cuerpo entero, y, quince minutos

después, me respondieron. Me citaron para una prueba de sesión de fotos a las cuatro de la tarde, en Via di Parione 221.

Voy a tener que inventarle algo a Santiago. No creo que le haga ninguna gracia la idea de que su mujer aparezca en una revista de lencería.

Ya terminó con la cama y ahora está regresando a la casa. Le preparé un café caliente, así lo endulzo un poco.

—Allá afuera hace un frío de cojones —dice mientras cierra la puerta a sus espaldas.

—Podríamos haber comprado una cama nueva.

—No, no hace falta. Esa cama ha visto muchas cosas —responde sentándose en una silla de madera frente a mí—. La deberíamos probar ahora mismo… ya sabes hay que comprobar si el arreglo que hice vale la pena.

Sonríe y me mira de arriba abajo. Tiene esa mirada de hombre que podría follarte todo el día sin cansarse. Y ya me he dado cuenta de que Santiago Santoro no se cansa nunca. Cuando digo nunca, es nunca.

—Precisamente te quería decir que pienso salir hoy —digo, mientras le tiendo la taza de café caliente.

Santiago frunce el ceño, pero no dice nada.

—¿No piensas preguntarme? —añado después de beberme el café de un solo trago.

—Ya me contarás de camino. A donde sea que vayas, yo te llevo —dice mientras se levanta de la silla.

Lo escucho y me da una punzada en el estómago. Mi plan empieza a complicarse.

Camina hasta el fregadero, enjuaga la taza y la deja boca abajo en el escurridor. Después de tantos meses juntos, todavía me cuesta entenderlo, sobre todo cuando entra en ese modo suyo. El modo *capo.*

No sé si está pensando en acompañarme para controlar a dónde voy, o si, en realidad, no le importa un carajo y solo quiere llevarme

porque sí.

—Voy a darme una ducha—dice.

Asiento mientras lo veo entrar al baño.

Joder, tengo que inventarme algo antes de que descubra lo que me traigo entre manos.

Me visto rápido mientras Santiago se está duchando. Me pongo unos vaqueros negros ajustados, un jersey de punto color crema metido por dentro y un abrigo largo camel que me llega a media pierna. Me pongo también unos botines negros y me recojo el pelo en una trenza. No es un look llamativo, creo que voy bastante decente para presentarme en un estudio de fotografía. El único detalle que destaca son mis labios pintados de carmesí. Mi color favorito, y el que siempre me hace sentir un poco más segura de lo que realmente soy.

La puerta del baño se abre y Santiago sale envuelto en una toalla.

—¿Tan guapa tienes que ponerte para salir hoy, Serena? —dice, recorriéndome con la mirada.

—Es solo ropa—respondo, intentando sonar lo más natural posible.

—¿Y lo de los labios? —murmura, acercándose—. Ven, que quiero saber cómo sabe ese color en tu boca.

—No, espera… —improviso, dando un paso atrás—. Si me lo quitas ahora, voy a tener que volver a pintármelos. Y llegaremos tarde.

—Pues más te vale que ningún cabrón se te quede mirando —dice, apretando la mandíbula.

—No te preocupes,—digo, apartándolo con suavidad—. Pero cámbiate ya, que tenemos que irnos.

✧ 🖤 ✧

Al final terminé diciéndole que tenía una entrevista de trabajo en un restaurante de Via delle Mantellate. A él no le hizo ninguna gracia. Con las ganancias que recibo de la parte que me corresponde de Puerto & Asociados no tengo necesidad de trabajar, pero mi excusa fue clara. *No puedo vivir toda mi vida encerrada en casa.*

El restaurante que busqué en Google Maps tiene cinco estrellas y es de los más famosillos de Roma. Ya que me inventé un cuento, tampoco iba a decir que iba a trabajar en un sitio cutre. Según el móvil, ya casi estamos. En cuanto me quede sola, tendré que cruzar el Ponte Mazzini para llegar al estudio fotográfico del tal Lorenzo Conti.

Decirle mentiras a Santiago seguramente no es la mejor idea. Cruzo los dedos para que todo salga bien y, después, ya veré cómo arreglo este enredo.

—Es aquí —dice él, deteniéndose frente al local.

El restaurante está abierto y a través de las vitrinas de cristal se ve que está a tope.

Me quedo sentada en la moto, con un nudo incómodo en el pecho. *¿En qué momento pensé que esto era buena idea?*

—Serena… Serena, ¿te vas a bajar, o no?

No respondo todavía, las piernas me pesan y no consigo moverme.

—Si no te bajas, regresamos a casa y probamos la cama —dice él, sonriendo.

—Ya la probaremos esta noche —respondo al fin mientras me quito el casco—, y veremos si el arreglo que hiciste valió la pena.

—Lo espero, y no me vengas luego con historias —dice, mientras me lanza una microsonrisa y me mira por encima de sus gafas oscuras—. Te recojo cuando termines, no tardes y pórtate bien.

¿Por qué dice eso así? ¿Me habrá descubierto? ¿Ya sabe que tengo que ir al estudio fotográfico?

—¿Qué quieres decir con que me porte bien? ¿A dónde quieres que vaya?

—Serena, ¿qué cojones tienes? ¿A dónde si no? A lo que viniste a hacer aquí. Tu entrevista de trabajo.

—Ah… sí, cierto. Estoy nerviosa, solo es eso.

Si supiera por qué estoy realmente nerviosa, me subiría a la moto a la fuerza y no me dejaría salir nunca más.

Me doy la vuelta sin mirarlo. No tengo el valor de sostenerle la mirada, Santiago me conoce demasiado bien y no puedo arriesgarme a que note nada ahora.

—¿No piensas despedirte?—dice, cerrando sus dedos alrededor de mi muñeca.

Sonrío y me acerco para besarlo. Su boca está caliente y sus labios suaves. Si me quedo un segundo más, cambio de idea y me vuelvo a casa con él para probar la bendita cama.

—Ahora tengo que entrar. Me están esperando.

Santiago asiente, pero no se mueve. Se queda sentado en la moto, justo frente a la puerta del restaurante. Eso no lo había calculado. Pensé que me dejaría aquí y se iría. *Qué imbécil soy.*

Camino y siento su mirada clavada en la espalda. Abro la puerta de vidrio del restaurante y respiro hondo. Giro la cabeza y Santiago sigue ahí, mirándome fijo. Lo saludo de lejos y me acerco a la barra con el corazón en la garganta.

¿Y ahora qué carajos hago?

—¿Me puede indicar dónde está el baño? —pregunto disimulando, mientras miro de reojo hacia afuera.

Por fin, enciende la Vespa y se va. El aire me vuelve a los pulmones, pero mejor sigo un rato más aquí, no vaya a ser que le dé por regresar. *Ni loca salgo por esa puerta ahora, capaz que me lo cruzo en la esquina. Voy al baño un momento, gano tiempo y espero antes de volver a salir. Mejor así. No quiero arriesgarme.*

Abro el agua del grifo y me refresco la cara. Me seco rápido y saco mi pequeña bolsa de maquillaje. No puedo llegar al estudio toda demacrada, algo tengo que arreglarme.

De pronto, mi celular vibra. Un mensaje de Santiago.

Si algo no te gusta, sales y me llamas.

Su mensaje no me tranquiliza, al contrario, me hace temblar, pero tengo que responderle para que no sospeche nada.

Ok, no te preocupes.

Trago saliva y apoyo la espalda contra la pared del baño*. Ojalá todo me salga bien.*



—Ya voy, por Dios. Un minuto de paciencia.

Salgo porque una señora necesita entrar. Llevaba rato tocándome la puerta.

Echo a andar lo más rápido que puedo. Camino como loca entre las calles estrechas, Miro el reloj, son casi las cuatro, pero ya estoy cerca.

Por fin, Via di Parione 221 aparece al final del pasaje. Vuelvo a mirar la hora, todavía me queda algo de tiempo. Lo suficiente para encender un cigarrillo y fumármelo de un tirón, a ver si así se me baja un poco el temblor que traigo por dentro.

El 221 tiene un portero automático con una lista larga de apellidos. Paso el dedo lentamente, uno por uno.

Lombardo.

Bianchi.

Rossi.

—Conti, Lorenzo —leo en voz baja.

Pulso el botón.

—¿Sí? —responde una voz masculina.

—Hola… soy Serena Caruso. Tengo una cita para una prueba de fotos.

…

—Sí, sube. Séptimo piso.

El zumbido del portón al abrirse hace que dé un salto. Entro al ascensor, es pequeño y antiguo. Tiene una doble puerta manual de color naranja. Las paredes de metal están deterioradas y el único espejo que tiene está rayado. Parece el ascensor de una peli de horror, por suerte todavía no es de noche.

Pulso el número siete. El ruido que hace cuando sube no me convence. No sé si lograré llegar viva al séptimo piso.

Un sacudón fuerte sacude la cabina y el ascensor se detiene.

Abro la puerta y me encuentro con un pasillo iluminado por dos lámparas de pared. Las piernas me tiemblan. Me siento fatal. Después de lo del secuestro le he cogido miedo a lugares así. Apoyo la mano en el muro y respiro hondo. Si quiero hacer lo que me gusta, si quiero demostrarme que puedo, tengo que seguir adelante.

Al fondo veo una puerta blanca con un cartelito medio escondido.

Studio Conti*.*

Me detengo frente a ella y toco. Abre un hombre alto y delgado, de unos cuarenta y tantos. Lleva una camisa negra y un pantalón de tela marrón.

—Serena —dice, mirándome de arriba abajo sin disimular—. Puntual. Eso me gusta.

—Buenas tardes —respondo, intentando sonar segura.

—Pasa.

El estudio es bastante más grande de lo que creía. Hay focos por todos lados, fondos de tela colgados y una cámara enorme en un trípode. También hay un sofá negro de piel, una mesa con botellas de agua y una zona que parece un mini camerino. Todo está perfecto, nada que ver con el ascensor y el pasillo de afuera.

—Siéntate —dice señalando el sofá—. Antes quiero verte bien.

Lo hago y siento su mirada recorriéndome. No es descarada, pero tampoco normal, o al menos eso creo. Es mi primera vez en un estudio de fotos.

—Tienes buen cuerpo —comenta—. Natural. Eso se paga bien.

Asiento, sin saber qué decir.

—Vamos a empezar con algo sencillo —continúa—. Lencería beige. Está en el camerino.

Señala la cortina negra al fondo.

—¿Beige?—repito.

—Sí. Es lo que vende.

Me levanto y camino hacia el camerino. Corro la cortina y veo el conjunto sobre una silla.

—Al menos no es usada—murmuro mientras rompo el nailon.

El conjunto es pequeño. Demasiado pequeño para mi gusto. No es algo con lo que me sienta cómoda.

—Oye, creo que esta no es mi talla —digo mirándome al espejo.

—Es un modelo nuevo —responde Conti desde el otro lado—. Es así… más atrevido, por decirlo de alguna manera. Eso es lo que buscan las marcas grandes. No te preocupes. Soy profesional.

Sus palabras no me tranquilizan del todo, pero decido intentarlo. Si quiero entrar en este mundo, tarde o temprano algo así iba a pasar.

Cuando salgo, Conti se endereza. La forma en que me mira no parece muy profesional.

—Gira.

Lo hago y con las manos intento cubrirme un poco por abajo.

—Bien… muy bien. Colócate ahí, en el centro —dice, señalando los fondos de tela.

Empiezo a posar como me va diciendo. Él hace varias fotos mientras se mueve a mi alrededor.

—Relaja los hombros —dice, tocándome el brazo.

Su mano se queda más de la cuenta, pero no digo nada.

—Mírame —añade—. Eso… así.

Sigue sacando fotos.

—Relájate un poco más —dice.

Intento aflojar los hombros, aunque no me sale del todo.

—No tengas vergüenza, Serena. Esto es normal.

Su mano baja por mi espalda, demasiado cerca de donde no debería.

El cuerpo se me tensa al instante. El hijo de puta me está tocando el culo. Me aparto al momento.

—No me toques.

Él sonríe, pero no es una sonrisa normal. Es la de un maldito asqueroso que ya ha hecho esto antes.

—Tranquila… solo estaba corrigiendo la postura.

—No necesito que me corrijas tocándome.

Da otro paso.

—Si quieres trabajar en este mundo, tienes que relajarte —dice —. Nadie va a mirar solo tu linda cara.

Da otro paso y vuelve a tocarme, esta vez descaradamente.

Reacciono de inmediato, le agarro los dedos de la mano con la que me está tocando y le giro la muñeca hacia atrás, tal como me enseñó Santiago. Escucho el crujido de sus huesos rompiéndose.

—¡AHHH! ¡Joder!

Cae de rodillas frente a mí, sujetándose la mano.

—No vuelvas a tocar a una mujer sin su permiso —le digo, mirándolo desde arriba.

Lo dejo tirado y voy directo al camerino. Me visto con lo que traía puesto y guardo la lencería en el bolso. No pienso dejarle nada. Corro la cortina y camino hacia la puerta. Conti sigue en el suelo, lloriqueando, tocándose los dedos rotos.

Pongo la mano en la manilla, pero me acuerdo de la cámara con las fotos que me hizo. Esta vez no me va a pasar como cuando perdí

el móvil. Me doy la vuelta, agarro la cámara y la estampo contra el suelo una y otra vez.

—¡Mi cámara, no! —grita.

—Cállate si no quieres que te rompa los otros dedos.

Cojo una botella de agua y la vuelco sobre toda su cacharrería. Saco la tarjeta SD y la parto en dos con la suela de mi bota.

Dudo que vuelva a atreverse a tocar a otra mujer.

Abro la puerta y salgo al pasillo. Camino rápido hasta el ascensor, bajo al vestíbulo y cruzo la salida sin mirar atrás. En cuanto piso la calle, tiro la lencería en el primer contenedor que encuentro. Camino tan rápido como puedo hacia el restaurante donde se suponía que tenía la entrevista de trabajo.

No pienso contarle lo que pasó a Santiago. Sé de sobra que sería capaz de matar a Conti. Lo conozco demasiado bien, y aunque ese cabrón se lo merezca, no quiero que Santiago se manche las manos por un imbécil como él.

Capítulo 44

Santiago

Ella creyó que podía ocultármelo.

Pero Serena Caruso no es buena mintiendo. *¿De verdad piensa que voy a creerme lo del restaurante?*

Esperé un rato y en cuanto salió me puse a seguirla, hasta que un imbécil de la policía municipal decidió detenerme por entrar con la moto en una zona peatonal. Desde entonces llevo más de media hora dando vueltas por el vecindario, buscando cualquier rastro de hacia dónde pudo haber ido.

Doblo la esquina y choco con un tipo con la cara pálida y la mano pegada al pecho.

—¿Has visto pasar a una zorra? Pelo castaño, trenza, buen culo y los labios rojos.

A veces la gente habla sin que uno tenga que preguntar.

—¿Cómo fue que la llamaste?

✧ 🖤 ✧

—No… no hace falta… —balbucea.

—Repítelo —digo, sin subir la voz.

—Zo… zo… zorra.

Es la décima vez que lo obligo a decirlo. Y la décima vez que le arranco un diente con la punta de mi bota.

—Vamos —murmuro, inclinándome sobre él mientras le abro la boca con los dedos—. Aún te faltan veintidós veces más. Ya casi

terminamos.

Mi celular vibra. Es Serena.

Ya terminé la entrevista. Te espero afuera del restaurante.

Respondo como puedo. El táctil falla y la sangre en mis dedos no ayuda.

Está bien. Espérame ahí. Puede que tarde… hay tráfico.

Me guardo el móvil en el bolsillo y vuelvo a mirar al cabrón a los ojos.

—Por favor… no me hagas más nada —balbucea desde el suelo, con la boca hecha mierda, llena de sangre—. Ella fue la que vino a mi estudio para hacerse unas fotos.

Lo escucho mientras me dejo caer en el sofá, cuando hago este tipo de cosas nunca llevo prisa.

—Eso lo vienes diciendo desde el principio —respondo—. Pero hay dos cosas que todavía no me has explicado.

Se limpia la boca con la manga de la camisa y me mira con los ojos entrecerrados.

—Una —continúo—, ¿por qué te rompió los dedos?

—Y dos… —añado, apuntando la cámara rota—, ¿por qué terminó así?

Le tiembla el cuerpo y baja la cabeza.

—¿Vas a decírmelo… —pregunto—, o seguimos jugando al dentista?

Trata de tragar saliva y lo único que consigue es que se le escape un hilo de sangre y baba.

—¡Le toqué el culo, carajo! —grita, llorando—. ¡Nada más que eso!

Acabas de cometer un error.

Me pongo de pie y él me sigue con la mirada, sin entender que lo peor que pudo haber hecho fue abrir la boca. Se equivocó, y mucho. Serena Caruso es mi mujer y tocarla se paga con la vida.

—Ah… muy bien —digo—. Gracias por aclararlo.

Recojo un trozo de plástico de la cámara rota y lo giro entre mis dedos.

—¿Sabes? —susurro —. Me he aburrido de jugar al dentista.

Me acerco un paso más.

—Creo que es hora de cambiar de juego.

Me agacho frente a él.

—Ahora jugaremos a la hora de la comida —digo, acercándole el trozo a la cara—. Vamos… abre bien la boca y di aaaah.



El hijo de puta masticaba con demasiada calma. Lo obligué a tragar todo para que terminara más rápido. No tenía tiempo para su lentitud.

Serena me ha llamado varias veces, pero no he respondido; ya ha pasado una hora desde que le mandé el mensaje diciéndole que me esperara. Si me hubiera dicho a dónde iba, nada de esto estaría pasando.

La veo a lo lejos, encogida en el bordillo de la acera, con la mirada clavada en el suelo.

Me detengo frente a ella y apago el motor.

—Ya estoy aquí —digo mientras me bajo de la moto y levanto el asiento para darle el casco—. Se me complicó un poco.

—¿Qué cosa? ¿El tráfico?

—Sí, Serena… El tráfico.

Ella me mira fijo, esperando a que le pregunte cómo le fue en su supuesta entrevista de trabajo, pero no pienso seguirle el juego.

—Móntate —digo mientras le paso el casco.

Se sube a la moto y me rodea la cintura, pero no aprieta como siempre, solo apoya las manos.

Durante todo el camino no digo nada. Quiero que sea ella la que hable. Quiero que me cuente la verdad. Sé cuánto la desespera cuando la ignoro, y justamente por eso lo hago. La siento inquieta detrás de mí, moviéndose y apretando las piernas.

Está nerviosa. Lo sé.

Llegamos a casa y ella se baja de la moto sin mirarme. Me deja el casco en la mano y entra, dejando la puerta abierta. Juega a estar molesta porque llegué tarde a recogerla, cuando el único que debería estar cargado de rabia por sus mentiras soy yo. Y lo estoy.

Entro detrás y me la encuentro en la cocina.

—¿Quieres café?

—No —respondo sin detenerme.

Escucho cómo deja la cafetera en la encimera y viene detrás de mí.

—Santiago…

Sigo sin decir nada. Me quito la cazadora y la dejo sobre una silla. Voy al baño y me lavo las manos; aún tengo restos de sangre bajo las uñas.

Ella me mira parada desde el marco de la puerta.

—Yo… —empieza—. Hoy…

Cierro el grifo y la miro a los ojos. Abre un poco los labios y veo cómo traga saliva antes de seguir hablando. Camina hacia mí con la mirada baja, respira hondo y después la levanta.

—Tengo que contarte lo que me pasó hoy.

Capítulo 45

Santiago

Ella me lo contó todo, pero yo no le conté nada. Hay historias que es mejor sepultar para siempre, como la del hijo de puta del fotógrafo, al que también sepultaron ayer. Vi la noticia en el periódico. Lo encontraron muerto por una perforación gastrointestinal. *Vaya imbécil.*

—Santiago ¿Sigues molesto?

Llevo dos días durmiendo en el sofá. Ella está que hierve porque no soporta acostarse a dormir sola, necesita mi respiración cerca de su oído y mi calor para poder cerrar los ojos. Pero desde que me contó la verdad no la he tocado ni con un dedo. Cuando lo escuché de su boca me hirvió la sangre, sonó demasiado duro porque Serena me importa, y eso es lo que más me encabrona. Joder me dolió, me jodió la mentira, me jodió que me ocultara algo así, y encima tuvo los ovarios de plantarse en puta lencería delante de un hombre que no soy yo.

—No puedes vivir sin hablarme toda la vida, ¿lo sabes, verdad?

No levanto la vista de la laptop. Sigo revisando las últimas facturas del puerto que me mandó Salvatore. De vez en cuando miro de reojo la televisión. Suena *"Devil in a Dress"*, de Teddy Swims.

—Santiago… Santiago…

Sigo en silencio, ignorándola por completo.

—¿Sabes qué? —suelta de pronto—. Jódete. Voy a coger un poco de aire.

Entra en la habitación y, cinco minutos después, vuelve a salir. Lleva unos vaqueros ajustados, de esos que le hacen justicia al hermoso culo que tiene. Me mira, lo noto de reojo.

Gira la manilla de la puerta y, entonces, reacciono.

—¿A dónde vas?

Se gira hacia mí con la mirada hecha fuego.

—¿Entonces para que hablaras tenía que hacer todo este teatro?

—Te lo habrías ahorrado si me hubieras dicho la verdad desde el principio.

Serena se pone seria, me mira fijo y suelta una carcajada irónica.

—Claro… cómo no se me ocurrió antes. Decirle a Santiago Santoro que iba a una prueba de fotos en lencería.

Me levanto de la silla y doy un paso hacia ella.

—Entonces dime —continúa—. ¿Me habrías dejado ir o no?

Me acerco hasta rozar su oído.

—No… porque tú me perteneces.

Veo cómo se le eriza la piel con solo rozarla. Apoyo mis labios en su cuello y se queda quieta. Recorro con los dedos sus brazos hasta su cara, le sujeto las mejillas y la obligo a mirarme.

—Vuelve a mentirme, y estaré un mes sin tocarte. A ver cuánto duras sin perder la cabeza.

Serena

Escuchar su voz tan cerca hace que pierda la paciencia. Doy un salto y me agarro a su cuello. Entre mis piernas abiertas noto el calor de su erección.

—Qué rápido se te pone dura.

—Tú eres la causa—susurra contra mi boca.

Me lleva hasta la mesa y me deja caer sobre ella; la laptop resbala y se estrella contra el piso. Ahora mismo, el puerto y las facturas pueden irse a la mierda.

—¿Quieres probar la cama? —susurro, sonriendo.

—No… —responde sin apartar la mirada de mi boca—. Prefiero tener que arreglar la mesa.

Sus palabras me encienden. Me arranco yo misma la ropa, primero la blusa y después el sujetador. Los pezones se me endurecen al momento y entre las piernas me late fuerte.

—Apártate —le ordeno, empujándolo hacia atrás para poder quitarme el vaquero y el tanga.

Lanzo todo al suelo, junto con la cazadora que llevaba en la mano cuando fingí que iba a salir para coger aire.

Santiago vuelve a acercarse a mí, con la cremallera del vaquero a punto de reventarle.

—No des ni un paso más… —lo freno, apoyando mi mano en su pecho.

—Serena… deja de jugar conmigo. No te conviene —susurra, con una media sonrisa mientras encierra mi muñeca entre sus dedos.

—Ah, ahora sí te entran ganas de hablar, ¿verdad?— le digo mientras le rodeo la cintura con las piernas y lo atraigo hacia mí.

Le sujeto el cinturón y empiezo a aflojarlo sin quitarle los ojos de encima. Quiero que le quede claro que aquí mando yo.

Su mandíbula se tensa.

—Serena… —mi nombre se le escapa otra vez mientras me roza el cuello con su boca.

La piel se me eriza; lo vuelvo a empujar, me bajo de la mesa y me pongo de rodillas frente a él. Finalmente le bajo la cremallera y dejo salir su erección, la agarro con la mano y está hirviendo. Me encanta cuando se le pone así. Levanto la mirada mientras rozo mi lengua por su glande y veo que se le nubla la cabeza y aprieta los puños para no perder el control delante de mí.

—Mírame —le ordeno.

Lo meto en mi boca poco a poco, quiero escucharlo gemir, quiero oír a Santiago Santoro someterse a mi juego.

Sus gemidos son fuertes y su respiración está entrecortada. Su erección en mi boca se va agrandando cada vez más y, aunque trato, me cuesta trabajo llevármelo hasta la garganta.

Me lo saco de la boca y me pongo de pie, sin dejar de acariciárselo, mientras deslizo mi otra mano por su pecho. Sus ojos grises están cargados de morbo y deseo.

Lo empujo contra la mesa y él cae tendido sobre ella. Paso mis dedos por su pecho y le desabrocho la camisa, botón por botón.

—Me ignoraste dos días —murmuro, mordiéndome el labio de abajo—. Ahora te toca hacérmelo doble.

Me subo a horcajadas encima de él. Vuelvo a agarrar su pene y lo guío dentro de mí. Siento cómo entra con facilidad y me llena por completo el vientre, arrancándome un gemido que no pienso contener.

Empiezo a moverme, primero lento, luego más profundo. Voy marcando el ritmo con las caderas, los movimientos me arden por dentro , pero me da igual, no quiero parar. Solo quiero seguir disfrutando de su enorme erección.

Santiago me agarra fuerte de las nalgas.

—Serena… —dice con la respiración cortada—. Estás acabando conmigo.

—Cállate —le digo contra su boca, mordiéndole el labio—. Y aguanta como un hombre.

Siento cómo pierde el control. Cómo su cuerpo empieza a ceder. Acelero. Me muevo más rápido, más fuerte,

Mi cuerpo también se tensa. El placer me revienta por dentro, me sostengo de su pecho sin dejar de moverme. Y exploto con un gemido que no me importa si escucha toda Roma.

—Santiago… —susurro, sin aire.

Él tampoco aguanta más, lo noto en sus ojos y en las palpitaciones dentro de mi vientre. Me aprieta con fuerza las nalgas, sus dedos se hunden tan duro que me duele.

Un gruñido ronco sale de su boca mientras se corre dentro de mí. Su respiración agitada mueve su pecho bajo mis manos, y yo me quedo encima de él, disfrutando de ver que hasta el hombre más dominante puede ceder bajo el poder de una mujer.

—No te relajes todavía… te dije que toca doble.

La madera cruje de repente. Nos quedamos quietos, y vuelve a crujir.

—Santiago… —susurro sin moverme.

De pronto la mesa se viene abajo y caemos al suelo. No decimos nada; nos quedamos mirándonos como idiotas, y nos echamos a reír.



Santiago

Serena se está duchando. Estábamos empapados en sudor cuando terminamos de follar. Todavía huelo a sexo recién hecho, y voy a quedarme así, me encanta poder olerme las manos y saborear su perfume entre mis dedos.

—Regreso en una hora —digo mientras agarro las llaves de la Vespa.

—Está bien —responde ella desde la ducha.

Yo prefiero ir a tomar una birra fría al bar después de haber follado como una bestia. Las cervezas aquí son realmente buenas. La verdad es que Roma me ha dado cada sorpresa, y no solo con el alcohol , sino también con Serena. Si hace seis meses alguien me hubiera dicho que acabaría convertido en su marido, no me lo habría creído. De algún modo, creo que todo esto también formaba parte del plan de Marco Caruso.

No soy de creer en el destino ni en ninguna de esas mierdas. Siempre he pensado que cada uno se hace su propio camino a base de empujones, pero últimamente, no sé por qué, me ronda la cabeza esa idea de que quizá todos llegamos con un libro ya escrito.

O a lo mejor el destino solo quiere burlarse de mí por todas las veces que lo he jodido.

Me detengo frente al bar y dejo la moto mal aparcada, que me multen si quieren. Ahora mismo lo único que necesito es una cerveza fría y un poco de soledad. La combinación perfecta para ordenar la cabeza, o para seguir jodiéndola, según el día.

El bar, a esta hora, está medio vacío. Siempre igual. Siempre las mismas caras. Giovanni pegado a las máquinas de *slot*, dándole al botón una y otra vez. Desde que entré por primera vez a este sitio no ha habido un solo día en que no lo vea dejándose el sueldo en esas mierdas.

Al fondo está el viejo Piero, fumando sin parar. Tiene el celular pegado a la cara, acercándolo y alejándolo porque no ve un carajo. Seguro está buscando alguna chica para esta noche. Desde que su mujer lo dejó por otro, el cabrón no hace otra cosa que fumar, beber y meterse con cualquier puta que le cobre poco.

El único que falta es Fabrizio. Desde lo que pasó en la iglesia, desapareció de Roma. Tenía sus motivos, y yo también tuve algo de culpa. Los hijos de puta lo tenían amenazado día y noche para que les vendiera el bar. Querían convertirlo en otro de sus locales de porquería para lavar dinero, pero Fabrizio nunca aceptó.

La noche que me lo contó yo estaba borracho de cojones, y se me ocurrió la brillante idea de ir a hacerles una visita a uno de sus casinos clandestinos. La visita acabó con dos muertos, tres heridos y el local hecho mierda. Pero eso no fue nada. Lo que de verdad le jodió al hijo de puta que vino con sus matones de mierda a arruinarme el matrimonio fue el Alfa Romeo Giulia del 72, rojo, que tenía aparcado. No solo se lo robamos, también lo estampamos contra un muro y después lo quemamos. *... Menuda noche aquella.*

Me siento en la barra y apoyo los codos sobre la madera sucia.

—Una *birra* —le digo a Rocco, el barman.

Sirve la cerveza y, mientras cae, se me hace agua la boca. Me la deja delante y me bebo media jarra de un trago.

—Se ve que te casaste hace poco —dice el cabrón, sonriendo—. No pareces muy feliz, *amico mio.*

Suelto una risa y me doy otro trago.

—No sabes nada tú.

—Claro que sé —responde—. Los hombres felices y recién casados no vienen a estos antros de mierda.

Me encojo de hombros.

—No es infelicidad. Es… muchos problemas personales sin resolver.

—Ah —dice—. Eso es peor.

Bebo en silencio un rato y pienso en mi padre, en Salvatore y en todo lo que dejé detrás.

—¿Sabes qué pasa cuando uno encuentra algo bueno? —dice Rocco, intentando sacarme conversación—. Que empieza a tener miedo de perderlo.

Lo miro de reojo.

—¿Ahora también eres filósofo?

—No —ríe—. Soy barman. Veo a tipos como tú venir aquí a ahogar sus penas día tras día.

Me doy otro trago. Y luego otro. Y otro.

—Ella es fuerte —digo sin mirarlo—. Más de lo que cree.

—Las mujeres fuertes siempre se enamoran de hombres complicados —responde—. Y viceversa.

—Me caes bien, Rocco… Sírvete una cerveza y brinda conmigo. *Ti offro io, va'.*

Si ser complicado me llevó a perderme por Serena Caruso, entonces seguiré siéndolo.

Chocamos los vasos.

—Por las malas decisiones —dice.

—Por las peores —respondo.

De pronto, una sirena se escucha a lo lejos.

—Roma nunca duerme —susurra Rocco, limpiándose la espuma de la boca.

—Hablando de dormir… ¿qué hora es?

—Las ocho de la noche—responde.

Carajo. Serena va a matarme.

Miro mi celular, ni una llamada. Qué raro. La sirena se escucha más cerca, y detrás se oye otra más.

Rocco frunce el ceño.

—Eso no es normal —dice—. Algo pasó.

Se me aprieta el pecho y me bajo de un trago la quinta cerveza.

—Creo que tendré que volver a casa —digo mientras dejo el dinero sobre la barra.

—¿Todo bien?

—Eso espero.

Salgo del bar y el frío me golpea la cara, ni cuenta me di de que ya oscureció. Camino hacia la Vespa y un camión de bomberos me pasa a toda velocidad por al lado, va rumbo a las afueras.

—No …

Aprieto la mandíbula.

En esa dirección solo está mi casa. Y Serena.

Capítulo 46

Serena

El agua caliente resbala por mi espalda, aunque siendo sincera no está tan caliente como lo estaba yo hace unos minutos. Cada vez que nos acostamos siempre salta esa chispa que me enciende, nunca me aburro de él. Sé que ha pasado muy poco tiempo desde que estamos juntos, pero no creo que la química que hay entre nosotros vaya a cambiar , tengo ese ligero presentimiento, esas cosas se notan desde el principio.

Apoyo las manos contra la pared de la ducha. Todavía puedo oler su perfume en mi piel. Me muerdo el labio sin darme cuenta y sonrío.

Para la cena de esta noche estaba pensando en prepararle algo especial. Quizás una pasta *alla Norma*, es una receta que vimos en un programa de cocina y que él dijo que le fascinaba. Me apunté los ingredientes a escondidas, por si algún día quería sorprenderlo. Y para el postre, bueno, el postre será lo mejor. Yo.

Cierro el grifo y cojo la toalla para secarme el pelo. El vapor empieza a irse y el baño se enfría poco a poco.

Ojalá Santiago vuelva rápido, pienso mientras me pongo una camisa blanca que dejó colgada. Me queda enorme, casi un vestido, pero es tan cómoda, y además huele a él.

De pronto escucho un ruido en la sala. *Seguro que ya está de regreso.*

—¿Volviste antes? —digo sonriendo mientras abro la puerta del baño.

Pero no, me equivoqué. No es él.

Hay un hombre en la sala. Lleva un pasamontañas y un abrigo oscuro, pero sus manos están descubiertas. En la derecha tiene tatuado un escorpión negro.

Gira la cabeza y se me queda mirando. Está tan sorprendido como yo de que hubiera alguien en la casa. El aire se me atasca en la garganta.

—¿Y tú quién carajo eres? —digo, intentando que no me tiemble la voz.

La peste a gasolina me entra por la nariz antes de que pueda decir algo más. El tipo tiene un bidón vacío en la mano y los pocos muebles que tenemos están empapados, incluida la mesa de madera que sigue rota en el suelo.

El hombre levanta la mano. Tiene un encendedor y, con el pulgar, abre la tapa metálica.

—¡No! … —grito—. ¡No lo hagas!

El clic suena, más fuerte que cualquier disparo que haya oído en mi vida. El encendedor cae al suelo y todo se prende.

Las llamas estallan y me empujan hacia atrás. El desgraciado sale corriendo antes de que la cosa se ponga peor, pero yo me quedo aquí, paralizada y sin poder moverme. El fuego avanza rápido, formando un cerco que me encierra. Las cortinas llevan las llamas hasta el techo y el humo se vuelve irrespirable. El vapor ya empieza a sofocarme. Miro hacia la ventana que da al descampado, pero el refrigerador caído la bloquea por completo.

La puerta principal es mi única salida. Intento avanzar cubriéndome la cara, pero es casi imposible. Cada paso pesa más que el anterior, los ojos me arden y todo empieza a dar vueltas.

—Vamos, Serena… tú puedes —susurro, intentando despertar las pocas fuerzas que me quedan mientras me tapo la boca con el cuello de la camisa.

Doy un paso más, pero de pronto algo se desprende del techo con un estruendo y cae frente a la puerta. No tengo escapatoria, mi única salida acaba de desparecer.

—Santiago… —murmuro.

El suelo se me viene encima, y todo se apaga.

✧ 🖤 ✧

El olor a whisky y habano me llega de inmediato. Reconozco el despacho en seguida.

—Piccola mia. La mia piccola Serena.

Abro los ojos …y lo veo.

Mi padre está justo frente a mí, con una sonrisa enorme dibujada en el rostro.

—Papá… papá —murmuro, parpadeando.

Me levanto de un tirón y lo abrazo con fuerzas. Sus manos me rodean y puedo sentir su calor y su perfume, tan reales como siempre.

—Dime que no has muerto —sollozo entre sus brazos—. Por favor, dímelo. Dime que todo lo que he vivido ha sido solo una pesadilla.

Mi padre me besa la frente y me aprieta entre sus brazos.

—No puedo, piccola… no puedo decir eso.

Entonces apoya sus manos en mis hombros y me mira directo a los ojos.

—Pero sí puedo decirte que estoy orgulloso de la mujer que eres.

—No estaba preparada para perderte —susurro entre lágrimas.

Papá sonríe. Esa sonrisa que solo usan los padres cuando saben que lo que van a decir duele, pero tiene que decirse.

—Nadie lo está. Nadie nunca está preparado para perder a un ser querido, pero tienes que ser fuerte.

—Mi manchi tanto….

Mi padre me toma la mano y me lleva hasta el banco de madera donde me enseñó a atarme los cordones de los zapatos.

—¿Lo amas? —pregunta de pronto.

—Sí —digo al instante.

—Es un hombre difícil —murmura, acariciando mis manos—, pero también te ama. Y eso es lo que importa.

Lo miro a los ojos y las lágrimas me bajan por las mejillas. Papá tiene la mirada iluminada.

—Quiero que seas fuerte —dice sonriendo mientras me aparta un mechón del rostro—. Una mujer que nadie pueda dominar. Ni siquiera él.

Sonrío entre lágrimas y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Ahora sabes que tengo que irme —dice—, pero antes hay alguien que quiero que veas.

Papá se levanta y yo me quedo sentada, sin fuerzas para ponerme de pie.

La puerta del despacho se abre y levanto la vista.

—¡Mamma…!

Las fuerzas me regresan cuando la veo. Corro a sus brazos como una niña pequeña. Mi madre lleva un hermoso vestido blanco y el pelo suelto. Parece un ángel.

—¡Mamma, mamma!

Me apoyo en su pecho. El corazón me late con fuerza y me voy quedando vacía de tanto llorar.

—Te amamos, hija mía —dice mi padre acercándose—. Y nunca vamos a dejarte sola. Siempre estaremos a tu lado, aunque no puedas vernos.

La puerta del despacho vuelve a abrirse.

—¿Dónde está mi adorada sobrina? —dice una voz acompañada de una escandalosa risa.

—¡Tío Willy! —digo corriendo a sus brazos, con el corazón temblándome de emoción.

El vacío, el dolor y la felicidad de poder verlos se mezclan dentro de mí de una forma indescriptible. Solo tengo ganas de abrazarlos, de aferrarme a ellos y no soltarlos todavía. Pero entonces algo

empieza a cambiar. El despacho se difumina y el olor a habano y a whisky se desvanece.

—Serena… Serena, ¿me escuchas?

Intento sujetar la mano de mi madre, pero mis dedos ya no encuentran nada.

—Serena, vuelve conmigo.

Parpadeo. Un pitido insoportable me atraviesa la cabeza. Parpadeo de nuevo, hasta que por fin logro abrir los ojos.

Capítulo 47

Santiago

Parpadea. Luego vuelve a parpadear. Me mira confundida, con las pupilas dilatadas. La luz blanca del hospital la vuelve todavía más frágil, y me jode verla así. Está pálida y sus labios se confunden con el tono de su piel.

—Tranquila, ya pasó todo —digo mientras le rozo la mejilla con los dedos.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital. Te desmayaste por el humo.

Intenta incorporarse. Le pongo mi mano en el hombro para que no lo haga, y el movimiento me pega un tirón. Tengo la mano vendada por completo, desde los nudillos hasta la muñeca.

—¿Qué te paso? —pregunta, mirando la venda.

—Nada de lo que debas preocuparte.

No quiero, ni puedo, decirle lo que sentí cuando entré en nuestra casa en llamas, y no fue miedo. Fue solo una sensación horrible de creer que podía perderla para siempre.

Los bomberos todavía estaban intentando entrar cuando yo ya estaba dentro. Ellos siguen un puto protocolo, pero yo solo seguí mi instinto. Lo único que sabía era que tenía que entrar y sacarla de ahí. El infierno no fue el calor pegándome en la cara ni el humo metiéndose en los pulmones. El verdadero infierno fue verla tirada, inconsciente, dándome la impresión de que ya no quedaba nada por hacer. En mi cabeza no existía la opción de dejarla morir. Daría mi vida, volvería a nacer y la volvería a dar cuantas veces hiciera falta, solo por salvar la suya.

—¿Qué pasó, Serena? —le pregunto—. Cuéntamelo todo.

Cierra los ojos y se pasa la mano por la frente.

—Salí del baño… —murmura—. Y había un hombre en la sala. Hace una pausa.

—Llevaba un pasamontañas. No pude verle la cara

Abre los ojos y noto que la pupila se le dilata un poco más.

—Pero vi su mano —añade—, tenía un tatuaje. Un escorpión negro.

No necesito que diga nada más, sé muy bien de quién se trata. Los Farcone, una vieja familia enemiga de mi padre y de mi tío en Sicilia. El tatuaje del escorpión negro en la mano simboliza a su hermandad. Pero hay algo que no me cuadra.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Si era uno de los suyos… *¿quién coño le dijo que estamos en Roma?*

—Esta ciudad ya no es segura —murmuro mientras me pongo de pie.

—¿Qué?

No pienso cargarla con más problemas de los que ya lleva encima.

—Nada —digo, acomodándole la manta.

—¿La casa? —pregunta Serena, llevándose la mano a la cabeza —. ¿Cómo quedó?

—Ya no hay casa… solo quedaron cenizas y polvo.

Se me queda mirando, el labio le tiembla. Intenta aguantarse, pero no puede, una lágrima termina escapándosele. Aparta la mirada y se limpia la mejilla con los dedos.

—¿Y ahora qué haremos?

—El primo de tu padre no está en la ciudad, pero ya se enteró de lo que pasó —murmuro, girándole la cara para que me mire—. Mandó a un encargado hace un rato. Nos ofreció volver a la villa, allí estaremos seguros. Pero le dije que no daría una respuesta hasta que despertaras.

Serena me mira con los ojos enrojecidos, luchando por no llorar otra vez.

—No —susurra, la voz todavía temblorosa—. No quiero volver a su villa. Quiero vivir contigo… una vida normal. Sin escondernos de nada ni de nadie.

Me mira, buscando que mis ojos le confirmen lo que acaba de decir.

—¿Acaso no fue para eso que dejamos Nueva York?

No quiero que siga sufriendo. No quiero que piense que estoy en su contra, aunque mi cabeza me grite que tengo que ponerla a salvo. Por una vez voy a callar ese instinto y haré lo que ella me pida. No vamos a escondernos más, voy a hacer lo que haga falta para que Serena viva una vida normal.

—Nos iremos a un hotel lejos de la ciudad. Te recuperas y después compraremos una casa de verdad… un lugar que podamos llamar hogar.

—Señorita Caruso —interrumpe un médico al entrar—. Necesitamos hacerle unos exámenes. Si todo está bien, podrá irse esta misma tarde.

Serena asiente y, mientras el médico la prepara, me aprieta la mano con fuerza. Ese gesto basta para recordarme que tengo que ceder, aunque eso signifique enterrar mi propio pasado.

✧ 🖤 ✧

Nos dirigimos en taxi hacia un hotel en las afueras. Le pedí consejo a la enfermera que nos hizo firmar el alta médica de Serena. Le conté lo del incendio, que habíamos perdido la casa, y le pregunté si conocía algún lugar tranquilo y apartado donde pudiéramos pasar al menos una semana, hasta arreglar la situación. Me habló de una pequeña localidad llamada Capena, a menos de una hora del centro, y hacia allá vamos.

Ya llevamos varias millas recorridas. Le pedí al chofer que tomara una carretera secundaria; no quiero encontrarme con ninguna

sorpresa a estas alturas, no con Serena así. Se ha pasado todo el trayecto dormida, apoyada bajo mi brazo.

—*Siamo arrivati* —dice el chofer.

Me bajo primero y voy directo a abrirle la puerta. Sigue medio adormilada, envuelta en el pantalón de tela que le dieron las enfermeras y un abrigo que le queda grande. Yo todavía llevo la ropa de ayer, pero ahora eso da igual; lo único que necesito es una ducha caliente para quitarme el frío que se me metió en los huesos.

—Déjame ayudarte — digo, deslizando la mano bajo su brazo para que pueda apoyarse en mi hombro.

Todavía le duele el cuerpo, se lo noto en la respiración y en los gestos que hace con la cara.

—Solo será por unos días, hasta que estés mejor —susurro mientras la ayudo a ponerse de pie, cuidando que no haga ningún movimiento brusco.

Serena asiente, pero no me responde. Me doy cuenta de que le cuesta trabajo hasta hablar. Ha dicho muy poco desde que salimos del hospital.

Entramos y el recepcionista ni siquiera se digna de levantar la cabeza. Me pide los documentos, pero en lugar de eso le deslizo diez de los verdes en efectivo. El doble de lo que cuesta el hotel por una semana. El tipo se queda callado, no hace ninguna pregunta. Solo estira la mano, coge los billetes y nos da una llave con el número trece. El hotel no es un cinco estrellas, pero estoy seguro de que aquí Serena podrá descansar tranquila.

Abro la puerta y entramos a la habitación. Lo primero que veo es una cama grande con una colcha marrón, gastada por los años. A un lado hay una mesita y, frente a la cama, un televisor viejo. La única ventana que hay en este lugar da directo al estacionamiento. Y al fondo está el baño con la puerta abierta; se ve tan pequeño que pensé que era el armario.

Caminamos poco a poco hasta llegar a la cama, y ayudo a Serena a sentarse en el borde del colchón. Le quito el abrigo y me arrodillo frente a ella.

—Mírame.

Levanta la cabeza. Me mira fijo, y todavía puedo ver que sus ojos siguen asustados. El médico me dijo que el daño postraumático podía dejarle la pupila así por unos días.

—Quiero que te relajes —le digo—. Aquí estarás segura. Yo estaré contigo, te lo prometo.

Apoyo mi frente en su rodilla. La mano vendada me late, pero ese dolor es el que menos me importa en este momento.

—Lo siento… —dice con la voz quebrada—. Siento haberte traído hasta aquí. Siento haberte arrastrado conmigo a esta ciudad.

Levanto la cabeza.

—No vuelvas a decir eso.

—Si nos hubiéramos quedado en Nueva York…

—No —la corto—. Basta.

Me pongo de pie y la atraigo contra mi pecho. Serena se deja llevar y, mientras acaricio su mejilla, mis dedos empiezan a mojarse con sus lágrimas.

—Mientras estés conmigo, nada va a pasarte —susurro, sin dejar de acariciarla.

—¿Y tú? —pregunta con un hilo de voz—. ¿Estás seguro conmigo?

Se me escapa una sonrisa

—El peligro nunca has sido tú, *topolina* —susurro—. Ahora es momento de que descanses.

La ayudo a recostarse. Le quito los zapatos y la tapo con la colcha. Sus ojos azules se van cerrando poco a poco. Apago la luz principal y me dejo caer en la silla, de espaldas a la cama, mirando por la ventana que da al estacionamiento.

Saco mi celular del bolsillo. El móvil que le había dado a Serena se perdió en el incendio, pero quizá sea mejor así. Esta semana prefiero que estemos incomunicados.

Justo cuando estoy por apagar el móvil, entra una llamada: *Es mi hermano.*

—Salvatore.

—Santiago —dice sin rodeos—, tienes que huir.

La mandíbula se me tensa sola.

—Habla. ¿Qué pasa?

—La Interpol emitió una notificación roja con tu nombre. Uno de nuestros informantes en la policía vino a avisarme.

Aprieto el puño hasta oír que me crujen los nudillos.

—Roland declaró —continúa—. Dijo que tú mataste al federal encubierto en los viejos almacenes.

Mierda.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Poco.

Miro hacia la cama. Serena duerme.

—Tengo que colgar, hermano… Nos vemos pronto.

—Santi…

Corto la llamada.

Si me quieren, que vengan. Aquí los estaré esperando.

Capítulo 48

Serena

Me despierta una ligera brisa que se cuela por alguna rendija de la habitación. No sé cuánto tiempo he dormido, pero seguro que no lo suficiente para recuperarme. Me duele la cabeza y también la espalda.

Una sirena se escucha lejana en la tranquilidad de la madrugada. Santiago está de pie, de espaldas a mí, mirando a través del cristal de la ventana. Lleva una camiseta blanca, de esas que suele ponerse debajo de la camisa. Se fuma un cigarrillo con tranquilidad. Está en modo *capo*. Lo sé porque tiene los hombros tensos. Solo se pone así cuando está pensando en problemas grandes.

—Aún sigues despierto.

Se gira enseguida, da otra calada al cigarrillo sin dejar de mirarme y luego lo apaga con la yema de los dedos, como si no le doliera. Camina hasta mí, se arrodilla frente a la cama y me toma el rostro con ambas manos. El calor de sus dedos me sube por la piel.

—Escúchame bien, *topolina* —dice en voz baja, con una pequeña sonrisa—. Tienes que dejar que lo que está por suceder… suceda.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, sin entender nada.

Saca del bolsillo del pantalón un fajo grueso de billetes, enrollado con una goma, y me lo pone en la mano.

—Aquí hay dinero suficiente para que te muevas —dice—. No hables con nadie. No confíes en nadie que no sea mi hermano.

El dolor de cabeza se me va, pero en el pecho me empieza un dolor fuerte.

—Nos vemos en Nueva York —dice.

No me da tiempo a responder.

Una luz blanca entra de pronto por la ventana que da al estacionamiento. Un ruido ensordecedor me obliga a taparme los

oídos. La sirena que antes se escuchaba lejana ahora está encima de nosotros, multiplicada por cinco.

—¡POLIZIA! ¡APRITE LA PORTA!

Todo ocurre demasiado rápido. La puerta se viene abajo y un grupo de hombres armados irrumpe gritando. Santiago se pone de pie, levanta las manos y se las coloca detrás de la cabeza sin dejar de mirarme.

—Tranquila —me dice solo con los labios.

Lo empujan, pero no cae. Dos policías lo agarran y otro le coloca las esposas en las muñecas.

—¡No! —grito, y siento que el pecho se me cierra.

Corro hacia él. En estos momentos, todos los dolores que tenía en el cuerpo desaparecen, solo queda ese pesar en el pecho. Salgo de la habitación y el viento del helicóptero me revuelve el pelo. Es de madrugada, pero hay tantas luces que parece pleno día. Los policías se llevan a Santiago hasta la patrulla. Él camina erguido, con la cabeza en alto.

—¡Santiago!

Un policía me agarra, pero me suelto de un tirón.

—¡Santiago! —grito aún más fuerte.

Él se detiene justo antes de que lo suban al auto. Se gira y me mira. Los policías intentan empujarlo para que entre, pero Santiago no se mueve ni un milímetro. Otros dos agentes me sujetan por los brazos con fuerza. Esta vez no puedo soltarme, por más que lo intento.

—Aguanta —leo en sus labios.

Entonces cede, y los policías logran meterlo en el coche. Arrancan de inmediato, con tres patrullas detrás. El helicóptero también los sigue. Los agentes que me sostienen me sueltan y caigo de rodillas en el suelo del estacionamiento.

Estoy descalza, con la garganta rajada de tanto gritar y los ojos llenos de lágrimas. Lloro sin entender qué está pasando, con el sabor amargo de ver cómo me arrancan un pedazo de mí.



Pedí en la recepción que me llamaran un taxi. Por suerte recordé la dirección de la villa del primo de mi padre. Su encargado me ayudó a conseguir un boleto a Nueva York de última hora. Llamé a María y le dije que mañana en la tarde estaré con ella. Se alegró mucho, pero yo simplemente le colgué. Ahora mismo no tengo ningún motivo para sentirme feliz.

El vuelo de regreso se me ha hecho una pesadilla. No tengo idea de lo que me voy a encontrar cuando aterrice y eso me tiene muy alterada. No pude hablar con Salvatore, el celular de Santiago se quedó en el hotel, y yo no tengo su número, fuera de él no sé a quién más acudir para entender qué está pasando. Miro por la ventanilla y todo está oscuro. Me duermo, me despierto, vuelvo a dormirme, y así durante todo el maldito viaje.

—Buenas noches, pasajeros. Les habla el capitán. En aproximadamente quince minutos comenzaremos nuestro descenso. Aprovechamos para desearles, de parte de toda la tripulación, un muy feliz Año Nuevo.

La voz del capitán me despierta de improviso, precisamente cuando por fin había logrado quedarme dormida. Miro por la ventanilla de nuevo y esta vez veo la ciudad iluminada. El avión toca la pista y todos aplauden, todos menos yo.

Uno de los hombres de mi padre me espera en la salida del aeropuerto, lo veo desde lejos. Lleva con él un carrito portaequipaje, pero yo no traigo maleta, yo no traigo nada. A no ser esta agonía que cargo encima y que seguramente pesa más que cualquier bulto.

Mientras avanzamos en el auto, miro por la ventanilla y me quedo viendo las calles decoradas; hay luces por doquier. Demasiados colores para un día tan gris como el mío. Cambio la vista y mi reflejo en el cristal me recuerda por qué regresé a Nueva York. Una lágrima, dos, tres… todas terminan deslizándose por mi

mejilla. Trato de mantenerme fuerte, pero cada vez que todo parece empezar a tomar forma, algo llega y lo jode.

Doblamos por Montague Terrace y llegamos a mi casa. El portón se abre igual que siempre; nada ha cambiado en este lugar. Los hombres de mi padre siguen aquí, custodiando no sé qué, pero siguen. Leales a mi apellido.

—¡Señorita Serena, señorita Serena! —vocifera María mientras corre hacia mí.

Me abraza con fuerza. Yo apoyo la cabeza en su hombro, cierro los ojos y me dejo llevar por su abrazo cálido.

—Venga —dice en voz baja—. Voy a preparar un té caliente.

Me siento en la cocina mientras pone el agua a hervir. Le cuento con calma todo lo que sucedió y por qué regresé. María empieza a llorar. Me toca los brazos, el rostro, buscando confirmar que estoy entera. Que no me falta ningún pedazo.

—Voy a dormir un poco… —digo mientras bebo la última gota de té—. Por favor, avísale a alguno de los hombres que esta noche quiero ir a casa de los Santoro.

—Lo haré enseguida —responde.

Me levanto de la silla y subo a mi habitación. Al abrir la puerta, encuentro todo perfectamente ordenado: mis libros en su lugar, mi sábana rosada favorita bien estirada, los peluches sobre la cama, las fotos con Emily pegadas en la pared. Todo igual que antes… aunque algo en mí ya no encaja aquí.

En este lugar lloré por cosas que ahora me parecen estúpidas. Aquí tuve por primera vez sexo con el imbécil de Joe. Aquí mi padre solía castigarme sin dejarme salir con mis amigas cuando hacía algo que no estaba bien. Aquí me sentía libre, pero ya no. Ya no soy esa niña.

Salgo al pasillo y bajo de nuevo las escaleras.

—María. Voy a quedarme en la habitación de mi padre.

Ella me mira sorprendida.

—¿Está segura, señorita Serena?

—Sí. Por favor.

No dice nada más; solo asiente.

Me doy media vuelta y entonces me tropiezo con la puerta cerrada del despacho de papá. Pongo la mano en la manilla y cojo aire. La última vez que estuve aquí no fue real, pero fue reconfortante. Entro y cierro la puerta a mis espaldas. El olor a habano y *whisky* sigue intacto, igual que en mi sueño. Respiro hondo, pero no me sirve de nada. Las piernas me fallan, el pecho se me cierra y las lágrimas se me salen solas. Un sollozo fuerte se me escapa y me tapo la boca con la mano para que nadie pueda escucharme. No quiero que piensen que no puedo con esto.

Me siento en la silla de mi padre. Apoyo la cabeza en el escritorio y los ojos se me cierran solos.

✧ 🖤 ✧

Los golpes de María en la puerta me despiertan.

—Señorita Serena, ¿está ahí?

Miro por la ventana que da a la piscina; afuera está completamente oscuro.

—Sí, aquí estoy. Dame solo un momento.

Me limpio la cara con las manos y me acomodo un poco el pelo.

—Dime —abro la puerta frotándome los ojos.

—El hombre que la va a llevar a casa de los Santoro ya está listo. La cena está servida, ¿quiere cenar antes de irse?

—Gracias, de verdad —murmuro mientras le toco el brazo—. Pero no tengo hambre. Siéntate tú y come.

Me pongo la cazadora que dejé sobre el sofá y salgo del despacho. El coche me está esperando afuera, con el motor

encendido. Me dejo caer en el asiento trasero y le digo al chofer que vaya rápido. Quiero llegar cuanto antes. Cortamos por la 42nd y salimos a la FDR. Desde mi asiento puedo ver el cuentamillas subir hasta las 150. Doblamos por Richmond Road y empezamos a subir. A lo lejos, la casa de los Santoro ya se alcanza a ver en la cima.

Aparcamos frente al portón de hierro. Desde el coche veo a varios hombres armados repartidos por el jardín, moviéndose entre los focos que iluminan todo el terreno. Salvatore ha asumido el papel que Santiago le dejó, y por lo que veo, se lo está tomando muy en serio.

Uno de los hombres armados sale del jardín y viene directo hacia nosotros. Hace una señal para que apaguemos las luces, rodea el auto y luego se inclina para hablar con mi chofer.

—Nadie puede pasar —dice—. Órdenes de Don Salvatore.

Bajo el cristal blindado de mi ventanilla.

—Dile a tu jefe que Serena Caruso… la mujer de Santiago Santoro está aquí.

Puedo notar cómo traga saliva.

—Solo un momento, por favor —murmura.

Se aleja de inmediato, hablando rápido por el intercomunicador. No escucho lo que dice, pero veo mi nombre formarse en sus labios. Y en menos de cinco segundos, el portón automático se abre.

No me gusta abusar del poder, pero a veces es la única llave que abre puertas… incluso hasta portones.

Salvatore Santoro está de pie en el centro del salón cuando entro. Parece estar hablando de algo importante con dos señores. Tiene presencia, aunque no del mismo modo que su hermano. Físicamente es un poco más bajo que Santiago y tiene los ojos oscuros de su padre, es muy evidente que es un Santoro. El pelo negro y la piel mediterránea son la marca de su familia. Me llama mucho la atención la forma en que se le tensan los hombros cuando entra en modo *capo*… igual que Santiago.

Salvatore gira la cabeza y me encuentra parada en la entrada.

—Ahora salgan, por favor. Tengo un asunto que tratar en privado —ordena.

Los hombres caminan hacia la puerta y él vuelve a mirarme.

—Serena —dice—. Pasa.

Los señores me pasan por al lado y me saludan inclinando la cabeza. Creo que los reconozco; si no me equivoco, son socios menores de Portos & Asociados. Y también estuvieron en el entierro de mi padre.

—Antes que nada… —dice Salvatore— quiero pedirte disculpas por no haberte dado el pésame y también por no haber ido al cementerio.

—No tienes nada por lo que disculparte.

—Santiago me ordenó quedarme aquí —continúa—. Alguien tenía que cuidar la casa. Estos tiempos son difíciles… ya sabes.

Hace un gesto hacia los sillones y nos sentamos frente a frente.

—Sabes… nunca lo habría imaginado. Santiago Santoro, casado. Todavía me cuesta creerlo.

La verdad es que a mí también. Y no soporto la idea de seguir lejos de él.

—¿Qué está pasando, Salvatore? Quiero saber la verdad.

Él baja la mirada.

—Está detenido en la Sing Sing Correctional —susurra—. Lo trasladaron al día siguiente de que lo arrestaran. Todo fue muy rápido… Y ahora solo nos queda esperar el juicio

—Yo estaba ahí, a su lado. Y no pude hacer nada —murmuro, con los ojos llenos de lágrimas.

—Él está bien, Serena. No te preocupes.

Me paso las manos por la cara, intentando recuperar un poco de aire.

—¿Y por qué lo arrestaron?

Salvatore se recuesta en el sillón, entrelaza los dedos detrás de la nuca y fija la vista en el techo.

—Eso será mejor que te lo cuente él mismo mañana, cuando lo visites por la tarde —dice al fin, y vuelve a mirarme a los ojos—. Hablaré con nuestro abogado. Yo me encargo de todo.

El pecho me da un vuelco. Saber que podré verlo ya me pone un poco más feliz. Quiero abrazarlo, besarlo, decirle que lo amo y que no hay nada en el mundo que pueda separarme de él.

Nunca imaginé que mi corazón elegiría amar a un criminal…

—Gracias.

Salvatore asiente y se pone de pie.

—No tienes nada que agradecerme… Gracias a ti por ser tan buena mujer para mi hermano —susurra, curvando un poco los labios—. Y ahora ven… antes de que te vayas, quiero que veas a alguien.

Me levanto y él alza la mirada hacia la escalera.

—Ah, mira, aquí está —dice.

Es Darcy Santoro, arriba, apoyada en la barandilla. La madre de Santiago.

—Mamá, baja. Quiero que saludes a Serena...Tu nuera.

Darcy empieza a bajar, escalón por escalón, sin apartar sus ojos de mí. Es una mujer hermosa. Santiago heredó su mirada. Hacía muchos años que no la veía. En casa siempre escuché a mi padre decir que a ella no le gustaba salir mucho. Siempre se ha mantenido al margen de lo que sucede entre nuestras familias.

—Serena —murmura al acercarse—. Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

—Señora Santoro —respondo.

Me observa en silencio, como si intentara encontrar algo en mí.

—Mi hijo nunca ha sido fácil —dice al fin—. Ni con el mundo, ni consigo mismo. Ni conmigo.

Hace una pausa y me roza la mejilla con la mano.

—Pero tú —continúa, con los ojos llorosos— lograste algo que nadie había conseguido. Tú lograste ablandar su corazón. Ese

corazón que tanto daño le hizo mi marido.

Salvatore se aleja discretamente, dejándonos solas.

No sé por qué, pero presiento que Darcy Santoro necesita desahogarse conmigo.



Las palabras de la madre de Santiago se me quedaron clavadas en el pecho. Me contó toda su historia, desde el principio. Desde cómo Armando Santoro prácticamente se apoderó de ella como si fuera un objeto. A Darcy nunca le faltó nada en lo material, pero en su corazón le faltó todo.

Santiago fue su primer hijo. El hijo del hombre que ella despreció toda su vida. Y ese rechazo que sentía por su marido terminó cayendo, sin querer, sobre el niño… un pequeño que no tenía culpa de nada. Pero los niños crecen, y a veces cargan con culpas que no les pertenecen. Es justo ahí donde nacen hombres como Santiago. Un adulto que fue víctima del rechazo de su madre y criado por el monstruo de su padre.

Yo no sé si realmente logré ablandar el corazón de ese niño atrapado en un adulto, pero de algo sí estoy segura: él logró que yo terminara enamorándome del suyo.

—Señorita Serena… ya puede bajarse —dice mi chofer mientras me abre la puerta.

Estaba tan metida en mi pensamiento que ni cuenta me había dado de que habíamos llegado.

—Muchas gracias —murmuro, saliendo del coche.

Termino de bajar y cierro la puerta. Giro la cabeza y lo primero que veo es el Porsche negro de Antony, aparcado justo frente a la entrada de mi maldita casa.

—¿Quién lo dejó entrar? —pregunto sin levantar la voz.

Los dos hombres de seguridad se miran entre ellos, incómodos.

—Señorita Serena… él dijo que era urgente —balbucea uno.

—¿Y desde cuándo ustedes hacen pasar a cualquiera que diga *urgente?*

Bajan la mirada y no dicen nada. Mi cara ya les dijo todo lo que necesitaban saber. Hoy no estoy para juegos, y menos para ver a Antony.

Camino hasta la entrada, giro la manilla y entro con rostro de pocos amigos.

—Serena. Aquí estás. Me enteré de que regresaste a Nueva York —dice él, poniéndose de pie cuando me ve entrar por la puerta.

—¿No es obvio? … —respondo mientras dejo el bolso sobre la mesa—. Ha sido un día largo.

—Serena —insiste —. Me enteré también de lo de Santiago.

Me detengo a mitad de movimiento*. ¿Cómo carajos lo sabe? Da igual*. No pienso entrar en ese tema, y mucho menos con él.

Antony da un paso hacia mí y me coge la mano.

—Si necesitas algo… lo que sea… dímelo.

Dudo muchísimo que él pueda ayudarme.

—Lo siento, Antony, pero voy a pedirte que te vayas.

Aparto mi mano de la suya y me giro, dándole la espalda.

—Lo que yo necesito, tú no puedes dármelo…

Capítulo 49

Santiago

Me quieren matar de hambre y de sed. Llevo más de veinticuatro horas sin comer un bocado y sin tomar un sorbo de agua. Los cabrones me esposaron y me metieron entre estas cuatro paredes que llaman sala de interrogatorio y todavía nadie ha venido a preguntarme nada.

El traje naranja no me queda por un carajo bien. Detesto este color. Como también odio que me den órdenes. El oficial que me hizo el registro corporal lo debe saber muy bien: le rompí la nariz de un cabezazo cuando me dijo que me quitara el anillo de matrimonio. Tuvieron que venir dos más para sujetarme y arrancármelo a la fuerza.

Me toco el dedo anular. La marca del anillo en mi piel me hace pensar en ella y en las malditas ganas que tengo de verla.

No sé si está bien. La última vez que la vi, la dejé rota en llantos y gritos mientras me subían a la patrulla. Hoy en la mañana, cuando Salvatore y Stefano vinieron a verme, me dijeron que se encargarían de ella mientras yo estuviera aquí adentro.

Me dio buena espina verlos juntos. Parece que han estado limando asperezas.

La puerta se abre.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí. Santiago Santoro.

El cabrón del detective Wilson vino a hacerme la visita. Se sienta frente a mí y deja caer una carpeta sobre la mesa.

—Al final resultó que no eres tan idéntico a tu padre —añade, inclinándose hacia adelante—. Él nunca se hubiera dejado capturar.

—¿Eso me suena a provocación ?, detective Wilson —sonrío—. Pues va a tener que esforzarse más… O mejor pregúntele a su mujer cómo se provoca a un Santoro... Ella sí que sabía provocar a mi padre cuando follaba con él.

Wilson se queda paralizado y los ojos le hierven en sangre.

—¡Cuidado con lo que dices, Santoro!

Vuelo a sonreír. *Ahí está su punto débil.*

—¿Le molesta? —pregunto, inclinándome hacia adelante—. ¿Le jode imaginarla follando con otro hombre... Eso a mi padre no le molestaba, al contrario… a él le encantaba que una mujer casada se abriera de piernas mientras su marido*, el detective,* hacía el ridículo por toda la ciudad.

Wilson golpea la mesa metálica con la palma abierta y la carpeta salta.

—¡Cállate!

Tiene las venas del cuello a punto de reventar. Se abre el botón de la camisa para poder respirar.

—Una vez escuché a mi padre contándole a sus hombres —continúo, disfrutando cómo el detective se irrita—, que su mujer le decía que…

—¡Te dije que cerraras la boca!

—…que con usted nunca llegaba a correrse.

Wilson se levanta de un salto.

—¡Eres un hijo de puta!

—La puta no es mi madre, detective —sonrío, mirándolo a los ojos—. La puta es su mujer.

El desgraciado aprieta los nudillos y me suelta un puñetazo directo en la cara. La silla cae hacia atrás y los guardias entran de inmediato para controlarlo.

—¡Eres un cabrón, Santoro! ¡Te prometo que haré que te pudras aquí adentro! — ruge mientras lo sacan, pataleando como un crío.

La puerta se cierra y me quedo solo otra vez, con el gusto a hierro corriéndome por la garganta. *Pobre imbécil… si se follara a la mujer con la misma fuerza que pega, quizá no sería un cornudo.*



Luego de que Wilson se va. O más bien, de que se lo llevan. Me trasladan a una celda de dos metros por tres, paredes de cemento húmedo y una litera atornillada al muro. Me dan un pedazo de pan viejo y un vaso de agua turbia que huele a orina. Estoy seguro de que el detective tiene algo que ver con esta cena especial.

Ahora estoy tirado en la litera de abajo. Por suerte estoy solo aquí dentro, y prefiero que siga así. No pienso compartir esta pocilga con nadie.

Escucho pasos acercándose y un sonido de llaves. Debe de ser uno de los carceleros que está de turno.

—Santoro. Arriba. Tienes visita.

El cabrón me pone las esposas y me abre la reja para que salga. No tengo idea de qué hora es, pero si de algo estoy seguro es de que no son horas de visitas.

—Ey, tú, ¿a dónde crees que vas? —grita uno de los presos de la celda contigua a la mía.

—¡Cállate! —responde el carcelero, dándole un golpe en el brazo con la porra.

Seguimos caminando por el pasillo hasta que llegamos al fondo y nos detenemos delante de una puerta de madera.

—Carajo… qué bien se siente —digo cuando noto que me quita las esposas.

—Sí, sí, lo que tú quieras. Ahora entra.

Abre la puerta y entro en una sala pequeña, con una mesa, dos sillas y sin ventanas. Lo primero que hago es levantar la vista al techo. No hay cámaras de seguridad. Eso solo puede significar que Edward, nuestro abogado de familia, está aquí.

Me siento y, al cabo de unos minutos, la puerta vuelve a abrirse.

—Dime que traes buenas noticias—digo en cuanto lo veo entrar.

—Tengo dos —responde, sentándose frente a mí—. Una buena y una mala. ¿Cuál quieres primero?

—Las malas siempre van primero.

Edward respira profundo.

—Roland se está muriendo.

Los hombros se me tensan y la mandíbula me cruje. Escuchar su nombre ahora mismo me hierve la sangre.

——Eso es una buena noticia, carajo. Ahora dime la mala.

—No estoy bromeando, Santiago… Roland Kovács tiene un tumor. Se está muriendo. Le quedan semanas —añade—. Quizá menos.

Me importa una mierda. Si no lo mataba el tumor, lo mataba yo por traidor.

—Pero nosotros lo necesitábamos vivo… ¿No te has puesto a pensar que quizá te denunció porque quiere limpiar su conciencia? Ya sabes lo que pasó entre ustedes —murmura, frotándose la sien.

—¿Conciencia?… Dime, ¿desde que trabajas para mi familia has conocido a alguien de nuestro entorno que tenga conciencia?

—Si sabes mirar en el fondo, sí. Incluso tú, Santiago. Aunque te joda admitirlo.

Lo miro sin pestañear. *Que tenga razón no significa que vaya a decírselo.*

—Entonces… ¿cómo puedes sacarme de aquí? —pregunto.

—Roland declaró que te vio dispararle al federal —dice Edward mientras deja un documento frente a mí—. Dice que pasó por allí esa noche, que estaba en su coche… que lo vio todo. Incluso el momento en que apretaste el gatillo.

—Hijo de puta… —gruño—. No me creo ese cuento. Estoy seguro de que alguien tuvo que lavarle el cerebro. Ese imbécil de Roland no es capaz de pensar por sí mismo —añado—. Ahora busca venganza porque maté a su…

Edward abre los ojos y me aprieta la mano con fuerza, señalando la puerta para que cierre el pico.

—Aquí no hay cámaras, pero sí oídos —susurra, inclinándose hacia mí—. Si logramos que retire la denuncia —continúa —, si declara que fue una confusión, o que no estaba en sus cinco sentidos esa noche… entonces quizá yo pueda sacarte de aquí…

Mientras habla, se me va ocurriendo una idea que quizá pueda funcionar.

—Déjame pensar cómo resolverlo —susurro—. Y dime… ¿cuál es la buena noticia?

Edward se levanta sin responderme, apoya su mano en mi hombro y sale por la puerta.

—¿A dónde carajos vas? —gruño—. Vuelve aquí.

La puerta se abre de nuevo. Pero esta vez no entra ni él ni el carcelero.

—Santiago…

—Serena.

El cuerpo se me tensa. Me pongo de pie, y ella viene hacia mí corriendo. Se me lanza encima y me besa. Siento sus labios calientes, su perfume, su respiración mezclándose con la mía. Me abraza con tanta fuerza que casi me hace perder el equilibrio.

—Tuve miedo a perderte para siempre —dice, llorando contra mi boca.

Subo las manos y tomo su rostro. ella apoya su mano sobre las mías.

—Gracias por ser tan fuerte —susurro mientras seco con el pulgar las lágrimas que le corren por las mejillas.

—¿Por qué dejaste que te arrestaran? —pregunta—. ¿Por qué no huimos?

—Porque no quiero que vivas… —tenso la mandíbula; siento que las palabras se me traban en la garganta— …porque no quiero que vivas una vida miserable por mi culpa—digo al fin.

La puerta se vuelve a abrir.

—Santiago, el tiempo se acabó —dice Edward, y vuelve a cerrar la puerta.

Serena me mira y me besa de nuevo.

—No quiero irme. No sin ti.

La tomo del rostro una vez más.

—Escúchame —le digo—. Tienes que irte.

Hago una pausa y le doy un beso.

—Pero antes de que te vayas, necesito pedirte un favor. Uno que podría ayudarme a salir de aquí.

Capítulo 50

Serena

Han pasado tres días desde la última vez que vi a Santiago. Salvatore me dijo que lo metieron en aislamiento por mal comportamiento. Digamos que meterse en líos siempre se le da muy bien.

Según él, todo empezó en el patio. Santiago estaba entrenando, levantando pesas, cuando el preso de la celda de al lado se le acercó para provocarlo. Le dijo que había escuchado que Santiago estaría encerrado mucho tiempo, que él saldría pronto y que, si quería, podía *pasar a visitarme* cuando estuviera fuera. Que no me faltaría compañía.

Puedo imaginar la reacción de Santiago: los hombros tensos, la mirada fija en un solo punto, y ese momento en el que se le endurece el cuerpo y sé que ya no piensa, solo actúa sin medir las consecuencias. Salvatore dice que el tipo al final salió más rápido de lo que pensaba, pero directo al NYU Langone Hospital, con el rostro destrozado por los golpes que Santiago le dio con la barra y los discos de las pesas.

Estos días sin saber de él no me han dejado dormir, pero tengo mucha fe de que saldrá pronto de ese infierno. Por suerte, su abogado consiguió adelantar el juicio para pasado mañana.

Ahora mismo acabo de salir de casa de los Santoro, que en esta última semana ha estado llena de periodistas pegados al portón; eso siempre pasa cuando un apellido conocido en esta ciudad se ve envuelto en la más mínima cosa.

Terminé de ajustar con Salvatore los detalles del favor que me pidió Santiago. Él me lo contó todo. Me dijo que había matado a ese hombre, que no sabía que era un federal hasta después, y que luego descubrió que el tipo era un corrupto. También me explicó por qué la rabia lo empujó a matar al hijo de Roland.

Por esa misma razón voy en camino a ver a tres madres. No son madres cualquiera. Son tres mujeres que perdieron a sus hijos pequeños por culpa de ese desgraciado. Santiago cree que mover esta pieza hará que Kovács retire la demanda. El objetivo es crearle un peso en su mente. Que llegue a desear no haber engendrado a ese monstruo. Que sienta el sufrimiento de las tres madres, el dolor que ellas sintieron.

Mi primera parada está en Brooklyn, en la Avenida Glenmore. Todo sucedió hace cinco años. Una mujer llamada Abigail López y su esposo presentaron una denuncia: su hijo de cuatro años había sido raptado delante de sus propios ojos mientras jugaba en el parque. Ella alcanzó a ver la placa de una *Ford pickup negra* que se alejaba a toda velocidad, y eso condujo a las autoridades a un apellido: Kovács, el apellido de Roland y de su hijo.

Pero la policía no pudo hacer nada. La cuartada de Kovács coincidía, de alguna manera, con lo que decía. Supuestamente le habían robado el coche una semana antes. Y tras casi un año de investigaciones, el caso fue cerrado. El niño pasó a la lista de desaparecidos.

—Sí, dígame. Abre la puerta una mujer con unas ojeras que le llegan al suelo.

—Necesito hablar con usted —respiro hondo—, sobre su hijo desaparecido.

—Ya no doy entrevistas —dice ella, cerrando la puerta.

—No soy periodista —digo, metiendo mi bota entre el marco y la puerta—. Vengo a hablarle de Kovács.

Menciono el apellido y se le va el color del rostro. Sus labios se ponen pálidos.

—¿Quién es usted? …Escuché decir que Kovács está muerto. Lo encontraron con un tiro en la cabeza en el maletero de un coche.

Trago saliva.

—Yo soy Serena Caruso… la mujer de Santiago Santoro, el hombre que lo asesinó.

La mujer abre la puerta; sé que lo que acabo de decir tiene mucho peso para ella.

Me siento y empiezo a explicarle todo sin rodeos. No endulzo nada. Hago exactamente lo que Santiago me dijo que hiciera. Le cuento todo. Santiago asesinó a ese federal, sí, pero el tipo no era ningún santo. Era un corrupto que llevaba tiempo jugando para los dos bandos No intento justificar lo que hizo Santiago; solo quiero que ella entienda por qué Roland declaró en su contra. Tenía que cobrarse la muerte de su hijo, y esta fue la única forma que encontró.

—¿Y tú qué quieres de mí? —pregunta, con la voz hecha pedazos —. Yo no tengo nada que ver con el asesinato de ese federal.

—Lo sé… Solo te pido que vayas al tribunal y digas lo que pasó con tu pequeño. Que cuentes la verdad. Quiero que todos ahí sepan quién era realmente el monstruo que Roland llamó hijo.

La miro a los ojos y agarro con fuerza sus manos.

—Confía en mí.

Abigail baja la mirada; sus dedos tiemblan entre los míos mientras se queda en silencio, atrapada en sus propios pensamientos.

—Dime cuándo—dice alzando la vista.

Mi segunda parada está en Queens, en la 83 West. Evelyn Hunt. Madre soltera. Su hija de diez años desapareció al salir de la escuela hace cuatro años; nunca volvió a casa.

Esta vez la policía le mostró algunas pruebas. Y Evelyn reconoció la misma *Ford pickup negra*, la misma que vio Abigail López, la misma que había rondado su vecindario durante varios días. Pero en ese entonces no le pareció sospechosa; pensó que era de algún vecino recién mudado.

La policía siguió el rastro de la camioneta y logró encontrarla. Solo que esta vez la hallaron en el fondo de Jamaica Bay, y por supuesto, no tuvieron pruebas suficientes para acusar a nadie. Igual que en el caso anterior, la niña pasó a la lista de desaparecidos.

—Haría lo que fuera con tal de destruir al hombre que engendró al monstruo que se llevó a mi niña… Cuenta conmigo.

Mi tercera y última parada está en el Bronx. Un edificio público en la 147th Street. Tiffany Adams. Igual que Evelyn. Una madre soltera. Las preferidas de Kovács: más fáciles de usar, más fáciles de hacerles daño. Sobre todo si eran mujeres que estaban tratando de salir de las drogas, como Tiffany.

Esta vez el cabrón ni siquiera se escondió; solo cambió su nombre y apellido. La conoció hace dos años, en una reunión de un grupo de apoyo en el centro de la ciudad. Fingió ser uno de ellos, un lobo con piel de cordero. La conquistó con flores y bombones, y después de dos meses ella le abrió las puertas de su casa y le presentó a su pequeño de tres años.

Dos días después, Kovács desapareció de la faz de la tierra, y con él también el pequeño Michael. La policía buscó por todo Nueva York y luego por todo el país. Aún recuerdo cómo el caso conmocionó a la nación. A mí incluida. Las noticias fueron devastadoras.

Y hace un par de meses lo dieron por cerrado. El niño pasó a la lista de desaparecidos. Pero bueno, ya sabemos cómo funciona este mundo. Cuando algunos se rinden, alguien más tiene que terminar el trabajo, y Santiago lo terminó... a su manera.

—Gracias —me toma de las manos, con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor… dale las gracias a tu marido —se seca la mejilla con la palma temblorosa—. Dale las gracias por haber acabado con la vida de ese hijo de puta. Y dile también que el día del juicio ahí estaré.

✧ 🖤 ✧

He hecho mi trabajo. Seguí la orden de Santiago al pie de la letra. Y, entre todo esto, hubo algo que no pude pasar por alto: sus rostros estaban tristes, afligidos… pero cuando les dije que yo era la mujer del hombre que acabó con Kovács, cambiaron. No fue felicidad, no del todo, pero esos ojos vacíos se llenaron, como si por una milésima de segundo alguien les hubiera devuelto el aire.

Ahora estoy de regreso a casa. Esta noche tenemos una reunión importante. La convoqué yo misma. Enzo Messina ofreció su villa, y me viene perfecto. Quiero que las familias estén al tanto de todo lo que va a suceder de ahora en adelante. Hablé con Salvatore: aunque está de camino a Boston, me dijo que hará todo lo posible por llegar a tiempo.

—Señorita Serena, le preparé una sopa de pollo que hará que se chupe los dedos —dice María apenas me ve entrar por la puerta.

—La verdad es que no tengo hambre.

María me mira con esa cara de pena que solo ella sabe poner.

—La comida no llena corazones —murmura, apoyando su mano en mi pecho—, pero sí el estómago.

Luego sube la mano hasta mi cabeza y acaricia mi cabello con ternura maternal.

—Y para pensar bien hay que tener el estómago lleno. Y usted, ahora, necesita pensar bien —sonríe sin dejar de tocarme—. Más aún cuando tiene que cargar con la responsabilidad de llevar su apellido y de todo lo que esta casa representa.

La miro a los ojos, pero no derramo ni una lágrima. Aunque por dentro estoy hecha pedazos.

—¿Sabes qué?… Tienes razón —dejo escapar una leve sonrisa—. Sírveme de esa sopa deliciosa que hiciste.

María se da la vuelta y se va a la cocina con una sonrisa enorme, orgullosa de haberme convencido. Yo, en cambio, me quedo en medio del salón, me dejo caer en el sofá y respiro hondo. Todavía me cuesta aceptar que el apellido Caruso ahora descansa sobre mis hombros.

Luego de terminar el delicioso plato que me sirvió María, vine al despacho de mi padre, y aquí he estado toda la tarde: organizando papeles, leyendo las últimas facturas de Porto & Asociados, haciendo el trabajo que, en teoría, me corresponde como socia del negocio… aunque todavía no termino de sentirlo mío. Pero no quiero que esto se convierta en una obligación; quiero que me salga espontáneo, y haré todo lo posible para que así sea.

Miro el reloj.

7:10 p. m.

Ya casi es hora de irme. Quedamos en reunirnos a las 8:30 p. m., así Salvatore tendría tiempo de regresar a la ciudad. Cierro la laptop, dejo todo en orden dentro de la cajonera y me levanto de la silla. Camino hacia la puerta, la abro y, antes de cerrarla, giro la cabeza. Me quedo uno momento mirando hacia el escritorio. Respirando el silencio. La tranquilidad que papá solía respirar cuando estaba aquí adentro. Sonrío, y finalmente cierro la puerta.

Llego a mi habitación, que antes era la de mis padres. Quiero darme una ducha caliente antes de irme. Me quedo un rato debajo del chorro. El agua relaja mi piel, me corre despacio por la espalda y me libera por completo. Siento que todo el peso del día se va por el desagüe.

Salgo de la ducha con la piel aún tibia y me envuelvo en la toalla. Camino hasta el armario y abro la puerta; hoy necesito algo que me haga sentir segura, algo que me ayude a hablar sin tartamudear. Mis dedos se detienen en un vestido: el negro que compré hace ya un tiempo en la *boutique* de Dior.

Casi lo había olvidado. Lo compré para la fiesta de graduación de la universidad, aunque al final elegí uno blanco. Supongo que entonces todavía creía en ilusiones que me hacían sentir a salvo.

Me pruebo delante del espejo. El escote es un *scollo a cuore*, suave y discreto, y el diseño abraza mi cintura sin apretarme. Marca mi silueta con esa precisión finísima que solo Dior sabe hacer. La falda cae hasta media pierna, con una abertura lateral en el lado

izquierdo, y las mangas son a *cappuccio*. Es un vestido que no pasa desapercibido. Pero, sobre todo, no va a hacer que parezca ingenua.

He decidido combinar mi conjunto con unos tacones Jimmy Choo de tiras finas, negros también, con un tacón alto y delgado. Me siento frente al tocador. Me doy un toque de iluminador en los pómulos, me pongo labial carmesí y me hago un delineado negro que resalta mis ojos azules. Me suelto el pelo y lo dejo caer por la espalda para poder peinarlo. Esta noche pienso dejarlo así.

Por último, abro el cajón más bajo del armario, cojo la Glock compacta que mi padre escondía ahí y la guardo dentro de mi bolso Dior Bow.

Bajo las escaleras, dejando que mis tacones repiquen sobre la madera Llego a la entrada y me detengo un instante antes de abrir la puerta.

Esta noche no pienso dejar que nadie me lleve.

Agarro las llaves del Mercedes de mi padre y camino hacia la entrada principal. En cuanto aparezco, uno de los hombres se acerca enseguida que me ve.

—Señorita, ¿a dónde debo llevarla?

Niego con la cabeza.

—No. Esta vez voy sola.

✧ 🖤 ✧

Todos parecen estar demasiado callados. Excepto Antony, que no ha dejado de hablar de su Porsche desde que se sentó.

Le pedí a Enzo que avisara también a los pequeños socios: siete familias de rango más bajo que invierten en nuestro negocio y a las

que, a cambio, ofrecemos protección. Ahora solo falta que llegue Salvatore.

—Ey, Serena… podemos empezar ya. Salvatore estará a punto de llegar —dice Antony desde el otro lado de la mesa, con los primeros botones de la camisa desabrochados y sentado de medio lado, mientras sostiene una copa de Martini que ya casi está vacía.

—No. Todavía no… —respondo desde el lugar que Enzo me ofreció cuando llegué. *Il posto del capotavola*. Él está sentado a mi izquierda.

De pronto, la luz de un auto se cuela por la ventana.

—Finalmente ha llegado, carajo —dice Antony, dejando de un golpe la copa sobre la mesa.

Enzo tiene la mirada clavada en su hijo. Si yo tuviera un hijo como Antony, ya lo habría mandado a salir de aquí. Pero estamos en su casa, y no quiero ser yo la grosera.

Esperamos a que entre Salvatore. En esta reunión es muy importante que no falte nadie; quiero que todos escuchen lo que tengo que decir.

La puerta se abre despacio.

—Por fin. Pensábamos que nunca llegarías, Santoro —escupe Antony otra vez.

—¡Carajo! Si vuelves a abrir la puta boca, te quedas fuera de esta mesa —ruge Enzo al fin, dando un manotazo sobre la madera.

Antony no responde; solo asiente y se endereza en la silla.

La puerta termina de abrirse y entonces aparece. Pero no es el Santoro que esperábamos, sino *la* Santoro. La señora Darcy Santoro. Elegante. Imponente. Entra con la cabeza alta, sin mirar a nadie. Lleva un vestido largo verde azulado, de escote *halter.*

Se sienta en la silla vacía a mi derecha. Messina se pone de pie. Estoy segura de que él tampoco se la esperaba. Nadie la esperaba en esta reunión.

—Darcy… —tose Enzo— Un placer verte —tose de nuevo mientras saca un pañuelo blanco. Se cubre la boca y deja escapar

una tos más fuerte antes de sentarse.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí. Me atraganté. Nada de qué preocuparse —responde—. Ahora estamos todos. Ya puedes empezar a hablar.

Me distraigo unos segundos mirando su mano. El pañuelo está manchado de sangre. No sé por qué, pero tengo la impresión de que Enzo no acaba de atragantarse.

—Serena… Serena.

—Sí —digo, volviendo en mí.

—Estamos esperando por ti —dice él.

Respiro hondo y me pongo de pie.

—Hola a todos. Soy Serena Caruso, como ya saben. Mi padre fue asesinado mientras intentaba salvarme de los hombres que me secuestraron —digo, conteniéndome todo lo que puedo, con el recuerdo de aquel día taladrándome la mente.

Hago una pausa y continúo.

—Les pedí que vinieran esta noche para decirles cómo funcionarán las cosas en la casa Caruso a partir de hoy —puedo notar la extrañeza en sus caras—. Dado que mi familia siempre ha sido un pilar fundamental en Porto & Asociados, no pienso permitir que eso se acabe.

Me enderezo un poco más.

—Por lo tanto, quiero decirles que trabajaré directamente, mano a mano, con la familia Santoro —miro a Darcy—. Y con la familia Messina —miro a Enzo. Él asiente—. Juntos, no dejaremos que muera el imperio que nuestros antepasados fundaron.

Un murmullo contenido recorre la mesa. Las pequeñas familias intercambian miradas. Al parecer, era muy fácil enviarme mi parte mientras yo estaba en Roma, lejos del negocio. Pero ahora… ahora puedo convertirme en una piedra en el zapato.

—Serena tiene razón —dice Enzo—. Este puerto no se sostiene sin una representación de los Caruso. Y quien no lo entienda… —

hace una pausa—, puede levantarse e irse. Pero que lo tenga claro: se quedará sin nuestra protección.

Nadie dice nada, y en medio del silencio, la señora Santoro se pone de pie, atrayendo de inmediato todas las miradas.

—Estoy aquí en representación de mi familia. Mi hijo Santiago… —traga saliva— está en prisión, y mi hijo Salvatore me pidió que viniera porque no llegaría a tiempo. Y siendo yo la única portavoz de los Santoro, les digo a todos ustedes que tendrán que aceptar la decisión de Serena Caruso —me mira un instante, luego aparta la mirada y sigue—. Y no es una orden. Es un consejo. Créanme cuando les digo que ella tiene más huevos que muchos de ustedes.

Su voz es segura y autoritaria.

—Sé muy bien que representará los intereses de nuestras familias como debe ser. Incluso mejor de lo que lo hizo mi marido, y mejor de lo que lo hacen ahora mis hijos. Incluso mejor que Enzo Messina… o que su propio padre, Marco Caruso. Por lo tanto, les sugiero que sigan mi consejo, y así lograremos que Porto & Asociados vuelva a ser la sociedad que una vez fue.

No pasa ni un segundo cuando uno de los pequeños socios se pone de pie.

—Estoy de acuerdo.

Otro lo sigue.

—Yo también.

Y enseguida un tercero:

—También yo.

Y así, poco a poco, uno a uno. Hasta que no queda nadie sentado.

La reunión se disuelve entre copas de vino y apretones de mano, pero yo no tengo tiempo para eso. Espero en el salón a que Enzo regrese de su habitación para poder irme a casa. Su enfermera vino a buscarlo para medicarlo; al parecer, no está muy bien de salud últimamente. Intentó ocultármelo, pero vi perfectamente el pañuelo manchado de sangre.

—Serena.

Me doy la vuelta. Darcy se acerca a mí.

—Pensé que te habías ido.

—Estoy esperando a Enzo para despedirme y darle las gracias por haber permitido que hiciera la reunión en su casa —respondo—. Por cierto, no sabía que usted fuera tan buena dando discursos.

—Oh, por favor, no me trates de usted, que me haces sentir vieja —sonríe—. Ahora somos familia, puedes tutearme.

—Serena —dice Enzo bajando las escaleras, con una chica detrás.

—Marilyn —irrumpe Darcy, mirando a la joven.

—¿Ustedes se conocen? —pregunta Messina, igual de sorprendido.

—Sí, claro. Ella fue la enfermera de mi marido antes de que muriera. La contacté yo misma a través de una agencia. Es una chica muy atenta.

—Hola, señora Santoro —responde la joven con timidez, acomodándose un mechón de su pelo negro detrás de la oreja.

—Pero ven, déjame darte un beso —dice Darcy acercándose a ella con una sonrisa—. No sabía que trabajabas con los Messina.

—Yo tampoco sabía que trabajaba para Armando —dice Enzo, confundido.

—Puedes quedarte tranquilo, estás en buenas manos.

—Señora Santoro, Serena —interrumpe Antony—. Quiero decirles que yo también me siento muy orgulloso con la decisión que hemos… —mira a la enfermera—. Marilyn, retírate, por favor —ordena con arrogancia.

La muchacha baja la vista y se va.

—Perdón por la interrupción… A veces hay que tener mano dura con los empleados… Y como les decía, estoy muy…

—¡Por Dios, cállate ya! —lo corta Enzo—. Retírate tú también.

Antony lo mira fijo, pero luego agacha la mirada y se marcha.

—Señoras, perdonen a mi hijo. Ya saben cómo es —dice Messina, con gesto de resignación—. Estoy muy feliz. Serena… —me mira y me toma las manos, sosteniéndolas entre las suyas—. Estoy seguro de que tu padre, desde el cielo, está muy orgulloso de ti.

Sonrío, porque yo también sé cuánto lo está.

Capítulo 51

Santiago

—¡Orden en la sala! ¡Orden en la sala!

No tengo miedo de lo que pueda pasar hoy. Confío en ella. Sé muy bien que hizo lo que le pedí.

Me giro y la miro a los ojos. Ella ya me estaba mirando, como si supiera que iba a voltearme para verla. A su lado están Salvatore, mi madre y Stefano. Y justo detrás, una jauría de periodistas hambrientos de titulares, todos aquí por mi apellido.

Del otro lado está Wilson con su banda de policías de mierda, esperando a ver si el acróbata estrella de este circo se cae. Pero no voy a darle ese gusto a ese infeliz hijo de puta.

—¡Orden en la sala! ¡Orden en la sala! —vocifera el juez.

El fiscal federal se pone de pie. El tipo habla bien; se estudió perfectamente el caso.

—El acusado, Santiago Santoro, es señalado como responsable del homicidio de un agente federal —dice, proyectando la voz para que lo escuchen en el fondo—. Un crimen que, de ser comprobado, constituye un ataque directo contra el Estado.

Edward se inclina hacia mí.

—Recuerda todo lo que hablamos —murmura sin despegar los ojos de los papeles que tenemos delante—. Tú mantente calladito.

El fiscal se mueve por la sala como si estuviera haciendo una obra de teatro.

—Llamo a declarar a Roland Kovács.

El ambiente se tensa. Los periodistas empiezan a cuchichear, hambrientos de cualquier detalle que puedan convertir en titular. El hijo de puta de Roland camina hacia el estrado con cara de perro apaleado. Pasa tan cerca de mi silla que el olor a su perfume barato me hierve la sangre.

Me entran unas ganas salvajes de levantarme y partirle los huesos aquí mismo. Me agarro a la mesa para no hacerlo. Siento un calor denso en el pecho, como si alguien me estuviera empujando desde dentro.

Hazlo. Levántate. Reviéntale la cara hasta que no lo reconozca ni su puta sombra.

Pongo las manos en los laterales de la silla y me inclino hacia adelante. No puedo contenerme. Lo voy a liquidar.

—¿Qué carajos crees que haces? —susurra Edward, agarrándome del brazo para impedir que me pare—. Te dije que te mantuvieras callado.

—Exacto —le respondo igual de bajo—. Me dijiste que me quedara callado, no que no pudiera hacerlo mierda.

Edward pone esa cara de resignación. Suspira, se levanta y se ajusta la corbata.

—Su señoría —dice, sosteniendo un documento en la mano—, antes de escuchar al señor Kovács, la defensa solicita presentar a varios testigos.

El juez frunce el ceño.

—¿A qué se refiere exactamente, abogado?

—Testigos, su señoría. Testimonios de mujeres que, de una forma u otra, tuvieron relación con el señor Kovács.

El fiscal federal se pone de pie de inmediato.

—Objeción, su señoría. Esto no estaba previsto y no se ha demostrado que sus testimonios tengan relación directa con los hechos del caso.

Edward no se inmuta.

—La defensa puede demostrar su pertinencia. No pretendemos alterar el curso del juicio, solo aportar información necesaria antes de continuar con el testimonio del señor Kovács.

El juez observa a ambos durante unos segundos. Se nota que no le entusiasma la idea, pero tampoco puede rechazarla sin escucharla.

—Muy bien —dice al final—. Objeción denegada. Permitiré que declaren, pero sean breves. Haga pasar a las testigos y que hablen desde el micrófono móvil. No quiero retrasos innecesarios.

Edward asiente.

—Entendido, su señoría. Hace una señal hacia la puerta para que las mujeres entren.

Las puertas se abren y entra Abigail López. La mujer camina con firmeza; se nota que no tiene miedo de lo que vino a hacer. Detrás de ella viene Evelyn Hunt, con una carpeta apretada entre las manos. Y por último Tiffany Adams, que avanza evitando las miradas. Los periodistas levantan la cabeza de inmediato. Las reconocen. Estas mujeres no están aquí por casualidad. Cuando sus hijos fueron raptados, sus rostros estuvieron en todos los noticieros. Por eso le pedí a Serena que las convenciera de venir. Y Serena lo hizo. Tal cual le dije.

Me giro para verla. Ella ya me está mirando, se sonríe. Sabe que hizo exactamente lo que debía.

En cambio, Roland está sentado en el estrado, confundido. No tiene la mínima idea de por qué esas mujeres están aquí.

Edward toma el micrófono móvil y lo acerca a la primera.

—Señora López, por favor, su declaración.

Abigail respira hondo antes de hablar.

La sala, por primera vez en todo el juicio, queda completamente en silencio.

Desde mi silla observo a Roland sin pestañear. Abigail apenas ha dicho cinco palabras y su rostro ya empieza a cambiar: se pone más pálido, la mirada se le cae, incluso más que cuando subió al estrado. Se acomoda en la silla, incómodo, como si el respaldo lo estuviera quemando. El hijo de puta no está escuchando solo testimonios. Está escuchando la verdad. La verdad que lleva años evitando aceptar.

Cuando Tiffany termina, Roland levanta la vista. Por primera vez desde que entró, me mira directo a los ojos. No hace falta que diga

nada: lo veo claro. Sabe que la cagó. Sabe que cometió un error enorme al declarar en mi contra. Sabe que voy a destruirlo cuando salga de aquí.

Y justo cuando creo que ya está, que el circo se acabó, la puerta del juzgado se abre de repente. Primero entra una mujer. Después otra. Y otra. Y otra más.

En menos de un minuto, el pasillo parece una procesión: treinta mujeres, tal vez cuarenta, todas caminando en fila.

—¿Qué carajo es esto, Santiago? —pregunta Edward.

—No tengo ni la más mínima idea—respondo.

Me volteo para ver a Serena. Y ahí está. Ella sí sabe exactamente qué carajo está pasando. No necesita explicarlo. Solo sonríe, una sonrisa chiquita y peligrosa, de esas que te dicen *lo hice, y lo hice bien.*

El juez golpea el mazo.

—¡Orden en la sala!

Sí, claro. Ni Dios lo escucha.

Abigail, Evelyn y Tiffany avanzan hasta el micrófono móvil. Se paran juntas, hombro con hombro.

—Hoy nosotras tres hablamos por todas estas mujeres. Y por millones más que han sufrido lo mismo por culpa de monstruos como el hijo de ese hombre —dice, señalando a Roland con el dedo.

El muy cabrón no se mueve; parece que le atornillaron el culo a la silla.

✧ 🖤 ✧

Estamos en una oficina privada del tribunal. Edward está guardando los documentos en su maletín, todavía con la corbata

torcida por el caos del juicio.

Yo me paso una mano por la cara. Siento la adrenalina que me baja poco a poco.

—Al parecer tenías razón —digo, rompiendo el silencio.

Edward levanta la vista.

—¿Razón de qué cosa? —pregunta mientras cierra el maletín con un clic.

—De lo que me dijiste sobre la conciencia —respondo, apoyándome en la mesa—. Al final todos la tenemos… hasta ese cabrón.

Edward sonríe.

—Ya estás libre, Santiago. Ahora que Roland se retractó de la declaración, lo más probable es que pase sus últimos días enfermo en prisión. Y todo fue gracias a ti. Te montaste un buen plan.

Le estrecho la mano con fuerza.

—Ahora sí te equivocaste. No todo fue gracias a mí.

Suelto su mano y miro hacia la esquina de la oficina. Serena está sentada en la silla del fondo, con las piernas cruzadas y las manos descansando en los apoyabrazos; parece una reina, *mi reina*. Ella me mira, y yo la miro a ella.

—De no ser por Serena —continúo—, nada de esto hubiera sido posible. Ella es la razón por la que estoy libre.

Mi abogado sigue mi mirada y sonríe.

—Pues cuídala bien —dice, guardándose las llaves del maletín en el bolsillo—. Mujeres como ella no se encuentran siempre.

—Lo sé —respondo, sin mirar a otro lado—. Créeme que lo sé muy bien.

Edward asiente, me da una palmada en el hombro y sale de la oficina cerrando la puerta tras él.

Serena no se contiene; se levanta de un tirón, atraviesa la habitación corriendo y se me lanza encima. Sus brazos se cierran en mi cuello con fuerza.

—No tienes idea de cuánto necesitaba esto —susurra contra mi boca.

La beso. Tras todos esos días que pasé en prisión, finalmente puedo saborearla; vuelvo a sentir el sabor carmesí de su boca y eso me devuelve el alma al cuerpo. Le muerdo el labio inferior y ella sonríe. *Con tanto roce se me está poniendo dura.*

La puerta se abre de golpe.

—¡Hermanoooo! ¡Carajo, qué bien se siente verte libre! —dice Salvatore mientras entra a joder todo y me da un manotazo en la espalda.

Detrás entra mi madre, y luego Stefano.

—Hijo… —dice—, estoy feliz por ti.

Luego mira a Serena y sonríe.

—Por ustedes.

—Santiago —dice Stefano, extendiendo la mano.

Lo miro a los ojos. Veo su mano extendida. La aparto y lo abrazo con fuerza.

—Más te vale cuidarla —le susurro al oído—. Bastardo.

—Entonces —dice Salvatore—, ¿nos vamos a casa a celebrarlo?

—No —respondo, mirando a Serena—. Primero hay cosas que tengo que resolver.

Salimos del tribunal y los putos periodistas se nos tiran encima con sus cámaras de mierda. Los aparto con los hombros; no tengo paciencia para esto. Odio a la prensa, llevan jodiendo todo el maldito día y no pienso dejar que me retrasen ahora.

Camino directo al coche de Serena y estiro la mano para abrir la puerta del conductor.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dice ella.

—Conducir.

Se cruza de brazos y ladea la sonrisa.

—Quítate del medio. El coche es mío, así que conduzco yo.

Llegamos a su casa. En momentos como este, las palabras sobran. Subimos las escaleras corriendo. Serena cierra la puerta de la habitación y se queda apoyada en la madera, mirándome con hambre mientras se quita los tacones.

Agarra el mando a distancia y pone "*The Machine de Reed"* de Wonder y Aurora Olivas*.* Sonríe, lo deja caer al suelo y camina hacia mí despacio. Me empuja contra la pared y me besa con toda la rabia acumulada de esta última semana. La agarro por la cintura y la subo a mis brazos. Sus dedos bajan por mi pecho y empiezan a desabrocharme la camisa.

—No voy a parar aunque me lo supliques a gritos—digo cuando llega al último botón.

—¿Y quién ha dicho que voy a pedirte que pares? —murmura, sonriendo contra mi boca.

No digo nada más. La empujo sobre la cama sin cuidado y voy directo a su cuello. Serena jadea y arquea la espalda, como si la sábana estuviera fría y mi erección fuera lo único que la calienta.

Deslizo mis manos por sus muslos mientras la saboreo. Voy subiendo sin detenerme hasta que le arrastro el vestido, deslizándolo por todo su cuerpo. Quiero verla desnuda*. Toda para mí.*

—Me encanta verte sin nada—susurro en su oído.

No me responde. Me clava las uñas con ganas de dejarme cicatrices y me aprieta contra su pecho. Serena Caruso tiene las tetas más deliciosas que he probado en mi vida. Son perfectas.

Me meto uno de sus pezones en la boca.

—Ahhh… —gime, y me clava las uñas con más fuerza.

Me gusta cuando se pone así, verla gozar, verla mía.

No dejo de chuparle las tetas y ella no deja de gemir. Baja las manos y las mete entre nuestros cuerpos. Me desabrocha el pantalón, luego se abre más y sube los pies un poco más debajo de mi cintura y hace presión. Con un movimiento rápido, me arrastra la ropa hacia abajo hasta dejarme sin nada.

—A mí también me encanta verte sin ropa—murmura en mi oído, y muerde el lóbulo de mi oreja.

Me lo agarro con una mano y, con los dedos de la otra, aparto el tanga rosado que lleva puesto. Despacio lo deslizo por su clítoris y me echo un poco hacia atrás para verla de frente. Tiene los ojos cerrados, pero no para de moverse, restregándose contra mí mientras se muerde los labios.

Pongo el glande en la entrada de su vagina y ella suspira con más ganas. Hace un movimiento con las caderas y mi pene la penetra. Me arrodillo para tomar más impulso, la agarro con ambas manos por la cintura y la atraigo hacia mí con fuerza. Mi embestida se mezcla entre sus jadeos, su vientre late, queriendo más de mí, queriéndolo completamente todo.

No dejo de moverme, lo hago más rápido, luego más lento, disfrutando mientras la veo mojada, con el clítoris inflamado de tanto placer. Dejándose dominar por mis movimientos.

Suelto sus caderas sin dejar de penetrarla. Agarro sus muslos y subo sus piernas a mis hombros.

Veo y disfruto de cómo el sonido de mi cuerpo contra el suyo la vuelve más loca.

—Joder… así, Santiago… así.

La tengo dura como una piedra y ella lo siente cada vez que la penetro hasta el fondo.

—¿Quieres que pare? —le suelto, jadeando, sonriendo.

—¡No!

—Entonces habla… ¿qué quieres?

—¡Quiero más!

Lo que dice me termina de joder la cabeza y aprieto el ritmo. Sus piernas siguen apoyadas a mis hombros y empiezan a temblar. Está a punto de correrse, me mira fijo y sonríe. Saca la lengua y se moja los labios, provocándome. Luego cierra los ojos y lleva sus manos a mi espalda baja, empujándome contra ella.

No puede contenerse más. Se queda quieta un momento y luego todo el cuerpo le empieza a temblar. Tengo que taparle la boca con la mano para que no se escuche en todo el vecindario cuando se corre.

Pero eso no me hace frenar. Al contrario, me prende más y sigo dándole con todas mis fuerzas.

Las contracciones de su vientre me sacan el último resto de control que me queda. Le agarro las pantorrillas, le abro bien las piernas.

Serena se corre sin parar.

—Santiago…

Y yo me corro dentro de ella en el mismo segundo en que la oigo gemir mi nombre.

Nos quedamos tumbados en la cama un rato. Ella apoya la cabeza en mi pecho y dibuja líneas con los dedos sobre mis abdominales mientras fumo un cigarrillo, mirando al techo.

—Más tarde voy a necesitar tu coche.

—¿Para qué? —pregunta sin mirarme.

—Quiero ir a hacerle una visita al hijo de puta de Roland. Quiero saber por qué declaró en mi contra —digo mientras doy una calada profunda.

Serena levanta la cabeza y me mira.

—¿De verdad crees que voy a tragarme esa mentira?

—¿A qué te refieres?

—Sé que quieres matarlo, Santiago —dice—. Y no voy a dejar que eso pase.

La miro fijo mientras habla.

—Déjalo pudrirse en la cárcel —continúa—. O deja que el tumor termine el trabajo.

Apago el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche.

—Tienes razón —respondo—. No lo mato.

Ella deja escapar una sonrisa

—¿Ves?

—Pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunta, todavía sonriendo.

—Que me des un hijo.

Sus ojos azules se abren y la sonrisa se le borra al instante

—Santiago… yo… —balbucea, tragando saliva.

—No ahora —le pongo un dedo en los labios—. No me respondas ahora. Respóndeme cuando vuelva.

Me levanto de la cama, me pongo el pantalón y agarro la camisa del suelo.

—Esta noche hablaremos con calma —digo, inclinándome para darle un beso.

Camino hacia la puerta, pero me detengo y me giro antes de abrirla.

—Si quieres, quédate sin ropa. Así no perdemos tiempo después.

Serena sonríe y se le encienden las mejillas.

—Aquí te espero —dice, lanzándome un beso desde la cama.

Bajo las escaleras rápido, abotonándome la camisa. Agarro las llaves del Mercedes y salgo a la entrada principal; los hombres me ven y abren el portón de hierro. Arranco y piso el acelerador a fondo.

Claro que lo voy a matar. No voy a dormir tranquilo hasta saber que ese cabrón está bajo tierra.



Aparco cerca de Lexington Avenue, a pocos metros del apartamento de Roland. Me quedo un instante en el coche. Necesito

nicotina para relajarme. Saco la cajetilla de Marlboro Red, enciendo uno y dejo que el humo me llene los pulmones.

Tal vez Serena tiene razón y a Roland le queda poco tiempo de vida. Pero ¿cómo se supone que yo viva mientras él siga respirando? ¿Cómo puedo compartir el mismo aire con el tipo que me traicionó?

Me saco la Glock del cinturón, reviso el cargador y le doy otra calada al cigarro. Abro la puerta del auto, me coloco el arma detrás del pantalón y me cierro la cazadora hasta arriba. Tiro el cigarro al suelo y lo aplasto con la bota.

Voy camino hacia el edificio. El sol todavía está alto, pero hay poca gente merodeando. Eso es bueno.

—¿Busca a alguien? —pregunta una mujer cargada de bolsas del supermercado al verme tantear el portero automático.

—A un viejo amigo —respondo sin mirarla—. Kovács.

La mujer me observa por encima de los anteojos. Sabe perfectamente que Roland no se junta con santos.

—Sí… —dice mientras abre la puerta con sus llaves—. Vive en el tercer piso.

—Muchas gracias, señora —le digo, sosteniéndole la puerta.

—Mmh… —murmura, girándose para mirarme otra vez—. Al parecer ese mal nacido no se reúne solo con rufianes.

Sonrío y la dejo pasar.

Por suerte no sabe quién soy ni a qué vine.

Subo por las escaleras hasta el tercer piso y me planto frente a la puerta del hijo de puta. Golpeo con fuerza, pero no abre. Sé que está ahí dentro: el sonido de la televisión lo delata. Vuelvo a tocar, más fuerte, y el cabrón sigue sin abrir.

La paciencia se me acaba. Retrocedo tres pasos, aprieto la mandíbula y avanzo dos con toda la rabia que llevo encima. La puerta cede al instante, astillándose al abrirse.

Roland está tirado en el sofá, con la sudadera llena de vómito.

—Mírate, hijo de puta —gruño—. Así termina el que traiciona. Das asco.

Intenta incorporarse, pero no puede. Levanta el torso un poco y se desploma de nuevo en el sofá.

—Yo… yo no… yo… perdóname —balbucea, llevándose una mano temblorosa al rostro—. Me dejé llevar por la rabia…

Saco la pistola y doy un paso hacia él.

—No… por favor, Santiago… perdóname —suplica, rompiendo a llorar sin despegar los ojos de mi Glock—. No fui yo… no fui yo…

Cierra los ojos y niega con la cabeza, desesperado y acorralado, demasiado hecho mierda para salir corriendo.

—Fue un hombre… —dice entre sollozos—. Un tipo que se me acercó mientras yo bebía una cerveza en el pub de Manny.

Lo sabía. Este imbécil no tiene cerebro para pensar por sí solo.

Bajo la pistola.

—Habla.

—Empezó a hablarme de ti —continúa—. Me dijo que tú estabas bien… que yo, en cambio, me veía jodido por lo de mi hijo… que tú estabas en Roma, viviendo la vida como si nada.

El dedo me tiembla en el gatillo.

—Sabía que tengo un tumor —dice llorando—. Y ni siquiera me importó averiguar cómo carajo se enteró. Me llenó la cabeza de mierda. Me invitó una cerveza, me soltó cien pavos… y me dijo que él me protegía si yo le decía a la policía que fuiste tú quien se cargó a ese maldito federal.

Se limpia el rostro con la manga mugrienta de la sudadera.

—Esa misma tarde… después del bar… fui a la comisaría —confiesa, tragando saliva—. De…Declaré que esa noche pasé por ahí en mi coche… y que te vi matarlo.

Se le corta la voz.

—Y… y como ya eras el principal sospechoso para el detective Wilson… no me preguntaron nada.

Aprieto la mandíbula. Roland se encoge.

—¿Y quién era ese hombre? —pregunto en voz baja, agarrándolo del cuello de la sudadera para obligarlo a mirarme.

Se queda mudo y baja la vista con la cara roja empapada en lágrimas.

—¡HABLA, CARAJO!

—Ese hombre… —susurra, mirando al suelo—. Ese hombre que se me acercó fue Antony.

Sube la vista y traga saliva.

—Antony Messina.

Lo suelto. Roland cae de nuevo en el sofá. Doy un paso atrás, y otro.

Camino en círculos. Agarro el cenicero que está sobre la mesa y lo lanzo con fuerza al suelo. El vidrio revienta en mil pedazos.

—¡Carajo… carajo, carajo! —gruño mientras golpeo la pared con la mano abierta.

¿Cómo no lo vi venir antes? Siempre fue él, los rusos, la droga, Harris, el secuestro de Serena, y hasta el puto incendio en Roma fue por su chivatazo a los Farcone; el muy cabrón siempre estuvo un paso por delante.

—Santoro… —susurra Roland.

Me giro para mirarlo de frente.

—¿Sabes qué?… —murmura, casi sin voz—. Ya está. Para mí ya estuvo bien. No soporto más las medicinas… ni la quimio. Haz lo que viniste a hacer… hazme este último favor… te lo pido.

Cierra los ojos y abre los brazos.

La verdad es no pienso ignorar la petición de un moribundo, sería de mala educación.

Levanto la pistola y se la apunto directo a la frente, pero antes de que pueda apretar el gatillo Roland se desploma en el sofá. La cabeza se le va hacia un lado y un hilo de sangre le baja por la cara.

—¿Qué carajos…? —gruño.

Miro la ventana. El vidrio tiene un agujero recién hecho.

Me pego a la pared, rastrillo la corredera y asomo la cabeza con cuidado.

Ahí está el hijo de puta. Antony Messina, en la azotea de enfrente, con un rifle de precisión apoyado en el hombro.

Nuestras miradas chocan.

Levanta dos dedos a modo de saludo y sonríe antes de darse la vuelta.

No lo pienso. Salgo del departamento corriendo, bajo los escalones sin mirarlos. Cruzo la calle directo al edificio de enfrente, lo rodeo y subo por la escalera de incendios con la adrenalina quemándome la sangre.

Cuando lo tenga de frente, va a suplicar por todo lo que hizo.

Por fin llego arriba, salto el último tramo y caigo en la azotea.

En el suelo está el casquillo todavía caliente, pero no hay rastro del cabrón.

—¡¡¡Corre, Antony Messina, corre mientras puedas, hijo de puta!!!

Capítulo 52

Serena

Nunca me había pasado por la cabeza ser madre. Hasta que Santiago, esta tarde, me lo insinuó.

Tuve que poner el celular a cargar porque me quedé sin batería viendo *reels* de bebés. Llevo horas acostada en la cama, imaginando cómo me vería siendo mamá. Pero no logro visualizarme. La verdad es que no sé cómo me vería cargando un bebé en brazos, no sé cómo prepararle la comida o siquiera cómo cambiar un pañal. Pero bueno, supongo que eso se aprende con el tiempo.

Un pequeño Santorito —pienso mientras me acurruco en las sábanas calientes que aún tienen su olor.

Oh, por Dios… ¿y si es una niña?

Podría peinarla, llevarla de compras, pasar horas jugando con las muñecas que todavía guardo en el desván.

—Señorita Serena —interrumpe mis pensamientos María, tocando la puerta.

—Sí, ¿dime, María?

—El señor Antony está allá abajo. Dice que necesita verla. Que es urgente.

¿Qué carajos quiere ahora?

Parece que a mis hombres no les quedó claro cuando dije que no quería que cualquiera que soltara la palabra *urgente* pudiera entrar.

—Dile que ya voy —resoplo mientras me levanto de la cama.

Me visto y bajo las escaleras. Desde arriba veo a Antony en el salón: tiene la cara pálida y camina de un lado a otro.

—¿Qué sucede?

—Es Santiago, Serena —dice, agarrándome con fuerza de los brazos—. Estaba en el apartamento de Roland y el hijo de puta le tendió una trampa.

Las piernas me tiemblan y el pecho se me encoge. Pienso lo peor.

—¿Pero él está bien? —pregunto con un nudo en la garganta.

Antony está agitado, tiene la mirada perdida y las gotas de sudor le bajan por la frente.

—¡Habla! ¿Está bien o no? —digo, agarrándole la cara para obligarlo a mirarme a los ojos.

—Sí, sí. Él está bien… pero tenemos que irnos. Ahora.

—Un momento… ¿y tú cómo sabes que Santiago estaba en el apartamento de Roland?

—Un informante me lo dijo, Serena —susurra, mirando a todos lados — . Lo vio entrar… y después vio a varios hombres armados siguiéndolo… Mi informante escuchó disparos, pero cuando llegué, Roland ya se lo estaba llevando en una camioneta. Traté de hacer algo, pero no pude —murmura bajando la cabeza—. Lo último que Santiago alcanzó a decirme fue que viniera por ti.

Me quedo mirándolo, sin terminar de entender nada, pero si Santiago está en peligro, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Está bien, iré contigo. Dame solo un segundo. Voy por mi celular —digo, regresando corriendo a mi habitación.

Santiago

He llamado a Serena un montón de veces y me salta al buzón de voz.

—¡¡¡Carajo!!! —gruño, golpeando el volante.

Voy camino a la villa de los Messina. Voy a arrasar con todo a mi paso, aunque eso signifique enfrentarme a cada uno de sus hombres… o al mismo Enzo si se interpone.

Llevo el acelerador pisado a fondo y no pienso soltarlo hasta llegar. Ya faltan pocas millas. Me meto por la 92nd Street para acortar camino y subo un cambio con la leva izquierda; el motor brama. El portón de hierro de la villa aparece al final de la calle; está cerrado… pero eso no va a detenerme.

Hundo el acelerador con todas mis fuerzas. Abro la puerta y me lanzo del coche en movimiento. Ruedo por la hierba que bordea la carretera, raspándome los brazos y la cara, y aun así logro ponerme de pie. La mano me sangra, los dedos responden, y la Glock sigue en mi cinturón. *Con eso basta.*

Camino unos pasos hasta llegar a la entrada principal. Uno de los hombres de los Messina quedó debajo del auto; el otro salió disparado contra un árbol. Y el Mercedes de Serena está en llamas.

Empuño la pistola y voy directo a la casa.

—¡Antony! —rujo—. ¡Sal de donde estés, cobarde!

Me dirijo al despacho de Enzo, pero no hay nadie. Recorro toda la planta baja sin encontrar rastro del cabrón ni de su padre. Subo las escaleras corriendo, abro todas las puertas a ambos lados del pasillo, una tras otra, sin ver una sola alma. Llego a la última, al fondo del corredor, y la reviento de una patada.

Enzo Messina está tirado en la cama convulsionando. Tiene la boca llena de espuma blanca y a su lado hay una chica con una jeringuilla en la mano.

—¡Enzo!

La joven levanta las brazos y deja caer la jeringuilla al suelo.

—¿Qué carajos estás haciendo?

—Yo no quería… yo no quería hacerlo —balbucea entre sollozos.

—Enzo… Enzo…, di algo —gruño mientras le sostengo la cabeza, intentando que respire mejor.

Messina abre los ojos, pero la espuma sigue saliendo de su boca.

—¡Haz algo, coño!

Ella sale corriendo y regresa con un botiquín entre las manos.

—¿Puedes salvarlo?

—Eso espero —susurra, ahogada entre lágrimas —. Lo intentaré.

—Antony… ¿Antony dónde está?

Me mira, pero no dice nada. Su puto silencio me hierve la sangre.

—¡¡¡Habla!!! —rujo, apuntándole con la pistola.

—¡En el puerto! —grita tapándose los oídos y cerrando los ojos—. ¡Antony está en el puerto!

—Más te vale salvarlo —escupo, presionándole la punta de la Glock contra la frente.

Dejo a Enzo en la habitación y bajo corriendo a la planta baja. Intento llamar a Serena, pero el buzón sigue saltando. Salgo al jardín, y me acuerdo de que estoy sin coche.

—¡Mierda!

Por una vez, la suerte decide sonreírme… La puerta del garaje está levantada.

—Veamos qué tienes para mí —susurro mientras termino de subir la persiana.

El cabrón de Antony sí que sabe darse vida. Tiene un Maserati y hasta un Lamborghini Revuelto, pero de todos sus juguetes yo me quedo con la Ducati Streetfighter V4 negra que está aparcada en la esquina.

Agarro las llaves, me subo a la moto, me pongo el casco y acelero a fondo.

Serena

—¿A dónde vamos? —le pregunto a Antony mientras intento encender el celular.

—Al puerto —responde sin apartar la vista de la carretera.

—No necesitamos ir al puerto, Antony. Necesitamos ir tras Roland. Llama a tu informante, ahora.

Mi móvil por fin se enciende. Pongo el PIN y empiezan a llegar notificaciones. *Catorce llamadas perdidas de Santiago.*

—¡Santiago me estuvo llamando! Voy a escribirle.

Antony gira la cabeza hacia mí.

—No creo que sea buena idea, Serena.

—¿Por qué no? Quizás logró escapar.

Entro a los mensajes, pero antes de escribir, el teléfono vibra.

—¡Es él! —se me acelera el pulso—. ¡Es Santiago!

—¿Estás segura?

—¡Sí!

Acepto la llamada y me llevo el celular al oído.

—Santiago… estoy con Antony. Me lo contó todo… ¿estás bien?

—¿Qué te dice?

No logro escuchar bien. El ruido del tráfico tapa todo.

—¿Santiago? —repito, nerviosa.

—Sabes qué, Serena. Mejor deshazte de ese celular de mierda.

Antony me lo arranca de la mano y lo lanza por la ventanilla.

—¡¿Estás loco?! ¡Imbécil!

La pantalla central del Porsche se ilumina y entra una llamada. Puedo leer perfectamente el nombre: *Marilyn.*

Él toca la pantalla y cuelga.

La boca se me seca y algo en el pecho se me contrae.

Mierda

Marilyn era la enfermera de Armando Santoro y ahora es la enfermera de Enzo Messina. Yo vi a Enzo toser sangre. Santiago me dijo que su padre fue asesinado y en la autopsia le encontraron rastros de un medicamento que no aparecía en su historia clínica.

—Fuiste tú… siempre fuiste tú. Tú mataste a Armando Santoro.

Antony sonríe, con una sonrisa que no le había visto jamás.

—Hijo de puta —mi voz tiembla— Y ahora estás matando a tu propio padre.

—Yo no maté a Armando Santoro —dice—. Solo le pedí a Marilyn que lo hiciera. No costó mucho, me acosté con ella un par de veces y luego le prometí matrimonio.

Vuelve a sonreír, sin apartar la vista de la carretera.

—La pobre se creyó cada palabra.

El estómago se me revuelve. Me dan ganas de estrangularlo aquí mismo.

—¿Qué quieres, Antony? ¿Qué ganas con todo esto?

—Lo quiero todo, Serena. Quiero el puerto, quiero el control — gira la cabeza y me mira fijo. —Y te quiero a ti.

—Eres un infeliz—susurro con desprecio.

—No, no soy un infeliz. Soy un tipo que aspira a mucho más que a una mísera parte de una sociedad de mierda.

—No te conozco, Antony.

—Lo sé, Serena… y eso es lo que más te debería preocupar.

De pronto frena el auto. Estamos en la entrada del puerto. Ya es de noche y, para colmo, es domingo; hoy no hay nadie trabajando. Sale del coche y viene directo hacia mí. Me paso al asiento trasero, intentando alejarme de él.

—Bájate — dice mientras abre la puerta.

—¡No, déjame!

—¡He dicho que te bajes, puta de mierda!

Me agarra del brazo con fuerza. Me muevo sin parar, intentando zafarme. Él tira más fuerte. Yo me inclino hacia arriba con rabia y le doy un cabezazo directo a la cara. El golpe es tan duro que siento una punzada en la cabeza.

—¡Ahora sí que la cagaste!

Me da un manotazo que me sacude la mandíbula. Caigo de rodillas en el suelo, mareada, con un pitido metido en los oídos.

—¡Y ahora muévete!

Me sujeta por la muñeca y tira de mí. La cabeza me da vueltas; solo las gotas frías de lluvia que empiezan a caerme en la cara me hacen espabilarme un poco.

—¡Camina!

Avanzamos entre los charcos que se van formando, hasta que nos detenemos frente a un astillero viejo. Antony abre la puerta de metal de una nave y me empuja hacia dentro. Me jala del brazo con tanta fuerza que termino cayendo al suelo. *Nunca pasó por mi mente que pudiera ser capaz de todo esto.*

—¡Te quedarás aquí tranquila! —dice, arrodillándose mientras me ata los tobillos con unas sogas ásperas que me cortan la piel—. Y más te vale no intentar nada.

Se inclina sobre mí y siento su respiración repugnante pegada a mi oído.

—Voy a preparar la lancha. Y cuando vuelva… desapareceremos por un buen tiempo —susurra mientras ajusta la soga de mis muñecas, apretándola contra un tubo oxidado.

Se pone de pie, agarra una cuerda que cuelga de un gancho y se va, cerrando la puerta de un tirón.

Santiago

La lluvia me empaña la visera del casco, pero no me detendría ni aunque el mismísimo Dios mandara un diluvio universal. Nada en este puto mundo va a impedir que Antony Messina pague por lo que ha hecho. De todas sus mierdas, la peor fue orquestar con los rusos el secuestro de Serena. Solo por eso le haré pagar con lágrimas de su asquerosa sangre cada mínima gota que ella derramó. Cada cicatriz que le marcó en la piel y en el corazón. Cada suspiro roto, cada sufrimiento, cada puta agonía.

A lo lejos distingo la reja del puerto, abierta de par en par. Giro el acelerador hasta el fondo. Las gomas chillan contra el asfalto mojado. La oscuridad no me acompaña y la lluvia cae con más fuerza. Aprieto las piernas contra el tanque y atravieso la entrada sin frenar.

¿Dónde cojones te has escondido, Antony Messina?

Las luces de los focos se difuminan en el agua. No veo una mierda. Aflojo el acelerador y recorro la zona con más calma. Al final de los astilleros, distingo una puerta de una nave entreabierta. Apago las luces y dejo que la moto avance con el embrague suelto, moviéndose por pura inercia.

Escucho un golpe metálico y freno en seco. *No voy a dejar que esa rata se me escape.* Me bajo de la moto, me arranco el casco y lo dejo caer al suelo. Saco la pistola y rastrillo la corredera mientras

avanzo entre los charcos de agua y aceite, dispuesto a todo. Estoy listo para volarle la cabeza en cuanto lo tenga delante. El golpe metálico suena otra vez, más cerca.

—Ayuda… por favor… que alguien me ayude…

Serena. Joder. Serena está aquí.

Empujo la puerta con el cañón del arma. Dentro casi no se ve nada. Un relámpago ilumina la nave y ahí está Serena, tirada en el suelo, atada a un tubo de metal.

Serena

—Santiago…

—Aquí estoy Serena.

Oír su voz era lo único que necesitaba. Saber que está aquí me hace sentir viva otra vez.

Viene corriendo y se arrodilla delante de mí.

—¿Dónde está ese hijo de puta? —gruñe mientras mete una mano en el bolsillo, saca una navaja y corta las sogas que me atan al tubo.

—Dijo que iba a preparar una lancha —susurro, frotándome las muñecas.

Levanto la vista y lo miro a los ojos. Alzo la mano y le acaricio la mejilla.

—Santiago… —trago saliva—. Fue Antony. Él organizó la muerte de tu padre.

Santiago se queda quieto. La mirada se le endurece y una mezcla de ira y odio le tensa el rostro. Las venas de la sien se le marcan, palpitando bajo la piel mojada por la lluvia.

—Quédate aquí, yo iré tras él —dice, apretando los dientes.

Lo jalo hacia mí y le beso la boca. Su pelo está empapado y las gotas frías resbalan por mi frente mientras su respiración agitada me quema los labios.

—No te mueras —le suplico, agarrándole el rostro con ambas manos.

Santiago asiente, se pone de pie y sale corriendo a buscar a Antony.

Y yo tampoco pienso quedarme aquí cruzada de brazos.

Salgo tras él sin que se dé cuenta. Lo veo correr hasta el muelle. Está lloviendo como si el mundo se fuera a acabar. Intento seguirle el ritmo, pero es demasiado rápido. Aun así, me obligo a no perder su rastro.

Finalmente se detiene. También veo a Antony, de espaldas. Todavía no tiene idea de que el infierno está a punto de abrirse bajo sus pies.

—¡Antony Messina! —ruge Santiago, apuntándolo con la pistola.

—Vaya, vaya… sí que llegaste a tiempo —responde el desgraciado, con una sonrisa que provoca ganas de romperle la cara.

—Vas a pagar cada mierda que hiciste.

—Si me disparas, me muero rápido. ¿Eso quieres? ¿Regalarme una salida fácil? —vuelve a sonreír mientras lanza al suelo la cuerda que lleva en la mano. —abre los brazos—. Además, no traigo mi puta pistola. ¿En serio vas a dispararle a un hombre que no puede defenderse?

Santiago lo mira con una expresión que pudiera devorarlo vivo.

—Vamos… —sonríe Antony—. Hazlo. Quiero ver si de verdad tienes los huevos.

Veo la Glock temblar. Santiago aprieta la mandíbula y afloja los dedos, dejando que el arma caiga al piso.

—Eres un idiota, Santoro… siempre tan predecible—murmura Antony con una sonrisa burlona. De un movimiento se mete la mano al cinturón, saca su pistola y dispara.

El disparo suena tan fuerte que se me ensordecen los oídos.

La bala le dio, pero solo en el hombro. Santiago se mira la herida, cierra los puños y levanta la vista, furioso. Grito su nombre, pero el grito se pierde por culpa de la lluvia.

Corro hacia él, no puedo dejarlo solo.

Santiago se lanza con todo contra Antony. Le suelta un puñetazo directo a la cara; Antony se lo devuelve. Forcejean, chocan cuerpo con cuerpo, y un codazo bien puesto hace que la pistola salga volando y caiga al agua. Antony se desestabiliza y cae de espaldas. Santiago se le tira encima y empieza a golpearlo sin parar, uno tras otro, con ganas de hundirlo en el suelo.

El bastardo le mete un dedo en la herida del hombro. Santiago ruge de dolor; el sonido me eriza la piel. Antony aprovecha el instante para voltearlo e inmovilizarlo.

Yo sigo corriendo hacia ellos, pero el agua y el aceite del piso me hacen resbalar. Caigo de rodillas. Levanto la vista y veo el rostro de Santiago: rojo, con las venas a punto de reventar, mientras Antony lo sujeta por detrás.

Santiago

La miro directo a los ojos. Ella estira el brazo hacia mí, intentando alcanzarme aunque no pueda. La vista se me empieza a nublar, pero de alguna forma ella me da fuerzas. *No puedo dejarla tirada. No puedo dejar que le pase nada.*

Aprieto los dientes. La sangre caliente me baja por el brazo y la herida del hombro me late, pero no me importa. Lo único que importa ahora es sacar a Serena de aquí y acabar con la vida de Antony Messina. Me inclino hacia adelante, apoyo una rodilla en el suelo y le agarro el brazo con el que me está ahorcando. Hundo los dedos hasta sentir el hueso, lo giro sobre mí y lo estrello contra el suelo.

Me pongo de pie recuperando el equilibro y voy directo a la soga que dejó tirada. La agarro y me la enredo en la mano hasta que me corta la piel. El ardor me devuelve la rabia.

Camino hacia él.

Antony retrocede arrastrándose, huyendo de su propio destino.

—No, Santiago… por favor… perdóname —suplica, con la voz temblándole.

Me paro detrás de él mientras intenta escapar.

—Yo te haré sufrir en la tierra —le susurro al oído.

Le enredo la soga en el cuello y tiro con fuerza.

—…y espero que mi padre te haga sufrir en el infierno.

Ajusto el agarre, aprieto más, y apoyo una bota en su hombro para hacer palanca. La rata patalea, se retuerce, sus dedos raspan el piso, intenta sobrevivir, pero no le sirve de nada. *Ahora es mío.*

Tiro más fuerte, pensando en todo el puto daño que causó. Un hombre sin honor, sin palabra y sin cojones no merece una silla en nuestra mesa.

Poco a poco empieza a ceder; va perdiendo fuerzas hasta que deja de moverse.

Dejo caer la soga y voy directo a Serena. *Finalmente… todo acabó.*

—¡Santiago, cuidado! —grita ella.

Me giro y veo a Antony en el suelo, sacando una pistola del tobillo.

Cierro los ojos. Una brisa fría me recorre la nuca. Hoy estoy aquí, en el lugar donde todo empezó, en el mismo puerto donde, de niño, soñaba con ser marinero y perderme en el mar, lejos del mundo que me tocó vivir. La lluvia me cae en la cara y una lágrima se me escapa. Sonrío, porque mi padre solía decir que los hombres no lloran… y yo siempre le creí, hasta ahora. Quizás mi momento ha llegado. Quizás es hora de reunirme con él.

El disparo resuena y escucho el aleteo de las gaviotas levantando vuelo.

Abro los ojos y la mandíbula se me tensa. Una punzada en el pecho me roba el aliento. Antony está tendido hacia atrás, con un agujero en la frente.

Me giro y Serena está ahí, detrás de mí, con mi pistola entre los dedos y el cañón todavía soltando humo.



Tres meses después…

Dicen que el amor te vuelve blanda. Mentira. A mí me sucedió al revés. Pensé también que nunca encajaría en este mundo; creí siempre que el apellido Caruso iba a quedarme grande en los hombros, y resultó no ser así.

Hasta que no lo intentas, hasta que no rompes los esquemas y sales de tu burbuja, no te das cuenta de quién eres realmente.

Con Santiago a mi lado descubrí que la vida puede ser una montaña rusa de emociones. Que incluso las piedras más duras pueden volverse frágiles cuando la gota es constante. Y que, por más que intentes evitar el destino, siempre encontrará la forma de llegar a ti.

En mi vida he conocido personas valientes, personas capaces de dar su vida por la tuya sin pedir nada a cambio. Pero también he conocido el mal. He conocido a gente que pagaría por verte hundirte, por verte quedarte sin nada, y que aun así iría a tu entierro y te llevaría flores.

Quizá fue por eso que decidí ser quien soy hoy. Una mujer que se impone. Que mira de frente. Que no depende de nada ni de nadie. Y que, sobre todo, sabe apretar el gatillo si hace falta.

Tú fuiste una amiga, más que una amiga, una hermana. Y por eso hoy estoy aquí, delante de tu tumba, arrodillada, con el corazón hecho pedazos. Te fuiste demasiado rápido y aún cargo con eso en mi conciencia. Pero te prometo que no dejaré de venir a visitarte. Te

traeré flores frescas todas las semanas y cuidaré de tus padres hasta que ellos se reúnan contigo en el cielo.

Beso mi mano y apoyo el beso sobre su foto.

Una lágrima cae por mi mejilla. Solo espero que estés descansando en paz y que Dios te esté cuidando como te lo mereces.

Me pongo de pie y camino hacia el coche. Santiago me espera apoyado en la puerta.

—¿Todo bien? —pregunta—. ¿Hablaste con ella? ¿Te sientes mejor ahora?

—Sí —sonrío.

—¿Y qué te dijo?

Vuelvo a sonreír. Esta vez, los ojos se me llenan de lágrimas.

—Que tenemos que casarnos por lo civil.

Santiago me mira y sonríe. Arranca el coche y nos vamos de regreso a nuestro hogar.

Fin

Epílogo

No recuerdo la última vez que dormí. El tic en mi ojo derecho no para, me está haciendo perder la paciencia. Y el cabrón atado frente a mí tampoco ayuda mucho.

—Te lo voy a preguntar una última vez —susurro, tan cerca de su oído que puedo oler el miedo—. ¿Dónde está Serena?

—No… no sé nada… te lo juro…

—Mentir no te va a salvar el pellejo—le digo con calma—. Pero si hablas… quizá, cuando te desate de la silla, te dé una pequeña ventaja para que corras.

El hijo de puta no abre la boca. Solo niega con la cabeza, llorando y temblando.

Respiro hondo y echo el cuello hacia atrás. Me arrastro la mano por la cara, desde la frente hasta la barbilla. Intento mantener la poca calma que me queda.

—Tengo una amiga que ayuda mucho a la gente a recordar.

Saco la pistola y restriego el cañón metálico contra su mejilla.

—A ver si esto te refresca la memoria.

—Por favor… —balbucea—. Yo no quería… yo solo obedecía órdenes…

—Todos dicen lo mismo.

Echo hacia atrás la corredera y le apunto directo a la frente.

—¿Dónde está?

—Se… se la llevaron a Moscú… —lloriquea, al borde del pánico—. Yo solo seguía órdenes… lo juro…

—¿Órdenes de quién?

—Irina… Irina Korolev…

—Gracias.

Aprieto el gatillo. El disparo hace que los pájaros de afuera del almacén salgan chillando.

Me subo a la Ducati, me pongo el casco y giro las llaves. Engancho la marcha y abro el gas. Voy directo al aeropuerto.

Irina cometió un error. Uno muy grave. No se llevaron a cualquier mujer. Se llevaron a mi mujer. Y no solo a ella. También se llevaron a mi hijo. El que Serena lleva en el vientre.

Moscú no tiene ni puta idea de lo que se le viene encima.
